

# CRECIENDO EN LA GRITA

---

SU GENTE, LUGARES Y COSTUMBRES  
ENTRE 1950-1964



**JAIME SALCEDO GALVIS**

# **CRECIENDO EN LA GRITA**

SU GENTE, LUGARES Y COSTUMBRES ENTRE 1950-1964

**JAIME SALCEDO GALVIS**

## **PREFACIO**

Uno de mis primeros y más lejanos recuerdos de La Grita está ligado a la plaza Cáceres con sus árboles, su piso de baldosas cuadradas, alternadas rojas y amarillas y sus luces cautivas, sin estarlo, en esferas de vidrio, todo el conjunto difuminado en blanca neblina movida por suave brisa en un anochecer, dentro de la calma permitida por las pausas en el tránsito de vehículos, que recorrían la carretera Trasandina desde su inauguración, el 24 de julio de 1925.

He comprobado que el pasado, tanto en sus aspectos positivos como en los negativos, es renuente a desaparecer, a pesar de la indiferencia de un sector numeroso de la sociedad; suele reiterarse en nombres de personas, lugares, canciones, obras de arte, ceremonias, paisajes, aromas, ruidos, etc.

Considero, y es una apreciación inmutable para mí, que la etapa que viví de manera continua en La Grita entre 1950 y 1964, correspondiente a la niñez y adolescencia, fue de las más bonitas de la historia de la población. Su gente amable, generosa, solidaria, trabajadora, con gran vinculación a la actividad creadora en sus hermosos campos vecinos; sus excelentes institutos educacionales, con sus inolvidables maestros, todo ello reúne méritos suficientes para no permitir que el inexorable paso del tiempo borre las huellas de las personas, la ciudad y las circunstancias que hicieron posible aquella etapa ejemplar.

El presente trabajo contiene relatos de mis vivencias personales más importantes, incluyendo las de algunos integrantes de mi familia, como el caso de los relatos que narraba mi papá y algunas vivencias de mis hermanos Salomón y Ramiro.

El propósito es dejar testimonio escrito que conceptúo de muy importante valor familiar, pero también como referencia para la historia de la Ciudad del Espíritu Santo de La Grita, la “Atenas del Táchira”, en el mencionado período.

**Jaime Salcedo Galvis**

# ÍNDICE

<b>1. LA PRIMERA CASA EN LA GRITA</b>	<b>1</b>
Caminatas por el potrero	1
Los montones de cebolla	2
Las cacerías de Severiano y Juvenal García	2
Cazando patos “Güiriri”	2
Salomón se cortó una rodilla	3
Paso interminable de carros	3
La plaza Cáceres	4
<b>2. LA CASA DEL SEÑOR FORTUNATO</b>	<b>5</b>
Un cochino gigante marrón-bronce	5
Nuestro primer pesebre	5
Los “coquitos” del señor Eliseo Duque y la señora Martina	6
<b>3. LA CASA DEL SEÑOR LUIS MOGOLLÓN</b>	<b>7</b>
El señor Luis Mogollón Pinto	7
Don Pancho y doña Efigenia	8
El señor Octavio Sosa	10
El señor Barboza	10
Doña Julia Rosales	11
La señora Manuela Paz	11
Don Martín Pernía	11
Violenta patada de un caballo a una señora	12
El asesinato de Romero	12
La familia Salas	13
Por poco me atropellan	14
Una camioneta accidentada en el río	14
El Liceo Militar Jáuregui	15
La Virgen de Coromoto	16
Ruidos en la noche	17
Don Evangelista Parra	18
Las arepas de doña Oliva y don Fídolo	18
La Iglesia de Los Ángeles	19
El Cura Sandoval	20
Las clases de catecismo	21
Un domingo de paseo a Las Porqueras	21
La ferretería de los Rosales	22
El primer motor de mi papá	22

El señor Gómez, “inventor” de la luz	23
El señor Polo, un electricista inolvidable	23
Julio Pérez y su Studebaker verde	24
Noches de cuentos de brujas y espantos	25
Un “platillo volador” sobre La Grita	25
Mi hermano Alfonso y la cuerda del reloj	26
Mi Padrino, el relojero José Antonio Ríos	27
Navidad con mis primeras botas	28
Mi comienzo en la Escuela Padre Maya	29
El señor Ezequiel y su camión International azul	30
<b>4. LA CASA DEL SEÑOR ARCÁNGEL SÁNCHEZ</b>	<b>31</b>
La primera exploración del solar	31
Los nuevos vecinos	32
Inicio de Rafael en el Liceo Militar Jáuregui	32
La sierra a motor de mi papá	33
Don Heriberto Zambrano Roa	33
Regreso a la Escuela Padre Maya	35
Don Enrique Lupi	36
El Bachiller Lupi	37
Don Olinto Lupi	37
Borracho a caballo atropelló la patrulla	38
Don Andrés Mora y la señora Alba	39
Don Ramón Ovidio Mora, carpintero	39
La Bodega “Barlovento”	40
Domingo de baseball en El Terreno	41
El día de San Antonio en el hospital	42
Una paliza al hijo de Evangelista Parra	43
“Esperejo”, un pollo buscador de batatas	43
Los pájaros que cazábamos	44
Paseo al campo con mis padres	45
Mi primera visión de la casa donde pernoctó Simón Bolívar	46
Higinio Arellano y el carro-tanque Ford	47
Don Ramón Sánchez y su bodega	48
El señor del guarapo	49
“El Botecito”	49
El “loco” Liborio	50
El “chato” Luis, un bodeguero poco amigable	50
El correo rural que conocí	51

Doña Socorro y sus morcillas	51
Doña Josefa Julia, sus pasteles, chicha y masato	52
Doña Diomelina y el Comedor Escolar	53
Los gonzalitos de la casa	54
Don Gonzalo Moreno y su autobús	55
Las hormigas paneleras	56
Toros bravos hacia La Pesa	56
¡Se murió un muerto!	58
¡Papá, papá, los muchachos están vagabundereando en la calle!	58
La vuelta a Venezuela en automóvil	59
El radio de mi papá	60
La panadería “La Polar”	61
Un loco simpático que arreaba ganado	63
Las naranjas de Rafael Pérez	64
Don Francisco Aponte y su negocio	64
Un loco parecido a Cipriano Castro	65
El señor Medina, un carpintero amargado	65
Semana de temblores	66
Chicha, pasteles y... “Yukery”	67
Temblor nocturno y el “lomito corrido” de mi papá	68
René y su canción para pescar “voladores”	69
Películas en las plazas	70
Una camioneta pick-up Chevrolet, color amarillo	71
Suicidio en la carrera 6	72
Agarrados a los camiones que subían	73
Los primeros Volkswagen en La Grita	73
El señor Sierra, sastre a domicilio	74
¿Cuántos compraba?	75
La plaza Cáceres y el policía “Garrapata”	76
Una crecida del río Aguadía	78
Don Simeón Contreras, hacedor de urnas	79
Las marcas de los carros que pasaban	80
Muerte de una niña	81
“La Pestosa”, una gallina agradecida	81
Viajes de mi papá a San Cristóbal	82
El cuarto donde asustaban	83
Incendio en el páramo El Batallón	84
“Farucha”, la cochina pollera	85

Las vendimias	85
Las vacunas en la Escuela Padre Maya	86
Consultas odontológicas en la Escuela Padre Maya	86
La revista Tricolor	87
La señorita Gilma Naranjo	88
El automóvil Nash del odontólogo	88
Una maestra con porte inglés	89
“Realito”, coñazos y guayabas	90
La paliza del profesor Naranjo	91
Reparación del aula del segundo grado	92
Joaquín se cayó del techo	92
El señor Juan Vivas G.	93
Paseando en carretilla con velas	94
El “copetón”	94
“Oigan: A mí que estas “huevoñadas” no me asustan...”	96
Domingos de mercado	97
“Matacho de lacre”, un “chofer de plaza”	98
El papá de “Rata mala”	98
Accidente en Borriquero	99
Don “Rafaelito”, el sereno inolvidable	100
Paseo a la finca de don Heriberto Zambrano	101
Paseo a Tadea con Ana María	103
Nuevo sistema de energía eléctrica en La Grita	104
Don Tomás Mora y doña Pragedes	105
“¡Vente, Julio!”	106
La muerte de Ligia	106
La perra “Laika”	107
La caída del General Marcos Pérez Jiménez	108
Panadería “La Preferida”	109
Los bancos de la Iglesia de El Cobre	110
La familia Zambrano Lupi	112
<b>5.- LA CASA DE LOS MANZANOS</b>	<b>113</b>
Los nuevos vecinos	113
La caída de un helicóptero en La Quinta	114
Bodega de don Rómulo Sánchez	115
La bodega de don “Héitor”	116
La bodega del “Cojo” Severiano	116
Angelito Duque y “El Porvenir”	117

La esposa de don Rómulo Sánchez y su hijo	118
Un gran susto en paseo a La Meseta	119
Paseos dominicales a La Meseta	120
Trapiches de La Grita	121
El par de palomas	122
Asesinato misterioso	123
El gato que nos regalaron	123
La horqueta de “huesillo” y la cauchera	124
La panadería de las Ramírez	125
Primera comunión de Joaquín y yo	127
Un “Mercedes” comprado en “El Gato Negro”	129
Día de los Reyes Magos en la Escuela Parroquial	130
Viajes de mi mamá a Cúcuta	131
La muerte de Bonifacio Moncada R.	136
La graduación de Rafael en el Liceo Militar Jáuregui	137
Mudanza para la casa de don Inocentes Méndez	139
<b>6.- LA CASA FRENTE AL TELÉGRAFO</b>	<b>140</b>
Los nuevos vecinos	141
La Escuela Nocturna Emilio Constantino Guerrero	143
Don José Moncada Mora	143
Rebelión del General Jesús M. Castro León	145
Paro nacional de transporte	148
Fútbol en El Terreno	150
Don Juan García	151
Terminal de transporte	153
Visita de mi tío José	153
El Cuartel del Ejército	154
El matrimonio de Susana	156
Mi hermano Ramiro, Paje del matrimonio	158
Una bomba atómica demasiado lejana	161
El Dr. Zino Castelazzi	162
Mi papá y sus gallinas ponedoras	163
Don Domingo García y la máquina de rallar yuca	164
Las bandejas para hacer almidón	165
“Tolomeo”, un muchacho ayudante de mi papá	166
Viaje a San Cristóbal con mi amigo Jorge Duque	168
Fiestas de la Cruz de Mayo	169
El curso de Hemphill Schools de mi papá	170

Películas en los Cines Gandica y Jáuregui	172
El escritorio del profesor Salcedo	174
El primer compresor de mi papá	175
Serenatas navideñas frustradas	176
La cochina gris	177
Los pollos que compré y crié	178
Atanasio Parra, un músico auténtico	180
Los gatos “Tigre” y “Coquito”	181
El cañón que fabriqué	183
“Churchill”, un cowboy imaginario	185
El Salón de Lectura Municipal	187
“Pavo Viejo”	188
Don Maximiliano Robles	189
Don Esteban Márquez, el cartero	190
La Banda Municipal “Dr. Ramón Vera G.”	192
La baranda de la Iglesia del Espíritu Santo	194
Una familia amiga	197
El virus patógeno del comunismo	198
La chica del cintillo en el pelo	201
Comité Pro-Biblioteca Estudiantil	203
Muerte de Aristóbulo Ramírez	205
Asesinatos por venganza	207
Muerte del Teniente (R) Edgar Reyes Zumeta	208
Mis recuerdos del Liceo Militar Jáuregui	210
Captura por la Digepol	218
Tiempo sin libertad: Avatares de mis padres durante nuestra detención	225
Liberación y días en San Cristóbal	228
Mi regreso al hogar: Última Navidad en La Grita	230
Intento de estudios en San Juan de Colón	231
Vivencias de mi padre, relatadas por él en La Grita	233
Vivencias de mi hermano Salomón	236
Adiós a La Grita: Mudanza para Caracas	242
<b>FOTOGRAFÍAS FAMILIARES</b>	<b>244</b>
<b>EPÍLOGO</b>	<b>247</b>
<b>REFERENCIAS</b>	<b>249</b>
<b>AGRADECIMIENTOS</b>	<b>250</b>

# 1. LA PRIMERA CASA EN LA GRITA

La primera casa que habitamos en La Grita la alquiló mi papá a su dueña, la señora Edilia Mogollón, persona de familia “acomodada”, como llamaban en el pueblo, a quien tenía buena posición económica, con propiedades y dinero. La casa, antigua, grande, con varias habitaciones y corredor hacia el frente anterior, tenía techo de teja y paredes gruesas de tierra pisada. En su pasado tuvo que ser una casa rural de actividad agropecuaria, por un amplio patio anterior de piso empedrado para la llegada de mulas y caballos, así como el secado de papa y cebolla. Varias cochineras hechas de cemento, en la parte trasera, que miraba a Borriquero, permitían la cría y engorde de cochinos, como era costumbre en casas con facilidades para ello.

En dicha casa vivimos todo el grupo familiar, conformado por mis padres, José de Jesús Salcedo y Matilde Galvis Roso y sus nueve hijos: Ana de Jesús, a quien cariñosamente llamamos Jesusa, Hernando, Susana, Rafael, Alfonso, Salomón, Joaquín, Jaime (quien escribe) y Ramiro, ordenados de mayor a menor edad.

El terreno de la casa continuaba al sur con un potrero con la carretera como límite, la misma vía que permitía ir y venir hacia o desde el resto del país por la carretera Trasandina, construida en la década de los años veinte. En aquel potrero pastaban algunas reses y al lado del mismo, un terreno sembrado de maíz, enredaba en sus tallos matas de frijol, alternados en el suelo con frondosas auyamas.

## **Caminatas por el potrero**

Algunas tardes, los muchachos bajábamos al potrero al sur de la casa, a vivir la novedosa aventura de corretear entre el pasto, persiguiendo pájaros y palomas silvestres llamadas “torcazas”. Algunos, que llamábamos “pichones”, corrían inalcanzables entre la maleza alternando su rápida carrera con cortos vuelos. Hoy después de tantos años, casi seguro estoy que se trataba de perdices. Una de mis mayores alegrías era encontrar en las ramas bajas los nidos de los pájaros que abundaban; aún vacíos y abandonados ya, me gustaba agarrarlos, pero la alegría era mayor si tenían huevos o pichones, entonces los dejaba en su lugar. Al final de la tarde, cansados, regresábamos a la casa con alguna auyama, descubierta en la maleza y a veces con mazorcas y guayabas.

## **Los montones de cebolla**

Dos hermanos, los señores Severiano y Juvenal García, se ocupaban de cuidar los animales y sembrar algunas especies en aquella casa-finca, que imagino se inició en el siglo XIX y fue grande y próspera en el pasado. Se veía que, cuando ocupamos el lugar, ya estaba en su etapa final. Uno de los cultivos era de cebolla blanca y roja, la cual, una vez cosechada extendían en el patio empedrado frente a la carretera, para secarse al sol y el viento. Una vez seca, la llevaban a un cuarto grande. Cuando no veíamos ningún adulto cerca, en travesuras de niño, jugábamos en los montones de cebolla y más de una vez las comíamos a mordiscos, como si de manzanas se tratara. Por ese extraño fenómeno que es la memoria, desde aquellos lejanos años, el olor de la cebolla “de cabeza”, como se llama en Los Andes, me lleva de manera instantánea a ese lindo lugar perdido para siempre.

## **Las cacerías de Severiano y Juvenal García**

Algunas tardes, ya con el sol cayendo por el oeste, llegaba el señor Severiano o su hermano Juvenal, con una escopeta vieja, de aquellas de cargar por la boca del cañón y bajaba al barbecho a cazar palomas o perdices. Al rato se oían los disparos a lo lejos presagiando la caída de las aves; ya oscureciendo veíamos la jorobada espalda de Severiano sobre sus cansinos pasos, con su sombrero, terciadas la escopeta y una bolsa de fique abultada con su preciosa carga. De este modo regresaba a su casa, en algún lugar del pueblo, sin prisa ni pausa.

## **Cazando patos “Güirirí”**

En época de lluvias, con alguna frecuencia diurna y nocturna, pasaban volando bandadas de patos güirirí. De día se veían pasar en formaciones preciosas en V, con sus alegres graznidos perdiéndose en las nubes grises del invierno. De noche sólo escuchábamos su bullicioso vuelo imitando en su canto la palabra “güirirí”, reiterada al infinito. Una noche, antes de acostarnos, no recuerdo quién de nosotros, urdió la fantasía de atrapar algún pato, de una manera que solamente la imaginación infantil puede hilvanar y en un descuido de mi mamá, agarramos una sábana blanca y la tendimos en el patio empedrado para simular una pequeña laguna. Luego Joaquín, Ramiro y yo, los más niños, nos escondimos bajo la sábana, seguros de que las acuáticas aves, bajarían

ansiosas de aliviar su viaje en nuestra trampa. Silenciosos, con cuchicheos a veces, esperamos largo rato ensayando mentalmente, el brinco que daríamos para agarrar los patos tan pronto los sintiéramos sobre la sábana. Esa noche no hubo presas, nos retiramos a dormir cansados de esperar. Unos días después repetimos el intento con igual resultado, nunca cazamos un pato de esa forma ni de otra y ahora pienso que fue mejor así, para el bienestar de las silvestres aves.

## **Salomón se cortó una rodilla**

Una tarde jugaban a los novillos todos los muchachos, desde Rafael hasta Joaquín, alrededor de la “columna” situada al oeste de la plaza Cáceres. El juego consistía en perseguir y tratar de atrapar a alguno que hacía de novillo, con una cabuya de cuerda de fique, a la cual se le hacía un lazo corredizo en uno de sus extremos, tal cual suponíamos que ocurría con las reses en los potreros. Nadie quería ser novillo, porque significaba cierto maltrato al ser enlazado y amarrado. En eso estaban, mientras Ramiro y yo mirábamos de cerca, cuando Salomón se enredó en la carrera y cayó en la maleza baja que cubría la tierra, justo sobre un fragmento de vidrio que se clavó en una de sus rodillas, causando profunda herida. La sangre de Salomón, el susto y los gritos de todos, fueron una sola explosión de impresiones al llevar al herido a la casa, donde mi mamá y Jesusa, entre regaños y amenazas curaron la herida. No recuerdo si a mi hermano lo llevaron al Hospital San Antonio para agarrarle puntos, pero la cicatriz aún permanece como recuerdo, en la rodilla de mi hermano.

## **Paso interminable de carros**

Muy próximo a la casa, estaba el borde de la carretera Transandina con escasa separación del patio frontal de la casa, y la vía serpeaba polvorienta ascendiendo la última curva antes de su entrada al pueblo. De circulación en ambos sentidos, como todas las vías de la época en Venezuela, era la arteria que comunicaba con la mayor parte del país. Por esa razón, el flujo de carros parecía infinito todos los días, a toda hora. Yo disfrutaba mucho el desfile de automóviles, camionetas y camiones de distinto color cada uno y diferentes sonidos en sus motores. Los camiones Ford, por ejemplo, cargados con víveres criollos o mercancías importadas, quizás allende los mares, reptaban cansados la cuesta, con quejidos y risas parecidas a burlas. Los Reo, en cambio, al acelerar semejabán profundos bramidos de toro. Incluso, en lo más quieto de la noche, cuando ya mermaba el

tránsito, se alternaban los sonidos de la lejanía, cercanía y lejanía de los carros visitantes, quizás con sus choferes luchando con el sueño, soledades y fantasmas.

## La plaza Cáceres

Llamada así, en honor al fundador de La Grita, el emprendedor conquistador español Francisco de Cáceres, la plaza, ubicada en el extremo oeste del pueblo, justo a la entrada y salida del mismo; de una manzana de extensión, estaba cubierto su piso por baldosas cuadradas que alternaban el color amarillo y rojo. De noche la iluminaban bombillos cubiertos por esferas de vidrio blancas, que en las noches de neblina y llovizna protegían su débil y tenue luz, dando aspecto misterioso y solitario. Completaban el limpio y agradable aspecto de la plaza, algunos árboles que daban sombra a unos bancos y unos cipreses que llamaban pinos, podados en setos. Siempre recordaré un atardecer de domingo con mi papá de la mano en la plaza con la neblina cayendo despacio mientras lejos en un radio se oía la canción colombiana “Se va el caimán, se va el caimán, se va para Barranquilla...”



Plaza Francisco de Cáceres | Fotografía: Juan A. Sánchez G.

## **2. LA CASA DEL SEÑOR FORTUNATO**

La segunda casa que ocupamos en La Grita, distaba apenas de la anterior tres cuerdas, por la calle 3, entre carreras 2 y 3. Pertenecía a un señor llamado Fortunato, cuyo apellido nunca supe. Era una casa pequeña, de cierta antigüedad, con techo de teja y entrada justo en la acera sur de la calle 3. Desconozco las razones para habernos mudado de la primera casa, pero el cambio fue del cielo a la tierra; ya no hubo más el paisaje rural del alrededor, ni la abundancia de espacio y el paso de carros se redujo, aproximadamente, a la mitad, porque la otra mitad, los que salían del pueblo circulaban por la calle 2. Hacia la parte trasera, la casa terminaba en un pequeño solar donde estaba un arbusto de achiote u onoto.

### **Un cochino gigante marrón-bronce**

En el solar había una cochinería, con un cochino gigante, de color marrón-bronce que mientras no comía, dormía plácidamente. Por su tamaño y gordura, admiraba a quienes lo veían. A menudo el señor Fortunato, iba a mirarlo y darle comida, teniendo que ayudarlo a levantarse con una palanca de madera.

### **Nuestro primer pesebre**

Mi hermano Joaquín, verdadero experto y guardián de la hermosa tradición católica del pesebre navideño en nuestra familia, afirma que el primer pesebre, propiamente nuestro, fue el que se hizo en la única Navidad que pasamos en la casa del señor Fortunato, por empeño especial de nuestra querida hermana Jesusa, quien compró la primera instalación eléctrica de pequeñas luces con forma de farol y unos pocos adornos. Así se conformó, sobre unas cajas de cartón y papel, que se coloreó para simular relieves y vegetación, un pequeño pesebre, que significó el inicio de una costumbre familiar viva hasta ahora. Quiera Dios que nuestros hijos la mantengan en el tiempo.

## **Los “coquitos” del señor Eliseo Duque y la señora Martina**

Casi al frente de la casa del señor Fortunato, vivían el señor Eliseo Duque y su esposa, la señora Martina, quienes allí mismo elaboraban los muy ricos “coquitos”, pequeños caramelos, envueltos en papel blanco, que nunca faltaban en las bodegas. Desde que los probé por primera vez, me volví cliente fijo de aquellas delicias y desde que descubrí, que allí mismo, en la casa que los hacían, se podían comprar más baratos que en las bodegas (12 por locha, en vez de 10), entonces ya no quise casi salir de allí. Un día fui a comprar una puya (5 céntimos) de coquitos, por la cual daban 5 unidades y tuve la fortuna de llegar cuando los estaban confeccionando y como me hicieron pasar a un corredor, observé el proceso: mientras la señora preparaba en un caldero una miel de azúcar, con algo de panela y coco rallado, la que ya estaba muy espesa por cocción, era extendida en un mesón que don Eliseo batía sin cesar mientras se enfriaba. Luego, con gran maestría y años de práctica, la colgaba y descolgaba en un garfio de madera hasta que la jalea, como un chicle, tomaba un lindo color ámbar. A continuación, iban amasando la jalea sobre el mesón hasta que la convertían en fideos largos, un poco más gruesos que un lápiz, los cuales cortaban con una tijera grande en trocitos que luego envolvían en papel blanco, con el aspecto y sabor tan queridos por grandes y chicos. Aquel día, salí empalagado y con los bolsillos repletos de los coquitos que tan generosos señores me regalaron. ¡Dios los tenga en la gloria!

### **3. LA CASA DEL SEÑOR LUIS MOGOLLÓN**

Durante el año 1952 nos mudamos para una casa del señor Luis Mogollón, situada en la calle 2, entre carreras 9 y 10, la cual tenía su entrada con una puerta metálica ancha en la acera sur de la calle; tres habitaciones, un baño, un patio con piso de cemento y un área techada con láminas de zinc, completaban la distribución de espacios en los cuales faltaba un solar, tan importante para nosotros. El tráfico de vehículos, comparado con las dos casas anteriores era menor, ya que los carros que salían del pueblo, provenientes de la carretera Transandina, tenían dos alternativas: a) Dar la vuelta completa por las calles 3 y 2; y b) Acortar recorrido por la carrera 6 para bajar por la calle 2 y acceder de nuevo a la carretera frente a la primera casa ya descrita.

#### **El señor Luis Mogollón Pinto**

La primera vez que vi a don Luis Mogollón, como toda la gente lo llamaba, fue una mañana en la casa que arrendó a mi papá, a pocos días de nuestra mudanza, probablemente, para informar detalles sobre su propiedad; me pareció un gigante por su elevada estatura, con ademanes pausados, correcto hablar y vestir. Atando cabos con lo expresado por mi papá en varias oportunidades y lo observado por mí, años después, con relación a este señor, puedo decir que tenía dotes de filántropo, mostradas, no solo por la ayuda generosa que dio en varias ocasiones a mi papá, sino también por el apoyo económico o material que facilitó a varias personas del pueblo. Tenía un negocio próspero en la calle 2, entre carreras 5 y 6, en el cual vendía algunos equipos, herramientas generales y agropecuarias y otros elementos importados. Normalmente, atendía él mismo, con hablar pausado y respetuoso. Don Luis, junto a sus hermanos Samuel y Belarmino, conformaba una tríada de comerciantes exitosos, llegados de Colombia y que desarrollaban su actividad con tino y diligencia en negocios separados, de naturaleza distinta en la calle 2 y en la misma cuadra.

Don Samuel, el mayor de ellos y de menor estatura, ya aparece registrado como comerciante en un documento a guisa de atlas, muy bien elaborado en Alemania en 1929, por encargo del General Juan Vicente Gómez, Presidente de la República, para compendiar por regiones la actividad socioeconómica de Venezuela para la época. En una casa antigua donde vivía, cerca de la Botica San José, también vendía maderas, y las ocasiones que acompañé a mi papá a comprar tablas o tablones de caoba, me pareció que era un hombre huraño, esquivo y de pocas palabras. Por cierto, nunca he olvidado los agresivos alacranes que abundaban entre la antigua y polvorienta madera.

El otro hermano, Belarmino, era alto, muy delgado y de hablar tan formal y pausado que, mi hermano Rafael, dueño de muy buen humor, bromeaba con su manera de saludar, diciendo que las personas que pasaban expresando algún saludo, tenían suficiente tiempo para recorrer las dos puertas de su almacén de telas, que hacía esquina entre la calle 2 y carrera 6, con entrada por ambas vías, mientras don Belarmino respondía, flemático y educado: “¡Adiós... joven!”. He de apuntar que, en aquellos hermosos años, era costumbre saludar al pasar con la palabra “adiós”, la cual se usaba sin distinción, entre hombres y mujeres por igual, sin levantar sospechas ni prejuicios. Concluyo mi recuerdo sobre el señor Luis Mogollón, diciendo que mi papá guardó siempre para él un especial lugar en su memoria, apodándolo cariñosamente y con ingeniosidad e ironía, muy propias de él, “el cubano don Luis Mogollón”, en clara alusión a su elevada estatura.



Sr. Luis Mogollón Pinto

## **Don Pancho y doña Efigenia**

Los primeros nuevos vecinos que comenzamos a tratar y apreciar fueron don Pancho Chaparro y su esposa doña Efigenia Roa, quienes vivían con sus hijos en una casa frente a la de nosotros. La amabilidad y generosidad de los esposos, pronto hizo atracción en todos nosotros y fue mi mamá, con su gran habilidad para las amistades vecinales, quien más disfrutó el agradable trato de doña Efigenia, cuya amistad mantuvo hasta el final de su vida. La pareja tenía 5 hijos: Jorge, Pancho, Carmen, Betilde y Silvia, quien por su corte de pelo y ser la menor, tenía gran parecido con “Periquita”, la niña de una historieta dibujada. Don Pancho tenía un autobús, que manejaba con frecuencia, con pasajeros

hacia y desde Pregonero y pueblos vecinos. El autobús, con carrocería de madera, como era costumbre en la época, tenía sobre el techo una amplia parrilla, a la cual se accedía mediante una escalera en la parte trasera externa del vehículo. El regreso a La Grita de cada viaje y su parada frente a su casa, daba mucha alegría a nosotros y a los vecinos allegados, ya que sobre la parrilla y en el interior del autobús, abundaban los productos agropecuarios de aquellas tierras: racimos de plátanos, guineos negros, auyamas gigantes, bultos de yuca y de papa, sin faltar, los quesos de inolvidable sabor. Unos 35 años más tarde, conocí con mi esposa e hijos Jaime, Javier y Níger, la carretera y el pintoresco Pregonero, calibrando y admirando muy tarde el inmenso valor y gran sacrificio de don Pancho, manejando un autobús lleno de pasajeros y carga, en una carretera de tierra, mucho más peligrosa, en días y noches de lluvia y neblina con frenos y luces deficientes de los vehículos de aquel tiempo.

En 1988, cuando recorrí con gran aprensión aquella vía con abismos, muchas curvas y cruces recordatorias de mortales accidentes, me vino a la memoria don Pancho y su autobús que tantos años desafió el peligro, contribuyendo intensamente con humildad y en silencio al bienestar y desarrollo de aquellas tierras. Dos recuerdos adicionales, vinculados a esta apreciada familia, me vienen en el momento que escribo estas líneas. El primero, durante un carnaval, en el cual Jorge, que tenía buena amistad con mi hermano Alfonso, se había disfrazado de indio para representar un acto escolar, llegó a su casa llorando, golpeado y con las flechas rotas, producto de un agavillamiento de muchachos callejeros. El segundo recuerdo, está relacionado con un domingo en la tarde, cuando habiéndose mudado dicha familia para una casa en la carrera 5 entre calles 3 y 4, fuimos a visitarlos Alfonso, Salomón y yo; largo rato estuvimos conversando, tomando café con pan y queso, mientras mirábamos un gran conejo blanco, cuya casa era un hueco cuadrado en una pared, a metro y medio de altura, comenzó un fuerte aguacero que no paraba y como se hizo de noche, regresamos corriendo y empapados a la casa.



Sr. Francisco Chaparro Gil y Sra. Efigenia Roa Moreno

## **El señor Octavio Sosa**

Vecinos por el lado a mano derecha, saliendo de la casa que habitamos, vivía con su familia el señor Octavio Sosa, quien tenía un taller allí mismo, llamado pomposamente “El Granito Artístico”. En ese taller elaboraban materos, placas, algunos adornos y otros objetos de granito y cemento, los cuales hacía por encargo o iba acumulando para vender en el taller u otros lugares. Su esposa era la señora Lina, rolliza, de cierta edad y cabello blanco, bien recogido. Completaba la familia su hija Digna, a quien yo hallaba muy parecida a “Petunia”, la novia de “Porky”, el cochinito jovial de dibujos animados.

Octavio Sosa era un sujeto de unos 70 años, muy delgado, moreno claro, más bien cetrino, algo chismoso y “sopón” (como les decía mi papá a los metiches); por esta última característica, no le caía bien a él. En días previos a la celebración de un 5 de julio, día de la Independencia, don Octavio dirigió la recolección de dinero para ordenar la elaboración de una corona donde una señora conocida por esta habilidad, en la carrera 9; recuerdo la corona como si la estuviera viendo, de flores amarillas, azules y rojas dispuestas en bandera circular, en homenaje al Libertador en la plaza Bolívar. Todos los resortes alusivos a la participación de la “colonia colombiana” como él la llamaba, incluida la foto del desfile que encabezaron mi papá y don Octavio, llevando la corona, fueron movidos por dicho personaje. La foto, que por muchos años estuvo colgada en el hogar familiar, recogió para el recuerdo el momento antes de llegar a la plaza, con mi papá impecable en traje y corbata, portando muy serio y orgulloso la corona, flanqueado por el vecino.

## **El señor Barboza**

De color, rasgos y pelo negro indios, el señor Barboza hizo amistad con mi papá desde que se conocieron; nativo de Boyacá, Colombia, era un gran artesano, fabricante de cobijas de gran colorido y por su material, muy apropiadas para el clima frío. Tenía el taller en su casa, a un cuarto de cuadra de donde vivíamos y en su esforzado e incansable trabajo, lo ayudaban su esposa y un par de hijas muy jóvenes y lindas, que el señor Barboza celaba obsesivamente de los muchachos volantones, que buscaban conversar con ellas por una ventana que daba a la calle. Pocos años después, cuando ya nos habíamos mudado del lugar, me enteré que aquel celo para impedir el coqueteo juvenil, no había servido para nada, pues, las hijas cansadas de tanto encierro, un día se escaparon sin dar aviso.

## **Doña Julia Rosales**

Esta señora vivía en una casa, diagonal a nosotros, con techo de tejas y un patio interior de grato recuerdo, porque tenía manzanos, como era costumbre en muchas casas de la época en el pueblo. Era hermana de los señores Pablo y Teófilo Rosales, dueños de una surtida ferretería en la plaza Jáuregui. No constituyó amistad duradera con nuestra familia y solamente llegaba a hablar y mirar todo; a veces decía cosas sin sentido. Mis sospechas de que tenía alguna falla mental, se confirmaron más de 30 años después, cuando la vi, por última vez, en la carrera 6, con la mirada perdida.

## **La señora Manuela Paz**

Otra vecina que recuerdo era la señora Manuela Paz, quien residía, justo al lado de nosotros, saliendo a mano izquierda, en casa amplia, con techo de tejas, patio interno con abundantes plantas, entre las cuales, destacaban, manzanos y la única araucaria que había en La Grita. Amable y amante de los animales, tenía pájaros y palomas, tanto caseras como unas que vi allí por primera vez, llamadas “maracaiberas”, color café con leche, con una raya negra en semicírculo en el pescuezo. Por cierto, dicha variedad de palomas, un poco más pequeñas que las más comunes de variados colores, pueden ser originarias de África, ya que las he visto en documentales de ese continente, en su ambiente silvestre.

## **Don Martín Pernía**

Bajando la calle, al pasar la casa de la señora Paz, vivía don Martín Pernía, ex campesino, rubicundo de prominente abdomen, el cual fajaba siempre con ancha correa de cuero, característica de los varones viejos del campo de aquellos años. Era un hombre con algún ganado vacuno y propiedades; una mañana, con curiosidad de niño observé en la puerta de su casa a don Martín hablando con un sujeto de uniforme militar y pistola al cinto. 30 años más tarde, siendo yo oficial de la Fuerza Aérea Venezolana, conocí a ese señor, que resultó ser hijo de don Martín: José Inocentes Pernía Arellano, graduado en la Escuela de Aviación Militar en 1950, quien obtuvo antes de su retiro, el grado de coronel. Como hipótesis, ahora difícil de probar, supongo que el ingreso de José Inocentes a la Fuerza Aérea Venezolana, estuvo influido por el teniente Jesús Manuel Roa Moreno,

hermano de doña Efigenia de Chaparro, muerto en un avión AT-6, en julio de 1943, en el lago de Valencia.

## **Violenta patada de un caballo a una señora**

Un domingo en la tarde, andaba paseando con mi papá por la plaza Sucre, entonces, un lugar feo, con piso de tierra y pocos árboles. Por muchos años fue sitio de encuentro de campesinos con bestias o sin ellas, que llegando del campo o saliendo hacia él, se reunían para conversar o tomar licor. Eso ocurría los días domingo y aquella tarde no era la excepción; caminando por detrás de un arisco caballo amarrado frente a una bodega, intentaba caminar una señora con un canasto lleno, cuando se escuchó un ruido seco y breve, cayendo fulminada al suelo la mujer, bañada en sangre la cabeza. Corrieron con ella familiares y curiosos, llevándola al hospital San Antonio, en una camioneta pick up, dándola por muerta al tener la frente abierta. Años después, vi la sufrida mujer en el mercado municipal y por preguntar supe que era ella; por milagro del Cristo estaba allí con la frente hundida para siempre y alegre de haber burlado la Parca...

## **El asesinato de Romero**

Una noche, muy tarde ya, la quietud y el silencio se rompieron con repetidos toques de corneta de un automóvil, muy cerca de nuestra entrada. Poco después, por las calles se oían voces alarmadas, por lo cual casi el resto de la noche lo pasamos desvelados. En la mañana, cuando mi papá se levantó a trabajar, cosa que hacía muy temprano, cerca de la casa, había un pequeño grupo comentando sobre un hombre muerto cerca de allí, por la calle 3. Se trataba de Romero, hijo de los señores Fídolo y Oliva, quienes vivían, casi alineados con nosotros, por la calle 3; era hermano de Francisco Romero, quien tenía amistad con nuestro hermano Hernando, alternando estudios de bachillerato con serenatas nocturnas. El hombre muerto, había sido asesinado a puñaladas y abandonado su cuerpo sobre la acera y era esposo de la señora Aura de Romero, quien vivía a cuadra y media de nosotros hacia arriba, por la misma calle 2 y luego mantuvo amistad con nuestra hermana Jesusa, por trabajar ambas, largos años en el hospital San Antonio. Nunca supe si aquel asesinato fue resuelto, o si el culpable fue capturado.

## La familia Salas

Por la acera norte, cruzando la calle 2 y a unos 30 metros de nosotros hacia arriba, vivía la familia Salas. De forma muy difusa recuerdo las caras de los padres de dicha familia y solo conservo en la mente someros rasgos del señor Salas, algo catire y blanco, siempre con sombrero. De los muchachos, con el que más hicimos contacto fue con Humberto, de quien perdimos el rastro, años después; la señorita Cruz, mujer menuda y de edad madura, iba cada semana a donde vivíamos, a planchar nuestra ropa; creo que mi mamá le pagaba 3 reales (Bs. 1.50) por cada día de trabajo, el pago promedio para ese trabajo en aquella época. Una de las cosas que nunca he olvidado de esa casa, eran sus árboles de naranjas, al final del solar, en el borde de una hondonada profunda y larga que años después conocí como callejón San Francisco, el cual recorre el pueblo, longitudinalmente, de este a oeste, casi totalmente; los mencionados naranjos eran grandes, frondosos y siempre estaban llenos de frutos en grandes racimos escondidos por las hojas, con sus grandes y jugosas naranjas verdes, pintonas y maduras.

Otro personaje de aquella familia era un joven de unos 25 años, cuyo nombre nunca supe y a quien todos llamaban “Nohecita”, por su tez de color moreno oscura, que contrastaba con el resto del grupo familiar. Alguien, probablemente, en su infancia, con ese buen humor de los pueblos andinos, le había inventado ese apodo, por el cual sería conocido quizás por el resto de su vida. En una habitación, en la casa de los Salas, vivía un joven que parecía no ser familiar, de quien toda la cuadra decía que sufría noches de insomnio, a causa de un horrible ser que nunca podía ver, pero que se sentaba en su cama y caminaba sobre su barriga. Su rostro pálido, con marcadas ojeras, hablaba del sufrimiento de aquel hombre, quizás asociado a un problema mental. El último recuerdo que tengo sobre la familia Salas, se relaciona con una mujer joven, bien parecida, de pelo largo, en un cuarto sobre su cama, con semblante enfermo. La vi pocas veces, con curiosidad de niño, a través de su puerta entornada y le encontraba parecido con una reproducción de pintura, que allí mismo había colgada en la pared, muy común en casas de la época, en la que la figura principal era una mujer joven, acostada y sonriente en un florido jardín.

Un domingo soleado a mitad de tarde, vi pasar hacia la iglesia de Los Ángeles, a cuadra y media de donde vivíamos, el cortejo de familiares y algunos vecinos, llevando un ataúd, cuya esquina delantera izquierda, era sostenida por el señor Salas, jefe de familia, esta vez sin sombrero y muchas lágrimas; nunca supe a quién llevaron a enterrar esa tarde, pero jamás volví a ver a aquella dama.

## Por poco me atropellan

Una tarde fui a cumplir un “mandado” de mi mamá, no recuerdo si a la casa del señor Octavio Sosa o a la del señor Barboza; al tocar la puerta que había al final de un pasillo, salió violentamente un perro grande, ladrando y con intenciones de morderme. Mi susto fue tan grande que salí corriendo de esa casa para atravesar la calle, sin recordar el paso de los carros. Poner mis pies en la calle y sentir el golpe de un carro en mi cuerpo fue algo simultáneo, que me dejó encima del capó del motor de un automóvil de color verde manzana. El fuerte ruido del frenazo del carro y el grito de una señora que pasaba, sacaron del letargo la cuadra y, en un instante, había un ejército de vecinos en el sitio. Fue un gran susto para mí, mi familia y el chofer, que gracias a Dios no pasó de un aporreo en las rodillas. Tiempo después, quizás dos o tres años, supe que el automóvil era un “carro de plaza” (taxi) marca Chevrolet, sedán, modelo 1950, que solía conducir un sujeto, a quien mi ingenioso papá puso el apodo de “Matacho de Lacre”, por el color rojizo de su piel. Ese Chevrolet, uno de los modelos más lindos de esa marca, con frecuencia estaba en la plaza Bolívar junto a otros taxis, esperando a alguien que necesitara una “carrera”.



Chevrolet Deluxe 1950, similar al carro taxi relatado

## Una camioneta accidentada en el río

Mi papá solía sacarnos a pasear a pie y aproximadamente hasta los 6 o 7 años de edad, nos llevaba de la mano. Un domingo por la tarde, andaba con él y no recuerdo si iba otro hermano; caminando atravesamos la plaza Sucre, pasando por un costado del Liceo Militar Jáuregui hasta llegar a una piedra inmensa a orillas del camino, llamada “Piedra Gorda”; nos detuvimos un rato a mirar y tocar la piedra, para seguir luego por el camino

que iba hacia Mogotes y otros campos, atravesando el río La Grita. Pero no seguimos tan lejos y al llegar a una curva del camino, incipiente carretera que dejaba ver abajo el río, vimos los pozos llenos de muchachos que chapoteaban en las frías y transparentes aguas. Pero lo que más recuerdo de esa tarde, fue una camioneta que venía hacia La Grita y al tratar de pasar por el río, se atascó entre arenas y piedras, apagándose su motor; desde el punto en que estábamos, vimos la lucha de quienes iban en el carro y voluntarios que se sumaron, tratando sacar la camioneta de aquella trampa, pero todo fue inútil, por lo menos hasta la hora en la que mi papá decidió que regresáramos a casa, ya para ocultarse el sol. Por varios años vi la camioneta en el pueblo, era una Ford “panel”, de color verde oscuro, modelo 1940, con sus ventanas ovaladas en las dos puertas traseras.



Camioneta Ford Panel 1940

## **El Liceo Militar Jáuregui**

Dos símbolos destacan en La Grita, que identifican la urbe, entre propios y extraños. El primero de carácter religioso-espiritual, con 412 años de antigüedad, el Santo Cristo de La Grita, ubicado en su capilla en la Basílica Menor e Iglesia Matriz, en el costado este de la plaza Bolívar, visitado por el propio Libertador Simón Bolívar, a su paso por el pueblo en la Campaña Admirable, en mayo de 1813. Su imagen, venerada por muchas generaciones de católicos nativos y de todo el país, concita millares de personas cada 6 de agosto para expresar su fe y devoción. El segundo símbolo en importancia, es el Liceo Militar Jáuregui, que inició actividades en septiembre de 1952 y de cuyas aulas fue pionero, ese mismo año, nuestro hermano Hernando, a quien seguimos todos los varones de la familia, a medida que concluimos la escuela primaria. En ese complejo proceso, aún no explicado de la memoria, aún recuerdo de manera muy vaga, en las quietas y calladas madrugadas,

a las 5 am, los lejanos toques de diana de la Banda de Guerra del Liceo, anunciando las actividades del nuevo día.

Todo gritense de aquella época, debe recordar el primer viaje del Liceo a la ciudad de Caracas, para asistir al desfile del 5 de julio de 1953, dentro de lo que se llamaba en la época la Semana de la Patria. El día de la partida de La Grita, al amanecer, comenzó el paso de autobuses Ford y Chevrolet, de color verde oliva, llenos de alumnos, algunos de ellos tocando con gran estruendo instrumentos de la banda de guerra, hasta que el último vehículo pasó frente a la casa, siguiendo a la caravana que, como inmenso gusano, iba a serpear por polvorientas carreteras por tres días, hasta llegar a Caracas. Hernando, aún conserva una fotografía de gran calidad, en blanco y negro, montada en un marco de madera hecho por nuestro padre, tomada en el estadio de la Universidad Central de Venezuela, recién inaugurado aquel memorable año, en la cual aparecen de pie todos los oficiales y suboficiales de planta, así como los alumnos del Liceo Militar Jáuregui, luego de su desfile por la avenida Los Próceres, aquel 5 de julio.



Liceo Militar Jáuregui | Fotografía: Juan A. Sánchez G.

## La Virgen de Coromoto

Un día amanecieron las puertas en la mayoría de las casas, adornadas con la bandera pontificia, formada por dos franjas horizontales paralelas, la de arriba color blanco y la de abajo, amarillo. La mayoría hecha de tela y otras más pequeñas, de papel suave, del mismo con que se forraban las cometas. También había banderines con los mismos

colores, que colgaban de cuerdas que atravesaban las calles y carreras. En todo el pueblo se respiraba aire de fiesta religiosa, que culminó en una gran procesión, de cuyo recuerdo hubo por muchos años en nuestra familia, una pequeña foto en blanco y negro, que grabó para siempre una gran muchedumbre en la plaza Cáceres. Mucho tiempo después, me enteré que el 8 de septiembre de 1952 se realizó la consagración de la Virgen de Coromoto, como la Santa Patrona Nacional, en conmemoración de los 300 años (8 de septiembre de 1652), de su aparición a los indios Cospes, en las cercanías de Guanare, estado Portuguesa. Ahora supongo que los eventos de aquel día en La Grita, tuvieron su réplica en todo el país.

## **Ruidos en la noche**

Quedaron grabados en mi memoria de niño algunos sonidos que, aunque suaves y lejanos, en la profundidad, quietud y silencio de las noches de la época, motivaban la imaginación con la complicidad de la almohada y la tibieza de la cama. Uno de ellos, era un zumbido muy tenue, parecido al de un motor eléctrico que gira libremente. En el presente, imagino que ese leve ruido, sólo perceptible en el silencio de aquellas noches, se debía a una planta hidroeléctrica que, movida por una caída de agua, generó por muchos años electricidad para el pueblo.

De esa planta oía hablar al señor Polo, electricista municipal, con mi papá en ocasionales visitas que nos hacía. La ubicación de ese ingenio, según la conversa, era al este del pueblo, en la zona del río La Grita. Espero algún día indagar la verdadera historia de esa instalación, así como la de la Sub-estación eléctrica que quedaba en la calle 1 con carrera 7, en casa amplia construida para ese propósito, en cuyo dintel de la entrada, tenía un letrero de grandes caracteres en relieve que identificaba la edificación y el año: 1933. Realmente, deseo que las autoridades regionales hayan comprendido y resguardado el valor histórico de esos lugares.

Otro ruido que no he querido ni podido desalojar de mi memoria, escuchado en las noches de aquella casa, era el encendido de un motor que con sus aceleraciones iniciales para lograr su calentamiento y ahuyentar el frío de la noche, se escuchaba grave e insistente como el bramido de un toro; tiempo después supe que era un camión Reo, de cabina negra y parrilla plateada, que solía estacionarse en la calle 4, entre carreras 6 y 7. Otros ruidos, eran los carros que pasaban, cada vez más espaciados a medida que la noche avanzaba, poco intensos, si eran automóviles y más fuertes, si se trataba de

camiones. En todo caso, esos ruidos no trasnochaban, porque el sentido de circulación era bajando la pendiente de la calle 2 y el tráfico nocturno era escaso.

## **Don Evangelista Parra**

Recuerdo la cara y figura de este señor, como si ahora mismo lo estuviese viendo; alto, flaco, de piel blanca y pelo negro, tenía una bodega en la esquina de calle 2 con carrera 9, por la misma acera y a media cuadra abajo de donde vivíamos. Tenía tres hijos adolescentes, un varón y dos hembras lindas. Mi hermano Alfonso, cuando iba temprano en las mañanas a comprar algún encargo de mi mamá, si acaso coincidía con el desayuno de don Evangelista, era obsequiado con algún pedazo de queso, carne asada o aguacate con arepa. Algún tiempo después, esa familia con su bodega, se mudó media cuadra más abajo, por la acera del frente, manteniendo su generosidad y su negocio surtido y activo.

Años después, cuando nosotros nos mudamos de la casa de Luis Mogollón, supimos que las hijas del señor Evangelista, se habían ido con sus novios, sin permiso de sus padres, probablemente acosadas por el excesivo celo de su papá, en episodio parecido a las hijas del señor Barboza, jóvenes y hermosas, también, que cedieron al apremio del amor y a la llamada de la vida, como viene ocurriendo desde siempre.

## **Las arepas de doña Oliva y don Fídolo**

Mientras vivimos en la calle 2, entre carreras 9 y 10, durante un tiempo, mi mamá mandaba comprar las arepas para el desayuno, hechas por la señora Oliva, quien vivía en la calle 3, casi a la misma altura de nosotros. En esa tarea nos turnábamos los varones menores, que íbamos como a las 6 am, con una bolsa de fique; al llegar a la casa de doña Oliva y su esposo don Fídolo Romero, pasábamos a la cocina que, amplia y llena de humo por la leña ardiendo en fogón, era el epicentro de la actividad económica del hogar, en el cual los esposos se repartían los oficios; don Fídolo molía el maíz pilado blanco ya cocido, dando vuelta a la manivela de una vieja máquina Corona, mientras que doña Oliva, con los ojos llorosos por el humo, amasaba el maíz molido y con hábiles manos daba forma a las arepas, las colocaba en el tiesto y les daba vuelta cada cierto tiempo hasta que estaban asadas. Siempre doña Oliva nos despachaba 11 arepas de buen tamaño, una para cada integrante de la familia, a locha cada una. Inolvidables el olor y

sabor de aquellas arepas, hechas con el esmero y el grato fogón de esa generosa pareja gritense, desaparecida hace años.

## La Iglesia de Los Ángeles

A una cuadra de la casa, por la misma acera de la calle 2, entre carreras 8 y 9, la iglesia de Los Ángeles compartía junto con la iglesia Matriz de la plaza Bolívar, las responsabilidades religiosas con los fieles católicos. El atrio de la iglesia de Los Ángeles está al frente de la plaza Jáuregui, en el costado este de la misma, y en ese atrio subiendo unos escalones está la entrada principal. Otra puerta lateral, por la calle 2, complementa los accesos y salidas del templo. Desde la casa, se oían las campanas que anunciaban a los feligreses las actividades, con un antiguo código que todos los parroquianos entendían; la frecuencia e intensidad de los golpes del badajo al bronce de las campanas, dados con maestría por el sacristán, decían sin hablar si ya venía la misa, si había un matrimonio; en el toque que nadie se confundía era cuando los sonidos eran lentos, tristes, anunciando la muerte de algún cristiano. Pero el repicar que todos esperaban, grandes y chicos, era el que llevaba a las misas de aguinaldo, en las frías madrugadas de diciembre, alternado con lindos villancicos que nadie olvidaba, lanzados a los cuatro puntos cardinales por altavoces que también en las noches animaban a los vecinos a caminar, mientras conversaban en la plaza en medio de las travesuras de niños y adolescentes, que corrían lanzando saltapericos y triqui-traques. En cierta semana, comenzaron los trabajos de refacción y modificación de la iglesia para llevarla al estilo neogótico que exhibe actualmente, bajo la dirección de un maestro constructor de apellido Rangel y la continua supervisión del párroco, el Padre Teodosio Sandoval Mora.



Iglesia de Nuestra Señora de Los Ángeles

## El Cura Sandoval

Según supe, muchos años después, el Padre José Teodosio Sandoval Mora, párroco de la iglesia de Los Ángeles, llegó a La Grita en 1929. Entre sus logros estarían las gestiones con los sacerdotes eudistas para la construcción del seminario Kermaría y la remodelación de la iglesia de su parroquia.

En nuestra familia no guardamos buena imagen de él en el sentido clásico del sacerdote católico, ya que tenía fama de maltratar de hecho y palabra a los fieles; personalmente lo comprobé, un domingo en la tarde, en clases de catecismo, a las cuales asistía con Joaquín. Una señora, de aspecto muy humilde, se salió de la cola formada para la confesión o la comunión y el cura se le abalanzó, dándole coscorrónes y gritándole, en actitud de un verdadero canalla. Pocos años después de ese ingrato evento, el cura usaba para trasladarse un automóvil Chrysler, color azul en dos tonos, uno de los modelos más hermosos de esa marca norteamericana. Menciono ese recuerdo no con ánimo de sarcasmo o crítica, sino para evocar gratamente una marca y modelo de automóvil que siempre quise poseer. Me parece que el carro lo conducía el señor Antonio Rey, quien tocaba el órgano, cantaba en las misas de la iglesia y vivía en una casa en la calle 2, frente a la plaza Sucre.



Pbro. José Teodosio Sandoval Mora

## **Las clases de catecismo**

Mis primeras lecciones de catecismo las comencé a recibir junto a mi hermano Joaquín, con una señora cuyo nombre no recuerdo, que iba a la casa cierto día por la tarde. En realidad, fueron pocas lecciones a domicilio, porque un día, mi mamá decidió que continuáramos el aprendizaje en la Iglesia de Los Ángeles, los días domingo por la tarde. Fueron pocas, también, las clases allí, debido, por una parte, a la mala impresión y temor que nos dio un incidente del cura Sandoval y, por otra, que, al mudarnos de casa a varias cuadras de distancia, ya se hizo más difícil nuestra asistencia. Tiempo después, continuamos las clases, igualmente, los domingos por la tarde, en la Iglesia Matriz del Espíritu Santo, en el borde este de la plaza Bolívar. Debo confesar que, Joaquín y yo, no fuimos alumnos aventajados en el aprendizaje del catecismo, y solamente a trancas y barrancas, concluimos, años después, la enseñanza necesaria para recibir la primera comunión.

## **Un domingo de paseo a Las Porqueras**

Un día domingo, mi papá decidió llevar a la familia a pasear a un lugar del campo que no conocíamos, llamado Las Porqueras; el señor Octavio Sosa, vecino de la casa, era lo que mi papá llamaba un “sopón”, hombre con propensión a la intromisión y al chisme, enseguida se autoinvitó con su familia, la señora Lina y su hija Digna. Poco después de almorzar, a eso de la 1 pm, salimos caminando hacia el este, pasando por el sector llamado San Vicente y bajo un sol abrasador, todo el tiempo, por camino de tierra en subida; luego de un par de horas, llegamos al lugar que buscábamos. Más alto que La Grita y rodeado de elevadas montañas, tenía un clima agradable, casi frío, con nubes bajas desplazándose por el viento. Sin conocer a nadie, en aquel hermoso y remoto paraje, nos acercamos a una casa a orillas del camino como para buscar sombra, agua y descanso, lo que fue fácil para el señor Sosa, quien apenas saludó al dueño de casa, rápidamente se sentó en una silla de cuero en un corredor, sin importarle que, por falta de sillas, algunas mujeres se quedaron de pie. Una de ellas, mi hermana Susana, se acercó buscando asiento y Sosa, con humor grosero, le enseñó un dedo verticalmente y dijo: “¡Siéntese aquí!”. Luego de descansar allí, tomar agua y café, que aquellas buenas gentes nos dieron, emprendimos el regreso al pueblo, llegando a la casa, cuando empezaba a caer el sol.



Paisaje típico en Las Porqueras

## **La ferretería de los Rosales**

En la calle 2, esquina con carrera 7, frente al almacén “El Gato Negro”, estaba la ferretería de los hermanos Teófilo y Pablo Rosales, en amplia casa con techo de tejas, que aún existe, con puertas para la calle y la carrera. La primera vez que fui a una ferretería fue a la de estos señores, acompañando a mi papá a comprar unos tornillos, era la más surtida de La Grita y por sus vitrinas y aspecto posiblemente la más antigua; desde entonces las caras y voces de sus dueños, así como el olor de la mercancía allí ofrecida, forman parte de mi imagen e idea de una ferretería bien constituida, apropiada y amablemente bien atendida.

## **El primer motor de mi papá**

La ayuda que le dio don Luis Mogollón a mi papá para la compra de su primer motor fue crucial, y lo que él me contó se me olvidó parcialmente ; así que, no sé si lo compró a crédito en el negocio que don Luis tenía, o si lo adquirió en San Cristóbal, lo cierto es que recuerdo como si fuera hoy, aquella mañana en que llevaron el artefacto a la casa y con gran emoción mi papá lo sacó del guacal de madera de pino, cuidadosamente embalado con “churcos” largos y finos de oloroso pino extranjero; era pesado, todo metálico y de color gris. Con orgullo y gran curiosidad, mi papá lo revisó todo y leyó con detalle las especificaciones en una placa metálica fija con remaches al cuerpo del motor, el cual era eléctrico, trifásico, marca Brown Boveri de 4 HP, fabricado en Suiza.

Ese día, no se pudo prender el motor, ya que en aquella casa no había energía eléctrica trifásica, por lo que el señor Gómez, electricista amigo de mi papá, llamado para esa ocasión, ayudó a subirlo a un banco improvisado y dijo: “vamos a probarlo, don Jesús”, y acto seguido hizo girar con ambas manos y con fuerza la ancha polea, mientras mi papá, que previamente había instalado un disco en el eje del motor, pasó un listón de madera cortándolo en dos partes, en medio de risas y emoción.

Días más tarde, mi papá, con ayuda de Hernando y Rafael, terminó la mesa para la sierra, en fuerte madera de cascarillo, adosada a dos largueros que reposaban en el piso, sobre los cuales fijó el flamante motor con dos rieles de acero que formaban parte de su dotación. Hubo que esperar la instalación eléctrica trifásica para ver funcionando aquel importante esfuerzo de mi papá.

## **El señor Gómez, “inventor” de la luz**

Tan pronto mi papá terminó la mesa para la sierra y la colocación del motor en su lugar, llegó el señor Gómez, electricista colombiano, de quien no recuerdo su nombre, aunque sí su semblante y voz, quien procedió a hacer la instalación del circuito eléctrico que cuando estuvo listo permitió, con el movimiento de una “cuchilla”, escuchar por primera vez el suave giro del motor solo, sin la banda o correa. Con poco esfuerzo, la correa fue colocada, uniendo y transmitiendo el movimiento y potencia del motor a la sierra, probada a continuación, exitosamente, en el corte de una tabla, con el ruido y polvo característicos.

El señor Gómez, después de ese día, desapareció para siempre de La Grita, fue muy apreciado por mi papá como un hombre muy trabajador y servicial, quien, además, como me lo recordó, un día en su vejez, en los eventos que más se recuerdan, mientras más antiguos son, fue el amigo que le recomendó un día de dudas e incertidumbre, irse a vivir a La Grita, la decisión más valiente y mejor de mi padre. Y también, un recuerdo para mi hermano Salomón, quien, respondiendo a la pregunta de su maestra de segundo grado en la Escuela Padre Maya, dijo que el señor Gómez había sido “el inventor de la luz”.

## **El señor Polo, un electricista inolvidable**

Varias veces, estuvo visitando a mi papá el señor Polo, con quien estableció amistad. Era oriundo de la región colombiana de Antioquia, caracterizada por su gente emprendedora y extrovertida. De tez morena oscura, rasgos indios, pelo negro liso, siempre cubierto por

un sombrero, de fácil conversa y buen humor, se desplazaba siempre a pie, solo, con su principal herramienta al hombro, una larga escalera de madera con largueros de mapora y al cinto una funda de cuero con alicate, destornillador y martillo, suficientes para su trabajo de hacer instalaciones eléctricas o arreglar averías. Entablaba con mi papá largas y amenas conversas, llenas de chistes, refranes y recuerdos de su querida tierra.

Desconozco si el señor Polo, de quien no conocí su apellido, regresó a su país o murió en La Grita, pero de lo que sí estoy seguro, es que con su partida sin retorno y la del señor Gómez, se esfumó para siempre el bonito paradigma del electricista de antaño, funcionario público a domicilio, honrado, efectivo y humano.

### **Julio Pérez y su Studebaker verde**

En la década de los años 50, Julio Pérez fue un personaje conocido en La Grita en el ambiente de la enseñanza a nivel primario y desconozco si también a nivel secundario. Nunca recibí clases de él, así que no puedo dar opinión por su calidad como maestro; pero sí puedo dar constancia de su aspecto físico, siendo un hombre de tez blanca, pecoso, de pelo liso castaño-rojizo, con voz de locutor. Las versiones de dos hermanos míos, Hernando y Susana, contadas por aquellos años, en mi presencia, lo referían como una persona prepotente, ofensiva y desmotivador con sus alumnos, a quienes, frecuentemente, mencionaba, un personaje ficticio, “la mano peluda”.

Las personas de aquella época, también, deben recordarlo por un automóvil sedán, color verde manzana, marca Studebaker Champion, modelo 1950, de forma muy peculiar, de su propiedad.



Studebaker Champion 1950

## **Noches de cuentos de brujas y espantos**

Por algún tiempo, los adolescentes y niños, tanto hermanos míos como vecinos, nos reuníamos en las noches en la puerta de la casa, y sentándonos en sillas o en la acera, los más versados y audaces comenzaban a contar relatos de brujas y personajes del más allá, que habían escuchado de personas mayores o que -más atrevidos o embusteros- habían visto personalmente. De esas noches, en las que estaba un muchacho de la cuadra con cara de becerro, que luego nunca volví a ver, recuerdo el cuento sobre un grupo de hombres y mujeres a bordo de un camión con barandas, que algunas noches se veía por las curvas de Borriquero, muy tarde en la noche, en aquellas soledades, sus voces y risas siempre en el mismo camión con desconocido y fallido destino. La explicación que siempre se daba de la extraña visión, era la de un accidente hacía muchos años en el mismo lugar, de un vehículo similar donde hubo muertos y heridos.

También de esas tertulias, guardo las primeras versiones de la mujer vestida de blanco que salía en las plazas solitarias a los hombres trasnochadores; pero uno de mis cuentos favoritos, que no me causaba espanto, oído del mismo muchacho con cara de becerro, era el de las brujas que volaban en noches claras en medio de los árboles, sobre valles y montañas silenciosas, lanzando carcajadas sobre las pocas y distantes casas campesinas.

Todas las sesiones nocturnas terminaban tan pronto mi mamá pegaba un grito llamándonos, a eso de las 9 pm, a más tardar. Por si las moscas, al acostarme a dormir, me arropaba hasta las cejas, por el frío de la noche y por las criaturas del más allá.

## **Un “platillo volador” sobre La Grita**

Probablemente, fue en la segunda mitad del año 1953, cuando mis padres decidieron inscribirme en un kínder que funcionaba en una casa de la calle 3, entre carreras 10 y 11, subiendo por la acera izquierda. Era una casa modesta, con estilo y distribución propios de la época, techo de tejas, patio interno con muchas plantas y un corredor que circundaba las habitaciones e incluso la sala donde recibíamos clase los pocos niños que asistíamos.

Una mañana, en medio de un receso, alguien empezó a mirar al cielo, señalando un objeto; acto seguido nos volcamos todos al patio para observar con gran asombro en el cielo muy azul y limpio de aquel momento, un punto oscuro que volaba muy alto, dejando

atrás un trazo recto, muy blanco que hacía gran contraste con el azul celeste. Se desplazaba sin ruido en dirección sur-norte. Era algo sin explicación para los presentes, incluso la maestra; alguien, haciendo eco quizás a un término de moda mundial en la época, exclamó: “¡Un platillo volador!”. Tácitamente, todos aceptamos así, tal evento nunca visto en La Grita y una vez desapareció de nuestra vista en el patio, regresamos al aula con gran agitación. Muchos años después, siendo yo cadete de la Escuela de Aviación Militar, la explicación que me di al recordar esa experiencia, fue que tuvo que ser el sobrevuelo por nuestro querido pueblo por algún oficial piloto de caza, paisano de aquellas tierras, a bordo de un avión cazabombardero De Havilland Vampiro, el único existente, entonces, en Venezuela capaz de volar con esas características. Una de las razones que motivó mi ingreso a la Fuerza Aérea Venezolana, el 21 de agosto de 1966, fue aquel silencioso y pequeño punto que se desplazaba en el cielo.



Avión DeHavilland Vampiro | Ilustrador: Henry Javier Aponte

## **Mi hermano Alfonso y la cuerda del reloj**

No había cosa que cayera en manos de Alfonso, que no tratara de desarmar; un día, no pudiendo echar a andar un reloj de pulsera de su propiedad, agarró un destornillador y un martillo de mi papá y acostándose boca abajo sobre el patio encementado junto al taller, abrió la caja del reloj y con minuciosidad fue sacando las piezas del mecanismo, hasta dar con una pequeña cinta metálica enrollada sobre sí misma y, con asombro, creyendo haber encontrado la falla, exclamó: “¡Con razooooón, era la cuerda enredada!” y enseguida, la puso en el piso de cemento rústico y a golpes de martillo, trató de enderezarla.

Por supuesto, que ese reloj, por muy suizo que fuera, jamás volvió a dar la hora; mi papá, haciéndose el pingo, disimulaba la risa detrás de su banco de trabajo.

## **Mi Padrino, el relojero José Antonio Ríos**

En una casa de dos pisos, que con el tiempo compró, vivía y trabajaba el señor José Antonio Ríos, relojero de profesión llegado a La Grita desde Colombia, hacía varios años; era muy amigo de mis padres, vínculo que se fortaleció con el tiempo, con el sacramento católico del bautismo, mediante el cual se convirtió en mi padrino. Su casa, que aún existe, está en la calle 3, entre carreras 6 y 7. En un local de la casa con puerta para la calle 3, tenía vitrinas de madera y vidrio, algunas hechas por mi papá, donde exhibía relojes para la venta de fabricación suiza: Omega, Lanco, Tissot, Nivada, Oris, Revue y otros. También vendía joyas de oro y plata, cuya reparación hacía y ofrecía la señora Bertha, su esposa. La reparación de relojes la hacía mi padrino con gran maestría, sentado en un lugar de insólita pequeñez, al lado de las vitrinas; con un lente especial sobre un solo ojo, hurgaba con gran pericia las vísceras del más complejo reloj, de cuerda mecánica o automática, producto de la fina ingeniería relojera suiza, mientras consumía kilómetros de cigarrillos Record, Alas o Jonrón, con filtro o sin él, en silenciosa y automática sucesión.

Una tarde que pasamos por allí Joaquín y yo, entramos a saludarlo, observando arrobados cómo reparaba un reloj, conversaba y fumaba sin despegar un instante el cigarrillo de los labios, hasta que este se apagaba por haberse acabado el tabaco, quedando en su lugar un cigarrillo completo de ceniza, que milagrosamente, no se desprendía. Nunca volví a ver a nadie haciendo algo así. Mi padrino tuvo tres hijos: Pompilio, Marina y Luz Estela. Completaba su grupo familiar la señora Andrea, su mamá, ya de avanzada edad, por quien mi mamá tuvo gran aprecio. Le conocí un hermano llamado Aurelio, quien por varios años tuvo una joyería llamada “El Granate”, situada en la carrera 6, entre calles 2 y 3. Por algunos años, mi padrino mantuvo la costumbre de salir a caminar por el pueblo al caer la noche, con sombrero y sobretodo de paño, si hacía frío -en aquella época eran frecuentes el frío y la neblina nocturnos- y con su eterno cigarrillo, era la viva estampa del detective de las películas norteamericanas de los años 40. Junto con el doctor italiano Zino Castelazzi, tuvo el primer Volkswagen Escarabajo en La Grita, uno cada uno, el de él, color gris chinchilla.

Años después, ya como cadete de la Escuela de Aviación Militar, lo visité en unas vacaciones y se alegró mucho de mi presencia; luego, también, lo visité en diciembre de 1980 con Nidia, en ocasión de nuestra luna de miel, lo que lo alegró bastante y para celebrar dispuso una botella de whisky, que disfrutamos durante varias horas. Fue en la segunda mitad de 1982, que estuve en su casa por última vez y en esa oportunidad lo visité yo sólo, notando con rareza que había dejado de fumar por prescripción médica, lo

cual estaba haciendo con mucha dificultad, ya que el cigarrillo había sido para él un hábito de muchos años y en su lugar cada cierto tiempo chupaba un caramelo. Cuando me despedí, aquel día, pidiéndole la bendición, como hacemos los católicos y como lo hacía con él desde niño, no imaginaba que ya no lo vería más. Un día de 1985, estando yo trabajando en la Base Aérea El Libertador, en Palo Negro, Estado Aragua, recibí una llamada de mi mamá desde San Cristóbal, avisándome su fallecimiento; con gran tristeza me lo comunicó mi mamá, porque siempre le tuvo muy alto aprecio. Por razones de mi trabajo no pude ir a San Cristóbal, donde murió y hoy lamento no haber compartido más tiempo con mi padrino José Antonio Ríos, un paradigma desaparecido.

## **Navidad con mis primeras botas**

Una tarde de diciembre de 1953, cercana a la navidad, me mandó a llamar mi padrino José Antonio Ríos y si recuerdo bien, fui para su casa acompañado por mi mamá; al llegar allí nos llevó a una zapatería en la carrera 6 y ofreció regalarme un par de zapatos. Sospecho o supongo, que se dio cuenta de mi preferencia por unas botas de cuero marrón, de estilo vaquero que estaban en exhibición, pero que mi timidez me impedía manifestarle; ordenó sacarlas para probármelas y aunque me quedaban un poco holgadas, mentí diciendo que las sentía bien, al dar unos pasos por el negocio. Al regresar con mi mamá a la casa, me hizo guardarlas en su caja de cartón para estrenarlas en Nochebuena; me parece que la navidad de ese año, fue la más feliz de las que viví en La Grita, porque en la noche del 24 de diciembre, con muy pocos recursos económicos, ayudados por la bondad de vecinos inolvidables, como don Pancho Chaparro y doña Efigenia, así también por lo inmensamente barata que era la vida en la época, nos reunimos toda la familia y con gran alegría disfrutamos la belleza de los villancicos antiguos, cuya música venía en alto volumen desde la iglesia de Los Ángeles, mientras los muchachos hacíamos una batalla campal de saltapericos, busca-niguas, triqui-traquis y voladores. De todos esos juegos artificiales, que uno compraba sin restricción en cualquier bodega, el saltaperico era el preferido por casi todos los niños, por su bajo precio y facilidad de uso. Consistía en un delgado disco color azul pegado a un papel y para su activación se despegaba del papel y se raspaba en una superficie algo rugosa, como una pared o el piso, lo cual encendía el saltaperico que, con pequeñas detonaciones, empezaba a dar saltos impredecibles. Había que lanzarlo de inmediato, porque si se quedaba pegado a los dedos por sudor u otra causa, podía ocasionar dolorosas quemaduras. Su trayectoria, completamente aleatoria, fue causa de problemas en muchos lugares, así como su alta toxicidad, la cual llevó a causar muertes por envenenamiento en varios países. Uno de ellos, aquella nochebuena, acertó a meterse

por la caña de una de mis botas que alegremente estrenaba y en el apuro por sacármela y el dolor que me causaba su fuego en la piel, me pareció que pasaba un siglo. La gran ampolla, en la unión de la pierna con el pie, me dejó una cicatriz de muchos años. Temprano nos levantamos el día 25 y en el pie de la cama nos encontramos los regalos que mi papá nos había comprado; solamente recuerdo el de Joaquín, un hermoso camión repartidor de Pepsi Cola, con sus gaveras y minúsculas botellas y el mío, un bonito avión metálico de varios colores, en el que destacaba el verde.

## **Mi comienzo en la Escuela Padre Maya**

Imagino que mi papá convenció al Profesor Ramón Naranjo, Director de la Escuela Padre Maya, para permitirme la inscripción a destiempo, en el primer semestre de 1954. También supongo que la figura con la que me admitieron fue la de “oyente”, algo que se practicaba en algunos casos para la época. En todo caso, ese primer tránsito por esa recordada escuela, me sirvió para conocer a mi querida maestra de primer grado, doña María Duque, conociendo luego en profundidad esa institución, sus maestros, instalaciones y su dinámica. Su amplia casa, de un solo piso y techo de tejas, aún existe frente al costado sur de la plaza Jáuregui, a dos cuadras y media de donde habitábamos. Nunca he podido olvidar la bonita música que en los recesos colocaba en un tocadiscos el Profesor Ramón Naranjo.

Hace muchos años que dejó su rol como escuela de educación primaria de varones, que cumplió muy exitosamente por varias décadas, junto a su vecina la Escuela Parroquial, también solamente para varones. De las mañanas de esa primera etapa, en la que estuve asistiendo a clases, recuerdo un incidente, que curiosamente me ocurrió de manera casi idéntica dos o tres veces; estaba en esa etapa de los niños en que todos sus desplazamientos los hacen corriendo y yo salía de mi casa rumbo a la escuela, con mi cuaderno y un lápiz Mongol, recorriendo como una exhalación todo el trayecto hasta la entrada de la escuela, pero esas dos o tres veces tropecé en unos escalones que hacían más alto el nivel de la plaza Jáuregui sobre la calle y me fui de barriga sobre el piso, aterrizando ruidosamente a escasos metros detrás de mi maestra María Duque, que caminaba tranquila para su trabajo y quien por cierto, vivía allí cerca, frente a la Iglesia de Los Ángeles. Todas esas veces, doña María volteaba pegando un salto, asustada; la última vez que me ocurrió esa caída, por la cara que puso mi maestra, imaginé que ella pensó que yo lo hacía a propósito, en bromas propias de niño.

## El señor Ezequiel y su camión International azul

Estimo que el señor Ezequiel era un hombre a lo sumo de unos 40 años de edad, cuando lo conocimos en 1954; tenía un camión muy nuevo, año 1953, modelo R190, marca International, prestigiosa y preferida por muchos usuarios de camiones, camionetas y tractores, nacida y fabricada en los Estados Unidos de América, originalmente con el nombre International Harvester.

El camión del señor Ezequiel, de color azul celeste, ya era de formas modernas, con parabrisas de una sola pieza y líneas más rectas en cabina y guardafangos que sus predecesores, sobre todo el modelo 1948, que tenían los señores Maximiliano Robles y Avelino Varela, que me gustaban más.

Cuando mi hermano Alfonso terminó el tercer grado en la Escuela Padre Maya, en julio de 1954, el señor Octavio Sosa, vecino de la casa, habló con mi papá para “que le prestara el muchacho” como ayudante, ya que por esos días quería llevar a Maracaibo un cargamento de los productos que manufacturaba en su taller “El Granito Artístico”, los cuales vendería en esa ciudad zuliana. Tan pronto aprobó mi papá el asunto, supongo que la misma semana montaron la carga en el camión del señor Ezequiel y emprendieron el largo recorrido por las polvorientas carreteras de la época.



Camión International R190, año 1953

## **4. LA CASA DEL SEÑOR ARCÁNGEL SÁNCHEZ**

Un domingo por la tarde, mis padres decidieron conocer una casa que estaba ofreciendo en alquiler su dueño, el señor Arcángel Sánchez. Los acompañé junto con otros hermanos, no recuerdo cuáles. La casa estaba en la calle 2, por la acera derecha bajando, entre carreras 1 y 2. Al llegar al lugar, ya nos estaba esperando su dueño, quien a medida que avanzábamos en el interior de la casa, nos iba enseñando los ambientes. Así fueron apareciendo la sala, frente a la calle, que le pareció apropiada a mi papá para su taller de carpintería, un baño pequeño con una cortina de tela por puerta. Un patio con piso de cemento, a cuyos lados estaban las habitaciones y la cocina. Al pasar una puerta de madera, se tenía acceso a la parte posterior, con un pasillo y del lado izquierdo había un pequeño cuarto oscuro, sin ventanas y piso de tierra. Después del pasillo estaba la salida hacia el solar, verdadero interés de nosotros los menores, ya que donde estábamos viviendo no lo había; el solar fue lo que más nos gustó a todos, padres e hijos; grande con una parte plana al comienzo y la parte restante, la más grande, inclinada hasta su final al borde de la carretera Trasandina. Todo muy arbolado, donde abundaban, entre otras, las plantas de cambur; ya para terminar aquella primera visita a esa casa, recuerdo que, en la parte plana del solar, al lado de unas hojas caídas en el suelo, había un cambur maduro que mucho me provocó agarrar, pero allí se quedó, porque no me atreví a pedírselo al señor Arcángel. Al regresar caminando a la casa donde habitábamos, conversamos favorablemente de lo observado, sobre todo del solar, que me parece fue lo que decidió a mi papá la mudanza hacia esa casa, lo que tuvo lugar a finales de julio de 1954. Cuando Alfonso regresó del viaje a Maracaibo, el 5 de agosto -según nos contó después- recuerdo que a los menores nos trajo unos carros pequeños metálicos que nos gustaron mucho; a su regreso ya teníamos varios días en la nueva casa.

### **La primera exploración del solar**

Al día siguiente de nuestra mudanza para la segunda casa que habitamos de la calle 2, nos levantamos temprano y ansiosos salimos con prisa con mi papá, para recorrer por primera vez todo el solar. Con algunos resbalones por la pendiente del terreno, llegamos hasta el límite con la carretera sin llegar a ella, porque había un borde algo elevado con algunas matas de fique. Luego subimos por el margen oeste en lindero con la casa vecina y por ahí en la mitad del trayecto, encontramos una mata de chayota, enredada en la cerca y cargada de frutos que con gran emoción comenzamos a arrancar y como no teníamos allí ningún recipiente, improvisamos unos con los brazos cruzados. Alguno de nosotros, terminando de subir la cuesta para regresar, resbaló botando la carga sobre la

espalda de mi papá que iba detrás, haciendo que las chayotas con sus pequeñas espinas rodaran y saltaran en su dorso, lo que hizo que mi papá mirara al causante, con unos ojos como si se acabara de tomar un galón de jugo de limón concentrado. Aquel recorrido fue el preludio de cuatro años de aventuras bonitas e inolvidables de mi niñez, vividas en ese solar; mi cariño y aprecio por la mata de chayota, sobre todo la variedad que había allí, con frutos redondeados, verde oscuro, abundante follaje, pequeñas y amarillas flores, provienen de aquella mañana de 1954.

## **Los nuevos vecinos**

Al frente de la casa que comenzamos a habitar, vivía la familia Zambrano Lupi, que tenía muchos años en ese lugar, según ellos contaban. Estaba constituida por las siguientes personas en orden cronológico: Don Enrique Lupi; Doña Mercedes Orozco, esposa de don Enrique; Don Heriberto Zambrano Roa; Doña Mercedes Lupi Orozco, hija de don Enrique Lupi y doña Mercedes Orozco; Domingo Enrique Lupi Orozco, mejor conocido como Bachiller Lupi, hijo de los anteriores; y Víctor, Gladys Mercedes y Jorge Zambrano Lupi, hijos de don Heriberto y doña Mercedes.

Al lado este de la casa, estaba la familia Sánchez Lagos, integrada por don Daniel, su esposa, cuyo nombre no recuerdo. Sus hijos Alfonso, Elba, Emérita, Adonay y Luis Daniel. Era una familia venida de Colombia, todos muy trabajadores, que se esforzaban por echar adelante una pequeña empresa procesadora de café y harinas llamada “Molinos La Grita”.

## **Inicio de Rafael en el Liceo Militar Jáuregui**

Un lunes de septiembre de 1954, supongo que, a mediados de mes, salió temprano, en la mañana, mi hermano Rafael, con su ropa limpia y bien planchada que le había preparado mi mamá hacia el Liceo Militar Jáuregui, ubicado al este de La Grita. Iba a dar comienzo a su primer año de bachillerato, convirtiéndose en el segundo de nuestros hermanos en ingresar al prestigioso instituto, en el cual ya lo había precedido Hernando, al iniciar actividades ese liceo en septiembre de 1952.

## **La sierra a motor de mi papá**

Ideada y construida por mi papá, consistía en una estructura con forma de mesa, de tapa rectangular, abisagrada en el extremo desde el cual se comenzaba a deslizar la pieza de madera que se iba a cortar y con un tornillo de acero de unos 50 cm de largo con aproximadamente 4 cm de diámetro, que levantaba o bajaba la tapa desde el extremo opuesto al abisagrado, según el grosor que se necesitaba aserrar. Toda la estructura era de madera de cascarillo, muy olorosa, aceitosa, pesada y resistente. El motor eléctrico que la movía era un Brown Boveri de 4 HP, adquirido cuando vivíamos en la casa de don Luis Mogollón. Ese motor estaba instalado sobre dos largueros fuertes de la misma madera, adosado a dos rieles de acero que formaban parte del equipamiento del motor. La transmisión de la potencia de giro del motor se hacía con una banda o correa de unos dos metros de longitud y cerca de 9 cm de ancho, la cual era vendida según las medidas requeridas y unida en sus extremos por una mordaza con dientes de muy buen acero. Dicha correa hacía girar un mandril de fabricación colombiana adosado a la mesa y debajo de la tapa, el cual fijaba fuertemente el disco cortador. Todos los componentes de la sierra fueron pintados a brocha por mi papá, con pinturas de esmalte gris plomo, similar al que trajo de fábrica el motor.

Disponer de aquella querida y recordada sierra significó para mi papá un salto tecnológico sumamente importante, que alivió mucho el trabajo físico que venía haciendo manualmente desde hacía años, dando también mayor rapidez al proceso de fabricación de muebles.

## **Don Heriberto Zambrano Roa**

Era un señor de mediana estatura y complexión física regular, de ademanes reposados y muy educado al hablar, a quien nunca le escuché una grosería. Estimo que era contemporáneo con mi papá, de unos 45 años. En la medida en que íbamos, pequeños y grandes, entrando en confianza recíproca con los nuevos vecinos, don Heriberto comenzó a acercarse a conversar con mi papá, lo cual le era fácil, ya que solo tenía que cruzar la calle y pararse en la puerta del taller de carpintería, donde siempre estaba mi papá desde cerca de las 7:30 de la mañana hasta las 6:00 de la tarde, con descanso para el almuerzo que mi mamá le servía, con precisión de reloj suizo, a las 12 del mediodía. Don Heriberto era gran y ameno conversador y aunque mi padre era remiso al principio, quizás suponiéndolo un fastidioso parlanchín, paulatinamente se estableció una colección de anécdotas entre ambos. Así, fueron desgranándose los relatos de su juventud, con

nombre de lugares, de comidas, de cosas y palabras nunca escuchadas por mi papá y mucho menos por mí, ocasional testigo. Guanare, por ejemplo, recuerdo que lo mencionaba mucho evocando un empleo por aquella ciudad del estado Portuguesa, que yo imaginaba como en otro continente; la novia que tuvo por aquellos calurosos lugares, sus peripecias en el trabajo, una dependencia del Ministerio de Sanidad, donde fue empleado durante un tiempo.

La sopa de “menestra”, las “tajadas” de plátano maduro, llamadas en el Táchira “fritas”, la palabra “cónfiro”, para denotar asombro o sorpresa. Con gran ingenuidad o ignorancia por no haber trabajado nunca la madera, a veces hacía preguntas como aquel día que, mi papá estaba cepillando una tabla y maravillado al ver las vetas que descubría el cepillo en la madera, preguntó: “¿Don Jesús, esos dibujitos los hace el cepillo?”. Mi papá estaba de malas pulgas esa mañana y mirándolo con ojos de asombro le dijo: “¡Uffff... don Heriberto!”. Es de hacer notar que, siendo contemporáneos, ambos se trataban anteponiendo la palabra “don” al nombre; por aquella época, don Heriberto desempeñaba un cargo en el Ministerio de Obras Públicas, como supervisor en la construcción de la carretera Panamericana, supongo que sólo en la zona del Estado Táchira y en esa responsabilidad disponía de un automóvil Plymouth Deluxe sedán, color gris plomo, modelo 1950. También disponía de un chofer, el señor Porfirio, que a veces era reemplazado por su hermano Abilio. El señor Porfirio, con una gran cicatriz en la frente, siempre tenía el carro muy limpio, estacionado frente a la casa de la familia Zambrano Lupi y con frecuencia, a falta de ocupación, dormía plácidamente en el vehículo, en el puesto del conductor; cada cierto tiempo, don Heriberto abordaba el carro portando sombrero y maletín, para hacer inspección a la carretera en construcción por la zona de La Fría y aledaños. Durante los cuatro años que vivimos en la casa de Arcángel Sánchez, don Heriberto fue el adulto de aquella familia que más apreciamos, junto a su esposa, la amable maestra doña Mercedes Lupi. Don Heriberto mantuvo su preferencia por los empleos públicos y ya en su vejez tuvo el cargo de Tesorero en el Municipio Jáuregui. La última vez que lo vi fue a finales de 1974 en San Cristóbal, cuando con mi papá empezamos a hacer diligencias para comprar una casa y él nos mostró una de su propiedad, que estaba vendiendo y luego descartamos como opción.



Plymouth Deluxe 1950, similar al de la familia Zambrano Lupi

## **Regreso a la Escuela Padre Maya**

En septiembre de 1954, mis hermanos Alfonso, Salomón, Joaquín y yo reiniciamos las clases de educación en la escuela Padre Maya, suspendida desde julio por vacaciones. Alfonso, a partir de ese año, emprendiendo el cuarto grado, tuvo que hacerlo en horario nocturno para poder ayudar a mi papá en la carpintería, en vista de la imposibilidad para Hernando y Rafael por sus clases en el Liceo Militar Jáuregui. Dada la minoría de edad de Alfonso, mi papá tuvo que elaborar una autorización especial escrita para acceder a las clases nocturnas; los demás, lo hicimos en horario diurno, en los dos turnos acostumbrados de la época. Aquel septiembre, comencé mi primer grado de manera formal de la mano de mi maestra doña María Duque, severa y excelente en sus responsabilidades, a la sazón una mujer de unos 40 años.

De mi paso por ese bien aprovechado primer grado, me quedó un gran agradecimiento; años después, en las vacaciones al final de mi primer año como cadete en la Escuela de Aviación Militar, en agosto de 1967, fui a La Grita y quise visitarla. Rumbo a su casa, la encontré en el centro de la plaza Jáuregui, dándome un fuerte abrazo, tan emocionada que me levantó del suelo, como si yo fuese de corcho.



Escuela Padre Maya, junto a la Escuela Parroquial | Fotografía: Juan A. Sánchez G.

## Don Enrique Lupi

Era un señor cercano a los 80 años, catire de ojos azules, de pequeña estatura y algo encorvado. Era esposo de doña Mercedes Orozco, y papá de doña Mercedes y Domingo Enrique Lupi Orozco. Vivía y trabajaba en una pequeña habitación, al final de un pasillo que bordeaba el patio central de la casa, el cual era abundante en plantas de jardín. En esa habitación tenía su pequeño taller, donde fabricaba alpargatas con suela de cuero de res o de neumáticos de carros usados, según la preferencia del cliente. La capellada también era confeccionada por él con gran esfuerzo debido a su edad; era un trabajo hecho con esmero, honradez y bajo precio, razones por las cuales, quienes aún usábamos ese calzado, lo compramos allí hasta que dejó de fabricarlo.

Don Enrique era un hombre que por su fenotipo y apellido resultaba lógico vincular con sus ancestros europeos venidos de Italia, probablemente en la inmigración que llegó a Venezuela en la segunda mitad del siglo XIX, muchos de ellos radicados entonces en tierras tachirenses. Era de muy pocas amistades, pero hizo buenas migas con mi papá, a quien llegó a prestarle un libro escrito por un norteamericano que visitó Venezuela en la época de Juan Vicente Gómez; el libro se titulaba *Una aureola para Gómez* y mi papá disfrutó mucho de su lectura. Una mañana, en junio de 1957, estando yo en el taller con mi papá, doña Mercedes Lupi cruzó la calle a la carrera y con gran alboroto y llanto informó a mi papá que su padre, don Enrique acababa de morir.

## **El Bachiller Lupi**

Cuando lo conocimos era un hombre cercano a los 40 años, de tez morena oscura, contextura maciza, de pelo negro liso y carácter flemático. Al parecer siempre habitó con sus padres en aquella amplia casa, sin constituir nunca hogar propio, ni buscar pareja. Años atrás había hecho sus estudios de bachillerato, en la época en que ellos eran muy vastos, completos y muy estimados por la sociedad venezolana. Muchas personas en el país fueron muy apreciadas el resto de sus vidas, una vez graduadas en ese nivel, aun sin haberlo sobrepasado con estudios universitarios, era el caso de Domingo Enrique Lupi Orozco, a quien todas las personas que lo conocían en La Grita, lo llamaban el Bachiller Lupi. Creo que nunca se alejó del pueblo, no sé si por temor, timidez o por excesivo amor y apego a su lugar. Por algunos años impartió clases en el Liceo Militar Jáuregui, actividad que alternaba con sancochos y parrandas con abundante licor, siempre con el mismo grupo de amigos, sólo hombres, ninguna mujer entre ellos. Algunos años después de habernos mudado de la casa frente a su familia, continuaba dando clases en el Liceo y hasta el final fue persona muy apreciada en la ciudad.

## **Don Olinto Lupi**

De carácter, temperamento y aspecto físico muy diferentes a su familiar don Enrique, don Olinto Lupi era un hombre de estatura mediana, casi obeso y de prominente abdomen; muy activo y de trato afable, vivía con su familia en amplia casa antigua de paredes de tierra pisada y techo de tejas, en la carrera 1, frente al costado este de la plaza Cáceres. Allí mismo tenía su taller de talabartería, donde confeccionaba aperos para bestias, cinturones-fajas que usaban mucho los campesinos, así como otros artículos de cuero, todo elaborado con esmero y calidad. También don Olinto era muy conocido y apreciado en La Grita por dos actividades disímiles: una, era la de “sobador” de lesiones musculares y óseas, la cual ejecutaba en su casa o a domicilio, según el caso. La otra, tenía lugar en su casa y supongo que la hacía su esposa y consistía en la chicha de cebada exquisita, que los domingos colocaban en un barril para la venta en vasos de vidrio. La sabrosura de esa chicha solo la sentí igualada unos veinte años después en San Cristóbal, vendida en la avenida Carabobo por un señor que llamaban “Concho”. Ya en su vejez, don Olinto tuvo la inquietud de convertirse en barbero y comprando silla y todos los instrumentos necesarios para el nuevo oficio, se instaló en el salón donde venía funcionando la talabartería.

¿Adivinen quienes, junto a otros niños del sector, sirvieron de conejillos de Indias a don Olinto? ¡Pues Joaquín, Ramiro y yo! Una vez, que mi papá se enteró de la barbería

nueva, nos mandó para allá a cortarnos el pelo con el flamante aprendiz de barbero. Allí todo el equipamiento era nuevo: la silla fabricada en los Estados Unidos, grande, reclinable y de graduación vertical mediante un pedal, con una cinta colgante de cuero, para asentar el filo de las navajas. La cortadora de pelo, marca Oster, máquina manual que demandaba mucha destreza en su manejo; las navajas plegables y tijeras de la prestigiosa marca alemana Corneta, cuyo logotipo era una corneta impresa en el acero. La primera vez que fui para que me cortara el pelo, sin exagerar, sufrí más de media hora de torturas, pues, con su voluminosa barriga me mantuvo la cabeza agachada más del tiempo esperado, mientras que con sus herramientas mal afiladas y peor manipuladas, trinchaba, halaba, raspaba o cortaba copete, nuca y patillas. La segunda vez que me cortó el pelo, ya había mejorado bastante y ya no me quejé con mi papá.

Hoy, a la distancia del tiempo, encuentro admirable cómo aquel buen hombre habiendo sobrepasado los 75 años, un día decidió y practicó romper su paradigma de trabajo que lo había acompañado y sostenido toda su vida, para emprender una actividad, muy distinta en la que tuvo que adquirir y aprender todo, pero que probablemente fue su sueño por largos años. Indudablemente, una lección de valentía existencial.

## **Borracho a caballo atropelló la patrulla**

Paseando de la mano con mi papá, un domingo en la tarde íbamos él y yo, transitando por la plaza Bolívar, nos detuvimos al escuchar un tropel de caballos que corría hacia la plaza por la carrera 4, desde la calle 1. Era un grupo de cuatro hombres en sus bestias, de aspecto campesino. Al acercarse velozmente sobre sus animales, sin tener cuidado de las personas y carros en la calle, se hizo evidente que estaban borrachos. Luego de permanecer corriendo al galope alrededor de la plaza en actitud provocadora, sin tener en cuenta la Alcaldía, situada frente a la esquina noreste de dicha plaza, de repente apareció una camioneta ranchera Chevrolet, modelo 1950, colores marrón y crema, que a veces cumplía tareas de patrulla. Con fuerte frenazo, paró justo en la esquina de calle 2 con carrera 4, para detener el tropel con el vehículo, pero el impulso que llevaban hombres y animales era tal, que uno de los caballos pasó por encima de la camioneta como si se tratara de un guijarro; como avispas enfurecidas salió un enjambre de policías con su uniforme beige, del interior de aquel carro, blandiendo peinillas, que muy rápidamente descargaron sobre el cuerpo de los infractores, llevándolos de una vez al calabozo, para sosiego de los presentes. Dejo a la imaginación de quienes lean este relato, cuál de los malogrados jinetes recibió más azotes.

## **Don Andrés Mora y la señora Alba**

Don Andrés Mora y su esposa, la señora Alba, habitaban una casa agradable, más o menos de reciente factura, por la calle 3 entre carreras 2 y 3. Don Andrés manejaba un autobús, supongo, de su propiedad, cuya marca y detalles no memorizo y que representaba su actividad principal. Con ese mismo autobús fue que se hizo la mudanza de nuestra familia hacia La Grita, contratado por mi papá, cuando tomó la valiente decisión de vivir y trabajar allí. Tanto mi papá como mi mamá, luego de esa mudanza, vivieron agradecidos de la gentileza y solidaridad con las cuales hizo largos traslados por las difíciles vías de la época. Lamento que ninguno de nosotros haya conservado, al menos una tuerca usada de aquel autobús, que facilitó la maravillosa experiencia familiar de La Grita.

En cuanto a la señora Alba, recuerdo su tono de voz y su disposición para la conversación, como si la estuviera viendo hoy; fui algunas veces a visitarla acompañando a nuestra querida hermana Susana, quien, dueña de gran facilidad para relacionarse y visitar a la gente, hizo y mantuvo buena amistad con ella. Don Andrés y la señora Alba, fueron una pareja de genuinos gritenses, en una etapa, lamentablemente desaparecida.

## **Don Ramón Ovidio Mora, carpintero**

Aunque mi papá y él se conocieron cuando vivíamos en la casa de don Luis Mogollón, fue en el período que habitamos en la casa de Arcángel Sánchez, en el cual establecieron relación por asuntos de trabajo. Don Ramón Ovidio Mora, vivía en una casa grande, con techo de tejas, de varias habitaciones, un espacio central amplio y techado donde estableció su taller de carpintería; al fondo, la casa terminaba en un solar limitado por la gran zanja, llamada por muchos, “callejón San Francisco”. El ingreso económico por muebles, puertas y otros encargos hechos en madera, solía complementarlo con la venta de madera en tablas, cuartones y tablones; también podían comprarse allí, hojas de segueta, tornillos y “puntillas”, como se llamaban entonces los clavos. La señora Rosario era la esposa y completaban el grupo familiar, sus hijos Ramón Eutimio, Alice, Teófilo y Casiano; no pude saber si un joven llamado Tito era parte de la familia.

Dos características de don Ramón Ovidio no agradaban a mi papá, por las cuales no prosperó entre ellos verdadera amistad: 1) Su frecuente consumo de aguardiente, que lo hacía ponerse grosero y mi papá no tomaba licor ni fumaba; y 2) Su estilo de trabajo, pues no utilizaba espigas ni tarugos, como elementos de unión, sino que prefería los

clavos. Una vez lo vi introducir tornillos en un mueble a fuerza de golpes de martillo, como si de clavos se tratara. Don Ramón Ovidio, tenía una motocicleta grande, de la prestigiosa marca norteamericana Harley Davidson, que cada cierto tiempo usaba para pasear en el pueblo; a baja velocidad con el motor en ralentí, bajaba por la calle 2 hasta la plaza Cáceres, para luego subir por la calle 3, acelerando apenas un poco y dejando escuchar el grave y exquisito sonido del poderoso motor. Pero un día de fin de semana, quizás con aguardiente demás, bajó la calle 2 más rápido de lo habitual y no pudo controlar la pesada moto en la curva frente a la columna, estrellándose y causándose graves facturas que lo mantuvieron enyesado varios meses. A partir de allí, luego de su recuperación, nunca más se vio al mencionado señor paseando en su moto; supongo que también desde ese evento, doña Rosario, arreció su combate al licor, el cual era aguardiente destilado clandestinamente en los campos, comprado en pimpinas de vidrio, cada una equivalente a un galón o 3,7 litros de peligroso “miche”.

Una vez, habiendo descubierto que su esposo había resuelto resguardar las pimpinas bajo llave, en una vitrina donde tenía las cosas de ferretería menuda que vendía, introdujo un machete por la rendija del borde inferior de la puerta y le destrozó dos pimpinas; las consecuencias debieron ser terribles para doña Rosario.

De nuestros hermanos, el único que hizo amistad con uno de los hijos de aquella pareja fue Hernando, quien la estableció con Ramón Eutimio, cuando conformaron un trío con Francisco Romero, uno de los hijos de don Fídolo Romero y doña Oliva. Durante un tiempo, en las noches, salían de serenata con acompañamiento de guitarra, interpretando canciones románticas de la época. En un viejo álbum de nuestra familia, estuvo por varios años una foto en blanco y negro, donde aparecen los tres sonrientes, con traje formal, la corbata hacia atrás sobre un hombro, posiblemente imitando una escena de alguna película mexicana de entonces.

## **La Bodega “Barlovento”**

Muy cerca de la casa en que habitábamos, había una bodega llamada “Barlovento”, en la esquina de la calle 3 con carrera 2, a mano izquierda subiendo por dicha calle. Su nombre, en letras grandes, estaba pintado en las paredes de ambas puertas, en la calle y en la carrera. La palabra barlovento, muy de uso marino, significa el lugar de donde procede o viene el viento, pero también es el nombre de un pueblo de la costa central venezolana. Solo Dios sabe, las razones por las cuales su dueño dispuso aquel nombre para ese negocio, con una palabra desconocida y no utilizada por los lugareños. En mi infancia, se me ocurría que se debía a una canción que escuché por la radio cuya letra

decía, en ritmo alegre de tambores de la costa marina muy lejana y de ancestro africano: “Barlovento, Barlovento, tierra ardiente y del tambor...”.

En el lugar siempre estaba un señor, supongo que su dueño, sentado en una silla de madera y cuero de res; más bien delgado, de estatura mediana, de piel casi cetrina y ademanes reposados. Sus facciones y largas patillas, me hicieron muchos años después, encontrarle un gran parecido físico con el Dr. Miguel Acosta Saignes, fundador de los estudios de Antropología en la Universidad Central de Venezuela. Atendía a los clientes con amabilidad y aunque de poco hablar, despachaba el modesto inventario que reposaba en antiguos estantes de madera adosados fijamente a la pared: fideos cabellos de ángel, palo de fósforo, caracolitos, sardinas enlatadas en aceite, o salsa de tomate de la excelente marca La Gaviota u otras, sacos de fique con papas, yuca, arroz y frijoles para vender al detal. “Barlovento” en aquella solitaria y tranquila esquina, desapareció hace muchos años, luego de representar, fielmente, el típico modelo de bodega o tienda de víveres andino, que predominó por muchas décadas en la mejor etapa venezolana de abundancia en gente buena, en alimentos, en bajo costo de la vida y con una moneda envidiada por muchos países.

## **Domingo de baseball en El Terreno**

El Terreno llamaban y aún llaman en La Grita al campo deportivo donde se jugaba football y baseball, ubicado cerca de la salida hacia El Cobre y San Cristóbal. Su piso era de tierra y sólo tenía una pequeña área techada, con gradas de madera que servían de bancos para los espectadores cuando había algún partido, que solía ocurrir los fines de semana. Un domingo por la tarde, iba paseando con mi papá y justamente él decidió caminar hacia ese lugar, al cual llegamos a mitad de la tarde, a pleno sol; buscando la sombra del área techada, nos pusimos a observar un partido de baseball entre el Liceo Militar Jáuregui y un equipo de un liceo de San Cristóbal. Por la cara y expresiones de mi padre, era obvio que no le gustaba aquel deporte, no lo entendía y nunca había visto un encuentro de ese tipo. Sin embargo, nos mantuvimos un rato allí y, además de las peculiaridades del juego, mi papá y yo tuvimos esa tarde de baseball, la primera de nuestras vidas, dos triviales experiencias que no he olvidado, ocurridas dentro de los espectadores, en su mayoría muy jóvenes, alumnos del Liceo en su uniforme de salida, de color beige: 1) La palabra Escobar, mencionada por un alumno para llamar a otro; tiempo después, supe que era un apellido, que nunca había escuchado. Y 2) Con una seña disimulada, mi papá me hizo mirar a un alumno sentado adelante y cerca de nosotros, a quien otro alumno llamó

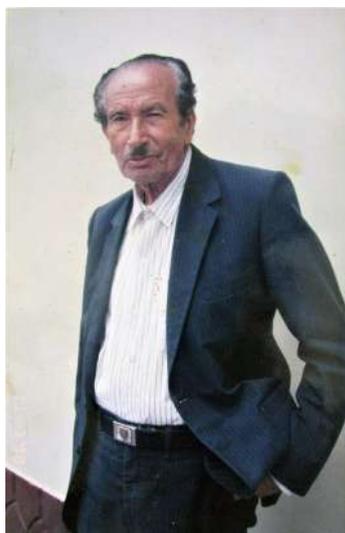
“bachaco”; nos llamó mucho la atención su pelo crespo, “churco”, color rojizo casi naranja, así como su piel, muy oscura. Ni él ni yo, habíamos visto a alguien así.

## **El día de San Antonio en el hospital**

El Hospital Público de La Grita, tenía como epónimo a San Antonio y era un edificio, cuando lo conocí, a mediados de la década de los años 50, de reciente construcción. De una sola planta, de agradables e iluminados ambientes. Allí trabajaba como enfermera nuestra hermana Jesusa, donde era muy apreciada por su dedicación al trabajo y buenas relaciones, con todas las personas de aquel recordado centro de salud.

Todos los años, en el día de San Antonio, cada 13 de junio, organizaban allí una celebración en honor al santo y una mañana Jesusa me llevó para que la disfrutara. La fiesta era sencilla, pero participaba toda la gente que trabajaba en el hospital; lo que más recuerdo fue la misa en la capilla, seguida de una procesión por el interior del edificio, saliendo luego al estacionamiento, frente a la entrada principal y regresando a la capilla, donde concluía la ceremonia. En el recorrido de la procesión, una monja y el señor Urbano Mendoza, quien se desempeñó durante largos años en el hospital y fue muy apreciado por toda la colectividad gritense por su calidad humana, repartían unos pequeños y sabrosos panes redondos que habían sido bendecidos por el padre en la misa; eran los “panes de San Antonio”, elaborados por las diligentes monjas del hospital.

Los años siguientes mientras mi hermana trabajó allí, no volví a esa celebración, pero siempre le pedí que me llevara los ricos panes de San Antonio.



Sr. Urbano Mendoza | Fotografía tomada en los 90s

## **Una paliza al hijo de Evangelista Parra**

Nuestro hermano Joaquín y yo, coincidimos en segundo grado en la Escuela Padre Maya, con la maestra doña Julia Lozada, quien tenía algunos visos extraños, como cuando, le quitaba a algún alumno una fruta, melcocha o alguno otro comestible y se lo engullía allí mismo frente a la víctima. Condiscípulo nuestro, era Gustavo, hijo de doña Julia, quien tenía una gran deformación en su columna vertebral y un evidente retraso mental, con dificultades para hablar y escuchar; por ello a él todos lo llamaban “tavo”, porque, cuando trataba de pronunciar su nombre, solo decía esa palabra. También estudiaba con nosotros un hijo de don Evangelista Parra, el generoso dueño de la bodega frente a la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, por la calle 2; ni Joaquín ni yo, recordamos el nombre de ese muchacho, a pesar de que por un tiempo se nutrió de las bien elaboradas tareas que los dos hacíamos en la casa, sobre todo, si ellas incluían un dibujo o un gráfico, en lo que siempre brilló Joaquín. Valiéndose de su mayor tamaño y tendencia a pillo, cada vez fue tomando mayor atrevimiento y nos esperaba a primera hora de la mañana a la entrada del salón de clase, pidiéndonos el cuaderno, o directamente, nos lo arrebatava, para copiarse, rápidamente, nuestra tarea antes de la llegada de la maestra.

Pero tanto va el cántaro a la fuente que un día se rompe; un día decidimos dejar de ser “pingos” y le tendimos una emboscada; al entrar temprano al salón, nos salió detrás de la puerta pidiendo el cuaderno; previo acuerdo, Joaquín lo agarró por el cuello y recostándolo al enorme pupitre, dejó a mi disposición la espalda del aprendiz de rufián, en la cual me cebé dándole una ráfaga de golpes con toda mi fuerza, estrenando de canto una pesada regla de cascarillo que mi papá me había hecho. La rapidez y decisión con la que actuamos sorprendió al muchacho, quien quedó adolorido y asustado, dejando desde aquel día de robarnos las tareas. También, desde entonces, me quedó claro, que los pillos o aprendices de ellos, sólo se detienen ante la fuerza.

## **“Esperejo”, un pollo buscador de batatas**

Nuestros padres nunca olvidaron su niñez muy vinculada al campo rural y siempre desearon tener su propio predio campesino. Pero al no poder lograrlo, procuraron que las casas donde vivieron con nosotros, sus hijos, tuvieran solar con matas, gallinas y algún cochino. En la de Arcángel Sánchez, fue donde más disfrutamos esas condiciones, dados sus características y el tiempo que habitamos allí, donde nunca faltaron hermosas gallinas criollas multicolores, con al menos, un gallo que matizaba nuestro sueño en la madrugada con su canto milenario y evocador. De una docena de huevos, que nuestra diligente

mamá colocó a una gallina clueca, nació una linda camada de pollitos, entre los cuales pronto empezó a sobresalir, uno de color negro en el suave vello que cubre a los pollos bebé, con una pequeña mancha amarilla en la cabeza preludiando color sarabeado en un definitivo plumaje. A medida que crecía, más se apegaba a Joaquín y a mí, correspondiendo a nuestros cuidados y así nos fue siguiendo como si de un perro se tratara, en nuestros frecuentes recorridos por el solar. En algunos lugares, había frondosas matas de batata, que extendían por el suelo sus delgados bejucos rastreros, con los cuales, de trecho en trecho, iban clavando sus nuevas raíces para perpetuar su generosa existencia; con un viejo barretón que viajaba con mi papá hacía décadas, hurgamos un poco la blanda y negra tierra y aunque al azar, casi nunca fallamos en encontrar los sabrosos tubérculos. Pero, poco a poco, el pollo desarrolló la habilidad de escarbar con sus patas, justamente, en el lugar afortunado, librándonos de hacer hoyos de balde, como si se tratara de un emplumado detector de batatas. Al curioso y útil animalito le habíamos dado el nombre de “Esperejo”, porque de pequeño, cuando empezó a emplumar, enfermó de moquillo y a punto de morir adquirió un tic involuntario que en La Grita llamaban así, no sé, si en palabra autóctona, pero en ningún otro lugar la he escuchado. De ese modo, “Esperejo” fue un valioso ayudante nuestro por algún tiempo y no recuerdo cómo terminaron sus días, pero no permitimos que mi mamá lo sacrificara para el consumo familiar.

## **Los pájaros que cazábamos**

Joaquín y yo hicimos una pequeña jaula con malla metálica de huecos pequeños y listones de madera sobrantes de mi papá; tenía forma de L, en su vista de planta, con una pequeña puerta que cerrábamos a distancia con una cuerda desde un mirador improvisado con una lámina de cinc detrás de un árbol, la cual cubría nuestra presencia, pero nos permitía observar la jaula a través de un pequeño agujero. Generalmente, capturábamos pájaros que se alimentaban con frutas, como paraulatas, azulejos, picos de plata, gonzalitos, etc. y para ellos el cebo que más utilizamos eran naranja y cambur, que íbamos moviendo manualmente, desde la entrada por el pequeño pasillo de la L hasta que gradualmente, el pájaro atraído por el olor y sabor de la fruta, cruzaba al pasillo más largo, donde era más atractiva la comida y más difícil su escape. En ese justo momento, halábamos la cuerda y corríamos a sacarlo de la trampa.

Nunca los maltratamos, solamente los introducíamos en una jaula grande que mi papá había hecho para un par de gonzalitos que había comprado pichones hacía años. Luego de un tiempo en aquella jaula, le dábamos la libertad. El solar de aquella casa y los del

entorno eran muy abundantes en variedades de pájaros silvestres, algunos de ellos con su canto y colorido no los volví a ver; tampoco, volví a sentir la emoción de acecharlos en silencio, atraparlos y luego devolverlos a su querido campo.

## **Paseo al campo con mis padres**

Aquel domingo, a mitad de mañana, mis padres y creo que mis hermanos desde Alfonso hasta Ramiro, salimos de paseo al campo; subiendo por la calle 2, pasamos frente a la casa que habíamos habitado hasta fines de julio de 1954 y siguiendo, sin prisa pero sin pausa, pronto dejamos atrás el liceo militar, San Vicente y el río Grita, dirigiéndonos por el camino de Mogotes, a un lado del cual estaba una amplia casa de una señora llamada Gregoria, muy conocida en el pueblo por las personas “fiesteras, sancocheras, amigas del picoteo”, como se llamaba, entonces, a las reuniones con comida, licor y baile. Continuamos el camino, cada vez más empinado, con clima muy fresco y hermosos paisajes. Creo, era la ruta al páramo El Rosal y las casas, todas muy lindas y con techos de tejas, menudeaban lejos unas de otras. Simplemente, seguíamos el camino cruzándonos de vez en cuando, con algún campesino que bajaba a La Grita a misa, por ser día domingo, al mercado o visitar a algún familiar. Hoy, no sabría reconocer el lugar donde terminamos aquella caminata, que fue muy larga, pero estimo que sería cerca de las 3 de la tarde, cuando en una curva del camino, vimos un desvío hacia una casa en una pequeña loma y como teníamos mucha hambre, por no haber almorzado, mientras nos acercábamos, mi papá decidió preguntar a los dueños del lugar, si podrían vendernos alguna comida; la señora de la casa ofreció lo que tenía disponible: apio con queso, ambos producidos en la casa. Seguidamente, un muchacho caminó a una falda cercana y arrancó fácilmente varias matas de follaje verde-amarillo y raíces de grandes apios. Sólo tuvimos que esperar un rato para disfrutar los cocidos apios que, amarillos se abrían humeantes, acompañados de un par de quesos frescos, recién sacados del molde. No sé si fue por el hambre que para ese momento tenía, porque aún en esta etapa de mi vida, el apio cocido con queso andino fresco, me resulta uno de los más sabrosos platos de comida; allí mismo, ya casi despidiéndonos, mi mamá, viendo las hermosas gallinas que merodeaban sueltas por allí, convenció a mi papá para comprar dos pollas, escogiendo una sarabeada y otra roja-marrón ya volantonas; me ofrecí a llevar la sarabeada (mi color favorito) y Joaquín cargó con la otra, prestos como siempre estábamos él y yo, para esas lides. Mi papá habrá pagado a aquellas maravillosas personas, quizás unos 15 bolívares, por tan rico e inolvidable almuerzo y las dos pollas, que tan alegremente llevamos a casa.

## **Mi primera visión de la casa donde pernoctó Simón Bolívar**

Considero conveniente, a efectos de conocer las razones de la llegada a La Grita y pernocta del entonces Brigadier Simón Bolívar, relatar de forma resumida los eventos que antecedieron y posibilitaron el referido hecho histórico, de tanta importancia para nuestro lar nativo. Con ese propósito mencionaré los siguientes antecedentes:

1.- Batalla de San José de Cúcuta, que tuvo lugar en esa ciudad de la Nueva Granada (Colombia), el 28 de febrero de 1813, con Simón Bolívar como jefe patriota y el Coronel Ramón Correa Guevara y Vasconcelos, como jefe realista, con victoria patriota como resultado.

2.- Combate de Angostura de La Grita, ocurrido en un estrechamiento o angostura natural de las montañas por donde pasaba el camino que unía la región, a unos 11 km de la población mencionada, el 13 de abril de 1813. Los jefes militares fueron el Coronel Manuel del Castillo y Rada, por las fuerzas patriotas, y el Coronel Ramón Correa Guevara y Vasconcelos, como jefe realista. El resultado fue la victoria para los patriotas, con efectiva persecución de las fuerzas enemigas hasta La Grita.

3.- Inicio de la Campaña Admirable, con la salida de Simón Bolívar y su ejército desde San José de Cúcuta, el 14 de mayo de 1813, siguiendo la ruta San Antonio, San Cristóbal, La Grita, Mérida, Trujillo y continuación hasta llegar a Caracas. El 17 de mayo llegó Bolívar a La Grita, para continuar el día 19 hacia Mérida, según su plan de campaña. Desde hace muchos años existen en La Grita dos placas que conmemoran el obligado paso del jefe patriota en campaña, en aquella histórica ocasión: una a la entrada de la Capilla del Santo Cristo, en la Basílica Menor del Espíritu Santo, conocida también como Iglesia del Espíritu Santo; en ella se refiere la visita del héroe a Jesús crucificado, quien, luego de orar, se retiró sin dar la espalda, en señal de respeto. La otra placa, la veía en mi infancia con mi mente imaginando escenas de historias oídas en mi Escuela Padre Maya, y permanecía colocada con aspecto casi tan antiguo como la casa, cerca del borde izquierdo de la puerta de entrada, a la altura del dintel. Era y es, una casa de dos pisos con balcón hacia la calle 2, que hace muchos años se llamó calle Bolívar.

La placa, con letras en bajo relieve, reseñaba que allí en esa vivienda con techo de teja, había pernoctado Simón Bolívar el 17 de mayo de 1813 y desde su balcón había dirigido arenga a sus tropas. A mediados de la década de los años 50, ví la casa por primera vez, de paso a pie con mi padre un domingo hacia San Vicente, entonces zona rural.

Recuerdo la emblemática casa muy vetusta ya, como aparece en foto anexa.

Muchos años después, por afortunada iniciativa, el histórico inmueble fue adquirido por la Municipalidad y restaurada con el aspecto actual, según se puede apreciar en foto también anexa.

Concluyo con conjetura mía, basada en la referencia histórica de que Bolívar arribó a La Grita el 17 de mayo de 1813 y partió el día 19 hacia Mérida, en la continuación de la Campaña Admirable; para mí resulta razonable suponer que el entonces futuro Libertador de cinco naciones, pernoctó dos noches en la Casa del Balcón, diagonal a la actual Plaza Sucre de la "Atenas del Táchira".



Aspecto en la década de los 50s.



Aspecto actual.

## Higinio Arellano y el carro-tanque Ford

Media cuadra más abajo de la casa donde vivíamos, por la misma acera, vivía el señor Higinio Arellano, dueño de un camión cisterna marca Ford F800, modelo 1953, de color rojo. En esa época, a ese tipo de vehículo se les llamaba carro-tanque. Lo utilizaba para distribuir y vender kerosén por las bodegas del pueblo y del campo, pues era un combustible de gran popularidad y multiplicidad de aplicaciones en aquella época y hasta hace pocos años, en toda Venezuela. Abundaban las bodegas en cualquier pueblo, donde lo vendían al detal por litros desde canecas metálicas de 200 litros, con una llave o grifo en su parte inferior. De manera que, don Higinio siempre estaba ocupado con su camión-tanque rodando, ya fuera buscando el kerosén, donde él llenaba la cisterna, como vendiendo el combustible a sus clientes. Cuando estaba inactivo, el carro-tanque permanecía estacionado frente a su casa. Recuerdo que, a ambos lados de la tapa del

motor, decía con caracteres metálicos plateados: FORD F800 BIG JOB y en la parte trasera del tanque, con caracteres pequeños pintados de negro: CAP. 8.000 litros.



Sr. Higinio Arellano dentro de su camión Ford

## **Don Ramón Sánchez y su bodega**

Subiendo por la calle 2, en la acera derecha y esquina con carrera 3, estaba la casa de vivienda y bodega de don Ramón Sánchez, conocido en el sector como “Mano Chato”. Era un hombre de unos 50 años, blanco, pelo gris por las canas y más bien de baja estatura, poseía una bodega que por lo bien surtida tenía buena clientela en el vecindario, a la que atendía siempre de buen humor. Tenía hijos de ambos sexos, pero eran mayores que yo y no estudiaron conmigo, por lo que no recuerdo sus nombres. A veces acompañaba a mi hermano Alfonso a comprar víveres, que mi mamá le encargaba y daba gusto verlo despachar a sus clientes, generalmente, al detal: papa, cebolla, arroz, fideos, queso, etc. Una mantequilla (creo que era en realidad una especie de margarina), que la despachaba el fabricante en latas grandes, era vendida desde la cantidad de una locha (12,5 céntimos o 1/8 de bolívar), si el cliente no llevaba recipiente para ella, se la envolvían en papel blanco, untada con una paleta de madera. A mí me gustaba mucho esa especie de mantequilla, la cual se vendía en muchas bodegas del pueblo.

Nunca faltaban en un rincón de aquella bodega unos sacos grandes de fique, llenos de pescado salado que la gente del campo siempre compraba; allí fue donde conocí el bagre rayado, bocachico, mana-mana y otros. Un día, habiendo reunido un real (Bs. 0,50), no

aguanté la tentación y luego de estar largo rato en el negocio, me atreví a comprar un bocachico que llevé a mi mamá para prepararlo, pero era tal la cantidad de espina y sal de aquel pescado, que no pudimos con él.

## **El señor del guarapo**

Al lado y por la misma acera de la calle 2, donde estaba la bodega de don Ramón Sánchez, vivía y tenía su negocio un señor corpulento, de quien no recuerdo su nombre, allí vendía varios tipos de granos, como frijoles, arveja, arroz, garbanzos, al estilo de la época, es decir, al detal, puesto que llegaban al local en grandes sacos de tela. Pero, el rubro estrella del negocio, era el guarapo, que el señor preparaba en la parte trasera de la tienda, en grandes tinajas de barro, que iba reciclando y en la medida que su contenido adquiría el aroma y sabor requeridos por los clientes, lo despachaba para su consumo, allí mismo, en vasos de vidrio, que luego lavaba, al precio de una locha. El señor era un maestro en su especialidad y las variadas opciones que ofrecía eran muy apreciadas y buscadas por propios y extraños.

## **“El Botecito”**

Llevaba ese nombre un negocio donde vendían artículos diversos de quincallería a bajos precios; allí la gente podía comprar, vasijas, cubiertos, juguetes sencillos, etc., todo a los precios más baratos de La Grita. Estaba ubicado en la calle 3, en la esquina con la carrera 3, a mano izquierda subiendo la calle. Era una época feliz, en la que el costo de la vida era sumamente bajo y con poco dinero se compraban muchas cosas, en cualquier parte. Un día, con un real que había reunido, haciendo peripecias para no gastarlo en chucherías o refrescos, compré una linda pelota de goma maciza y múltiples colores brillantes, del mismo tamaño que las de béisbol, cuya belleza fue perdiendo con el uso que le fui dando.

Imagino que el dueño del negocio tuvo la aspiración de convertirlo en una tienda grande y próspera, como las que florecieron en esa época en San Cristóbal y otras ciudades de Venezuela, con el nombre “Todo a Real”, donde la mayoría de los artículos podían comprarse al costo unitario de un real (Bs. 0,50). “El Botecito”, como tantas otras cosas bonitas de aquella etapa, desapareció en las brumas del tiempo.

## **El “loco” Liborio**

Por la misma acera y justo frente a “El Botecito”, estaba la esquina de la casa y bodega de un sujeto a quien llamaban el “loco” Liborio. De estatura regular, contextura delgada, movimientos rápidos y nerviosos, con mirada característica de algunos locos. Sus gestos y palabras ayudaban a justificar su apodo y él parecía disfrutarlo. Su bodega no tenía gran inventario y el ambiente era desordenado y poco limpio, pero no le faltaban clientes.

Tengo la impresión de que en el sector era el bodeguero que más temprano abría su negocio en la mañana y allí mismo, sobre el mostrador de madera, marrón de tantos años de manoseo, preparaba su desayuno. Una vez lo vi amasando una arepa grande sobre el mostrador, la cual asó en una pequeña cocina de kerosén para luego comérsela con apetito voraz, acompañada por una buena porción de queso y un aguacate medio podrido que sacó de un cajón, el cual desnudó de su cáscara con sus uñas sucias, engullendo todo a velocidad pasmosa y sin dejar de atender a sus sorprendidos clientes. Sin duda, el “loco” Liborio era un sujeto singular.

## **El “chato” Luis, un bodeguero poco amigable**

Hay personas cuya conducta resulta dirigida por prejuicios mediocres y dañinos a ellos mismos y a quienes las rodean; ese fue el caso de un sujeto llamado Luis, quien tenía una bodega a unos 20 metros de la casa donde vivíamos, en la esquina de la calle 2 con carrera 2, en un local perteneciente a la amplia casa de la familia Zambrano Lupi; de manera gratuita, sin haber razones para ello, nunca simpatizó con mi familia, pues, como decía nuestro padre, “nos tenía mala voluntad”. Así que, siendo la bodega más cercana a nosotros, casi nunca íbamos a comprar algo allí, además porque su inventario era muy escaso. Por aquella época, era un hombre de unos 40 años, de estatura regular, grueso, de piel oscura y pelo negro un poco ondulado; por la forma de su nariz, mi papá pronto le puso el apodo del “chato” Luis.

Por su displicencia para tratar a los clientes, su negocio vivía solo, como él mismo, en aquel cuarto habitación-negocio; el único gesto que le vi un día para matar aquel inmenso tedio y molición en los que pasaba su vida, fue intentar batear piedritas con un listón de madera, frente a su bodega.

## **El correo rural que conocí**

Era un señor cuyo nombre no recuerdo. De buen aspecto y estatura, muy catire, ojos azules y bigote a lo Wyatt Earp, imagino así, físicamente, al sheriff que metió en cintura a los pillos en Dodge City, en los Estados Unidos de América, en el siglo XIX. Pero el señor al cual me refiero, tuve la fortuna de conocerlo a mediados de la década de los 50 del siglo XX y era un genuino representante del ambiente bucólico y muy sano del pueblo y sus entornos campesinos, donde los únicos y esporádicos eventos que rompían la habitual tranquilidad, eran algunas rencillas, que podían ser violentas con la ayuda del aguardiente.

Con frecuencia determinada llegaba a pie los sábados o domingos, procedente de las aldeas Santo Domingo o Venegara, con cartas y mensajes de los pobladores de aquellos lindos lugares, los cuales llevaba en un bolso de cuero marrón terciado en su torso a la bandolera, con larga correa. Siempre con sombrero y con la vestimenta característica en los hombres del campo gritense en aquellos años: pantalón y saco de drill, por lo general de color beige o gris; siempre mostrando trato afable, pasaba saludando a cuantos encontraba a su paso, en bonita y acogedora costumbre que la informalidad e irreverencia actuales destruyeron con infame reemplazo. Su llegada al pueblo desde el campo, acostumbraba hacerla subiendo por la calle 2 y al llegar frente a la casa de doña Josefa Julia Vda.de Rivas, se introducía en su pequeño negocio de venta de chicha, masato y pasteles, donde disfrutaba sin prisa y sin pausa dos vasos grandes de chicha de maíz con hartos pasteles de carne y arroz.

¿Alguien pagaba su valioso y cordial servicio de correo? ¿Era un empleado del entonces eficaz Ministerio de Comunicaciones? ¿Algún sobreviviente de aquella hermosa época, tiene esas respuestas? Hace muchos años el polvo y las flores del camino, que por años sintieron los incansables e incontables pasos de aquel correo rural, dejaron de ver su bienvenida figura; imagino que su espíritu en el silencio de la noche, en los senderos que tanto transitó, dirá, coincidiendo con Rabindranath Tagore: “Soy como el camino que, en la noche, en silencio, escucha los pasos de sus recuerdos...”

## **Doña Socorro y sus morcillas**

A mitad de la carrera 2, entre las calles 2 y 3, vivía con su familia la señora Socorro, quien confeccionaba y vendía allí mismo en su casa, unas morcillas riquísimas con los ingredientes y sabores tradicionales de los Andes; aunque en la variedad que ofrecía,

habían unas de color casi amarillo, creo que rellenas de alguna mezcla de arveja o garbanzo, las que nosotros preferíamos eran las más comunes, con relleno de sangre, arroz, papas en pedazos muy pequeños, con algo de sabor picante debido a una hierba silvestre llamada “quemadera”. Mi hermano Alfonso era cliente fijo y habitual y todos en la casa teníamos predilección por las que costaban una locha, delgadas y bien fritas.

Recuerdo que el marido de doña Socorro, casi siempre estaba ausente de aquella casa y permanecía en una finca en la zona caliente entre La Fría y Colón. Un día le llevaron a la señora, la noticia de que había muerto por la mordida de una culebra mapanare y cuando llevaron el cadáver a La Grita, en la noche fuimos los muchachos al velorio.

### **Doña Josefa Julia, sus pasteles, chicha y masato**

Aproximadamente a unos 50 metros de nosotros, subiendo por la calle 2, vivía la señora Josefa Julia, viuda de Rivas. Tenía varios hijos, varones y hembras, que vivían con ella, ahí mismo; uno de ellos, probablemente, el mayor, parece que estudiaba en alguna ciudad, lejos de La Grita y otro hijo, estudiaba con uno de mis hermanos y me parece que, el menor de los varones, estudió conmigo un tiempo en la Escuela Padre Maya.

Una de las hijas, posiblemente, la menor, se llamaba Irma, era blanca y de bonitas facciones. Al entrar a aquella casa, había un local en el cual vendían la producción de la señora: pasteles, chicha de maíz y masato. Uno de los clientes frecuentes, cada vez que llegaba o salía del pueblo, era un señor peculiar, que hacía funciones de correo rural.

Doña Josefa Julia era viuda por un evento violento que ocurrió en 1952 en la calle 1, entre carreras 2 y 3, según me contó años después un señor que vendía revistas y periódicos, en un carro de madera con gavetas que estacionaba en la plaza Bolívar, el cual empujaba desde y hacia su casa. Ese señor, cuyo nombre no recuerdo, era sobreviviente de un hecho sangriento durante una fiesta en una casa con solar hacia los potreros que cruza aún el río Aguadía, pero lejos de ese valle; según su versión, fue el exceso de aguardiente el que detonó una vieja rencilla en batalla campal a puñaladas, que resultó en varios muertos y heridos, uno de ellos el marido de doña Josefa Julia, ultimado de muchas heridas con saña.

El vendedor de prensa y revistas me contó la historia, mientras se levantaba la camisa para reforzar con la visión las profundas cicatrices en su abdomen; el día en que el señor

me narró esta historia, había ido a comprar una revista *Elite*, que me encargó mi hermana Jesusa, en 1962.

Otra desgracia que sufrió doña Josefa Julia, fue la muerte en un accidente de tránsito de un hijo a quien llamaban “Monseñor”, lo cual ocurrió mientras vivíamos en la casa de Arcángel Sánchez; fui al velorio una noche con alguno de mis hermanos y recuerdo la gran tribulación y dolor de la señora, así como la cara con sangre del cadáver.

## **Doña Diomelina y el Comedor Escolar**

La Grita disponía en la época, del servicio del Comedor Escolar, cuyo local quedaba cerca de la Escuela Jáuregui para hembras y frente a un taller mecánico; las escuelas primarias funcionaban con dos turnos diarios, uno por la mañana y otro por la tarde, con un lapso de dos horas libres para el almuerzo, entre las 12:00 m y las 2:00 pm.

Bajo algunas condiciones y previa solicitud por los padres, cierta cantidad de alumnos disponía del almuerzo y entonces, a las 12:00 m nos íbamos en grupo, acompañados por una maestra, caminando por la carrera 7 en dirección a la calle 4 para bajar por las gradas de cemento que terminaban frente a la entrada de la escuela de muchachas, donde había un árbol de aguacate, cuyos frutos caídos casi en flor, recogíamos para lanzarlos a algún compañero por la espalda cuando se distraía la maestra. Desde ese árbol solo faltaba media cuadra para nuestro destino.

El Comedor Escolar era dirigido por la señora Diomelina Bustamante, viuda, de unos 50 años, blanca, de estatura mediana, contextura fuerte y más bien rolliza; siempre vestía de negro y su fuerte voz se oía con frecuencia en todo el recinto a su cargo. Las mesas para comer eran grandes, rectangulares y creo que en cada una nos acomodábamos 8 muchachos, 4 de cada lado y en bancos de madera adosados a las mesas. La cocina, donde unas mujeres empleadas preparaban la comida, estaba junto al gran salón del comedor y por una ventana y con su borde superior en arco, recibíamos, servidas en bandejas metálicas, la generosa y alimenticia ración del almuerzo.

Cada cierto tiempo, antes de comer, doña Diomelina personalmente nos pasaba revista con rigurosidad de cuartel, del aseo personal: pies (casi todos los alumnos nos calzábamos con alpargatas), manos, con limpieza y corte de uñas, orejas y corte de pelo. También revisaba y anotaba en un libro grueso la estatura y peso de cada uno; al concluir

la revisión, casi siempre decía con voz de trueno: “los únicos que vienen siempre limpios, son los Salcedo”, añadiendo advertencias para los demás.

En cuanto a la comida, diré que era buena, balanceada y en cantidad adecuada; si recuerdo bien, sólo dos cosas del menú no me gustaban y cuando las preparaban, buscaba la forma de que un muchacho que parecía un cuervo, moreno de pelo liso negro, ojos saltones y nariz larga y afilada que vivía por la calle 1 y siempre de muy buen apetito, se sentara a comer a mi lado; solía ser mi salvación y alivio, cuando servían en el almuerzo, asadura o una sopa espesa de color amarillo rosado, que yo odiaba. El muchacho devoraba en un “santiamén” todo lo que yo le obsequiaba de manera clandestina, pues, no estaba permitido regalar ni intercambiar comida, ni dejar nada en la bandeja. A mi parecer, doña Diomelina cumplió de forma excelente y estricta, sus deberes como jefa del comedor escolar y guardo de ella, agradecidos recuerdos.

## **Los gonzalitos de la casa**

Los gonzalitos, que durante varios años vivieron con nosotros en mi infancia, era una pareja hermana de pájaros que mi papá compró pichones en su nido, recién emplumados, como lo hizo años después en La Grita, con un par de pichones de paraulata gris, a un muchacho campesino que los ofreció en la puerta de la casa. Los gonzalitos, lindos pájaros con la cola y alas negras, el resto del cuerpo color amarillo, a excepción de una mancha, también negra, bajo el pico, son aves canoras *passeriformes* de la misma familia de los turpiales y arrendajos; mi papá los había comprado en Durania, Colombia, de modo que ya en la casa de Arcángel Sánchez estaban cercanos a la vejez.

Permanecían desde pichones en una jaula pequeña, que luego, en aquella casa, mi papá cambió por una más grande con patas de madera y malla metálica, a la cual hizo dos compartimientos de igual tamaño, en uno de los cuales, teníamos los pájaros que cazábamos con trampa en el solar. Los fines de semana solíamos lavar la jaula, para lo cual sacábamos los gonzalitos y los dejábamos libres dentro de la casa, donde paseaban por el piso a pequeños saltos, sin volar. Tan largo había sido su cautiverio que no se escapaban, teniendo tan cerca vegetación y libertad.

De vez en cuando, silbaban su hermoso canto natural, el milenario de sus ancestros y a veces copiaban melodías que les repetíamos, pues, son pájaros que tienen la facultad de imitar algunos silbidos; ya al final de sus vidas, sus patas estaban deformadas y aunque les hacíamos algunas curas, con solución de creolina y mercurio cromo, no mejoraban;

tampoco, su canto ni su plumaje eran tan hermosos como los que volaban libres en el solar. Pero un día que abrimos la puerta de la jaula para que salieran a pasear, en un descuido nuestro desaparecieron sin retorno y sin rastro; posiblemente, unas parejas de familiares silvestres los sonsacaron para llevarlos a pasear sin retorno, ya en su vejez.

## **Don Gonzalo Moreno y su autobús**

Don Gonzalo Moreno era un señor de unos 45 años, chofer profesional quien, con su autobús, de tamaño mediano y carrocería de madera, hacía el transporte de pasajeros desde y hacia La Grita, hasta Pueblo Hondo, dejando y recogiendo personas a lo largo de tan sinuoso trecho, por la polvorienta carretera Trasandina. Me parece que ese servicio lo hacía con frecuencia diaria. Con gran gentileza y paciencia, esperaba la subida y bajada de sus clientes, que en muchos casos llevaban grandes y pesados bultos con productos agropecuarios comprados en La Grita o para vender allí.

Cuando los equipajes no cabían en el pasillo central, junto a los asientos, entonces eran acomodados en una parrilla sobre el techo del vehículo, a la que se accedía por una escalera metálica, en la parte trasera externa de la carrocería. En aquella época, la estación de lluvias era más intensa que en la actualidad, por lo cual, los derrumbes o deslizamientos de tierra, desde el talud de los cerros a orilla de la carretera, ocurrían con alguna frecuencia. En uno de esos viajes, bajo un fuerte aguacero con neblina y ya de noche, regresaba don Gonzalo a La Grita, coincidiendo el paso de su autobús con la caída de una cascada de piedras y tierra que aplastó parte de la estructura de la carrocería; afortunadamente para él y los pasajeros, no hubo daños físicos ni en la mecánica del carro, por lo que pudo regresar rodando al pueblo.

Al día siguiente, don Gonzalo llegó con su autobús a la casa en que habitábamos, parando frente al taller de mi papá, preguntándole si podía reparar la carrocería, que tenía destruida la parte trasera derecha, vista desde la cola del carro; con semblante de experto, aunque nunca había hecho un trabajo similar, mi papá revisó todo el daño causado por una piedra inmensa, que estuvo a punto de producir una desgracia y al cabo de un rato, le dio respuesta afirmativa a don Gonzalo. Desde ese momento el autobús quedó a disposición del taller de mi padre y sus hijos, desde Alfonso hacia abajo y aunque ya todos estábamos en la escuela primaria en horario diurno, excepto Alfonso, que estudiaba en la escuela nocturna, no desperdiciamos ocasión para ayudar en algo, pero, sobre todo, para simular el manejo del vehículo, o simplemente sentarnos en sus asientos.

La parte estructural rota por el impacto de la roca, fue reemplazada con listones de madera resistente, posiblemente cascarillo, debidamente unidos por tornillos y pernos donde hacía falta, cubriendo o haciendo la piel externa con láminas de zinc galvanizado. Cuando se concluyó la reparación, sólo quedaba pendiente la pintura para que el autobús luciera su aspecto original, pero el taller no tenía equipo para ello y mi papá se lo había advertido a don Gonzalo, quien quedó contento con la calidad de la reparación, la cual le permitiría continuar con su autobús en la carretera.

## **Las hormigas paneleras**

Casi todos los días pasaban frente a la casa donde vivíamos, hacia arriba o hacia abajo, un grupo de niños; a veces 3, a veces 4, hembras y varones, cuyas edades iban entre los 6 y 12 años, más o menos. Vivían con sus padres en una casa modesta por la misma calle 2, frente a la plaza Cáceres.

Eran de piel muy blanca, pecosos, pelo rubio y caminaban con paso menudo, con prisa y sin pausa, siempre en fila india, uno detrás de otro, hablando en voz baja y sin intimar con nadie. Alguno de nuestros hermanos menores, no recuerdo quien, imitando quizás la habilidad de nuestro padre para colocar apodos, los empezó a llamar “las hormigas paneleras”, por su parecido físico y manera de desplazarse de ese simpático e inofensivo insecto, pequeño, de color amarillo-rubio y muy amigo de la panela, azúcar y otras sustancias dulces. Ese apodo nunca trascendió fuera de nosotros, afortunadamente nuestros padres nos enseñaron la cultura familiar, enemiga de la agresión física o verbal y siempre los apodos hacia alguien se mantenían en el ámbito familiar.

Ahora, ya viejo, pienso que me hubiera gustado buscar y hacer amistad con aquellos niños de caminar presuroso y gregario, que a lo mejor tenían cosas importantes que decir y enseñar.

## **Toros bravos hacia La Pesa**

Desde el solar de la casa, se veía un potrero grande, siempre cubierto de pasto alto, al otro lado de la orilla norte de la carretera, en las cercanías del puente Maya. El potrero era cruzado por el río Aguadía, que al salir de allí pasaba por debajo de la carretera por el mencionado puente. Recuerdo que, hacia el borde oeste del potrero, había un árbol

inmenso, probablemente un higuierón, en cuya sombra dormitaban y rumiaban las reses, siempre toros bravos traídos de los llanos de Apure y Barinas, que pasaban un tiempo allí ganando peso y carne con ricos pastos y aguas.

Desde la seguridad del solar, disfrutamos viéndolos multicolores y oyendo hasta de madrugada sus fuertes voces en sonoros mugidos; cuando los toros se habían recuperado de los malos pastos, maltratos y otros rigores llaneros, eran llevados arreados con varios hombres a pie, desde el potrero, hasta La Pesa, de la calle 1 con carrera 6, la cual era el matadero municipal, donde se sacrificaban y descuartizaban las reses, con procedimientos muy rudimentarios que observé varias veces con poco agrado.

Quienes trasladaban los toros a su destino final, eran por lo general, empleados de La Pesa, diestros con la soga y la rudeza y riesgo de su trabajo; recuerdo a un señor, algo alto y flaco de unos 40 años, que era ciego de un ojo y se llamaba Miguel. Un día, comenzando la tarde, la tranquilidad de la calle se rompió con los característicos gritos de quienes conducen ganado y al asomarme a la puerta, vi en la plaza Cáceres un tropel que subía por la calle 2; varios hombres en alpargatas, muy sudorosos y fatigados, como los animales que arreaban, venían al trote suave, llevando tres toros extenuados por el maltrato de los hombres y la larga carrera, en subida desde el potrero, que tranquilamente los albergó por algún tiempo.

Cada animal, por su bravura, llevaba adelante un hombre que halaba con una soga desde sus cuernos; otro sujeto hacía lo propio desde atrás con otra soga para evitar carreras desenfundadas y un tercero, era responsable de la “maniota”, una soga más corta amarrada a una pata trasera en su zona más baja, que en caso necesario derribaba al toro cuando por su carrera y fuerza no era posible detenerlo; la maniota era una especie de freno de emergencia. Ese día los toros eran especialmente bravíos y uno de ellos, ciego de un ojo, como su verdugo Miguel, se detuvo justamente frente al taller de mi papá, obligándolo a cerrar la puerta hacia la calle, como ya estaban todas las puertas de las casas vecinas ; el pobre animal, enloquecido por el maltrato, el cansancio y la sed, se quedó petrificado, inmóvil, pareciera que había clavado sus pezuñas en el asfalto de la calle y solo oíamos mi papá y yo, los resoplidos de sus pulmones. Por una rendija de la puerta, venciendo el gran miedo, vi la cara del toro a unas dos cuartas de la mía.

Sin poder esperar, uno de los hombres, el de la maniota, agarró el rabo y como si fuera de chicle, lo dobló en lazo tan cerrado sobre sí mismo que sonaron los huesos de la cola que se quebraban. Como impulsado por un resorte, el animal salió disparado siguiendo al tropel que cruzó apresurado a la izquierda en la esquina de la carrera 2, buscando la calle 1, por la cual subieron apresurados hasta entrar en La Pesa, frente al puente del

cementerio. En el portón ancho por donde entraban por única y última vez los animales al sacrificio, había dos gruesos horcones de dura madera, clavados uno a cada lado del portón, que eran los últimos frenos que reducían la carrera de toros y vacas, cuando los hombres deslizaban sus sogas en la parte inferior, cercana al suelo. Varios surcos profundos en la madera, increíblemente pulidos por el roce de miles de sogas, atestiguaban la faena de largos años.

### **¡Se murió un muerto!**

Un domingo, como a las 4 de la tarde, llegó corriendo muy asustado, mi hermano Ramiro, quien apenas traspasó la puerta que daba a la calle, dijo en voz alta: “¡Se murió un muerto!”. Mis padres sonrieron con disimulo, pero yo de inmediato le pregunté por el lugar de la noticia y salimos en estampida hacia la plaza Cáceres. Allí, por la misma calle 2 y frente a la plaza, en la acera justo al lado de la puerta de la humilde casa, donde vivía hasta hacía unas pocas horas, estaba acostado boca arriba el cadáver de un señor a quien de inmediato reconocí como el que solía pasar frente a nuestro hogar, de pequeña estatura, moreno claro, de bigote, sin sombrero y con quien nunca tuvimos trato. Un señor enfermero, se afanaba allí mismo, sobre una cama en la acera, inyectando formol en todo el cuerpo del fallecido, a la vista de todos los curiosos; Ramiro y yo, al cabo de un rato regresamos impresionados a la casa, habiendo comprobado que el muerto había muerto.

### **¡Papá, papá, los muchachos están vagabundereando en la calle!**

Una tarde, supongo que en día domingo, estábamos jugando en la carrera 2, por la cual pasaban pocos carros; teníamos rato jugando futbol con una pelota improvisada y por los gritos que dábamos, se acercó nuestra hermana Susana, quien de una vez se devolvió y nos delató con mi papá: “¡Papá, papá, los muchachos están vagabundereando en la calle!”; escuchar eso y salir con un listón de madera de los que nunca faltaban sobrantes de varios tamaños, fue una sola cosa para nuestro padre, quien al momento, ya estaba sobre nosotros moviendo el palo como un remolino.

No recuerdo a quien logró alcanzar, pero todos salimos en estampida dejando la calle solitaria en un “santiamén”, todo ello por la acusación de Susana y el excesivo rigor de mi papá, a quien no le gustaba que jugáramos en el medio de la calle, aún solitaria. A partir de aquel día y por un tiempo, mi hermano Salomón comenzó una campaña de seguimiento y “espionaje” a Susana, facilitada por la habilidad de nuestra hermana para

hacer amigas y visitarlas con frecuencia. Un tiempo después, estimo que, en 1958, esa campaña alcanzó, también, al futuro esposo de Susana, Hildebrando Méndez Orozco.

## **La vuelta a Venezuela en automóvil**

Un bullicioso domingo como a las 11 de la mañana, comenzó el paso de vehículos por la calle 2; era una cantidad considerable para el reducido tránsito de La Grita de la época, pero no iban en caravana continua, como la gente esperaba, sino que se desplazaban con irregular diferencia de espacio y tiempo entre ellos. Los vecinos que ya tenían noticia del evento eran muy pocos y se habían enterado por una emisora radial de San Cristóbal, llamada “Ecos del Torbes”, que había informado que se trataba de la Vuelta a Venezuela en automóvil, transmitiendo su paso por la capital del Estado, esa mañana, temprano. Los corredores iban conduciendo automóviles coupé, de sólo dos puertas y asientos para dos, piloto y copiloto. Para reducir peso y lograr mayor velocidad, a cada carro le habían quitado guardafangos, parachoques, silenciadores y otros elementos, no necesarios para el funcionamiento y en su mayoría eran modelos de finales de la década de los años 30 y de los 40, en las marcas norteamericanas: Ford, Chevrolet, Dodge, Plymouth y DeSoto. Todos llevaban pintados en ambos costados, en caracteres grandes, sus números de identificación y al pasar por las estrechas calles, todo retumbaba por el intenso ruido de los motores a muchas revoluciones y sin silenciadores.

Alguien bien informado entre los espectadores gritó, cuando empezaron a pasar los vehículos, que uno de ellos iba manejado por una mujer que llamaban “Doña Bárbara”, y entonces toda la expectativa se centró en tratar de ver pasar a la mujer; toda la calle 2 tenía las aceras abarrotadas de gente que se pegaba con temor a las paredes cada vez que se aproximaba un carro con su motor vociferante, estirando y girando sus cabezas como ventiladores, cada vez que se acercaban y luego se alejaban los ruidosos e irreverentes automóviles, cubiertos de polvo recogido desde Caracas.

“¡Ahí viene Doña Bárbara!”, gritó a todo pulmón y de repente un sujeto, haciendo que todos los presentes giráramos la cara en dirección en que venía un rugiente Ford 1941, de fuertes tonos amarillo y negro, a pesar del polvo, pasando frente a todos como alma que lleva el diablo, con una mujer al volante, con su copiloto al lado; creo que todos, sin excepción gritamos su nombre, incitándola a correr más rápido y algunas personas lo hicieron con lágrimas de emoción. Luego que su carro se perdió de vista tras la curva de la plaza Cáceres, me fui al solar de la casa con Joaquín y Ramiro para observar su carro por última vez y desde el excelente mirador que era ese solar hacia la carretera, vimos

que justamente se detuvo al pasar el puente Maya y tanto ella, una mujer voluminosa, la cual muchas décadas después supe que se llamó Carmen Guevara, así como su copiloto, salieron del carro a revisar algo en el motor, permaneciendo allí unos minutos para luego partir, desapareciendo pronto en la curva de Borriquero.

En todos los años que viví en La Grita, fue la única vez que presencié el paso de una carrera automovilística.



Carmen Guevara, conocida como “Doña Bárbara”

## El radio de mi papá

Un buen día mi papá llegó alegre con un aparato receptor de radio que compró, no recuerdo si en un viaje a San Cristóbal o en el almacén “El Gato Negro”, o bien donde don Luis Mogollón; era un radio hecho en Alemania, marca Löewe Opta, en caja de madera, finamente acabada en tonos color marrón, de aproximadamente 35 cm x 25 cm x 20 cm, con la tecnología electrónica de la época, en base a tubos de vacío que despedían mucho calor. En ese aparato mi papá solía escuchar al mediodía, después de almorzar, una emisora ecuatoriana con música monótona y cansina; al atardecer, luego de su duro trabajo, sintonizaba una emisora colombiana llamada “Radio Sutatenza”, que transmitía programas educativos muy útiles para el campesino. Durante varios meses, a partir de las 8 de la noche, todos, excepto los varones hermanos mayores, escuchábamos las incidencias dramáticas de una novela colombiana, en la que un hijo muy perverso mantuvo encerrada a su madre por años, en un cuarto oscuro y olvidado. Un evento deportivo anual, que ya tenía proyección internacional era la Vuelta Ciclística a Colombia,

la cual era escuchada con verdadera pasión por mi papá, durante todos los años; era la época de la fama del gran ciclista Ramón Hoyos, quien ganó varias ediciones de la famosa competencia, sobrepasando los mejores competidores internacionales especialmente invitados, cada etapa narrada por el extraordinario locutor deportivo Carlos Arturo Rueda C., quien iba describiendo con gran minuciosidad todos los detalles de la carrera, incluso los del paisaje que iba recorriendo la larga serpiente de ciclistas, con tal fidelidad, que los radioyentes nos íbamos imaginando todo el emocionante evento, como si estuviéramos allí. Aquello era algo inolvidable, narrado muy profesionalmente, desde los vehículos de la Emisora Radio Cadena Nacional. Años más tarde, en otra casa, mi papá descubrió que la madera del radio estaba invadida por comejenes y entonces le hizo una caja nueva, más rectilínea y en madera de cedro, pulida a mano con goma laca. En esa otra casa, frente al Telégrafo, solía escuchar el noticiero por “Ecos del Torbes”, emisora de San Cristóbal, narrado por el locutor J. J. Mora, que comenzaba a las 12:00 m con los acordes de la antigua marcha alemana “La Doble Águila”. Aquel radio de mi papá, hemos debido conservarlo como modesto, pero importante recuerdo familiar.



Radio Löewe Opta similar al que tenía mi papá

## **La panadería “La Polar”**

No había panadería cerca de la casa cuando llegamos a vivir frente a la familia Zambrano Lupi y para comprar pan había que caminar seis cuadras hasta la más cercana, que era la de “Las Ramírez”, un poco más arriba de la plaza Jáuregui, por la calle 3, o ir más lejos, a la de Leonidas Duque, en la calle 2; había otras opciones, pero eran más lejanas aún. De modo que, nos alegramos cuando nos enteramos que estaban colocando una panadería en una amplia y vieja casa, a unos 30 metros de nosotros, en la esquina sureste de la calle 2 con carrera 2. En pocos días estuvo lista, con su nombre en grandes letras: “Panadería La Polar”. Su dueño era el “Negro” Luis Pernía, sujeto de tez oscura, pelo

negro liso, estatura mediana, de unos 30 años, con cierta amistad con mi hermano Hernando.

Luis Pernía llegó al lugar con su familia: Alida, su esposa; mujer blanca, de aspecto lánguido que en Táchira y Colombia suelen llamar “lempo”; don Ángel, papá de Alida, hombre de unos 60 años, de baja estatura; Carlos, hermano del “Negro” Luis, parecido a él, pero de color blanco, con quien Joaquín hizo amistad, algún tiempo después, cuando con él, Joaquín y yo estudiamos sexto grado en la Escuela Nocturna, para ayudar a mi padre en el taller durante el día. En esos días de las clases nocturnas, Joaquín le puso a Carlos el apodo “El Bobo Carlos”, porque caminaba, hablaba y reía como tal.

Cuando la panadería comenzó a funcionar, por su cercanía sentíamos parte del ajetreo y sobre todo el agradable aroma del pan al salir del horno; había un ruido que se producía cuando introducían una cantidad considerable de masa de harina de trigo dentro de un par de rodillos paralelos, haciendo que la máquina bramara como una vaca llamando su becerro; era el proceso de amasado, a cargo de un empleado que colocaba una inmensa bola de masa sobre un plano inclinado, para que se la tragara dos cilindros de acero girando en sentido contrario, cada uno respecto al otro. El proceso se repetía varias veces, a juicio del panadero, al lograr la masa la textura adecuada; el pan era rico, de tamaños y formas variados, siendo preferidas por mí, las acemas pequeñas de masa integral, que costaban sólo un centavo o “puya” y que recién salidas del horno eran una delicia; también eran muy sabrosos el pan “de sal” y los azucarados, ambos a “locha” cada uno, con formas y tamaños característicos, muy esperados y queridos por adultos y niños.

Ángel, suegro del “Negro” Luis, fue vendedor desde el principio en el local, que se dotó de vitrinas para exhibir el pan, así como chucherías y dulces buscados por los niños; una nevera se añadió luego para los helados caseros (“popsicles”), hechos en las pequeñas gaveras de aluminio del congelador, así como jugos muy diluidos de naranja, limón o piña. Don Ángel, así lo llamábamos, de hombre amable y atento en su oficio al principio, devino con el tiempo y progreso del negocio, en sujeto soberbio y de malas pulgas, tomando atribuciones que no le correspondían, como pequeño tiranuelo; recuerdo que le ponía nombres a su antojo y arbitrio a los panes: pan “lochero”, pan “militar” y otros. Alida, la mujer lánguida e inexpresiva, es recordada por nosotros por una especie de gelatina de color y sabor infames que elaboraba y llamaba “delicada de piña”.

Luis Pernía perdió su humildad con el rápido éxito en su negocio, abandonando su calidez con conocidos y vecinos, cambiando el agradable clima de La Grita por el calor y zancudos de la tierra caliente. Ninguno en nuestra familia volvió a ver al “Negro” Luis,

pero me parece que todos coincidimos en que, gracias a su iniciativa y trabajo, vivimos la bonita experiencia de la panadería “La Polar”.



Panadería La Polar | Fotografía: Juan A. Sánchez G.

## **Un loco simpático que arreaba ganado**

Durante un tiempo, entre los hombres que pasaban frente a la casa arreando toros y vacas para La Pesa, a veces iba un sujeto de pequeña estatura, robusto, de piel rubicunda tostada por el sol, pelo abundante y ensortijado en maraña redonda como un topiario; en ocasiones iba solitario y sin oficio, hablando consigo mismo con su voz fuerte y sonora. Uno de esos días se detuvo en la puerta del taller de mi papá y, pidiéndole un vaso con agua, entabló una interesante conversación sobre sus aventuras conduciendo ganado por los llanos de Colombia y Venezuela; era oriundo del Arauca colombiano, donde dijo haber conocido al guerrillero del país vecino, llamado “Cheo” Velásquez. En ese punto, y para dar énfasis a la historia, apuntó: “Cheíto Velásquez, el comunista rojo de Colombia, estuvo en casa, comió, durmió y al otro día se fue...”. Mientras eso contaba, se le notaba henchido de orgullo, convencido quizás, de que aquel guerrillero era un luchador justo.

Otras veces, siempre solitario y descalzo, se sentaba en la acera a recordar consigo mismo, en voz alta, sus cuitas; sus rudos pies parecían no haber tenido nunca calzado y a mí me daba la impresión que no había espina, estaca o piedra en los caminos y potreros, capaces de hacer mella en los desnudos pies de aquel humilde y auténtico personaje.

## **Las naranjas de Rafael Pérez**

El señor Rafael Pérez vivía con su familia por la misma acera nuestra, media cuadra más arriba, en la calle 2; su casa era antigua, con techo de tejas, paredes gruesas de tierra pisada y un amplio solar con varios árboles de naranja; el lugar parecía un antiguo patrimonio familiar y él era un hombre cercano a los 50 años de edad, estatura mediana, blanco, siempre de alpargata y sombrero. Tenía gran apego por el ganado vacuno y poseía vacas criollas, que durante el día pastaban en el potrero de Aguadía y que todos los días, al atardecer, arreaba para que durmieran en el solar de su casa en La Grita; temprano, cada mañana, una vez que las ordeñaba, las llevaba de regreso al potrero. Don Rafael tenía dos hijos: Rosalba, muchacha buenamoza, que estudió bachillerato con mi hermano Rafael en el Liceo Militar Jáuregui y se graduó con él en la primera promoción del prestigioso instituto, y Asdrúbal, quien heredó de su padre el gran apego y amor por la ganadería, llegando de adulto, años más tarde, a ser presidente de la Asociación de Ganaderos del Estado Táchira. Creo que todos mis hermanos, desde Rafael hasta Ramiro, tenemos muy gratos recuerdos de las jugosas y ricas naranjas que comprábamos y nosotros mismos tumbábamos de los árboles, con sus ramas dobladas por el peso de sus grandes racimos; en un saco de fique las metíamos, a un real (Bs. 0,50) la docena, si eran de tamaño regular y a real y medio (Bs. 0,75) si eran más grandes. Una de las imágenes que recuerdo de don Rafael Pérez es de un atardecer, luego de traer sus vacas del potrero, sentado en la acera frente a la entrada de su casa, deslizándose por sus pantorrillas la afilada cuchilla que siempre portaba en funda de cuero en la cintura, para librar sus piernas de las molestosas garrapatas.

## **Don Francisco Aponte y su negocio**

En la esquina noroeste de la plaza Bolívar, entre calle 2 y carrera 4, estaba un almacén propiedad del señor Francisco Aponte, un hombre frisando ya los 60 y tantos años, piel morena clara, más bien cetrina, con la contextura típica de la vida sedentaria, siempre bien vestido y sentado detrás de un escritorio, con su esposa muy cerca. El negocio vendía muebles de oficina y artículos relacionados, con aspecto antiguo en esa actividad; mi padre le acuñó el apodo "Mono Apache", a raíz de un cruce de palabras con el señor Aponte y, además, relacionando el aspecto físico y la conducta poco amigable del personaje, con la fama que daban algunas películas a la tribu Apache norteamericana. Don Francisco Aponte tenía un familiar que sufría demencia permanente y vivía solitario en una casa cercana a nosotros.

## **Un loco parecido a Cipriano Castro**

Por la misma acera, a unos 30 metros de nosotros, subiendo por la calle 2, en la esquina con carrera 2, había una casa vieja y casi abandonada; sus paredes de tierra pisada y sus techos de teja acusaban muchos años encima y parecía cosa de poco tiempo, que toda su historia se viniera abajo. Allí, en completa soledad vivía un hombre loco, familiar de don Francisco Aponte; probablemente, sufría algún tipo de esquizofrenia crónica, que lo mantenía completamente alejado de la realidad. Ocasionalmente, salía a la acera de su vivienda, con alguna ropa puesta o totalmente desnudo y allí permanecía, viendo a todos lados con movimientos lentos, totalmente callado, nunca le escuchamos hablar. Luego, silenciosamente, como había salido, entraba a su prisión y se encerraba de nuevo, para repetir su imaginario paseo unos días después. Era obvio que, alguien le traía su comida, pero nunca vimos a nadie distinto a él, entrar allí. Años después, cuando en lecturas conocí a Cipriano Castro, el vivaracho demagogo oriundo de Capacho, que gobernó Venezuela entre 1899 y 1908, reconocí de inmediato el gran parecido físico del loco con aquel personaje, sobre todo en el rostro, la cabeza y la pequeña estatura.

Los niños de todas las latitudes y épocas, siempre han acicateado a los locos para calibrar sus reacciones y mientras más susceptibles sean a sus acciones, mayores y más continuas serán sus bromas; aquel loco era la excepción, nunca hablaba ni se reía, ni corría detrás de ellos.

Suele ocurrir, en no pocas familias, el abandono y olvido de parientes con la desventura de enfermedades mentales, para las cuales la medicina aún no tiene respuesta.

## **El señor Medina, un carpintero amargado**

Nunca supe el nombre completo del señor Medina y creo que mi papá, quien lo trató más por razones de trabajo, tampoco lo supo. Era un hombre oriundo de Maracaibo, de contextura robusta, estatura mediana, cara redonda, manos gruesas y andar de oso; de trato y ademanes hoscos, poco amistosos. Mi papá decía que no era mala persona, sino que tenía “mal carácter” y aunque no llegaron a cultivar amistad, ni siquiera por ser colegas de oficio, durante algún tiempo acudió a él por la cercanía de su taller, el cual estaba en una casa grande en la esquina sureste entre la calle 3 y la carrera 2; tenía muy buenas máquinas para trabajar la madera, de las que carecía mi papá, como el cepillo, que permitía limpiar superficies y llevar a un grosor determinado; el canteador, sierra de cinta, trompo y otras. A mi parecer, el taller del señor Medina era para la época, el mejor

equipado de La Grita; tenía un perro grande, de hermoso y abundante pelo color miel, que gustaba acostarse en la viruta de la madera, por lo que siempre estaba lleno de ella; se llamaba “Tarzán”, un personaje ficticio muy de moda en películas e historietas, en aquellos años. El perro cojeaba ligeramente de una pata trasera y Medina, un día que estaba menos huraño, nos explicó que, tiempo atrás, le había caído un cuartón de madera encima, quebrándole la pata. Pero, pocos días después de esa explicación, “Tarzán” andaba casi entre los pies de su dueño, mientras pasaba una tabla por el cepillo, entonces, Medina le propinó una patada brutal que hizo chillar al animal; por ello, a partir de aquel día, barrunté que la cojera del perro no había sido ningún accidente.

El señor Medina estaba casado con una señora llamada Teresa, de contextura delgada, morena de pelo rizado, trato afable y gentil, que vivía sin su marido en la carrera 2, entre calles 3 y 4; era, con respecto a su marido, como el agua y el aceite. Mediante su oficio de costurera, la señora Teresa hizo amistad con mi hermana Jesusa, a quien acompañé varias veces a su casa para encargarle la confección de algunos vestidos. Aquella buena relación sobrevivió un tiempo considerable, aún después de nuestra mudanza a muchas cuadras de aquel recordado lugar.

## **Semana de temblores**

Un domingo, como a las 4 de la tarde, de forma repentina empezó a sentirse un fuerte temblor; al instante todos salimos de la casa para la mitad de la calle, cosa que también hicieron todos los gritenses, donde quiera que estuvieran; en medio del pánico del temblor, al llegar a la calle, miré hacia la plaza Cáceres, justamente, en el momento en que le caía en la cabeza, una parte de la cornisa en la puerta de su casa, a una señora que salió corriendo para escapar; la imagen de la señora en el suelo con la cara y cabeza bañadas en sangre y la polvareda levantada por los escombros al caer, daban más dramatismo a la escena, haciendo que todos los vecinos pensáramos que la señora había muerto; no fue así, gracias a Dios y a la atención que recibió en el Hospital San Antonio. El resto de aquel domingo, la gente estuvo muy asustada, porque hubo otros temblores más suaves durante la noche, así como en varios días de la semana siguiente, afortunadamente, sin daños personales ni materiales.

Creo que unos tres días después, en medio de la preocupación por los temblores, una tarde cerca de las 5, ya llegando a casa de regreso de la escuela con Joaquín, observé muchas personas señalando y mirando hacia la iglesia del Santo Cristo, pues en la cruz situada en la parte más alta de la cúpula principal, estaban posados tres zamuros, uno en

cada extremo, lo cual provocó en el pueblo las más agoreras predicciones, aumentando el nivel de miedo que ya tenía la gente por los movimientos sísmicos. Desconozco, si en las crónicas sobre la historia de La Grita haya registro de eventos similares relativos a series de temblores durante varios días continuos, en épocas anteriores a la que relato, la cual me parece que tuvo lugar en 1957.

## **Chicha, pasteles y... “Yukery”**

Todos los domingos, cerca de las nueve de la mañana, junto a la puerta de la casa de don Olinto Lupi, en la acera de la carrera 1 entre calles 2 y 3, colocaban una mesa de madera sobre la cual acomodaban una bandeja grande con pasteles recién hechos, así como un barril con chicha de cebada o de “viento”, como también la llamaban por el ruido que producía al salir a presión por una llave. Chicha y pasteles, juntos o solos, verdaderos tesoros para chicos y adultos en los Andes venezolanos, sobre todo en el Táchira, auténticas ambrosías culturales, que deben permanecer sin cambios en el tiempo.

Tan pronto estaba sobre aquella mesa, el preciado tesoro quedaba bajo custodia y administración de un muchacho travieso y simpático, de quien nunca supe si era familiar de don Olinto, o sólo trabajaba en aquella casa; tampoco llegué a saber su verdadero nombre, porque todo el mundo lo llamaba “Yukery”, igual que la marca de los mejores jugos de frutas enlatados de la época y durante muchos años, cuyo precio era de Bs. 0,50 y Bs. 1 para los envases pequeño y grande, respectivamente. El precio de los pasteles que le entregaban a “Yukery” para la venta era Bs. 0,125 (una “locha”) por unidad, mientras que la chicha costaba 5 céntimos (una “puya”), el vaso pequeño y una “locha”, el grande.

Quienes tuvimos la fortuna de vivir y disfrutar esa hermosa etapa de Venezuela, calibramos y apreciamos el alto valor de nuestra moneda, así como el bajísimo costo de la vida, sumado lo anterior con la gran honradez de la gente. Así las cosas y dada también la buena calidad de lo que vendía “Yukery”, todos los muchachos a dos cuadas a la redonda, éramos clientes fijos del lugar; aún hoy me pregunto qué podía explicar la gran duración del contenido del barril azul que guardaba la chicha. ¿Cómo podía contener tantos vasos sin agotarse? A veces, ya cerca de las 3 de la tarde, “Yukery” entraba rápidamente a la casa con la ponchera donde enjuagaba los vasos de vidrio, para cambiar el agua, que en ese momento ya estaba del color de la chicha y entonces, llegué a pensar que el avisgado muchacho aprovechaba también esa pausa para recargar el milagroso barril; pero no había forma de que lo hiciera sin que al menos tres pares de ojos lo advirtieran.

La fuerza de la costumbre en aquel oficio dominguero, había dado a “Yukery” cierto albedrío y a alguno que otro amigo hasta le fiaba si estaba corto de plata; otra licencia que se había tomado nuestro personaje era cuando, ya al final de la tarde, deseoso de terminar la faena con el inagotable maná del barril, nos llamaba a los presentes y nos hacía poner juntas las manos y huecas las palmas hacia arriba, improvisando vasijas, para llenarlas de chicha con los gorgoteos finales delpreciado y espumoso líquido, obsequio de nuestro dominical amigo. Ahora, después de tantos años, casi seguro estoy que ambas licencias que se tomaba “Yukery”, la de los “fiados” y la del regalo de la chicha al final del día, eran aprobaciones tácitas de la bondad de un hombre de bien como don Olinto Lupi, a través de la traviesa y simpática diligencia de aquel muchacho apodado “Yukery”.

### **Temblor nocturno y el “lomito corrido” de mi papá**

Una noche, aproximadamente entre 8 y 9, hora de escuchar novelas por la radio, mi mamá, Jesusa y Susana tuvieron que interrumpir bruscamente el embeleso de la fantasiosa trama porque un violento temblor las hizo salir corriendo de la casa hacia la calle, igual que a todos nosotros, grandes y chicos. Suele ocurrir que después de un fuerte temblor de tierra vengan otros movimientos detrás y, efectivamente, un rato más tarde y estando aún en el centro de la calle, porque nadie quería irse a dormir, empezamos a sentir un nuevo temblor, ésta vez un remezón de poca intensidad y duración.

Ante nuestra angustia por el avance de la noche y las pocas ganas de dormir en la casa, nunca supe si fue iniciativa de don Heriberto Zambrano o de doña Mercedes Lupi, pero lo cierto fue que, nos invitaron a pasar la noche con su familia en el amplio solar en el que los más pequeños, Joaquín, Ramiro y yo solíamos jugar con Jorge. Para los menores fue una agradable noticia, no hay muchacho que no vea algo así como una alegre aventura de campo; así que poco tiempo después ya estábamos haciendo una pequeña mudanza con colchones, almohadas y cobijas e instalándonos sobre el suelo del solar, donde escogí un lugar cerca de las matas de café, que nos daban sombra en las prácticas con potes y latas vacías del “conjunto tírame algo”, que por un tiempo breve tuvimos con Jorge.

Ya sería la media noche en aquel improvisado campamento, y luego de la tertulia sobre los recientes temblores, el sueño fue rindiendo a cada uno, quedando todo, poco a poco, en silencio. Pero parecía que la naturaleza no quería darnos cuartel aquella noche y un

pequeño rato después de dormirnos comenzó a caer un aguacero que nos obligó a recoger todo de prisa; tampoco esa vez supe de quién fue la idea de que nos acomodáramos todos, -unas 16 personas- en un pequeño cuarto que servía de depósito, cerca de la entrada al solar, todo ello a la luz de linternas, porque la luz eléctrica se había interrumpido.

Por la presión del momento, todos buscaron su propio espacio y nos propusimos dormir; quizás al amanecer de aquella agitada noche, mi papá necesitó levantarse a orinar y, sin linterna, con el piso mojado, resbaló en unos escalones que conducían al solar, golpeando con la cadera la esquina de uno de ellos. Al día siguiente al mediodía, ya no podía caminar por el dolor; al enterarse doña Mercedes, recomendó a mi papá mandar a buscar a su primo don Olinto Lupi, de buena fama como “sobador” de lesiones musculares y de articulaciones, así que uno de mis hermanos fue a buscar al mencionado señor, quien vivía a una cuadra de nosotros, en la plaza Cáceres.

Con su andar pausado y pendular, al poco rato llegó don Olinto, quien mandó acostar a mi papá boca abajo y comenzó a hacerle un enérgico masaje con sus enormes y fuertes manos, impregnadas previamente en abundante y oloroso linimento, empleando su voluminoso cuerpo para descargar toda su presión sobre el área afectada, en movimientos deslizantes. Mientras mi papá se quejaba de inmenso dolor, Don Olinto exclamó de repente, como quien hace un gran e inesperado hallazgo: “¡Don Jesús, usted lo que tiene es un lomito corrido!”.

Hay que reconocer que pocos días después de aquella y otras dolorosas sesiones, complementadas con una pomada, mi papá mejoró, volviendo a su rutina de trabajo; de aquel tratamiento de don Olinto le quedó un chistoso recuerdo con la expresión “lomito corrido”, hasta el final de su vida.

## **René y su canción para pescar “voladores”**

Unas de las tantas e inocentes aventuras que disfruté en mi infancia en La Grita, lo fueron las excursiones para capturar unos peces pequeños parecidos a sardinas, que llamaban “voladores” por su facilidad para saltar fuera del agua. Algunos domingos por la tarde, poco después de almorzar, bajábamos por la carretera hacia Puente Maya, cada uno con un pote vacío para atrapar los peces; por algún tiempo se unió a nosotros un muchacho llamado René, quien vivía media cuadra más arriba de nosotros, por la calle 2. No era oriundo de La Grita, me parece que había llegado de Maracaibo y debo reconocer que al

menos metiendo mentiras y matando pájaros con su cauchera, era más hábil que todos los muchachos del sector.

Al llegar a Puente Maya, nos metíamos por un potrero a la izquierda del río Aguadía, donde corría un pequeño arroyo de agua cristalina en el que abundaban rápidos pececillos; solíamos buscar pozuelos a la sombra de árboles, porque allí se reunían más voladores y era más fácil atraparlos con los envases que llevábamos; migas de pan en el agua nos ayudaban en la captura, porque entonces los pozuelos hervían de animalitos rápidos que brillaban con los reflejos del sol. Algunas veces nos alejábamos hasta Borriquero, donde un poco más allá de la curva había una pequeña “toma” de agua cerca de la orilla derecha de la carretera, en la cual había unos peces más largos de color oscuro, con un filamento a cada lado de la boca, que llamábamos “lauchas”.

Tiempo después caí en cuenta que por su aspecto físico y lo resbaloso de su piel sin escamas, dichos peces debían ser una especie de bagres. Había ocasiones en las que no atrapábamos “voladores” ni “lauchas” y era entonces cuando René, seguramente, para impresionarnos, empezaba a entonar una canción de su autoría que según explicaba, atraía los peces y facilitaba su captura al quedar como hipnotizados.

Muchos de los ejemplares que atrapábamos, luego de un rato en los envases los devolvíamos a su hábitat, donde desaparecían nadando rápidamente; otros los llevábamos a la casa para mantenerlos como mascotas en un recipiente grande de vidrio transparente.

## **Películas en las plazas**

En la década de los años 50 hubo una bonita costumbre o más bien actividad con cierta regularidad, que probablemente se daba en todos los pueblos de Venezuela, todavía con muy poca presencia de la televisión. Eran las películas que proyectaban en las plazas algunas empresas productoras de alimentos y bebidas, promocionando sus logros; también los Ministerios de Agricultura y Cría, de Sanidad y Asistencia Social, así como otros organismos del gobierno, haciendo campañas de divulgación, prevención y promoción.

En coordinación con el Municipio, definían una plaza, generalmente cercana a los extremos este y oeste del pueblo, de forma alternada y, sobre una pared lisa disponible, se proyectaban películas sobre normas sanitarias, alimentarias, ciudadanas y otras, todas

muy útiles para la comunidad; todavía recuerdo con mucha nitidez muchas de ellas. Pero las cintas que más esperábamos los muchachos eran las de dibujos animados de Walt Disney, Walter Lantz y de otros creadores geniales que hicieron felices la niñez de millones en todo el planeta; también las vaqueras (westerns), las de Tarzán y las de temas bélicos. De la mano de esas películas inolvidables, conocí personajes como Pablo Morsa, el Pájaro Loco, Rojillo, la Pequeña Lulú, el Pato Donald, Tribilín y otros.

Creo que durante dos años en la plaza Cáceres, la Cervecería Caracas promocionó su sabrosa malta por varios días con películas nocturnas y competencias diurnas para muchachos, en las que se alternaban carreras, palo y cochino encebado; en una oportunidad hubo una competencia de velocidad para comerse una gran bandeja de fideos (espaguetis) con abundante salsa de tomate, con las manos amarradas detrás de la espalda, la cual ganó con buena ventaja nuestro amigo Orlando Bueno, aunque después hubo que hacer esfuerzo para reconocer su cara, tan cubierta de salsa como estaba. Campañas similares hacía la Cervecería Polar; en una de esas inolvidables temporadas en la plaza Cáceres vi una película memorable de uno de los géneros preferidos por mí, el western “Fuerte Apache”.

## **Una camioneta pick-up Chevrolet, color amarillo**

Un día en la mañana llegó un señor al taller de mi papá, parando al frente de la casa una camioneta pick-up, a la cual quería que le hiciera una carrocería en la parte trasera, consistente en barandas de madera fuerte, sin techo, con acceso libre por la compuerta trasera. La camioneta era de marca Chevrolet, modelo 1954, de color amarillo “pollito”, en un tono que, por esos misterios que tiene la memoria humana, se quedó grabado muy gratamente en mis recuerdos. Una vez que llegaron a un acuerdo mi papá y el señor, se pusieron manos a la obra mi padre y mi hermano Alfonso, quien fue el que más ayudó al trabajo en el taller durante la mayor parte de su escuela primaria; los más pequeños también comenzamos a ayudar en aquel trabajo, sobre todo cuando había que subir a la camioneta, que para nosotros era una completa novedad.

Supongo que mi papá escogió para toda la estructura madera de cascarillo, por su resistencia y dureza, empleando pernos con sus arandelas y tuercas para unir todos los elementos; cuando el trabajo quedó concluido, muy bien hecho como todo lo que emprendía mi papá, llegó el dueño de la camioneta, quien quedó tan satisfecho que nos ofreció una “vuelta” por La Grita; creo que no pasaron dos milisegundos en estar subidos en la parte trasera todos los menores. Recuerdo vivamente cómo disfrutamos aquel

paseo agarrados a las barandas de nuestra obra, sin importarnos un bledo la fina llovizna que caía; también recuerdo que eran como las tres de la tarde y al pasar frente a la Escuela Padre Maya nos sumergimos de cabeza hacia el piso del carro, porque al no haber ido a clase esa tarde, en nuestra ingenua niñez, pensábamos que nuestras maestras iban a estar vigilando en las ventanas de las aulas hacia la calle 3, la causa de nuestra falta a clases.



Pick Up Chevrolet 3100, año 1954, similar a la del relato

## **Suicidio en la carrera 6**

Una soleada tarde de domingo iba caminando yo con un hermano mayor, no recuerdo cuál y pasando por la calle 3 en la esquina con carrera 6, vimos un grupo de personas frente a una casa a mitad de cuadra, entre las calles 3 y 4; al observar que la mayoría de las personas miraba hacia el interior de la casa aquella con curiosidad no disimulada, nos acercamos con cierta aprensión al lugar, enterándonos allí, que un hijo de unos 12 años de edad, de un señor Chaparro, había aparecido muerto, colgado del cuello con un mecate.

Algunos curiosos o morbosos se afanaban por entrar a ver el cadáver del infortunado niño, pero no quise guardar tan desgraciado recuerdo; la noticia corrió por el pueblo y creo que el mismo día toda la gente lo sabía, comenzando a regar conjeturas, chismes y mentiras fantásticas; pero una misma versión policial aseveraba que fue una reacción del occiso a un castigo físico propinado por su padre. ¿Qué tipo de situación puede cegar la mente de un adolescente empezando a vivir, e impulsarlo a poner fin a su vida?

## **Agarrados a los camiones que subían**

Joaquín, otros muchachos vecinos y yo, practicamos afortunadamente por poco tiempo, un juego inconsciente y peligroso que consistía en esperar los camiones que subían por la calle 3, en la esquina con la carrera 2; lo hacíamos a la hora de ir a clases a la Escuela Padre Maya, que como era norma en la época, tenía dos turnos obligatorios para todos los grados, mañana y tarde. No sé por qué razón nosotros preferíamos la hora de la tarde, a eso de la una, para ubicarnos en la esquina mencionada acechando los camiones cargados que subían lentos y fatigados de largos y empinados caminos; escogíamos los lentos, pero no tanto, que tuvieran de dónde agarrarse en la parte trasera, preferiblemente un mecate en cabo sobrante de amarrar la carga. Una vez que nos agarrábamos con una mano, mientras que en la otra llevábamos los cuadernos, la aventura consistía en seguir al trote la marcha del camión, arrastrados por su fuerza; a veces los choferes se daban cuenta de la travesura y con cierta mala intención y mirando por el espejo retrovisor derecho o izquierdo, aceleraban la marcha sonriendo, en complicidad implícita, mientras comprobaban nuestra resistencia.

La mayoría de las veces la aventura sólo duraba dos cuadras, porque un número alto de los camiones que pasaban cruzaban a la derecha en la esquina del cuartel, para proseguir su camino e itinerario hacia La Fría o San Cristóbal. En lo personal yo sentía gran alegría y gozo al subir corriendo sin esfuerzo propio la empinada calle 3; pero un día no quise hacerlo más porque al agarrar con fuerza un trozo de mecate colgante, se desató una gran polvareda fina que cayó directamente en mis ojos dejándome ciego y obligándome a soltarme, con gran peligro por los carros que iban detrás. Probablemente, el polvo de tantos kilómetros de carreteras de tierra, me quiso dar un aviso para no persistir en mi insensatez y no recuerdo si algo parecido ocurrió a mis compañeros de aquella aventura, que pronto abandonamos.

## **Los primeros Volkswagen en La Grita**

A las calles de La Grita, con el ruido característico de sus motores, llegaron los primeros automóviles Volkswagen de la mano del Dr. Zino Castelazzi y del señor José Antonio Ríos; según mis estimaciones eso ocurrió en 1956 y eran del modelo conocido mundialmente como “escarabajo”, el tipo de carro más fabricado en toda la historia del automóvil.

El del Dr. Castelazzi era de color café con leche y el de mi padrino José Antonio Ríos, color gris chinchilla; su motor, de cuatro cilindros, 1.200 cc, enfriado por aire, tenía un ruido muy peculiar al subir el carro por las empinadas calles y otro tipo de ruido al bajar, casi en ralentí, pero siempre con un particular cascabeleo.

El Dr. Castelazzi, reputado dermatólogo italiano, tenía su consultorio del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, frente a la plaza Jáuregui, un poco más arriba de la Escuela Padre Maya y su Volkswagen siempre lo veía yo desde la ventana de mi salón de clase, estacionado en la carrera 8, cerca de la entrada principal de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles.

Mi padrino, “el compadre Ríos”, como lo llamaba mi mamá, solía utilizar su “escarabajo” ya al anochecer, dando algunas vueltas a muy baja velocidad por el pueblo.

Considero que la adquisición de los dos primeros Volkswagen, fue muy acertada por parte de los señores mencionados, ya que esa marca y modelo de vehículo fue de extraordinaria calidad y rendimiento, abriendo la entrada del mismo a La Grita, además que, posiblemente sin saberlo, estaban contribuyendo a la recuperación económica e industrial de Alemania, destruida en la Segunda Guerra Mundial.

## **El señor Sierra, sastre a domicilio**

Cada cierto tiempo visitaba a mi papá el señor Sierra, un hombre de unos 45 años, corta estatura, abdomen prominente, movimiento pendular hacia los lados al caminar, hablar pausado y buen sombrero, probablemente Borsalino. Venía desde Cúcuta, con un grueso maletín de cuero marrón, donde celosamente guardaba sus herramientas de trabajo: un cartabón de tela graduado en milímetros y centímetros, una especie de libro cuyas hojas eran trozos de tela del mismo tamaño, bien cortados, un lápiz y un cuaderno para sus anotaciones de clientes, encargos, cuentas y deudas.

Según explicó a mi papá en una ocasión, en cada viaje a Venezuela recorría pueblos del Estado Táchira, donde prácticamente tenía una clientela cautiva por lo que prometía y entregaba; cuando acordaba confeccionar algún traje o flux a mi papá, le tomaba cuidadosamente las medidas del cuerpo, anotándolas en su cuaderno y luego con su retórica muy colombiana, arrastrando las S, le iba mostrando el catálogo de telas, que iban desde las de fabricación en su país, por cierto de muy buena calidad, hasta el casimir inglés, dedicando una elaborada explicación para cada una de ellas, todas de buena

calidad y razonables precios. La forma de pago era realmente favorable para el cliente, porque el señor exigía una parte para comenzar su trabajo, normalmente, la mitad del valor total y la otra mitad a la entrega del encargo, pudiendo incluso dar otras facilidades; establecía una fecha para el cumplimiento y entrega de su trabajo y normalmente la honraba.

Del señor Sierra recuerdo también su parsimonia, su manera de caminar y su persistencia como sastre profesional a domicilio, que posibilitó a muchas personas en lugares distantes, adquirir ropa totalmente personalizada, de buena calidad, precios razonables, a crédito y sin moverse de sus casas. La última vez que lo vi, le llevó a mi padre un bonito traje gris de muy buen casimir, mientras movía su cabeza con casi imperceptible tic, delatado por su excelente Borsalino.

## **¿Cuántos compraba?**

En aquella casa donde vivíamos, siempre tuvimos gallinas, el amplio y bonito solar era muy apropiado para eso y para la diversión infantil; las gallinas proveían casi todos los huevos requeridos por el consumo familiar y mi querida y recordada mamá, cuya niñez estuvo muy vinculada al campo por las fincas que tuvieron su papá y otros ancestros, que siempre recordó con nostalgia, procuró tener esos útiles animales dondequiera que vivió; con gran paciencia y maestría las cuidaba, alimentaba y curaba cuando se enfermaban, aplicando remedios caseros si aparecían síntomas de moquillo, viruela y otros. Con alguna frecuencia, al “enclucarse” alguna gallina, colocaba en un nido previamente preparado, entre diez y doce huevos, dependiendo del tamaño de la clueca, para que el animal los incubara, permaneciendo pendiente los 20-21 días del proceso hasta la eclosión de los pollitos, ayudándolos a salir de la cáscara cuando por sí mismos no podían; incluso en la época de lluvias, en días de tormentas eléctricas con rayos y truenos, los huevos abrigados en las plumas de las cluecas podían estar tranquilos de no “tronarse”, por los trocitos de carbón que como protección les había puesto, convenientemente repartidos.

En algunos lapsos durante el año, las gallinas dejaban de poner huevos y entonces mi mamá, que ya había averiguado dónde comprarlos, mandaba a alguno de mis hermanos; varias veces fui yo, la primera en compañía de Salomón. Era en la casa de una señora, cuyo nombre no recuerdo, a mitad de cuadra de la carrera 2, entre calles 3 y 4, por la acera izquierda yendo hacia la calle 4; la señora, de unos 80 años, competía en antigüedad con la casa, con techo de tejas, paredes de tierra pisada, habitaciones

aledañas a un corredor y un solar con varias gallinas en un corral y un pequeño huerto bien surtido de cebollín, cilantro y ají dulce.

Varias veces fui solo a cumplir el encargo de mi mamá que casi siempre era la compra de dos bolívares de huevos; ante la pregunta mía al llegar a su casa: “Señora, ¿tiene huevos?”. Ella respondía con voz casi inaudible, como afectada por el asma: “Sí hay, mijo, ¿cuántos compraba?”. Ella misma acomodaba los huevos en el pote que mi mamá me entregaba y casi siempre, a los ocho que correspondían al pago de dos bolívares, la buena señora añadía uno de “ñapa”, que podía ser de gallina, de pisca o de paloma, de las tantas que revoloteaban en el solar, las cuales le proveían pichones y huevos.

### **La plaza Cáceres y el policía “Garrapata”**

En aquella época la plaza Cáceres era el centro de reunión y juego para los niños y adolescentes, se puede decir que desde la carrera 3 hasta la propia plaza, con la mayor presencia de ellos los días sábado y domingo; allí, en la grama, entre los setos de pinos cipreses, convertidos por la poda frecuente en cerca ornamental y en los pasillos con piso de mosaicos amarillos y rojos, jugábamos a los vaqueros, ladrón librado, foot-ball, base-ball, triciclo, patines y otros entretenimientos. A veces los grupos se hacían muy ruidosos y hasta dañinos en las travesuras, llegando a romper algún globo de vidrio blanco de los que formaban la iluminación nocturna, provocando el paso de la patrulla de la Policía Municipal, una camioneta Chevrolet, modelo 1952, tipo pick-up, con carrocería y techo de madera en su parte trasera, ventanas laterales cubiertas por cortinas de lona enrollables.

La patrulla, con al menos dos policías, se detenía o simplemente circulaba a marcha lenta, dependiendo del alboroto en la plaza. Pero un día, sentó lugar en el pueblo para prestar servicio como policía, un sujeto de unos 25 años, de estatura casi pequeña y color blanco, exhibiéndose prontamente muy diligente en sus funciones, portando orgulloso -como debía ser-, su dotación de policía municipal, con su uniforme color beige (pantalón y camisa manga larga), cinturón o correa ancho de cuero marrón con funda para el arma, revólver Colt, cañón largo, calibre 0.38” y un rolo de madera; la cabeza cubierta por una gorra tipo quepis, color beige, con visera negro brillante. Una característica resaltante de ese señor, de quien no supe su nombre, era que casi siempre se trasladaba en un automóvil sedán Dodge, modelo 1946, color azul oscuro, cuyas puertas traseras, como especificación original de fábrica, abrían y cerraban en sentido inverso a lo acostumbrado; otros aspectos por los cuales debe ser recordado el mencionado policía, que motivaron

que algún muchacho con imaginación le pusiera el apodo “Garrapata”, por el cual lo conoceríamos en lo sucesivo, eran la rapidez de su carrera cuando perseguía a alguien y su empeño para agarrarlo y no soltarlo.

Conozco la garrapata desde mis aventuras para atrapar voladores en un potrero cerca de Puente Maya, en La Grita; también las sufrí en la finca que tuve por 14 años en Barinas, así como en otros lugares del país y por ello puedo afirmar que ese parásito hematófago no se caracteriza por correr rápido, sino por agarrarse a su víctima tenazmente, costando esfuerzo despegarla; de manera que al menos en ese sentido estaba bien aplicado el apodo.

Un domingo en la tarde, estando muy nutrida y bulliciosa la plaza, pocos advertimos el Dodge azul con “Garrapata” al volante, quien, silenciosamente, estacionó el automóvil en el costado de la plaza, al comienzo de la calle 3, saliendo en un instante del vehículo cinco policías en veloz carrera y en todas direcciones; algún muchacho gritó en voz muy alta: “¡llegó Garrapata!”, exclamación que provocó un tropel de muchachos regados en todas direcciones, como garbanzos caídos en piso de cemento.

Mientras me alejaba corriendo muy asustado hacia la casa, escuché a lo lejos el lloriqueo de dos muchachos, uno agarrado firmemente de un brazo por “Garrapata” y otro, llevado por otro policía, a quien yo encontraba parecido a “Pedro el Malo”, personaje de los dibujos animados de Walt Disney, ambos introducidos rápidamente en el automóvil-patrulla de aquel singular y recordado policía.



Dodge Custom similar al del policía “Garrapata”

## Una crecida del río Aguadía

Tengo la impresión que fue en el copioso invierno de 1956 (en aquella época los inviernos eran más abundantes en lluvias y tormentas eléctricas que en la actualidad), que tuvo lugar lo que relato a continuación: Una noche, probablemente del mes de julio, a la hora en que mi mamá, Jesusa y Susana escuchaban su novela preferida en el radio de mi papá, comenzó una insistente llovizna, que paulatinamente fue incrementando su ritmo y volumen de agua hasta que, algunas horas más tarde, era algo abrumador y preocupante el aguacero, permaneciendo así toda la noche, mezclado con insistentes y cegadores destellos de los rayos que antecedían a los truenos que estallaban como disparos de cañón, regando sus poderosos y largos estampidos por todo el estirado valle de La Grita, que navega milenario entre altas montañas, como gigantesco buque; a veces, el eco de esos estampidos era o parecía tan largo, que uno lo imaginaba como lejano y decreciente retumbar de tambores que se negaba a callar, sin antes visitar todas las oscuras, empapadas y ateridas hondonadas.

La pertinaz tormenta duró toda la noche y no fue hasta aclarar el día cuando empezó a amainar; recuerdo que durante algunas horas se estuvo escuchando desde la casa el caudal crecido del río Aguadía, que bajaba la pendiente del valle con las aguas en tan violenta corriente, que arrastraba piedras en su cauce tan grandes, que dejaban oír el estallido de sus choques entre sí. Todos en nuestra familia e imagino que, en todo el pueblo, agradecemos que tanto aquel río, como el río Grita, recorrieran sus predios en nivel más bajo respecto al pueblo.

Ya a plena claridad, aunque aún con ligera llovizna, desde el solar vimos a lo lejos el crecido río, cuyas aguas ya no eran transparentes sino color marrón chocolate y habían desbordado el cauce, inundando parte del potrero por cuya sabana pasaba; a mitad de mañana nos llamó la atención que llegaban personas al lugar y comenzaban a recoger con afán algo del suelo, entre la arena, piedras del río y pasto ribereño. Adonay, el vecino y trabajador esforzado, también ocasional vigía desde la posición privilegiada de su mirador elevado, fue quien nos informó que eran peces arrastrados por la crecida; quise ir allá para calmar la gran curiosidad, pero no me lo permitieron mis padres, temerosos del amenazante río.

La gente que fue al lugar contaba después que habían llenado costales de fique con bocachicos, mana-mana y otras especies de peces, lo creo porque de lejos lo vi. Desconozco la fecha del suceso y si hay registro de algo similar en el pasado, así como el

complejo proceso de la naturaleza, que posibilita una avalancha de peces en medio de una tormenta tan severa, en un pacífico río, normalmente escaso de ellos.

## **Don Simeón Contreras, hacedor de urnas**

La casa de don Simeón Contreras estaba en la carrera 4, entre calles 1 y 2, por la acera derecha caminando desde la calle 1; era un señor de unos 75 años, gordo, blanco, aproximadamente 1,70 metros de estatura, siempre calzando alpargatas. Su caminar de péndulo lateral a su desplazamiento, a causa del sobrepeso y los pies hinchados, prácticamente lo habían confinado a su casa sin salir; ahí mismo, en su amplia y vieja vivienda, tenía su taller y depósito de madera para el consumo de su oficio de carpintero y también para la venta.

La especialidad de don Simeón como carpintero eran las urnas, a excepción de otros pocos y esporádicos encargos; las urnas para adultos, color marrón brillante y las de niños, en esmalte blanco, todas hechas en una madera de pino blanco, de infame calidad, muy blanda y proclive al comején. Todo unido con clavos y de acabado muy sencillo, seguramente eran las urnas más baratas del pueblo; mi papá compró allí varias veces tablas de aquel pino blanco para muebles de bajo costo, pero siempre que pudo, evitó utilizarla por su baja calidad y duración. Es probable que fuera deliberada por parte de don Simeón la poca durabilidad de la madera de sus urnas y a lo mejor se preguntaba: “¿Para qué quiere duración alguien muerto?”.

Don Simeón tenía dos acompañantes que vivían en la misma casa de él y eran hermanos, hembra y varón; no supe si tenían vínculo familiar con él. Los dos hermanos eran idénticos físicamente hasta en el hablar y el caminar, siendo evidente que sufrían epilepsia y cierto retraso mental; el varón era el ayudante del taller, en el cual había una sierra de disco movida por un motor a gasolina marca Briggs & Stratton, de 8 HP, que transmitía su potencia mediante una banda exageradamente larga y por lo mismo con gran seno hacia abajo en su parte central y también, con un artificio fantasioso de la época, que consistía en torcer la banda para lograr el sentido de giro deseado en el mandril portador del disco; todas las bandas transmisoras de movimiento y potencia empleadas en la época eran de unos 9 cm de ancho, compradas al largo requerido por el usuario y unidas en sus extremos por mordazas de acero, que aunque estuvieran bien ajustadas, producían vibración en su paso por las poleas.

Un día acompañé a mi hermano Alfonso a buscar unas tablas, las que había que pasar por la sierra para llevarlas a un anchura determinada; el ayudante, muchacho de unos 25 años con los síntomas ya descritos, comenzó a halar el cordel para encender el motor, fallando en varios ciclos de enrollado y halado violento de la cuerda, logrando sólo breves estornudos del motor, lo cual hizo estallar de furia al ayudante, quien le cayó a patadas al artefacto con los pies calzados de frágiles alpargatas, mientras gritaba fuera de control: “¡Ah canajo, maldito motor...@%& !”. A partir de ese día, me quedó clara la razón por la cual a ese joven todas las personas lo llamaban “Canajo”, su palabra sustituta para “carajo”. Algún tiempo después volví a ese taller, no recuerdo con cuál propósito y encontré a don Simeón contándole a un vecino sus peripecias y sufrimientos, cuando muy joven fue reclutado como soldado en una de las tantas montoneras que hubo en Venezuela a finales del siglo XIX, detallando los días de hambre y miseria de su grupo, que una vez tuvo que comer “masaguas” podridas de sopa de arvejas, en una cochinería abandonada por sus dueños.

## **Las marcas de los carros que pasaban**

Durante un tiempo, Joaquín y yo tomamos por costumbre sentarnos a la entrada de la casa donde vivíamos para detallar el tipo y la marca de los carros que pasaban por la calle. Desde que la construcción de la carretera Trasandina conectó a La Grita con esa importante arteria vial, a mediados de la década de los años 20, el pueblo se convirtió en paso obligado para trasladarse por tierra hacia y desde el resto del país; así que, por la calle 3, subían los vehículos que venían recorriendo las difíciles carreteras de los estados andinos y al llegar a la esquina del cuartel, en la plaza Bolívar, cruzaban a la derecha para pasar por un lado del terreno deportivo y salir del pueblo, buscando la vía hacia San Cristóbal o La Fría y las correspondientes conexiones; los que circulaban por esa misma vía, pero en sentido contrario, cruzaban a la izquierda al pasar frente al Colegio Santa Rosa de Lima, buscando la carrera 6 para bajar por la calle 2 y conectar de nuevo con la Trasandina, al final de la plaza Cáceres. De manera que, durante varias décadas, las calles 2 y 3, en el trayecto descrito, fueron de continuo transitar de viajeros y vehículos de toda la república, muchos de los cuales hicieron un solo y breve recorrido por La Grita en toda su vida.

Entonces, Joaquín y yo, que siempre y quizás por ello hemos tenido gran afición por los carros de esa época y la anterior a ella, nos sentíamos como pez en el agua ante aquel hermoso desfile diurno y nocturno de marcas, tipos, modelos y colores. Desde aquellos días guardo en mi memoria las imágenes de aquellos carros, automóviles, camionetas,

autobuses y camiones, todos cubiertos con el polvo de las carreteras de tierra de entonces; recuerdo las marcas, algunas, lamentablemente, desaparecidas.

**Automóviles:** Ford, Mercury, Lincoln, Chevrolet, Buick, Pontiac, Cadillac, Oldsmobile, Dodge, DeSoto, Plymouth, Chrysler, Nash, Studebaker, Kayser, Morris, Renault, Citroën, Fiat, Mercedes Benz, Packard y otras menos conocidas y frecuentes.

**Camionetas:** Dodge, Fargo, Ford, Mercury, International, Studebaker, Chevrolet, GMC.

**Autobuses:** Ford, Dodge, International, Fargo, Studebaker, Chevrolet, GMC.

**Camiones:** Ford, Chevrolet, GMC, Dodge, Fargo, Mack, International, Studebaker, REO, White, Berliet, Büssing, Diamond T, Mercedes Benz.

## **Muerte de una niña**

No puedo asegurarlo, me parece que fue en la familia de un señor Fermín Pérez, entre las carreras 2 y 3, calle 2; creo que había dos niñas de unos 6 o 7 años, pero de ellas, recuerdo bien una de cuerpo delgado, blanca y pelo negro, a quien veía a veces en la puerta de su casa o en alguna bodega comprando caramelos. Un día, comenzó a circular un rumor en la cuadra, de que la niña había enfermado de cáncer y después de eso sólo la vi una vez más, parada en la puerta de su casa, muy pálida y triste.

Una mañana de domingo, corrió la mala noticia de la muerte de la niña, que todo el vecindario lamentó mucho; en la noche, cuando fui al velorio, con uno de mis hermanos más grandes, creí ver a todos los vecinos en aquella casa triste.

Hoy recuerdo a la niña como la vi por última vez en su féretro, muy pálida y vestida de blanco; por algún tiempo, después de aquella experiencia, en esos procesos inexplicables de la mente, cuando yo estaba solo en el solar, me parecía ver a la niña mirándome curiosa por encima de un muro de cemento cortado a 45°, con vidrios rotos en su borde, que servía de límite con la casa de don Daniel Sánchez Granados.

## **“La Pestosa”, una gallina agradecida**

Proveniente del solar vecino al nuestro, a la izquierda mirando hacia el río Aguadía, llegó un día una gallina de plumaje totalmente negro mate, de raza criolla, regular tamaño y cola un poco larga; era normal que las gallinas y pollos nuestros, así como los de los solares vecinos por la derecha y por la izquierda, pasaran a uno y otro lado durante el día, porque al anochecer todos los animales regresaban a su lugar de origen.

Desde su primera incursión a nuestro solar, la gallina se apegó al lugar, aunque a la hora, en la que les dábamos maíz a las nuestras, recibía también su dosis de picotazos por el celo territorial, desarrollado en todos los animales de manera natural; creo que, desde el primer día de su visita, puso un huevo en un rincón desacostumbrado por los animales nuestros, por lo cual supimos que era de ella.

Pero pronto, nos dimos cuenta que parecía tener un tipo de “peste” leve, como rezagos de “moquillo”, aunque no estaba engerida y por ese pequeño síntoma empezamos a llamarla “La Pestosa”; a partir de allí, ante la suposición de que podía contagiar nuestras gallinas, iniciamos una persecución contra ella, cada vez que llegaba del solar vecino, lanzándole cuanto tuviéramos a nuestro alcance.

Los especialistas en el estudio de la conducta humana deben tener las respuestas a las razones de la crueldad a la que pueden llegar los niños con sus semejantes y con los animales, sin haber recibido ejemplos en ese sentido en su hogar, como era nuestro caso; las últimas veces, buscando que no regresara más, la agarrábamos por las patas y haciéndola girar rápidamente como hélice sobre nuestras cabezas, la soltábamos para que cayera lo más lejos posible, fuera de nuestro solar. Pero para nuestra sorpresa, el animalito, casi siempre, regresaba al día siguiente dejándonos un huevo a cambio de unos granos de maíz y del maltrato nuestro, hasta que poco después desapareció definitivamente.

## **Viajes de mi papá a San Cristóbal**

Algunos muebles o trabajos de otra índole que le encargaban hacer a mi papá, necesitaban materiales o componentes que no existían en los negocios de La Grita; así pasaba, por ejemplo, con cierto tipo de vidrios y espejos, bisagras y tiradores para puertas y gavetas, goma laca para pulir la madera y otras cosas. Cuando tenía que comprar dichos materiales, preparaba viaje para San Cristóbal y abordaba una camioneta del Transporte “Primavera” o un autobús, cuya parada de salida y llegada estaba en la calle 3, unos pasos más abajo del cuartel.

Las camionetas utilizadas en la época, durante muchos años, en su mayoría eran Chevrolet o GMC, del tipo panel que se modificaban y adaptaban para transportar pasajeros, abriéndoles ventanas por los costados, colocando filas de asientos y una parrilla metálica sobre el techo para acomodar el equipaje, adaptación y especialidad en

la que tenían fama varios talleres en Cúcuta, en esa simbiosis de actividad que hubo en los estados andinos con Colombia desde la época colonial.

En la época narrada era el tipo de vehículos predominantes, además de autobuses, para el transporte terrestre de personas; pero lo cierto es que aquellas camionetas reunían infames condiciones de confort para los pasajeros, que tenían que acomodarse en su interior, como sardinas en lata, rezando además para que a su lado no corriera el albur de toparse con un compañero de viaje de los que marean y vomitan en carretera.

Así las cosas, para que el tiempo le rindiera, mi papá salía para la capital del Estado entre 4 y 5 de la mañana, llegando al destino cuatro horas después, pues toda la carretera era de superficie de tierra sin asfaltar.

En San Cristóbal compraba casi todo en la ferretería “El Pequeño París”, cuyo propietario era don Amable Escalante; otros materiales también solía comprarlos en la ferretería “Cardeco”, acrónimo de la casa comercial Cárdenas y Compañía. Por cierto, ésta última ferretería enviaba con alguna regularidad a La Grita y otros pueblos del estado, una camioneta panel GMC, color verde manzana, modelo 1951, con el nombre CARDECO y dirección en los costados, siempre con el mismo conductor-vendedor, un señor de mediana edad, alto, gordo, blanco, de voz un tanto metálica y nasal.

En varios de los viajes de mi papá, yo aprovechaba para encargarle la compra de un pollito bebé, cuyo precio era de un bolívar y que él me llevaba en una pequeña caja con huecos para la respiración del animalito; otro encargo, ya de tipo familiar, eran las bolitas de pan de leche de la panadería “La Roca”, situada en la calle 16 de San Cristóbal, verdadera delicia de aquel lugar.

Tras otras cuatro horas que empleaba la camioneta en el regreso de los casi 90 km de incomodidad y polvo, llegaba mi papá agotado y cargado de las compras, en gran muestra de entrega y responsabilidad familiar.

## **El cuarto donde asustaban**

Joaquín mantuvo por un tiempo la costumbre de permanecer en el solar hasta el anochecer; aquella casa, yendo hacia el solar, tenía antes de llegar al mismo, a la izquierda, un cuarto pequeño, muy oscuro, sin ventanas y con piso de tierra. Quizás por la oscuridad y la frescura de su piso, una cochina color negro, de una casa vecina, tomó el lugar para dormir de forma tan frecuente, que nos acostumbramos a su presencia sin

molestarla; un día, a Joaquín se le fue la noche encima en la parte final del solar, en solitario, y subió a la carrera la pendiente, pasando apresurado frente al cuarto que con su puerta abierta lucía más negro que de costumbre, sintiendo de su interior una voz en susurro y al mismo tiempo en apremio que le dijo: “¡Muchachito..!”. Al llegar muy asustado y pálido al interior de la casa, nos contó la desagradable experiencia, que puso fin a sus aventuras solitarias y casi nocturnas en el solar.

También es justo reconocer que, a partir de aquel día, todos, a cualquier hora, cada vez que pasábamos frente al cuarto, apurábamos el paso, mirando de reojo hacia dentro.

## **Incendio en el páramo El Batallón**

Hace poco tiempo y a miles de kilómetros de La Grita (comienzos de marzo de 2020, Santiago de Chile), me enteré de un incendio forestal que estaba ocurriendo en esos días en Las Porqueras, sector rural cercano a la ciudad; de inmediato me vino a la memoria un incendio que tuvo lugar en el páramo El Batallón durante mi niñez, probablemente en 1956. Dicho páramo es una de las montañas más elevadas del municipio Jáuregui, al este de la población y su imponente mole, de lejos azul oscuro, preside todos los amaneceres del valle del Espíritu Santo, miles de años antes de la llegada del capitán Francisco de Cáceres, el heroico fundador español.

Desde todas las calles de La Grita se veía lejos la humareda y en las noches el resplandor de las llamas, se reflejaba en la espesura de las nubes formadas por el humo; durante días se organizaron cuadrillas de voluntarios que solamente con gran ánimo y machetes, combatían el dañino fuego que voraz consumía cínanos, soruros, mortifios, caracolies, cedros, cascarillos y otras especies, muchos de ellos con memorias centenarias, además de animales silvestres que, seguramente, corrían desesperados por salvarse de las destructivas, rápidas y caprichosas llamas.

Un atardecer pasó frente a nuestra casa un muchacho, ya de regreso de su faena de extinción, con su ropa y cara negras de hollín, llevando en sus manos un pico de tucán y los cuernos casi calcinados de un pequeño venado, hallados entre la maleza arrasada por las llamas. No puedo precisar cuánto tiempo duró aquella tragedia ecológica, sólo recuerdo que fueron varios días de llamas y humo en la hermosa montaña; también desconozco si existe registro municipal o estatal sobre ella.

## **“Farucha”, la cochina pollera**

Era una cochina bebé, cuando mi papá la compró y casi todos los animales, incluso el hombre, en su etapa de bebé, son bonitos; pero a medida que fue creciendo aquel animal de color totalmente negro, fue perdiendo la gracia, su trompa y cara se fueron alargando y afilando, su cuerpo siempre flaco a pesar de nuestros cuidados y su cola delgada y sin pelo, como un fideo.

Su apariencia y voracidad al comer hicieron que le encontráramos semejanza al “rabipelado”, animal que en muchos lugares andinos recibe el nombre de “faro”, semejanza que se completó cuando descubrimos que la cochina devoraba todos los pollitos que entraban a su corral, diezmando una camada que días antes había logrado mi mamá con su dedicación y esmero; los “rabipelados” o “faros”, tienen especial predilección por las aves silvestres y de corral, aunque como buenos omnívoros, le echan diente casi a cualquier cosa. A partir de ese descubrimiento todos en la casa aborrecimos la cochina, a la cual empezamos a llamar “Farucha”, hasta el día que mi papá la vendió.

## **Las vendimias**

En las más importantes fiestas religiosas se efectuaban en La Grita las llamadas “vendimias”, tradición que supongo llegó de España en la época colonial, aunque en aquel país, como en todos los de tradición y cultura vinícola, el término está vinculado a la cosecha o recolección de la uva, con preferencia a las destinadas a la producción de vino u otros licores provenientes de dicho fruto. En nuestro caso, las vendimias tenían una conexión religiosa y por ello se hacían en celebraciones católicas, siendo las mejores, las efectuadas en la parte externa más cercana a las iglesias.

Los fieles, tanto del campo rural como del pueblo, hacían bonitos arreglos en un área previamente determinada con improvisado techo y allí exponían para la venta los más escogidos productos agropecuarios; para destacar el aspecto y calidad de un animal o un fruto los campesinos decían que era “del ministerio”, refiriéndose sin saberlo, al Ministerio de Agricultura y Cría. Yo disfrutaba viendo vacas, toros, becerros, gallinas, conejos y en una ocasión de aquellas, fue que vi por vez primera los curíes o acures y presioné a mi papá para comprar un par de conejos que llevé emocionado a la casa.

En una bonita y abundante vendimia, que creo fue en 1955 o 1956, disfruté por primera vez de unos dulces muy ricos, llamados “solteritas”, rellenos con una crema amarilla, circulares, con el círculo dividido en triángulos llenos de crema. Las vendimias y los

“tendales”, colocados en la carrera 6, especialmente, entre las calles 1 y 3, en época de Semana Santa, fueron actividades y manifestaciones de la economía local con fuertes raíces religiosas, que pobladores y visitantes disfrutaron por muchos años, dejando huellas para siempre.

## **Las vacunas en la Escuela Padre Maya**

Una gran parte de lo que somos mis hermanos y yo, quienes estudiamos nuestra educación primaria allí, se lo debemos a tan querida y recordada escuela, ubicada entonces y por muchos años en la calle 3, entre carreras 7 y 8, en el costado sur de la plaza Jáuregui.

Imposible olvidar la dinámica de aquella institución donde cada maestra dejó su propia huella y donde su director, el Profesor Ramón Naranjo estaba pendiente y responsable de todo; aún recuerdo la bella música que colocaba en los recesos de clases, en la que se alternaban canciones margariteñas, pasodobles españoles, valeses tradicionales y otras melodías.

Un evento enteramente imprescindible para la conservación de la salud de la totalidad de los alumnos del plantel, era la vacunación que hacían enfermeras del Ministerio de Salud y Asistencia Social, según la programación anual, para prevenir enfermedades como tuberculosis, viruela, lechina, poliomielitis y otras; también, recuerdo la gran aprensión que nos causaba la llegada de las enfermeras provistas de sus inyectadoras de vidrio, terminadas en amenazantes y afiladas agujas que esterilizaban en agua hirviendo, auxiliadas por nuestras maestras en el control del salón respectivo, con el fin de que ningún alumno se quedara sin vacunar. Algunas vacunas nos dejaron huellas en la piel, como agradecido reconocimiento.

## **Consultas odontológicas en la Escuela Padre Maya**

Del mismo modo que las vacunas, era obligatorio para todos los alumnos una revisión periódica de la dentadura, que incluía la extracción de piezas cuando era necesario, pero no estaba incluida la reparación; el consultorio estaba situado en la calle 2, entre carreras 5 y 6, en la acera derecha yendo hacia la plaza Bolívar. También con gran aprensión, como con las vacunas, me sentaba yo en la silla para que el odontólogo escarbara entre los dientes y muelas, alumbrado por cegador reflector.

Si era el caso, sin mediar palabras y con facilidad pasmosa, el profesional clavaba con dolorosos pinchazos el líquido anestésico, esperando un breve tiempo los efectos de adormecimiento local y extraía la pieza dañada con destreza y rapidez.

Lo único que hoy encuentro desagradable y antihigiénico de aquel valioso servicio enteramente gratuito y oportuno, era el rastro de sangre y saliva de nuestros escupitajos en la calle, justo frente al temido pero necesario y benefactor consultorio, feo detalle que habría sido fácil corregir.

## **La revista *Tricolor***

A mi juicio, la revista *Tricolor* cumplió un notable y muy admirable desempeño durante toda su existencia, como instrumento de divulgación del Ministerio de Educación, en materias de cultura, historia, literatura y salud, entre otras. Me parece que tenía periodicidad mensual, en tamaño aproximado de 30 cm x 20 cm, en papel de muy aceptable calidad e impresa a colores; en esa publicación disfrutábamos leyendo cuentos infantiles, desconocidos por los niños de ahora, como “Tío Tigre y Tío Conejo”, del destacado escritor y poeta venezolano Antonio Arráiz, así como otros cuentos de autores nacionales y extranjeros, poniéndonos en contacto por primera vez, incluso, con fábulas de hace 2.500 años, a través de Esopo y otros autores clásicos.

También, de manera amena y ligera, nos narraba pasajes de historia patria que nunca se nos olvidaron, como también pasaron a formar parte de nuestro inventario de buenos ciudadanos, las normas de higiene y buena educación, en las que nunca faltaban las citas del *Manual de urbanidad y buenas maneras*, del venezolano Manuel Antonio Carreño, publicado por primera vez en 1853.

Un contenido que todos los alumnos esperábamos con gran expectativa en cada edición, era un cuento dibujado muy bien y a colores, llamado “Kari”, un niño indio venezolano cuya trama, bien hilvanada, se desarrollaba en un ambiente selvático, supongo que en el Amazonas. Por la forma que el dibujante daba al cuerpo del protagonista al caminar sigiloso por la espesura vegetal, un poco agachado y con pasos distanciados, Joaquín y yo creamos la frase “camina como “Kari”, la cual escenificábamos, imitando la imagen del dibujo.

El día que la historia de “Kari” finalizó y el niño indio se despidió para siempre, muchos lo sentimos de verdad; la llegada de la siguiente historia que la sustituyó, “El Sute José La

Cruz”, un niño llanero venezolano, sólo empezó a mitigar y a llenar el vacío dejado por el simpático indiecito, varios meses después, facilitado por la flexibilidad y versatilidad de la niñez.

## **La señorita Gilma Naranjo**

Puedo decir que, con excepción de una sola maestra, todas las que impartieron mi educación primaria, fueron muy buenas y entregadas a su noble profesión. Pero la que recuerdo con mayor agradecimiento y cariño fue mi maestra de tercer grado en la Escuela Padre Maya, la Srta. Gilma Naranjo, quien era familiar del profesor Ramón Naranjo, director de la escuela.

La Srta. Gilma era entonces una mujer de unos 25 a 28 años, blanca, pelo corto, estatura pequeña y trato agradable, a quien nunca escuché lanzar gritos ni decir palabras inapropiadas durante su clase, en franco contraste con las maestras de mi primer y segundo grado, quienes no escatimaban ocasión para petrificar con un estridente grito a cualquier alumno por la más pequeña falta; sólo una vez la vi molestarse y sonrojarse de mal humor, por algo indebido hecho por un par de muchachos en la parte trasera del salón de clase, privilegiado lugar por cierto, ya que tenía vista hacia la plaza Jáuregui.

La Srta. Gilma, quizás por el cariño que me tenía por ser buen alumno, me salvó de la lección que administró un día el director a toda la escuela, escondiéndome en el salón cuando el castigo se acercaba.

Cuando concluí la educación primaria, más nunca volví a ver a mi querida maestra de tercer grado y hoy lamento no haber buscado la ocasión de manifestarle mi gratitud por sus enseñanzas y recuerdo, sobre todo cuando me he enterado de su reciente partida física.

## **El automóvil Nash del odontólogo**

En la calle 3, entre carreras 6 y 7, por la acera derecha subiendo, aproximadamente a mitad de cuadra había un consultorio odontológico, propiedad de un doctor de apellido Gutiérrez; nunca estuve en ese consultorio, pero quizás se me facilita el recuerdo del lugar por estar muy cerca de la casa y relojería de mi padrino José Antonio Ríos y,

además, porque siempre frente al consultorio estaba estacionado el automóvil del “Dentista”, como llamaba en la época la gente al profesional odontólogo.

El carro era un automóvil sedán marca Nash, modelo Ambassador 1951, color gris plomo, muy bonito, el único de su clase en La Grita; recuerdo muy vagamente la cara del odontólogo, pero aquel sedán gris de la marca norteamericana desaparecida para siempre, ha permanecido en mi memoria como ejemplo de la peculiaridad y hermosura que la industria automovilística se esforzó en mantener por muchas décadas, manteniendo claras diferencias entre marcas; pero también, guardo en mi mente esa imagen como bonita evocación de mi infancia



Automóvil Nash Ambassador año 1951

## **Una maestra con porte inglés**

La señora Teresa de Zambrano fue maestra de mi hermano Alfonso en su primer grado, en la Escuela Padre Maya. No tuve la buena suerte de ser su alumno, pero cuando la conocí en la escuela, era una mujer de unos 30 años, de buena estatura sin llegar a alta, blanca, bonita y pelo castaño claro; era, en suma, como llamaba mi mamá a las damas de agradable y buen aspecto, “una mujer distinguida”.

La señora Teresa era esposa del señor Neptalí Zambrano, dueño de una bomba de gasolina y gasoil y al mismo tiempo taller, frente al Comedor Escolar y cerca del Colegio Santa Rosa de Lima. Era la única maestra en La Grita, que llegaba a su trabajo en la escuela en su propio vehículo, un bonito y pequeño sedán Morris Minor, modelo 1950, color café con leche, de fabricación inglesa, el cual completaba, quizás sin proponérselo, el aspecto de las damas inglesas que se observan en las películas de la Segunda Guerra Mundial.



Morris Minor, año 1950, similar al de la Sra. Teresa de Zambrano

## “Realito”, coñazos y guayabas

“Realito” era un muchacho alumno de la Escuela Padre Maya, de edad un poco mayor al promedio de sus compañeros; no fui compañero de él en el salón de clases, pero lo recuerdo como si lo estuviera viendo hoy. Era de contextura delgada, más bien enjuto, moreno de pelo negro liso y rasgos en su rostro que recordaban ancestros indígenas de fino trazo; su andar era como el que imaginábamos del niño indio “Kari”, en la historia de la revista *Tricolor*.

Casi siempre llevaba una cauchera en un bolsillo trasero del pantalón, que algunas veces la bata escolar no alcanzaba ocultar y era fama su puntería en el derribo de pajaritos; al parecer vivía en una zona rural cercana a La Grita, su aspecto montaraz así lo anunciaba, llevando con frecuencia en los bolsillos ricas guayabas silvestres que compartía con sus amigos. Pero quizás, en lo que “Realito” más sobresalía e inspiraba respeto, era peleando a golpes en las disputas callejeras típicas de muchachos, en las cuales siempre ganaba empleando su gran agilidad y destreza natural para esquivar y lanzar golpes efectivos; mi hermano Joaquín llegó a tenerle mucha estima, desde el día en que le quitó a “coñazo limpio” de encima a un muchacho “buscapleitos”, posiblemente, aprendiz de pillo.

“Realito” era un adolescente en quien sus amigos podían confiar en ir y regresar a salvo de casi cualquier aventura. Creo que, a excepción de su maestra, nadie más en la escuela supo su verdadero nombre.

## La paliza del profesor Naranjo

En la época de mi educación primaria, las clases se recibían en dos turnos obligatorios, uno en la mañana, desde las 8 am hasta las 12:00 m y otro en la tarde, desde las 2 hasta las 5 pm, de lunes a viernes. La mayoría de las veces, un número considerable de alumnos se reunía en la plaza Jáuregui, con antelación a la hora de entrada del turno de la tarde y en esa espera, muchos se ponían a jugar con gran bullicio, otros tumbaban guamas del árbol justo frente a la entrada de la escuela, unos pocos agarraban limones de la única mata de la plaza, junto al semicírculo que ocupaba la Banda Municipal en las retretas, para lanzarlos luego como dolorosos proyectiles a sus compañeros.

Pero una tarde el Prof. Ramón Naranjo, director de la escuela, quien vivía en una casa en la calle 3, una cuadra más abajo, abrió la entrada un poco antes de lo acostumbrado y enseguida empezó a correr un río de muchachos al interior del plantel; una vez todos adentro, trancó la puerta más pequeña, la siguiente luego de la principal, para impedir la salida de los alumnos. Acto seguido, estando todos los alumnos parados en columna de a dos junto a la entrada de su salón de clases, con su maestra al control, el Prof. Naranjo comenzó desde el sexto grado, armado con una regla de 80 cm, que mi papá le había hecho de madera de caracolí, a propinar a cada muchacho, tres o cuatro golpes planos en las nalgas, para lo cual agarraba al afectado por un brazo y en tres o cuatro segundos le administraba su ración de castigo, enviándolo luego a su respectivo salón.

Nadie se salvó ese día del insólito castigo de manos del director; imagino que, en la lógica de él, todos éramos culpables del desorden con tanto ruido en la plaza, por acción u omisión. A medida que el remolino justiciero (el Prof. blandía su regla como un remolino), se acercaba a mi fila, crecía mi miedo; recuerdo que el profesor por momentos descansaba y sudoroso se apoyaba en la regla parada en el piso del patio central de la escuela. De pequeña estatura, el extremo superior de la regla llegaba a su cintura.

No era para menos su cansancio, pues considero que la cantidad total de alumnos debía estar cercana a 200, incluso, considerando que en aquel singular evento algunos muchachos, más despiertos que el resto, hubieran sospechado el castigo y escapado a tiempo; por ejemplo y a propósito, no recuerdo haber visto en aquella paliza al famoso "Realito". Cuando ya era inminente que la temida regla cayera sobre mis nalgas, estando el director a unos 5 metros de mi turno, un ángel convertido en mi maestra querida Gilma Naranjo, me haló fuertemente y, como si yo fuera de anime, me lanzó detrás de la puerta del salón; nunca sabré si fue con la tácita aquiescencia del director, quien tenía gran aprecio a mi papá y por extensión, a todos mis hermanos.

## **Reparación del aula del segundo grado**

Mi maestra en segundo grado en la Escuela Padre Maya fue la señora Julia Lozada, de quien hice una breve descripción en un relato anterior; una mañana, estando en clase, entró al salón el director acompañado de un albañil conocido en el pueblo, de estatura mediana, con bigote, sombrero, bizco de un ojo, quien, mirando detenidamente el techo, dijo: “Don Ramón, eso está muy mal, hay que arreglarlo rápido”.

Algunos muchachos se miraron con una sonrisa, pensando quizás que eso significaba unas vacaciones inesperadas, pero siempre bienvenidas cuando uno es estudiante; realmente, el techo de nuestra aula, era el que estaba en las peores condiciones de todo el plantel, las vigas de madera y la caña brava que soportaban el peso de las tejas, revelaban mucha antigüedad, la misma quizás de la vieja casa que albergaba la escuela.

De modo que, la siguiente semana nos mudamos a otro salón, mientras duró la reparación del techo y otros detalles del lugar original; en el local provisorio hice amistad con un muchacho de apellido Graziotte, que no había percibido en el salón anterior, hijo de un matrimonio italiano que tenía un automóvil sedán Mercury, modelo 1950, color vino tinto, en el cual lo trasladaban; la mamá de Graziotte era una mujer joven, de piel blanco-rosado, pelo rojizo, muy parecida a su hijo y de profesión enfermera. A mi efímero amigo dejé de verlo al finalizar aquel segundo grado y más nunca supe de él.

Hace 21 años fui con mi hermano Rafael a La Grita y en un empeño que teníamos por restaurar la baranda que hizo mi papá para la iglesia del Santo Cristo, visitamos a la señora Ramona Montoya, muy apreciada y recordada por Rafael por haber sido su maestra y explicamos a ella nuestro proyecto. Como integrante de la Cofradía del Santo Cristo, ella nos dio algunas ideas al respecto y nos presentó al señor Jorge Urrea, quien amablemente nos ofreció espacio para acometer el trabajo de restauración, en su amplia y bonita casa ubicada en la calle 2, entre carreras 5 y 6; al ver en una pared de dicha casa una foto del señor albañil que había reparado mi salón de segundo grado muchos años atrás, pregunté por él al señor Urrea y me respondió: “Era mi papá, falleció hace poco y se llamaba Ángel María Urrea”.

## **Joaquín se cayó del techo**

No puedo precisar si, además de una gotera que caía en el cuarto de Rafael cuando llovía, hubo otra razón para que Joaquín subiera al techo esa tarde; lo cierto es que subió

y encontró una teja movida del lugar correspondiente y al llevarla a la posición que debía tener, descubrió un avispero que en furioso enjambre lo cubrió en un instante.

Los brazos de Joaquín se convirtieron en desbocada hélice y dando grandes zancadas sobre el inclinado techo para escapar de las dolorosas punzadas de los furiosos insectos, olvidó que estaba a casi tres metros del suelo, cayendo aparatosamente al patio, enredándose en unas cuerdas de alambre en las que se colgaba ropa a secar, lo cual frenó un poco su golpe en el piso de cemento; quienes estábamos allí, volamos encima de Joaquín presintiendo lo peor, pero gracias a Dios no pasó de su gran susto, aporreo en el cuerpo y mucha palidez en su cara y en las nuestras; probablemente, al ser niño se salvó de mayores consecuencias.

## **El señor Juan Vivas G.**

El señor Juan Vivas G. era, a mediados de la década de los 50, un hombre de unos 60 años, blanco-rosado, rollizo, estatura mediana, ojos claros, pelo y bigote bien cortado, blanco por las canas; de aspecto pulcro, siempre bien vestido con traje, generalmente de color oscuro. Tenía un negocio muy próspero atendido por él mismo, en la carrera 6, entre calles 1 y 2, en la misma acera de La Pesa y a unos 50 metros de ella; la atención a los clientes era muy esmerada, respetuosa y todo su aspecto físico, me hacía recordar unos pequeños anuncios que solían colocar en la época en lugares visibles de muchos negocios comerciales, en los cuales se veían dos hombres propietarios, uno rozagante y saludable fumando un buen habano, mientras contaba dinero en un escritorio, con la siguiente leyenda: "Yo vendí al contado". En la otra mitad del gráfico, se veía un hombre flaco y macilento, agarrándose la cabeza con desesperación, en un local ruinoso y sucio, con ratas por el suelo; en esa representación la leyenda decía: "Yo vendí a crédito".

Era obvio que el señor Juan Vivas G. vendía a estricto contado y siempre su negocio estaba bien surtido y limpio; a la derecha de una de las dos puertas del local, un discreto aviso sobre una pequeña placa decía: "Juan Vivas G.-Viveres y mercancía seca".

Desconozco el destino final del señor Juan Vivas G., pero en mi niñez y comienzos de adolescencia, lo percibí como un digno representante del comerciante servicial y de principios de ciudadano ejemplar, especie casi en extinción hoy.

## **Paseando en carretilla con velas**

En el período en el cual nuestra familia vivió en La Grita, mi hermano Alfonso fue quien más ayudó en el trabajo a mi papá y en segundo lugar en ese aspecto estuvo Joaquín; una carretilla construida por mi padre y Alfonso, con gran esmero, fue un instrumento muy útil por varios años, siendo hoy para mí de muy grato recuerdo.

De diseño muy propio, fue hecha de madera resistente, con todas sus piezas unidas con tornillos, porque mi papá era poco amigo de los clavos en su trabajo; la rueda fue hecha también de madera maciza de unos 4 cm de espesor y cerca de 30 cm de diámetro con su borde externo cubierto con una cinta de caucho de neumático de carro y el toque final fueron dos “manos” de pintura de esmalte color verde botella; por todo ello se convirtió en la mejor carretilla del pueblo.

Una noche, Joaquín y yo estábamos paseando en ella, de forma alternada, en el patio de la casa y como justo en ese momento se cortó la luz, se nos ocurrió para alumbrarnos y continuar jugando, colocar un par de velas de esperma que guardaba mi mamá, pegadas con la misma esperma derretida en el extremo delantero de los largueros de la carretilla, a manera de faros; así continuamos nuestra inocente diversión de vueltas en el patio sin cesar, cuando en una de ellas, al pasar frente al cuarto de nuestro hermano Rafael, quien no estaba en la casa y había dejado la puerta entreabierta, miré al interior de la oscura habitación y con el tenue reflejo de las velas, vi una figura humana detrás de la puerta, asomada mirándonos, agarrada al marco de la misma; simultáneamente, Joaquín también vio algo similar, lo cual nos produjo mucho pánico y, soltando la carretilla, salimos corriendo hacia la calle, donde estaban mis padres y otros hermanos, esperando el retorno de la luz, quienes tomaron a broma lo que contamos.

Al llegar Rafael a la casa, un poco tarde, con gran detalle Joaquín y yo le narramos la fea experiencia y habiendo llegado ya la luz, revisó su cuarto por todos lados, sin hallar nada extraño; lejos de tomarlo a broma, quizás por tratarse del lugar donde dormía, se quedó pensativo y me parece que desde aquella noche le tomó recelo a su habitación. Todavía hoy pienso que lo visto por mí no fue producto de la imaginación, ya que mi hermano Joaquín vio algo similar, en el mismo momento.

## **El “copetón”**

Desde mi infancia he considerado que una de las aves silvestres más lindas de las tierras andinas es el “copetón” y a mi juicio lo es en plumaje y canto; su nombre científico es

*Zonotrichia capensis*, aproximadamente del tamaño de un canario, su plumaje es de varios tonos de marrón, rayas negras, algunos tonos anaranjados, en el cuello debajo del pico, un dibujo en color negro como corbata de lazo; el único que canta es el macho, que tiene en la cabeza un pequeño copete, de donde viene su nombre de “copetón”.

Hace años yo pensaba que el pájaro en cuestión era exclusivo de Venezuela, pero leyendo algo sobre él, me he enterado que está distribuido en casi toda Suramérica, habitando por lo general en zonas de entre 1.000 y 3.000 metros sobre el nivel del mar. En Chile lo he visto con regularidad en parques, jardines y zonas rurales, siendo conocido con el nombre de “chincol”; sus características externas son iguales al “copetón” venezolano, pero difiere en su canto, ya que el chileno suprime el trino final. Algo similar ocurre en Argentina, donde también lo he observado con el nombre de “chingolo”, con canto similar al de Chile.

Un día, allá en mi infancia, en el solar tan recordado, observaba un “copetón” macho, muy afanado con su hembra haciendo su nido en una mata de guineo negro y se me ocurrió la infame idea de lanzarle piedras con la cauchera cada vez que llegaba con pajitas en el pico, hasta que le di de lleno en el cuerpo y cayó muerto; por pura casualidad el vecino Adonay Sánchez, estaba observando desde el excelente mirador que era la azotea de su casa y tan pronto como recogí el pajarito, me pidió que se lo lanzara, lo cual hice.

Un rato más tarde me llamó con un grito y desde arriba me regresó un pequeño paquete envuelto en papel marrón; era el “copetón” entero asado, como un pollo en miniatura y al mirar asombrado a mi amigo Adonay, éste me dijo con gran sonrisa: “¡Cómetelo, es muy sabroso!”. Me lo comí con cierto pesar, reconociendo que era muy pequeño, pero sabroso, igual que el pollo.

Ahora reconozco que fue un acto cruel y nunca más lo repetí, tampoco pretendo justificarlo como una inevitable travesura infantil.



Copetón | *Zonotrichia capensis*

## **“Oigan: A mí que estas “huevonadas” no me asustan...”**

Ya estaba anocheciendo aquel día y el sol comenzaba a declinar por los bonitos cerros de Santo Domingo, el remoto lugar que nunca visité habiendo querido hacerlo siempre, el mismo de dónde venían arreos de mulas con sus esforzados y curtidos arrieros, trayendo al pueblo los tablonos, cuarterones y tablas de madera indispensables para el noble trabajo creador de ebanistas y carpinteros. Pronto sería noche, cuando de repente -siempre de repente, los temblores y terremotos nunca avisan-, empezó a sentirse un fuerte temblor que sacudía el suelo en forma horizontal y vertical, alternadamente, acompañado de un ruido profundo y muy desagradable; estaba yo cerca de la cocina, quizás esperando el inefable aroma y ruido de los preparativos de mi inolvidable mamá, que siempre iniciaba con suficiente antelación la hechura de la cena, para servirla a más tardar entre las 6 y 6:30 de la tarde.

Al sentir el movimiento del suelo, como lo he hecho toda mi vida hasta hoy, salí corriendo presa del pánico y en pocos segundos ya estaba en la mitad de la calle, viendo que toda la gente del pueblo hacía lo mismo, llenando pronto calles, carreras y aceras de gente llena de miedo, vestidos como los sorprendió el sismo; el río bullicioso de personas contando cada una su impresión, pasado un tiempo como de una hora, se fue esfumando, caminando cada quien para su casa como hormigas a su cueva.

Un rato más tarde, sólo quedaban unos pocos corrillos hablando, entre ellos uno formado por mi papá, don Heriberto Zambrano, don Daniel Sánchez, don Olinto Lupi y otro señor, cuyo nombre no recuerdo; yo estaba cerca y escuchaba la conversación sin meterme, porque era reunión de mayores y, además, porque me lo impedía mi timidez. De manera imprevista se incorporó un señor que llegó caminando por la misma calle 2, desde unas cuadras más arriba de donde estaba el grupo, en la esquina con la carrera 2; llegó en silencio fumando un tabaco, con las manos en los bolsillos, sombrero y un traje de pantalón y saco de dril, ambos, color beige, de uso bastante frecuente en hombres maduros en la época; completaba su indumentaria la camisa blanca, manga larga, sin corbata.

Al grupo causó sorpresa que el señor se uniera a la conversación, ya que rara vez pasaba por el lugar y cuando lo hacía no se detenía a saludar a nadie, siempre con su tabaco en la boca, y como meditando cosas muy importantes miraba a lo lejos, con ambas manos en los bolsillos laterales del pantalón; de repente, rompiendo el silencio que produjo su llegada dijo con cavernosa voz: “Oigan: ¡A mí que estas “huevonadas” no me

asustan!", mirando de reojo a cada uno del grupo, con sonrisa burlona y autosuficiente, como queriendo comprobar el efecto de sus palabras.

Años después, comprendí que aquello no pudo caer bien a ninguno de los presentes, como me confirmó mi papá, ya que fue una actitud arrogante ante el evidente miedo y preocupación que todos teníamos. Pero como castigo de Dios y corroborando aquel viejo adagio: "La lengua es el castigo del cuerpo", unos instantes después de haber llamado indirectamente "gallinas" a los integrantes del corrillo, se desató otro temblor casi tan intenso como el anterior y... ¿adivinan quién salió corriendo más rápido y primero que los demás del grupo?... pues, el señor, supuestamente impertérrito del eterno tabaco en la boca y manos en los bolsillos, tan veloz su carrera que se le cayó el sombrero sin agacharse a recogerlo, deteniéndose tan sólo al llegar a la plaza Cáceres.

Ignoro cómo hizo el señor para recuperar su sombrero sin sufrir las burlas de los testigos de su pánico; de aquel evento en mi infancia hoy saco dos conclusiones: 1) El señor del tabaco era un farsante-fantástico; y 2) Hasta hoy no he conocido ser humano normal que no sienta miedo ante un temblor.

## **Domingos de mercado**

Con frecuencia yo acompañaba a mi mamá al mercado de La Grita los días domingo, para hacer las compras de toda la semana siguiente; el mercado municipal estaba en el mismo lugar actual, en la calle 3 entre las carreras 5 y 6, por la acera derecha subiendo.

Normalmente, llevábamos dos bolsas de fique para transportar de regreso los víveres comprados, que incluían carne de res o de cochino, cuyo precio estaba a Bs.3 el kilo, la costilla de res Bs. 1,50, hueso con carne Bs. 1,00, hueso blanco (limpio) Bs. 0,50 (en ocasiones lo daban de ñapa); plátano verde o maduro Bs. 0,25/kg, maíz pilado blanco o amarillo para arepas (no se conocía aún la harina PAN), Bs. 0,50/kg, arroz Bs. 1,00/ kg, azúcar Bs.1,00/ kg, etc.

Mi mamá fue cliente fija de una señora llamada Nemecia, quien vivía en la aldea Sabana Grande y de allá llevaba a vender en su puesto, al lado izquierdo de la puerta de entrada al mercado los excelentes y naturales productos del frío lugar, de los cuales recuerdo: queso por unidad, en círculos de unos 15 cm de diámetro x 3 cm de espesor, a Bs. 1,50; mantequilla envuelta en hojas de biao, Bs. 1,50; huevos, berros, cilantro, cebollín, quemadera (yerba picante muy usada en la elaboración de morcillas y otras comidas), además de otros productos menores. En la parte trasera y descubierta del mercado,

solían vender algunos animales pequeños vivos, como cochinos, conejos, curíes y gallinas.

### **“Matacho de lacre”, un “chofer de plaza”**

En la época a la cual corresponde el presente relato, década de los años 50, a mediados de la misma, se llamaba en nuestro pueblo a los choferes de taxis, “choferes de plaza”, debido a que, generalmente, los vehículos destinados a tal servicio, estaban ubicados en el costado de la plaza Bolívar, correspondiente a la calle 2. Allí siempre estaba un señor de apellido Romero, quien creo, era familiar de don Fídolo Romero y doña Oliva, a quienes me referí antes; dicho chofer era un hombre de unos 35 años, mediana estatura, pelo liso, peinado hacia atrás con brillantina y piel muy rosada, casi rojiza.

Por el color de su piel, mi papá con su ingenio para los apodos, que nunca salieron del ámbito familiar, lo llamaba “Matacho de lacre”, en alusión al color rojo de la pasta que se fundía en calor, usada desde épocas antiguas para sellar sobres y paquetes.

Manejaba un automóvil sedán Chevrolet, color verde manzana, del bonito modelo Deluxe 1950, el mismo que casi me atropella un tiempo atrás, por imprudencia mía.

El aspecto rojizo de “Matacho de lacre”, aparentemente, potenciado por la ingesta de miche, lo hacían parecer peligroso, pero nunca supe de ningún evento irregular que justificara ese prejuicio.

### **El papá de “Rata mala”**

En la calle 2, media cuadra más arriba de nosotros, en la misma acera, estaba la casa de un señor de apellido Mora, que vivía allí con su familia de varios hijos, uno de los cuales, tenía el apodo “Rata mala”, desconozco si, porque era en realidad malo, porque es, comúnmente, aceptado que las ratas son, ya de por sí, malas.

Pero el señor jefe de aquella familia, a quien me refiero, tenía una gran capacidad emprendedora y era muy trabajador; cada cierto tiempo llevaba a La Grita un camión de tamaño mediano lleno de pescado salado, que diligentemente buscaba y compraba en los llanos de Apure y Barinas, sorteando vicisitudes y carreteras infames, llenas de pozos, barrales y plagas en época de invierno, y nubes de polvo en verano.

Al llegar a su casa con el cargamento, con ayuda de sus hijos Ramón Mora -“Rata mala” y “Chuy”-, nunca supe su verdadero nombre, acomodaban el pescado con su olor peculiar que, sin embargo, no me molestaba, en montones como si fueran alfombras, en una amplia sala a la izquierda de la entrada; por variedades y tamaños eran ubicados bagres rayados, bagres dorados, bocachicos, mana-manas y otros, todos de muy buen tamaño y aspecto según su especie, porque los ríos llaneros de aquellos años eran muy abundantes en aguas naturales y peces saludables.

De aquel depósito temporal se surtían algunas bodegas y el mercado municipal y por ello no duraba mucho la existencia; en uno de sus viajes, el señor Mora por alguna razón cambió de rubro y a su regreso se apareció con el camión lleno de burros, lo cual significó para él problemas de espacio y alimento para los animales. No debe haber sido afortunada la iniciativa, porque no la repitió, siendo, sin embargo, una muestra de la versatilidad del señor Mora, el papá de “Rata mala”.

## **Accidente en Borriquero**

Un domingo en la mañana, después de la misa y el mercado, un grupo de hombres, mujeres y niños subió a un camión pequeño con barandas de madera en su plataforma de carga y, todos parados, los vi pasar frente a la casa por la calle 2, rumbo a Venegara y Sabana Grande; iban bulliciosos conversando, como suele ocurrir en esas circunstancias, las mujeres cuidando sus pantorrillas y faldas, los hombres agarrando sus sombreros para que el viento no se los quitara, los niños mirando alrededor por los espacios de cuerpos y barandas.

Un rato más tarde, la noticia corrió como chispa en reguero de pólvora: “¡Se volteó un camión en Borriquero!”. La gente novelera, que nunca falta en ninguna época ni lugar, pretendió ir al lugar enseguida, en una mezcla de ganas de ayudar y de fisgonear; pero a menos que hubiera carro disponible había que caminar varios kilómetros hasta la curva de Borriquero, donde había ocurrido el volcamiento del abarrotado vehículo.

Solamente, al final de la tarde, cuando mi hermana Jesusa, enfermera en el Hospital San Antonio, al llegar a casa nos informó que, a pesar de lo violento del accidente, lo que hubo fue fracturas y aporreos en varias personas, siendo uno de los más afectados, el loco amigable y conversador que arreaba ganado, quien creo, perdió un ojo, porque desde entonces siempre lo observé con un parche, al estilo pirata.

## **Don “Rafaelito”, el sereno inolvidable**

Probablemente, el último y en todo caso, el único sereno que conocí en La Grita durante mi infancia y parte de la adolescencia, fue un señor de pequeña estatura, blanco, contextura menuda y aspecto frágil, aunque ágil, a quien toda la gente llamaba “Rafaelito”, en obvia alusión a su fisonomía. Cumplía una labor importante, lamentablemente desaparecida, que venía de España desde la época colonial y era desempeñada por un empleado municipal que, en sus comienzos, tenía la responsabilidad de recorrer las calles de pueblos y ciudades en horas nocturnas para cerciorarse de la tranquilidad, el alumbrado público e incluso, anunciar la hora en voz alta en las esquinas.

Pero ya en la época que le tocó vivir a “Rafaelito”, solamente recorría en solitario las calles del pueblo, teniendo como arsenal visible sólo un pito metálico cromado que producía un agudo trino o gorjeo, dependiendo de la intensidad del soplo; ante la ausencia de un arma visible, los niños preferíamos fantasear dando por sentado que portaba oculto un revólver, a la usanza de los detectives que, alguna vez veíamos en historietas ilustradas.

Recuerdo que varios locales comerciales y algunas casas familiares tenían en la parte superior de su puerta principal una pequeña placa metálica, con una leyenda en letras menudas y negras que decía algo así: “Vigilado por el Cuerpo de Serenos”. “Rafaelito” era en la práctica, “el Cuerpo de Serenos” de La Grita, porque muchas veces en la cultura de nuestros pueblos eran suficientes las expectativas y las esperanzas. Supongo que cuando las autoridades municipales decidieron continuar el servicio y tradición del serenazgo, tenían previsto establecer un cuerpo de varios vigilantes nocturnos para garantizar la tranquilidad ciudadana, en conjunto con la Policía Municipal, en cuyo caso tenía sentido la leyenda de las placas aludidas. Lo cierto es que en todos los años que viví en La Grita, el “Cuerpo de Serenos” lo representó y ejerció “Rafaelito”.

Una imagen que siempre he conservado de ese señor fue una noche de invierno, abundante en neblina, cuando pasó frente a la casa, por la acera de la casa de la familia Zambrano Lupi, con su sobretodo gris y su sombrero, al propio estilo de los detectives de películas de la década de 1940, diluyéndose hacia la plaza Cáceres, sin prisa y sin pausa.

## **Paseo a la finca de don Heriberto Zambrano**

Nuestro amigo, Jorge Zambrano Lupi, venía presionando a su papá don Heriberto, para que, en el siguiente viaje a la finca familiar, nos invitara a Joaquín y a mí; así que un día, hablando don Heriberto con mi papá, cosa que hacían con frecuencia, le propuso que nos dejara ir, lo que aprobó nuestro padre. El día convenido nos levantamos muy temprano y a una seña de Jorge, subimos al carro, cuando el señor Porfirio puso en marcha el motor, poniendo rumbo al lugar del que tanto nos hablaba Jorge, tomando la vía hacia La Fría, pasando por el bonito pueblo de Seboruco y un lugar llamado Las Mesas, entre otros sitios.

Al llegar a la carretera Panamericana, recientemente puesta en servicio, ya el señor Porfirio, chofer que trasladaba periódicamente a don Heriberto por esa vía, precisamente en su labor de supervisor en la construcción de la nueva carretera, pudo acelerar el automóvil, un bonito sedán Plymouth, color azul celeste, nuevo, modelo 1956, que recientemente había reemplazado al también sedán Plymouth, color gris plomo, año 1950; íbamos por una recta recién asfaltada y don Heriberto le preguntó al chofer: “¿A qué velocidad vamos, Porfirio?”, respondiendo el aludido: “Vamos a 60 km/h, don Heriberto”. “¡Cónfiro, no parece que vamos corriendo tanto!”, añadió don Heriberto.

Estimo que serían cerca de las 11 de la mañana, cuando luego de pasar por un puente sobre el río Carira, de aguas claras y poco caudalosas, llegamos a la finca; como niños que éramos, nos pusimos a recorrer todo con gran emoción y aquella noche Jorge, Joaquín y yo nos acostamos muy cansados, un rato después de comer. Los amaneceres en fincas de tierra caliente son muy característicos y diferentes a los de clima frío; aquel era un lugar con poca altura sobre el nivel del mar y muy caliente, creo que, a pocos kilómetros de La Fría, capital del municipio Francisco García de Hevia.

Durante el día, muy caluroso, bajando un poco la temperatura en la noche y siendo el amanecer la hora más agradable; ya a eso de las seis de la mañana estábamos levantados, ofreciéndonos Jorge y yo para ayudar en la primera tarea del día, que era reunir las vacas que debían ser ordeñadas, las cuales estaban en un potrero cercano y traerlas al lugar de ordeño, al lado de la casa; no salimos bien parados de aquella tarea, porque ninguno de los dos sabía hacer caminar vacas delante de uno a un lugar determinado, así que después de muchas carreras detrás de los animales, logramos reunir y llevar tan sólo unos pocos... ¡en su mayoría toros! De manera que aquello sirvió de broma y burla hacia nosotros durante todo el día, no valiendo para nada nuestras excusas de que el pasto estaba alto y no pudimos distinguir vacas de toros.

Cuando el calor estaba más bravo, al mediodía, Jorge, Joaquín y yo, acompañados por un niño, hijo del encargado de la finca, fuimos a una pequeña quebrada que en tierra caliente llaman “caño”, el cual, con aguas muy claras y ligeramente cálidas, nos refrescó durante varias horas hasta el atardecer, cuando nos llamaron a comer; pronto cayó la noche y luego de una sesión de cuentos propios del campo, nos fuimos a dormir la segunda noche de aquel viaje. En la mañana siguiente, no queriendo repetir la gracia del día anterior, me hice el “pingo” y con Joaquín nos escurrimos a ver las gallinas, pavos y cochinos, que en aquel momento les daban su comida.

Como a mitad del día sentimos un tiro de escopeta y un bullicio un poco lejos de la casa y los tres corrimos al lugar donde el señor encargado de la finca, junto a otro hombre, miraban un animal parecido a una comadreja, de color gris con una franja negra, muerto con un agujero en el cuerpo, tendido cerca de una cueva; los dos hombres se empeñaban en hacer salir de la cueva, supuestamente, a un animal similar y se afanaban en introducir una vara larga por otro agujero, pero Jorge no era amigo de armas ni estampidos de ellas, así que nos llevó de allí de nuevo al riachuelo que esa vez aprecié mejor que el día anterior, viendo la cantidad y variedad de pequeños peces que en el agua nadaban; cuando decidimos regresar a la casa, al final de la tarde, lo hicimos por un potrero distinto al del día anterior, consiguiendo dos matas de guayaba cargadas de frutos verdes, pintones y maduros, un árbol de la variedad de pulpa rosada y el otro de pulpa color claro, casi blanco, desconocida por mí; pero todas las guayabas de exquisito y revelador aroma desde lejos.

Allí permanecemos largo rato hartándonos de guayabas, mientras recordaba las consejas y embustes que nos contó allá en nuestra casa en La Grita unos meses antes, un amigo de mi hermano Hernando, famoso por comelón y embustero; según aquel sujeto, al encontrar en el campo una mata de guayaba llena de frutos maduros, había que revisar muy bien cada guayaba porque las culebras tenían gran preferencia por dicha fruta y cuando mordían una, dejaban una bolsita con su veneno, pegada al lugar de su mordida.

Debido a su burda mentira, pasé mucho tiempo revisando una por una, antes de comerlas o guardarlas para el regreso, el cual había previsto don Heriberto para el día siguiente. El atracón de guayabas de esa tarde fue una prueba de fuego, incluso para resistentes estómagos de niños, definitivamente prohibido para personas adultas, pero la aprobamos sin novedad.

En la noche, después de la comida y algunos cuentos, nos acostamos para dormir la última noche de nuestras vidas en aquella finca.

A la mañana siguiente, tan pronto aclaró a eso de las 6 am., después del desayuno con pisca, arepas y queso, nos preparamos para el regreso a La Grita, hacia donde salimos a eso de las 10, después de abarrotar la maleta del carro con plátanos, yuca, guayabas, queso y otros productos del campo. Al destino llegamos cerca de las 4 de la tarde, luego de un par de paradas en la vía y rodando a poca velocidad, porque el Plymouth azul se desplazaba como le gustaba a don Heriberto.

Joaquín y yo solamente fuimos a tan recordada finca aquella vez, nunca regresamos a tan bonito y fértil lugar.



Paisaje similar a la finca de don Heriberto Zambrano

## **Paseo a Tadea con Ana María**

Ana María era una joven de unos 18 a 20 años, oriunda de la pequeña aldea de Tadea, ubicada en el hermoso cerro Alto Duque, al sur del valle de La Grita; blanca, bien parecida, cabello negro, ligeramente ondulado hasta los hombros, de trato afable y muy trabajadora. De todas las mujeres que contrató mi mamá como ayudantes en la inmensa, cotidiana y reiterada, sin final, tarea que representó para ella la responsabilidad de los oficios y cuidado domésticos de una familia de once miembros, -mi papá, ella y nueve hijos-, Ana María fue quizás la mejor, reconocido en palabras de mi mamá, quien era muy pertinaz, exigente e incansable, con innata habilidad para imbricar oficios, iniciando los próximos sin concluir los precedentes, sobre todo, si se trataba de la cocina.

Ana María tenía libres, con carácter casi sagrado, los días domingo, como también lo tuvieron todas las damas que trabajaron en nuestra familia; uno de esos días, la joven le pidió permiso a mi madre para llevarme a visitar a sus padres en el campo y la fecha convenida, esa vez en sábado para unirlo al domingo, salimos temprano en la mañana, tomando un antiguo camino, a lo mejor colonial, por donde transitaban hombres y bestias,

el mismo convertido ahora en útil carretera que facilita el tránsito de carros medianos para el transporte de personas, insumos y productos agropecuarios.

Aquel camino era empinado, pero la fatiga de la caminata era compensada por la hermosa vista que desde allá se tenía del pueblo, incluso, nos detuvimos un rato hasta ubicar a lo lejos la casa donde vivíamos; poco después de que el camino cambiara su orientación aproximada de este a oeste, torcimos por él hacia el sur, ya en superficie más horizontal, caminando por parajes muy bonitos, con casas muy distantes unas de otras.

Un rato más tarde, luego de unas dos horas de camino desde La Grita, llegamos a la casa de la familia de Ana María, gente muy buena, acogedora y sencilla, como todos los campesinos andinos, que centran su atención hacia el visitante, casi exclusivamente, alrededor de la comida, que sirven con bondad y abundancia, centrando muchos de sus platos en la gallina, los huevos, queso, frijoles, arepa de maíz sin pilar y otras delicias. Allí me di un banquete por primera vez con un frijol, casi silvestre, llamado “gallinazo”, que ayudé a recoger de las matas enredadas en las cercas; ese frijol, cosechado tierno y preparado en sopa o guisado tiene un sabor peculiar e inolvidable, que disfruté junto y por supuesto, en comidas separadas, con el frijol “quinchoncho”, cultivos muy alimenticios y poco apreciados en Venezuela hoy.

Después de disfrutar un fin de semana completo en ese bello y tranquilo lugar al que nunca volví, emprendimos el regreso a La Grita, el lunes, llegando ya a la caída del sol; recuerdo que cuando íbamos por la carrera 2, a media cuadra de la casa, se encendió la nueva luz urbana, más intensa, clara e invasiva, con nuevos postes y lámparas.

## **Nuevo sistema de energía eléctrica en La Grita**

Justamente, la tarde que venía llegando de Tadea a la casa con Ana María, se estaba inaugurando el nuevo sistema de energía eléctrica y de inmediato noté la diferencia cuando, yendo por la carrera 2 entre calles 2 y 3, se encendieron los bombillos en los postes pintados de color aluminio, y calles y carreras se iluminaron con una luz más clara y brillante, haciendo desde aquel día cosa del pasado, la amarillenta y humilde luz que desde hacía décadas volvía tan melancólicas las noches de neblina.

En el archivo municipal debe existir el registro del tiempo que prestó servicio el sistema eléctrico que fue reemplazado aquel día, así como su historia e importancia para el pueblo.

Recuerdo que un tiempo antes, andaba yo con algunos hermanos míos y otros muchachos, en un campo lejano al pueblo y haciéndose ya tarde, caminábamos rápido de regreso porque estaba oscureciendo; cerca del camino, en un cerro se estaba construyendo una alta torre metálica de las que soportan cables de alta tensión, pero ya por la hora que era, los técnicos a cargo se estaban bañando en las heladas aguas de un riachuelo, por su aspecto y acento nos dimos cuenta que eran extranjeros.

Desde entonces, he respetado y valorado a las personas que construyen con gran riesgo, obras que prestan servicios imprescindibles a los pueblos. Me parece que el sistema eléctrico construido en aquella época, es el mismo que presta servicio actualmente y creo que lo relatado tuvo lugar en 1957.

## **Don Tomás Mora y doña Pragedes**

Durante un tiempo, que creo no llegó a un año, compramos leche fresca, recién ordeñada para el consumo de nuestra familia, donde don Tomás Mora y su esposa doña Pragedes, quienes vivían en la calle 3, frente al costado sur de la plaza Cáceres, a media cuadra de la esquina con la carrera 1, donde años después, estuvo el comando de la Guardia Nacional.

A la casa de don Tomás y su esposa, Joaquín y yo llegábamos como a las 7 de la mañana, con una pequeña olla de aluminio que nos entregaba mi mamá y allí esperábamos a que ordeñaran las vacas en un pequeño establo, evidente recuerdo de una finca que luchaba por sobrevivir en el tiempo. La señora Pragedes trasegaba la fresca leche con su olor característico desde una caneca de aluminio y con una alargada totuma medía sin errar un mililitro, los dos litros solicitados, a Bs. 0,75 -real y medio, como se decía entonces-, cada litro; don Tomás era un hombre alto, algo encorvado, blanco, de unos 70 años, siempre con sombrero marrón, con lentes de mucho aumento, redondos, parecidos a los del Emperador Hiro Hito y de muy poco hablar; doña Pragedes, mujer blanca, un poco entrada en carnes, algo menor que su marido, con su pelo gris, recogido a la usanza de las mujeres mayores y un poco más conversadora que su marido, sobre todo, cuando se trataba de sacar cuentas y cobrar.

A mí me gustaba ir a esa casa para ver los animales y el hermoso potrero hacia el sur, cortado por la carretera que salía y entraba a La Grita hacia San Cristóbal y otros lugares; también había dos grandes árboles de mango, bajo cuyas ramas buscaba sus sabrosos

frutos con las manchas típicas del mango en tierras altas, escondidos en el pasto corto alrededor de sus troncos.

Tiempo después, cuando ya no comprábamos leche en aquella casa por no vivir cerca, veía yo un bonito automóvil deportivo, Volkswagen, modelo Karmann Ghia, color rojo, estacionado frente a la casa de don Tomás y su esposa; el carro, único en el pueblo, era de un profesor, hijo de ellos y con tristeza lo vi años más tarde, abandonado y ruinoso en Llano Largo.

### **“¡Vente, Julio!”**

Una muchacha de pequeña estatura, pelo corto y unos 20 años, cuya familia vivía en la calle 3, entre carreras 1 y 2, había regresado de Caracas donde estuvo algunos meses, según ella misma decía; un día, iba pasando frente al taller de mi papá, llevando de la mano un niño de unos seis años, el cual, en algún momento se soltó para agarrar algo en el suelo y entonces la joven, quien llevaba prisa, le dijo en voz alta: “¡Vente, Julio!”.

La expresión causó tanto estupor a mi papá, que salió a la puerta para ver quién la había pronunciado y su sorpresa fue mayúscula, al ver que era de la joven que acababa de pasar, gritense de toda su vida, quien, con sólo unos meses en la capital, pronto había olvidado su dialecto y se pavoneaba haciendo gala ante sus paisanos de su muy reciente adquisición en acento, palabras, formas de caminar y vestir.

Conservador pertinaz hasta el final de sus días, mi papá hizo bromas con esa frase, ya que él nunca empleó el tuteo u otras formas gramaticales, escritas u orales informales, opuesto y refractario a ellas, a pesar de haber vivido once años en Caracas (1964-1975).

### **La muerte de Ligia**

Cada cierto tiempo llegaban a visitar a la familia Zambrano Lupi los esposos Luis Zambrano Roa y Josefa Elba Lupi de Zambrano, con sus hijas Ligia Josefina y Olga Elena; eran hermanos de don Heriberto y doña Mercedes, respectivamente, es decir, dos hermanos casados con dos hermanas.

Desde que vi a Ligia por primera vez me agradó mucho desde mi perspectiva de niño, ya que era una niña-adolescente de dulce trato, que rápidamente fraternizaba con los

muchachos del entorno, de ambos sexos y, para los varones adolescentes, empezaba también el gran atractivo de sus hermosos ojos azules en un lindo rostro. Así que, tanto por muchachos en la frontera entre la niñez y adolescencia, como por niños aún, cuando en vacaciones se veía llegar aquella gentil familia en su camioneta Opel Caravan, modelo 1955, color gris chinchilla, la alegría que sentíamos era muy grande.

Por eso, cuando, supimos la primera versión sobre el accidente de la familia en aquella misma camioneta siempre esperada por los muchachos de la cuadra, la impresión que sentimos todos, fue muy parecida a cuando se pierde para siempre un familiar querido, de manera repentina e inesperada. La noticia fue que Ligia había muerto la noche anterior al volcar el carro en viaje hacia La Grita, en la carretera larense de las tristemente célebres “curvas de San Pablo”; también resultaron heridos sus padres y su hermana Olga, siendo el más grave don Luis, papá de ambas niñas.

Creo que todos los muchachos de la cuadra y más allá, lloramos en silencio, a la manera de cada quien, y estoy seguro que, aunque esa tragedia ocurrió hace 65 años, el 18 de mayo de 1957, ninguno de nosotros ha podido olvidarla.

Tengo la certeza de que, el efecto demoledor de la muerte lo es más, cuando se siente sobre alguien cercano y querido comenzando la vida, tanto en quien se va como en quien se queda, porque hace comprender de manera brutal la fragilidad y brevedad de todo cuanto se percibe. En momentos tristes como aquel, creo que tienen pleno valor las palabras atribuidas a Plutarco: “La muerte de un viejo es como llegar a puerto, la muerte de un joven es como un naufragio”.

La linda y gentil Ligia Josefina Zambrano Lupi partió en un naufragio, a los 13 años de edad, descansando para siempre en Caracas, aunque dejando también para siempre su inestimable recuerdo.

## **La perra “Laika”**

El 4 de octubre de 1957, la Unión Soviética colocó en órbita alrededor de la Tierra el satélite Sputnik I, primer satélite artificial diseñado y fabricado por el hombre en la historia. Ese evento tan singular marcó el inicio de la Era Espacial y dejó totalmente sorprendido y avergonzado a los Estados Unidos de América, nación que esperaba liderar el dominio del espacio exterior.

Para acentuar el anterior triunfo científico y tecnológico, un mes más tarde, el 3 de noviembre de 1957, la Unión Soviética puso en órbita terrestre el Sputnik II, primer satélite con un ser vivo a bordo, la perra “Laika”, con el objetivo de determinar los efectos físicos de la ingravidez en seres vivos. Aún recuerdo con nitidez el revuelo que causó la noticia por la radio y el *Diario Católico*, uno de los pocos periódicos que llegaba a La Grita; la televisión existía en Venezuela desde 1952, pero aún no había llegado a nuestro pueblo.

Desde la perspectiva infantil, la perra “Laika” fue motivo de todo tipo de especulaciones fantasiosas y chistes; un día, después de almorzar, caminaba yo con Joaquín hacia la Escuela Padre Maya para las clases de la tarde y, habiendo tomado la carrera 2 para luego subir por la calle 3, como lo hacíamos con frecuencia, en el cruce de la esquina, se nos unieron otros dos muchachos, que también iban para la escuela; tan sólo unos minutos después de la caminata y animada charla, uno de ellos gritó mirando y señalando al cielo azul sin nubes de aquella tarde: “¡La perra “Laika”, la perra “Laika”!”. Enseguida todos miramos al cielo, buscando el satélite, cómplices tácitos de la fantasía de ver no sólo la nave que la transportaba en su viaje sideral, sino de observar a simple vista el doméstico animalito. Entonces, otro muchacho, aún más travieso, remató la presunta visión con mayor socarronería: “¡Sí, sí, allá, allá se le ve la cola!”.



Laika, poco antes de entrar en órbita en 1957

## **La caída del General Marcos Pérez Jiménez**

Mi familia se enteró del derrocamiento y huida del General Marcos Pérez Jiménez, en la misma mañana del 23 de enero de 1958, noticia que se divulgó por las emisoras de radio, ese mismo día, desde muy tempranas horas y al siguiente por la prensa de San Cristóbal y de todo el país.

Lo que recuerdo sobre los efectos en La Grita de tan importante evento nacional, se refieren a lo que observé junto a los vecinos, en el sector donde vivíamos y lo puedo resumir con el alboroto de personas que pasaban en vehículos gritando consignas contra el gobierno derrocado; un detalle que años después me pareció paradójico fue que los “carros de plaza” (taxis), habían retirado de su lugar el letrero “Libre” que los identificaba.

Desde cerca del mediodía y durante el resto del día, recorrió las calles un Jeep del Ejército con un oficial y varios soldados armados y casco en la cabeza; en uno de sus recorridos, al girar lentamente en la esquina de la panadería “La Polar”, hacia la carrera 2, vi que uno de ellos portaba un arma, en cuyo cañón tenía múltiples agujeros en toda su extensión e ingenuamente imaginé que al dispararla, los proyectiles saldrían para todos lados, como mortal regadera lateral, de cuya lluvia tendría que cuidarse el mismo portador.

Años más tarde, ya siendo alumno en el Liceo Militar Jáuregui, supe que aquel tipo de arma era una ametralladora ZK-383, calibre 9 mm, que sólo lanzaba proyectiles por la boca del cañón, siendo los agujeros alrededor del mismo, orificios de ventilación.

Los días siguientes a aquella fecha, transcurrieron en completa calma.

## **Panadería “La Preferida”**

En la calle que pasa por el costado sur del Liceo Militar Jáuregui, estaba situada la panadería “La Preferida”, en una casa sencilla, con techo de tejas, frente a la mencionada institución; cuando conocí ese negocio en mi infancia, considero por mis recuerdos que ya tenía cierta antigüedad y era apreciada no solamente en el sector El Llano, donde estaba ubicado, sino en todo el pueblo, a pesar de su producción limitada.

Su dueño, don Mercedes Sánchez, hombre de baja estatura, contextura fuerte y algo gordo, piel blanca y muy trabajador, como muchos gritenses de la época, mantuvo su pequeña empresa por muchos años; de ese lugar me quedó indeleble en el recuerdo el muchacho que todos los días, a mitad de tarde, dejaba oír su fuerte y largo grito que se propagaba como un eco en las poco concurridas calles del pueblo: “¡Almojábanaaaaa....aaasss!”, ofreciendo en un canasto de caña brava tejida, cubierto por un trapo blanco, las ricas y crujientes delicias de harina de yuca rellenas de queso.

También fue un símbolo de esa recordada panadería, una carretilla con una caja de madera en forma de baúl, con su tapa superior convexa, que abría como baúl, en cuyos costados lucía un letrero que decía: “La Preferida”; era el vehículo para la distribución del pan, siempre a cargo de un señor delgado, muy pálido, estatura regular, con su pelo liso castaño, peinado con brillantina, como Carlos Gardel y de muy poco conversar.

## **Los bancos de la Iglesia de El Cobre**

Bajo suposición mía, que no tengo manera de comprobar, porque los protagonistas principales ya fallecieron, los bancos hechos por mi padre para la iglesia de San Bartolomé, en la población de El Cobre, actual capital del municipio José María Vargas, fueron elaborados bajo la coordinación del Presbítero Raúl Méndez Moncada, Párroco de la Iglesia del Espíritu Santo de La Grita, con el Cura Párroco de aquella población, que para la época era parroquia del municipio Jáuregui, cuya capital era y sigue siendo La Grita.

Además, para reforzar esa suposición, está el hecho de que el Pbro. Méndez Moncada era nacido en El Cobre en 1917, población muy querida y recordada por él durante toda su longeva vida; y todavía adiciono otra razón reforzadora, dicho sacerdote conocía muy bien la clase y calidad de trabajo que ejecutaba mi papá, por anteriores encargos para su templo del Santo Cristo.

Creo recordar que fueron 20 bancos de madera, con capacidad para 6 personas cada uno, en cuya construcción estaba incorporada y fija al asiento, la parte del respaldo o apoyo para la espalda; la parte final de su elaboración hubo que hacerla en agosto de 1957 en las amplias instalaciones de la Escuela Parroquial, prestadas para ese fin, a causa de la escasez de espacio en el taller de mi padre.

El acabado superficial de la madera, luego del cepillado a máquina en el taller del señor Medina y del cepillado manual más fino, seguido del lijado también manual con lija de papel color beige, aplicada con pertinaz empeño y cariño a todas las superficies, mediante una almohadilla de madera forrada en cuero que mi padre empleaba desde sus años mozos, quedó concluido con barniz Copal, aplicado con brocha, tratamiento que destacaba las vetas del rosado caracolí.

Un día a mitad de tarde, tan pronto llegó el señor Ezequiel con su camión International 1953, color azul celeste, rápidamente, montamos en su plataforma los bancos, ya que

además del señor Ezequiel, estábamos allí Alfonso, Salomón, Joaquín y yo; por alguna razón mi papá no estaba. Acomodados en la cabina y en la parte trasera del camión emprendimos el recorrido, llegando a la iglesia de El Cobre cerca de las cinco de la tarde, arreglamos los bancos en dos filas de a diez cada una, a ambos lados de la nave central y mirando obviamente hacia el altar.

Tan pronto concluimos el arreglo y entrega del trabajo de mi papá, en el cual habíamos ayudado los hijos que estábamos allí, nos despedimos del Padre, el cual quedó muy contento con los nuevos bancos en su iglesia y tomamos el camino de regreso, ya con la cercanía de la noche. Estimo que a mitad de distancia entre El Cobre y nuestro destino, el señor Ezequiel resolvió parar a visitar unos familiares en una casa de campo a orilla de la carretera, donde detuvo su fiel International y una generosa señora nos obsequió a todos, una sabrosa sopa de arvejas tiernas, con papa troceada y fideos cortos.

Llegamos a la casa quizás cerca de las 8 de la noche, bajo el sereno y seguro manejo del señor Ezequiel, de quien, varios años más tarde, recordándolo, encontré parecido con el actor irlandés Peter O'Toole, famoso, entre otros films, por su Lawrence de Arabia.

Entramos a casa contentos, con buenas noticias para nuestro padre.



Iglesia San Bartolomé de El Cobre

## **La familia Zambrano Lupi**

Considero que, en los 14 años vividos en La Grita, mi familia hizo amistad, buena y perdurable, solamente, con tres familias; una de ellas lo fue la Zambrano Lupi, la cual desde el comienzo de nuestra llegada al frente de su casa, se convirtió en la más visitada y apreciada del sector por nosotros, en los cuatro años que fuimos sus vecinos.

Lamentablemente, por razones que solamente atribuyo a la distancia y al descuido recíproco, el vínculo fue perdiendo fuerza al mudarnos de allí en agosto de 1958 y en lo referente a mí, sólo volví a la recordada y bonita casa de ellos, 43 años después, cuando un atardecer de 2001, en compañía de mi hermano Rafael, tocamos la segunda puerta de siempre y nos abrió Rosario, quien con su cabello absolutamente blanco y extraordinaria memoria, de inmediato nos reconoció, a pesar de tanto tiempo; en amena charla llena de recuerdos y matizada por sabroso café, nos puso en contacto con Gladys, a quien visitamos un rato después y también al día siguiente, con bonito paseo a una casa suya en Sabana Grande, desde donde logramos señal telefónica con Jorge que vivía en Mérida, última vez que hablé con mi amigo de infancia, Jorge.

Mientras hablábamos con Rosario, yo pasaba mi mirada y memoria por cada espacio de aquella grande y recordada casa, como buscando en vano lo que se había marchado sin remedio.

## 5.- LA CASA DE LOS MANZANOS

No recuerdo las razones que tuvo mi papá para mudarnos de la casa del señor Arcángel Sánchez y tampoco recuerdo la fecha, solamente, estoy seguro que ocurrió en agosto de 1958 y que Joaquín, Ramiro y yo sentimos mucha tristeza por dejar para siempre el solar y vecindario en el que tanto nos divertimos.

La casa de los manzanos era muy bonita, agradable y luminosa, ubicada en la calle 3, entre carreras 10 y 11; pertenecía a un señor, cuyo nombre no recuerdo, al cual llamaban “El Amarillo” por el color cetrino de su piel, quien era un hombre de unos 60 años, regular de estatura, muy delgado, siempre con sombrero marrón, dueño de varias casas y con fama de muy tacaño.

La casa alquilada a mi papá tenía las instalaciones esperadas en una vivienda normal: habitaciones, cocina, una sala-recibo a la derecha de la entrada, desde la calle y un baño; la mencionada sala la destinó mi papá para el taller de carpintería y aunque no tenía puerta propia hacia la calle, disponía de una amplia ventana que le daban buena luz y ventilación.

Un solar pequeño nos decepcionó a los hermanos menores, cuando lo comparamos con el de la casa que hacía pocos días habitábamos; pero, en cambio, el patio en el centro y rodeado por el resto del conjunto, sí me gustó porque era amplio, con el piso de cemento muy liso y de color rojo, donde había manzanos con sus troncos protegidos por círculos de cemento, arbustos no muy frondosos, que fueron característicos de muchas casas en La Grita por mucho tiempo, probablemente desde la época colonial.

### Los nuevos vecinos

El tiempo que permanecimos viviendo en aquella casa fue breve, prácticamente un año; quizás por ello no hicimos amistades permanentes en el sector, adicionales a las ya existentes. Sin embargo, por la cercanía de la casa de don Pancho Chaparro y doña Efigenia, en la calle 2, se facilitó reforzar la relación, iniciada años atrás.

A mi papá también le resultó beneficioso tener cerca a don Ramón Ovidio Mora, para comprar alguna madera y cosas ligeras como tornillos, lija, hojas para segueta, bisagras y otras cosas, ya que también se ubicaba cerca, en la calle 2 entre carreras 10 y 11; como vecinos, para compra de víveres y otras cosas, tuvimos a Rómulo Sánchez, Héctor

Sánchez, el “Cojo” Severiano y una cuadra más abajo, Ángel Duque con su librería-papelería.

## **La caída de un helicóptero en La Quinta**

Un día corrió como chispa en reguero de pólvora, la noticia sobre un helicóptero que se había “estrellado” en el sector La Quinta; así como muchas personas, adultos y niños salieron en estampida por cualquier medio hacia el lugar, a unos 5 kilómetros antes de llegar a La Grita por la vía desde San Cristóbal o La Fría, aunque no sobre ella. Yo también quise ir de curioso, pero mi papá me lo impidió y no recuerdo si alguno de mis hermanos mayores logró llegar hasta allá.

Todas las versiones de quienes regresaron varias horas después, coincidían en que la aeronave había chocado con cables de alta tensión de la red eléctrica instalada en tiempo reciente; siempre que ocurre un accidente mayor de cualquier tipo y en cualquier lugar, surgen toda clase de historias, según la apreciación de cada quien, pero a varias personas, les oí decir que unos campesinos presentes en el lugar, justo en el momento de la caída del helicóptero, habían escuchado estallidos sucesivos parecidos a disparos, tan pronto el ruidoso aparato estalló en bola de fuego y comenzó a consumirse por las violentas llamas, por lo cual se generalizó la suposición, que alguien fantasiosamente hizo “oficial”, de que las detonaciones habían sido las armas de los pilotos de la infortunada aeronave, que desde el comienzo se había identificado como militar, cuando aún podían verse siglas y cucarda de la Fuerza Aérea Venezolana.

La anterior especulación es posible que no haya sido tal, porque los cartuchos de un arma al caer en un infierno de llamas pueden explotar como mortales cotufas.

Tulio Duque, el recordado fotógrafo de La Grita, el mismo que con un solo ojo útil grabó con su cámara tantos momentos y lugares para el recuerdo, fue la persona que dejó el registro profesional de la dantesca imagen de los cuerpos calcinados y reducidos de manera irreal, sobre una camilla en el mismo lugar de la tragedia.

Unos 30 años después, en un viaje a La Grita fui a saludar a don Tulio, en su negocio de fotografía junto a la plaza Jáuregui y cuál sería mi sorpresa al ver que, en una vitrina, aún permanecía aquella trágica imagen.

Estando yo activo como oficial de la Fuerza Aérea Venezolana, hace años averigüé sobre el referido accidente; ocurrió el 13 de agosto de 1958, cuando el Mayor Pedro J. González Chacón, piloto de la aeronave y el Sargento Técnico de Primera Jesús Eduardo Bermúdez, jefe de máquina, se trasladaban al Liceo Militar Jáuregui en un helicóptero Sikorsky H-19, para coordinar los preparativos sobre la próxima visita del presidente de la Junta de Gobierno y en su procedimiento de descenso chocaron con líneas de alta tensión.



Helicóptero Sikorsky H-19, similar al del accidente

## **Bodega de don Rómulo Sánchez**

En la esquina, justamente junto a la casa que, hacía pocos días habíamos ocupado, estaba la bodega de don Rómulo Sánchez, típico negocio que marcó toda una época en Venezuela de abundancia, inflación sumamente baja y muy alto valor de la moneda; allí, como en casi todos los negocios de su tipo en el pueblo, se podía comprar la mayoría de los víveres de consumo diario de una familia promedio: granos, fideos, azúcar, panela, arroz, leche en polvo, sal, queso, plátano, yuca, una especie de mantequilla, que era despachada por el fabricante en latas grandes y era vendida al detal; helados caseros, refrescos de marcas comerciales en botellas, etc.

Aunque el local era pequeño, estaba bien surtido y con la atención permanente de don Rómulo, quien era un hombre muy blanco, de estatura regular, pelo liso peinado con brillantina, con nariz y rostro de aspecto alérgico, con permanente carraspeo; para entonces, era un sujeto de unos 50 años, muy exacto en la hora de las comidas, que no implicaban la interrupción de las ventas. Era también don Rómulo un poco glotón con las comidas que le llevaban su esposa o un hijo; un día que mi papá fue a comprar algo, don Rómulo, agarrándose y frotándose la barriga con cara de malestar le dijo: “Don Jesús,

¿por qué será que siento pesadez en el estómago, si solamente me comí un par de pichones muy sabrosos, un plato de frijoles, medio aguacate, dos arepas con mortadela y un vaso de leche? Por respuesta, mi padre se quedó mirándolo con ojos de haberse bebido una pimpina de jugo de limón puro, al tiempo que le decía: “¡Válgame Dios, don Rómulo!”.

## **La bodega de don “Héitor”**

En línea diagonal a la casa que ocupábamos, en la acera del frente, estaban la casa y bodega del señor Héctor Sánchez, la cual utilizábamos, junto con la de don Rómulo, para comprar víveres y cosas de uso cotidiano; la gente que compraba ahí, solía llamar a su dueño “don Héitor”, no sé si por error o porque realmente se llamaba así, pero, lo cierto era que la placa en la pared externa que identificaba el negocio decía: “Venta de Víveres y Especies Alcohólicas. Propietario: Héitor Sánchez”.

Don Héctor era un señor de aproximadamente 50 años, piel clara sin llegar a blanca, pelo negro con cierta ondulación, mediana estatura, contextura maciza y una permanente sonrisa, que lucía sarcástica y que hoy encuentro parecida a la del actor de cine norteamericano Ernest Borgnine, ya fallecido.

Un día, Joaquín y yo hicimos un “cuantioso” gasto de Bs. 1 para comprar donde Héitor una cerveza Polar pequeña (Bs. 0,50) y dos potes pequeños de leche condensada “Nestlé” (Bs. 0,25 c/u) y nos escondimos en el solar para beberlas en pequeños sorbos alternados de fría y amarga cerveza pilsen, con el dulzor exquisito y extremo de la leche condensada, en extraño contraste que sólo a los niños se les ocurre.

## **La bodega del “Cojo” Severiano**

En la esquina suroeste de la calle 3 con carrera 10, en línea diagonal a la bodega de don Rómulo Sánchez, estaba la bodega de un sujeto que la gente llamaba “El Cojo” Severiano, quien realmente era cojo y usaba muletas de madera para desplazarse; su bodega era una especie de quincalla, donde podía comprarse múltiples cosas, desde algunos pocos comestibles hasta mecates, cuerdas de fique, aperos ligeros para bestias, bombillos, velas de esperma y de sebo, linternas, pilas, etc. También podía comprarse allí anzuelos y otros artículos de pesca, así como pólvora y munición para escopetas (esferas

de plomo de distintos diámetros, de acuerdo con el animal a cazar, las cuales se compraban detalladas por su peso).

La pólvora era vendida en pequeños potes metálicos, pintados con tres colores brillantes: rojo, blanco y azul, con un cazador ilustrado con su escopeta y arreos de caza, con una leyenda: "Gun Powder"; era de fabricación inglesa, por lo tanto, de buena calidad.

Una mañana que estaba yo en dicho negocio, llegó un señor de aspecto campesino, preguntando: "Don Severiano, ¿hay munición para escopeta?". Y desde detrás del usado mostrador, el aludido respondió: "¡Sí hay! ¿La quiere pa' dantas o pa' torcaz?".

Un hijo de don Severiano, llamado Braulio, estudió conmigo el cuarto grado en la Escuela Padre Maya, pero por alguna razón que no recuerdo, no establecimos amistad.

## **Angelito Duque y "El Porvenir"**

Una cuadra hacia el oeste de donde vivíamos, en la esquina sureste de la calle 3 con carrera 9, vivía y tenía un negocio el señor Ángel Duque Romero, a quien toda la gente llamaba por el diminutivo de su nombre "Angelito"; un aviso colocado en la parte alta de la pared externa, identificaba el establecimiento con las siguientes palabras: "El Porvenir: Librería, Papelería y Artículos de Escritorio. Ángel María Duque".

Supongo ahora que, cuando el propietario mandó hacer el aviso, no se fijó o no le importó que, por el tipo de letra empleado, la "R" final en la palabra PORVENIR, había sido cambiada por una "A"; por el aspecto del aviso se podía inferir que llevaba allí y así varios años.

Sobre la vitrina-mostrador, don Angelito, quien era el único que siempre atendía su negocio, tenía unos tarros grandes de vidrio de boca ancha inclinada, con su tapa roscada, siempre llenos de caramelos de varias clases, todos ricos y a cinco unidades por locha; pero los preferidos por mí, siempre fueron los de mantequilla, verdaderamente sabrosos, con forma de planeta y con un anillo protuberante en el centro.

Don Angelito tenía tres hermanas que vivían con él en una hermosa y amplia casa de esquina, con corredores, patio y techo de tejas que aún se conserva; sus hermanas se llamaban Oliva, Eólida y Elba. De ellas, Eólida fue alumna pionera junto con mi hermano mayor Hernando, en el inicio del Liceo Militar Jáuregui.



Librería y papelería “El Porvenir” | Fotografía: Juan A. Sánchez G.

## La esposa de don Rómulo Sánchez y su hijo

Muy responsable de la comida de su marido, su esposa llegaba tres veces al día llevando en un porta-comida lo que preparaba en casa; el porta-comida es un artefacto muy práctico que aún se utiliza, ingenioso y sencillo, que consiste por lo general, en tres vasijas metálicas del mismo tamaño, que se colocan una sobre otra y se mantienen en su lugar mediante dos rieles laterales. Cuando la señora no podía ir a la bodega, enviaba la comida con su hijo José Antonio, adolescente de unos 13 años, muy blanco, delgado, de cara larga y flaca, aspecto físico que le ganó el apodo “Cara e´nuche”, quien como todo muchacho era una amenaza para los caramelos, helados caseros y jugos hechos en la bodega.

Me resulta probable que dicho muchacho se ofrecía a menudo para llevar la comida a su padre, pues varias veces que yo coincidía con él comprando algo, lo observaba aprovechando descuidos para capturar “popsicles”, preparados en la misma bodega, como solía hacerse en casi todos los negocios de su tipo; tampoco faltaban los jugos, muy diluidos, por cierto, de naranja, limón, guanábana, tamarindo y otras frutas, mantenidos en jarras en las neveras.

Un día, don Rómulo quiso tomar jugo de naranja y al agarrar la jarra de aluminio vio que estaba vacía, por lo cual con la misma jarra golpeó con gran rabia y fuerza la cabeza de su hijo, dejando deformado el recipiente y un chichón en el muchacho, quien salió en estampida hacia la calle gritando: “¡A mí me arrecha que me peguen!”.

Al muy poco tiempo llegó la mamá de José Antonio reclamando muy molesta y en voz alta la agresión a su hijo y enseguida se escuchó la misma jarra estrellándose contra la cabeza de ella, saliendo en veloz carrera y con mucho alboroto, la delgada y espantada figura de la señora, que a grandes trancos desapareció por varios días del lugar.

## **Un gran susto en paseo a La Meseta**

Una tarde en que salimos de las clases de la escuela un poco más temprano que lo usual, Joaquín, Ramiro y yo, luego de pedir permiso a mi papá, salimos en improvisado paseo hacia La Meseta, bonito lugar campestre situado al noreste de La Grita; desde donde vivíamos, la ruta más lógica (la que tomamos), era subir por la calle 3 hasta la carrera 12, al costado oeste de la plaza Sucre y allí cruzar a la izquierda hacia el norte, buscando un camino de tierra que conducía al lugar del paseo.

En la época, una vez que se tomaba ese camino, ya se empezaba a ver y respirar ambiente rural; había una casa pequeña, aproximadamente, a medio camino hacia La Meseta, que destacaba por su color blanco, que teñía con su capa de agua-cal sus paredes de tierra pisada, coronadas por su techo de tejas, como eran la mayoría de las casas de entonces. Era la misma casa donde años antes unos maleantes habían asesinado a su anciana y solitaria dueña, para robarla, infame hecho que recorrió y sacudió al pueblo; al pasar frente a la casa, que tenía una solitaria y elevada ventana en la pared hacia el valle, aunque el deshabitado lugar, estaba un poco lejos del camino, apuramos el paso mirando con recelo, mientras yo detallaba su abandonado aspecto y el agujero redondo a manera de ventana, que asemejaba un ojo siniestro.

Al llegar a la loma suave que era La Meseta, nos entretuvimos de inmediato recorriendo el lugar cubierto de pasto bajo parecido a descuidada grama, con muchos árboles de pomarrosas, que lucían sus racimos amarillos y sus flores como pequeños erizos de delicados pétalos amarillo pollito.

De inmediato empezamos a tumbar las pomarrosas, que aún pintonas son sabrosas y muy perfumadas, empleando la “flecha” y trozos de ramas caídas; al rato, buscando piedras pequeñas para la “flecha”, en lo que parecía el cauce de un pequeño arroyo seco, entre la maleza de las orillas vimos escondido un cráneo humano muy blanco. Ver aquello totalmente inesperado y salir espantados en veloz carrera, fue una sola cosa, parando la estampida facilitada por el camino descendente, recién en la plaza Sucre y continuando hasta la casa en apresurados trancos.

En el camino quedaron las pomarrosas prometidas a mi mamá, y en el recuerdo la visión de aquel misterioso e inoportuno cráneo.

## **Paseos dominicales a La Meseta**

El lugar muy conocido y querido en La Grita, llamado La Meseta, ya descrito antes, fue durante un tiempo muy visitado por nuestra familia; todos los niños de mi época y anteriores a ella, deben guardar hermosos recuerdos de aquella linda loma siempre verde que se alza desde tiempos inmemoriales, ofreciendo un inmejorable observatorio sobre el apacible valle del Espíritu Santo de La Grita.

Miles de niños vivieron inolvidables momentos, elevando cometas como yo lo hice con mis hermanos, compradas en las bodegas, a locha, medio, un real o un bolívar, si era muy grande y especial.

En años anteriores, todos mis hermanos menores, desde Alfonso hacia abajo, fuimos a elevar cometas al mencionado lugar, cada quien llevando la suya de hechura propia con veradas de flor de caña y papel de colores a puya el pliego, cola color ámbar usada en la escuela y tiras de tela vieja para el “rabo” de equilibrio que posibilitaba el vuelo sereno; en esos menesteres, Alfonso hizo un “pico” muy grande, que tuvo que forrar con papel de cuaderno, más resistente y a locha el pliego.

Los muchachos más expertos ponían en la cola o rabo hojillas partidas por la mitad y amarradas en cruz, para cortar y derribar las otras cometas, en emocionantes duelos; la mejor época o temporada del año para elevar cometas era la Semana Santa, cuando soplaba mejor el viento y aún no comenzaban las lluvias.

Luego, en la etapa de la casa de los manzanos, en varias ocasiones fuimos de paseo familiar los días domingo, llevando algo de comer, preparado por mi mamá, Jesusa o Susana y allí pasábamos disfrutando las tardes, con un columpio colgado de la rama de algún pomarroso, inventando algún tipo de juego y saboreando los olorosos frutos.

En otras ocasiones, a pedido de Jesusa, la acompañé con una amiga muy querida por ella, llamada Irma Ospina, enfermera como mi hermana en el Hospital San Antonio; Irma, muy bonita, solía ir con su novio.

## Trapiches de La Grita

Lamento no haber caminado y conocido todos los hermosos cerros que rodean La Grita, mientras viví mis años de infancia y adolescencia, ello me habría permitido conocer mejor la noble actividad agropecuaria que se realiza en su entorno rural desde siempre; pero de toda la laboriosidad que caracteriza al campesino andino, la que conocí un poco y siempre me gustó fue la relacionada con la artesanía y el oficio del trapiche, para la elaboración de la sabrosa y útil panela. Todo el proceso que culmina cuando se empacan los dulces y ambarinos cuadrados en sus característicos envoltorios, comienza con la siembra de la caña, por lo general, en terrenos cercanos al trapiche, que es el lugar de elaboración propiamente dicho, especie de taller muy peculiar, generalmente, abierto por los cuatro costados.

La caña tiene un ciclo anual y se siembra mediante pequeños trozos del tallo que tengan yemas, los cuales se introducen en la tierra previamente removida o arada; cuando las plantas están maduras, de familia botánica y aspecto de pasto gigante, son cortadas a machete para ser exprimidas mediante dos cilindros de acero movidos en sentido contrario, uno respecto al otro, por un motor a gasoil o gasolina, que en aquella época era por lo general de la marca Briggs & Stratton, de entre 5 y 8 HP.

En años anteriores a la introducción del motor de combustión interna, la fuerza requerida para mover la máquina que exprimía la caña, la proporcionaban bueyes o burros que hacían girar una viga horizontal adosada a un mecanismo rudimentario y muy lento, de manera que la llegada del motor significó una bendición para operarios, animales y trapiche; el jugo de la caña era llevado por una tubería hacia una primera paila de reluciente cobre, de gran tamaño, sometida a un túnel de fuego alimentado por el bagazo seco de la caña molida en la cosecha anterior.

El dulce caldo en su primer hervor, hacía aparecer en su superficie y por breves minutos, una espuma gruesa y verdosa en grumos de rápido movimiento, que el avisado obrero recogía con colador en el extremo de una larga vara, para disfrutarla en una totuma: eran las "violitas", exquisitez que no importaba que quemara la boca y que habría puesto verdes de envidia a los dioses del Olimpo. En la medida que el jugo de la primera paila se reducía por evaporación, era trasvasado a la siguiente con grandes cucharones y luego, finalmente, a la tercera paila donde por implacable y continuo hervor causado por el mismo túnel de fuego alimentado con celo por otro obrero, se reducía el volumen y movimiento del muy dulce caldo, convertido en lento reventar de burbujas de espesa miel.

En ese punto se aceleraba por los obreros el batir con largas paletas de madera, hasta el momento de vaciar en los moldes desarmables de listones de madera, sobre un plano y grande mesón; una vez enfriado el contenido en los moldes se desarmaban éstos, apilando los cuadrados aún tibios, de aproximadamente 10 cm x 10 cm x 4 cm. La envoltura o empaque de la panela también era digna de encomio y se hacía con gran habilidad, utilizando las hojas secas de la planta de caña, armando bultos perfectos amarrados con cabuya de fique, con 48 unidades cada uno; dos bultos de ese tamaño conformaban una “carga”, con un total de 96 panelas, que era la capacidad promedio de una bestia mediana, estimando el peso de cada panela cercano a 1 kg.

En la etapa de mi niñez existía un verdadero rosario de trapiches alrededor de La Grita y agradezco a Dios haberme dado la oportunidad de disfrutar junto a varios de mis hermanos y amigos, la inmensa alegría de las carreras que dábamos cada vez que oíamos y veíamos a lo lejos el ruido y el penacho de humo, cuando se estaba moliendo la caña; agradezco también a todos los señores -aunque ellos nunca lo sabrán-, que nos atendieron y llenaron con generosidad incondicional, con humeante violas y miel nuestros pocillos o totumas, cuando llegábamos como enjambre de abejas, enseñándonos incluso a hacer los alfondoques y las melcochas tostadas en una caña, en la salida del humo caliente del inmenso fogón.

## **El par de palomas**

Aunque varias veces, en etapas posteriores al relato, he considerado las palomas caseras como indeseable plaga y las he tratado como tal, en aquellos años quise tener en la casa un palomar y convencí a mi mamá para que me dejara tenerlo, a pesar de sus reiterados comentarios: “¡Esas mugres palomas hacen mucho sucio y dondequiera se meten!”.

Una vez que tuve hecha una casita con recortes de madera del taller de mi papá, me fui con mi hermano Joaquín donde un sujeto que tenía fama de criador de palomas, en la calle 1 entre carreras 6 y 7; al llegar allí, el hombre, de pequeña estatura y unos 30 años, a quien Joaquín bautizó “El bobo de los zuros”, nos llevó al solar donde tenía un palomar inmenso, atrapándome un par que le señalé, de un bonito plumaje marrón chocolate y blanco; pagué tres bolívares y las llevé muy contento en una caja de cartón con huecos en los costados, metiéndolas en su palomar cerrado para que no escaparan, mientras se acostumbraban al nuevo hogar.

Allí fui dándoles progresiva libertad, sin faltarles nunca arroz, maíz molido y agua; a pesar de mis cuidados, las palomas nunca hicieron nido ni se reprodujeron, por lo cual un día, molesto, las corrí de la casa.

## **Asesinato misterioso**

Cuando aún vivíamos frente a la familia Zambrano Lupi, con alguna frecuencia pasaba por la calle un señor de porte menudo, mediana edad, piel blanca, casi siempre de traje gris sin corbata y con sombrero marrón oscuro; caminaba más bien lento y, siempre taciturno, las veces que lo observé llevaba aspecto de beodo, sin molestar ni conversar con nadie.

Una mañana, ya habitando la casa de los manzanos, corrió la noticia en la bodega de don Rómulo Sánchez y de allí por todo el sector, de un hombre que había amanecido muerto de forma violenta en El Calvario.

Las versiones de días posteriores completaron la noticia: se trataba del sujeto taciturno, que a veces pasaba por la carrera 2 y calle 2, proveniente de la calle 4, quien había aparecido asesinado a puñaladas al amanecer de su último día, recostado a la entrada de una casa deshabitada. En el lugar, la Policía no encontró señales de lucha ni datos útiles para la investigación del hecho, pues el cuerpo estaba en orden, como quien descansa apoyado en la espalda, sólo que sentado en un charco de sangre.

El tiempo pasó y no supe más nada; supongo que únicamente Dios, así como el autor del hecho y la víctima, habrán sabido los motivos del misterioso crimen.

## **El gato que nos regalaron**

Un día, al llegar anocheciendo ya de su trabajo como enfermera en el Hospital San Antonio, mi hermana Jesusa, conocedora de la afición de los hermanos menores por los gatos, nos dijo a Joaquín y a mí que estaban regalando uno en el hospital; al atardecer del día siguiente, fuimos a buscarlo y una monja diligente nos lo entregó en una caja de cartón, a la que abrimos pequeños huecos para que el animal pudiera respirar.

Desde el hospital hasta la casa habrían unas ocho cuadras con varios cambios de dirección, ruta que hicimos a paso rápido relevándonos mi hermano y yo por el peso del

gato que era adulto, así como por la molestia de sus fuertes maullidos; al llegar a casa, abrimos la caja en el solar y el arisco felino estuvo a la vista nuestra sólo los segundos necesarios para mirar su color gris oscuro, con rayas cercanas al marrón y luego, de tres ágiles y veloces saltos alcanzó una pared y el techo, desapareciendo del lugar para siempre.

Al día siguiente, Jesusa vio de nuevo el escurridizo gato en el hospital, dormitando en su lugar preferido; cuando mi papá lo supo, nos contó algo similar que le ocurrió de niño, cuando lo mandaron a llevar un gato adulto metido en un saco de fique, a una casa a unas dos leguas de distancia. Entonces, tenía diez años y con el peso del animal, sus incesantes y estridentes maullidos y los frecuentes arañazos a través del saco, terminaron por cansarlo, decidiendo lanzar el agresivo gato con el saco abierto en un pozo profundo de un río a orillas del camino.

Después de una espera prudencial para simular la ida y vuelta completas, cuando la persona que le dio la tarea le preguntó por el gato, mi papá respondió: “¡Sí señora, allá lo entregué!”. La sorpresa del muchacho fue mayúscula cuando la mañana siguiente, muy temprano vio el animal echado en el piso de la cocina.

Con los gatos adultos, sucede así, creo que nadie ha explicado cómo regresan al lugar de origen, a pesar de la distancia y sin haber visto el camino.

## **La horqueta de “huesillo” y la cauchera**

En aquellos años, los niños y adolescentes, tanto campesinos como del pueblo, eran muy aficionados a las “caucheras” o “flechas”, como también se llamaba a las hondas, artefactos utilizados para lanzar piedras pequeñas con fuerza y velocidad, cuyo fin era cazar pájaros y otros animales menores; la cauchera estaba constituida por una horqueta en forma de Y griega mayúscula, de madera dura, a cuyas ramas o brazos se amarraban, cerca de su extremo, dos cintas de caucho, una en cada brazo, amarrando en los otros extremos de las cintas un trozo de cuero llamado “badana”, en el cual se colocaba la piedra para su lanzamiento, cuando las cintas elásticas eran estiradas y luego soltadas con energía.

Conocí varios muchachos que eran verdaderos maestros tanto en la confección como en la utilización de las caucheras, entre ellos “Realito”, así como uno de apellido Andrade, quien estudió conmigo en tercer grado y en mi presencia mató una mosca a cierta

distancia, parada en una hoja de fique; a Andrade se le conocía por el apodo de “Gononina”, por su forma de pronunciar la palabra “golondrina”, simpática ave de cambios bruscos en su vuelo, que en más de una ocasión cayeron bajo su precisión, posadas en algún cable.

Otro que era una autoridad indiscutible en esas lides, fue Orlando Bueno, quien fue amigo mío hasta que se fue a estudiar en la Escuela Técnica de la Fuerza Aérea Venezolana y murió luego, siendo alumno, en accidente de tránsito. Orlando Bueno me regaló una horqueta de “huesillo”, una madera de cuya dureza deriva su nombre, siendo la horqueta de más perfecta simetría de cuantas tuve, de madera amarillo-grisácea; con ella hice una cauchera muy buena, acompañándolo varias veces a los alrededores de El Terreno, donde con puntería mortal, el amigo cazaba lagartijas de bonitos colores, que abatía en plena e inútil carrera de los animalitos tratando de huir a su cueva.

Con “Gononina”, Orlando y Joaquín fuimos varios domingos a un amplio lugar en barbecho, al suroeste del pueblo, cubierto de bleo con millones de espigas, además de otras plantas preñadas de semillas, donde abundaban pájaros, palomas y perdices. Pero la última vez, ya estaba una máquina de orugas Caterpillar, preparando el terreno para urbanizar.

Ahora mismo haría muchos sacrificios por tener mi cauchera con horqueta de “huesillo”.

## **La panadería de las Ramírez**

A cuadra y media de la casa de los manzanos donde vivíamos y muy cerca de la plaza Jáuregui, estaba desde hacía muchos años la panadería de las Ramírez, la cual no tenía ni necesitaba publicidad de cartel o aviso con su nombre, pues era conocida en todo el pueblo y campos vecinos por el apellido de sus propietarias, las hermanas Emérita, Oliva y Antonia; aunque tenían un hermano llamado Julio, por alguna razón la gente prefería utilizar el plural del artículo femenino antes del apellido para referirse a dicha panadería, aunque, era obvio que, también, don Julio trabajaba allí; tampoco la gente utilizaba y quizás muy pocos conocían el segundo apellido, Murillo. Un hijo de una de las hermanas, llamado Carlos, estudió conmigo primer año de bachillerato en el Liceo Militar Jáuregui.

La familia vivía en la misma casa que servía de asiento al negocio y estaba frente a la casa parroquial de la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles; era una amplia casa de arquitectura típica de una época de La Grita y otros pueblos andinos, con un patio interno,

en cuya parte central de tierra abundaban plantas ornamentales y varios manzanos; en los perímetros del patio había corredores con columnas sosteniendo el techo de tejas, característico de toda la casa. Las habitaciones tenían sus puertas mirando al patio, igual que la sala de recibo y otros ambientes como el comedor y la cocina; en general, era un conjunto muy fresco, amplio y discreto, con maravillosa ubicación dentro del pueblo.

Una sola vez estuve en el interior de aquella casa y fue cuando Carlos me invitó a comienzos de 1962, para ver televisión por primera vez en mi vida, un programa de tarde por RCTV.

La panadería de las Ramírez elaboraba un pan, cuyas variedades eran todas exquisitas y algunas de ellas muy peculiares y características, solamente de ese negocio, como, por ejemplo, los bastones de color marrón, pesados y densos, de muy grato sabor dulce, de masa de trigo integral con valor de Bs. 0,25 y 0,50; también los “tostados” aliñados y salados, preferidos por mi papá, a locha por unidad, como también era el precio de las robustas quesadillas y paledonias.

En abril de 1974, estando yo de comisión de selección de individuos de tropa para la Fuerza Aérea Venezolana, en la Circunscripción Militar del Estado Aragua, conocí al jefe de la misma, un Teniente Coronel del Ejército de apellido Ramírez, con quien años después tuve conversaciones de tipo personal, en las cuales me confió ser de La Grita y haber pertenecido a la familia de la citada panadería como criado desde corta edad; incluso, de manera muy sincera, me contó que su ingreso a la Escuela Militar fue muy circunstancial, porque al acercarse al cuartel del pueblo, un día de mucho revuelo por la llegada de una agrupación de cadetes de ese instituto, de paso en viaje a San José de Cúcuta, Colombia; al observar en esa comisión a un conocido de La Grita con el grado de Teniente, logró hablar con él y expresarle su deseo de ingresar a la vida militar, a lo que el aludido respondió ofreciéndole su ayuda, como efectivamente ocurrió.

El paso y pernocta en el cuartel, que por esa época era sede de la Escuela de Clases del Ejército, de la mencionada agrupación de la Escuela Militar de Venezuela, debió ocurrir según mis estimaciones, entre el 3 y 4 de abril de 1941, ya que dicho traslado se hizo para asistir a la parada militar en el Puente Internacional, con ocasión de la firma del Tratado de Demarcación de Fronteras y Navegación de los Ríos Comunes entre Colombia y Venezuela, el 5 de abril de 1941.

Mi papá siempre recordó ese evento histórico, porque tuvo la oportunidad de presenciarlo dentro del público asistente, y con su excelente memoria mencionaba los nombres de los presidentes de ambas naciones: Dr. Eduardo Santos Montejó (República de Colombia) y

General en Jefe Eleazar López Contreras (Estados Unidos de Venezuela), representados en el acto por los respectivos cancilleres.

No puedo dejar de imaginar el largo y tortuoso viaje desde Caracas hasta Cúcuta de dicha agrupación militar, con el retorno correspondiente, en los incómodos autobuses de la época, por aquellas carreteras sin asfaltar, polvorientas e infames.

De esa manera sutil e indirecta, se enlaza la historia personal de un hombre que de niño se formó en el trabajo de la panadería de las Ramírez y luego, por un hecho no previsto por él, partió de su pueblo detrás de su sueño, para nunca regresar.

Los años han pasado y los fundadores y dueños originales de una recordada panadería, que hoy tendría una merecida denominación de origen, han fallecido; de esa empresa familiar sólo queda el recuerdo de quienes la conocimos. Lamentablemente, el único descendiente no recogió ni proyectó en tiempo y espacio el esfuerzo loable y honroso de sus predecesores, sin subestimar la actividad que haya motivado su vida.

## **Primera comunión de Joaquín y yo**

No por rebeldía ni rechazo, sino por descuido y falta de empeño, Joaquín y yo tardamos más de lo debido en el aprendizaje del Catecismo, condición *sine qua non* para realizar la primera comunión, según la doctrina y liturgia católicas, muy a pesar de la insistencia por cuatro años de nuestra madre. Pero al final, ella forzó la situación y no supimos cómo hizo arreglos con un sacerdote del Seminario Kermaría, para concluir nuestro aprendizaje religioso.

Así las cosas, ya a comienzos de diciembre de 1958, empezamos a ir dos veces a la semana al hermoso lugar, situado al sureste de La Grita, regentado por los Padres Eudistas, donde se formaban los nuevos difusores y defensores de la fe católica; la primera vez que fuimos Joaquín y yo a recibir clase, me quedé maravillado de la belleza interior del edificio, con sus floridos jardines e impecables áreas.

El Padre, con quien mi mamá había coordinado las clases de catecismo, era de apellido Pérez y prestaba servicio como Capellán del Hospital San Antonio; ese primer día en el Seminario, nos encontramos con el Padre en un salón de piso muy pulido, viendo que era un hombre joven, de unos 35 años, blanco, contextura menuda y temperamento nervioso, que rápidamente rompió el temor inicial que llevábamos, preguntándonos con confianza y

a boca de jarro: “¿Qué oraciones saben ustedes, muchachos?” y ante los balbuceos e incoherencias de nuestras respuestas, dijo: “Bueno, échenle bolas a las que recuerden!”.

A continuación, repasó con nosotros las oraciones y mandamientos clásicos y nos mandó regresar una semana después, con una tarea de refuerzo y repaso.

Cumplida la clase siguiente, nos dijo que debíamos regresar el día 24 de diciembre en la mañana para hacernos un examen; ese día, a mitad de mañana estuvimos con el Padre según lo acordado y luego de muy breves preguntas religiosas, nos informó que estábamos listos y aprobados para nuestra Primera Comunión, la cual nos daría en la misa que officiaría él mismo en la Nochebuena en el Hospital San Antonio.

Pero mi mamá, siempre previsiva y dando por hecho que cumpliríamos dicho precepto religioso en diciembre de aquel año, un mes antes, en noviembre, fuimos a Cúcuta con ella, Joaquín y yo, para comprar la ropa para tan esperado evento; aquella vez nos hospedamos en la casa de mi tía Ángela y como ocurrió todas las veces que acompañé a mi mamá en sus viajes desde La Grita hasta Cúcuta, lo disfruté mucho, porque siempre me gustó aquella ciudad, aunque de clima muy caliente pero con detalles agradables como el transporte público, muchos árboles en las aceras, cabras en muchos lugares mordiendo las ramas de los “mata ratones”, sus dulces y refrescos en las bodegas, etc.

Al día siguiente de nuestra llegada nos fuimos con el señor Roberto Rangel, marido de mi tía muy conocedor del comercio de Cúcuta, siempre movido y abundante; después de varias horas de recorrido, compramos un bonito traje (flux) para cada uno, marca Everfit, color gris el de Joaquín y azul oscuro el mío; zapatos negros, camisa blanca manga larga, corbata negra de lazo, medias e interiores marca Dumbo Chaval, que por cierto nunca volví a ver. Todo aquello, de muy buena calidad, como suele ser la ropa hecha en Colombia, nos fue adquirido gracias a la magia de mi mamá para rendir el dinero llevado para las compras, obsequiado por mi papá y nuestra hermana Jesusa.

De tal manera que, temprano, al anochecer del 24 de diciembre, ya estábamos listos con nuestro estreno, incluida la vela adornada y el lazo pegado con hilo en el hombro derecho del saco; la capilla del Hospital San Antonio, donde Jesusa era enfermera hacía varios años, estaba hermosamente adornada con motivos navideños y algunas personas, incluidos nuestros padres y hermanos, ocupaban los bancos de madera.

El padre Pérez, luego de officiar dos misas de un sólo empujón, nos administró la tan esperada y trabajada Primera Comunión, después de lo cual, al salir de la capilla fuimos alcanzados en un pasillo por Sor Eulalia, una monja muy apreciada por Jesusa y también

enfermera del hospital, quien nos entregó como regalo a Joaquín y a mí una bonita medalla de oro con su cadena, con nuestro nombre grabado en el reverso y la fecha: 24-12-1958.

Al día siguiente, Navidad, recibimos también un regalo de mi Padrino José Antonio Ríos, un bonito reloj suizo marca Revue, de forma rectangular, con correa de cuero marrón, mi primer reloj.

Una foto con nuestros trajes y demás símbolos de la Primera Comuni3n, uno de los siete importantes sacramentos de la fe cat3lica, como es la Eucaristía, nos fue tomada por el se3or Tulio Duque, meritorio fot3grafo que falleci3 muy longevo, el 14 de noviembre de 2020.

### **Un “Mercedes” comprado en “El Gato Negro”**

En los 3ltimos días de diciembre de 1958, creo que el día 30, Joaquín y yo fuimos al almacén “El Gato Negro”, situado en la calle 2 con carrera 7, esquina diagonal con la plaza Jáuregui. Era un negocio antiguo, en una casa grande con techo de tejas, cuyo costado este se prolongaba cerca de media cuadra por la solitaria carrera 7, hacia la calle 1; en esa casa vivía su due3o don Eleazar Moncada y su familia, Carmen Matilde y Ángel Moncada, sobrino de los anteriores y a quien todos los clientes llamaban “Angelito”, probablemente por su baja estatura; también yo solía ver una se3ora de pelo canoso y siempre recogido en peque3a cola, que suponía esposa del due3o.

Carmen Matilde era en aquel momento una mujer de unos 30 años, bonita, menuda, de aspecto delicado, blanca, pelo negro en suaves ondas y siempre bien arreglada y vestida; por alg3n tiempo fue secretaria en el Liceo Militar Jáuregui. Era, al parecer, la 3nica hermana de don Eleazar; en cuanto que “Angelito”, era sobrino de ellos y atendía y conocía al dedillo todo sobre el negocio, el más surtido y próspero por varias décadas en el pueblo en cuanto a juguetería, tarjetería y artículos misceláneos, aunque, siempre más conocido y abundante en juguetería.

En tareas propias de su oficio, Angelito había sufrido quemaduras importantes en ambas manos en un congelador en el cual conservaban ricos helados; todos los integrantes de la mencionada familia han fallecido, excepto Carmen Matilde.

Esa mañana que llegué con Joaquín al “Gato Negro”, lo estaba acompañando a comprar un automóvil Mercedes Benz, hermoso juguete color azul celeste por el cual pagó seis bolívares, suma que tenía atesorada desde hacía tiempo y que nos permitió disfrutar de muchos viajes en la imaginación infantil.

## **Día de los Reyes Magos en la Escuela Parroquial**

El 6 de enero de 1959, después de mediodía, tuvo lugar una celebración del Día de los Reyes Magos en la Escuela Parroquial, ubicada frente al costado sur de la plaza Jáuregui y a un lado de mi querida y recordada Escuela Padre Maya; la Escuela Parroquial venía funcionando desde hacía muchos años en la misma casa, en la que el erudito Monseñor Jesús Manuel Jáuregui Moreno había creado el Colegio Sagrado Corazón de Jesús, el primero de enero de 1884. Una placa de mármol en la pared externa, mirando hacia la plaza, permanece allí para registrar y recordar el importante hecho.

La casa, que aún existe y debe continuar en el tiempo, es una construcción del siglo XIX, muy amplia, de dos plantas, techo de tejas, en plena esquina sureste de la calle 3 con carrera 7 y se prolonga aproximadamente media cuadra por esa misma carrera, en dirección hacia la calle 4; su amplio patio interno está rodeado por corredores en ambos pisos, con suficientes salones de clase.

A grandes rasgos, ese era el ambiente físico en el cual fuimos reunidos un número considerable de niños aquella tarde del Día de Reyes Magos, para ser obsequiados con bonitos regalos en la última fiesta vinculada con la Navidad, que tanto esperaban cada año los niños de la época.

En el caso nuestro, el regalo que más nos gustó a quienes asistimos ese día, Joaquín, Ramiro y yo, fue un fuerte de la época de la conquista del oeste de los Estados Unidos de América, en plástico desarmable, dentro de una gran caja, con muchas figuras de indios y soldados con sus indumentarias, con el cual disfrutamos algún tiempo, imitando las películas.

También para nosotros, aquella fecha representó la última celebración del Día de los Reyes Magos de nuestra infancia.



Vista interior de la Escuela Parroquial, antiguo Colegio Sagrado Corazón de Jesús

## Viajes de mi mamá a Cúcuta

No todos los viajes que mi mamá hizo a Cúcuta, mientras vivimos en La Grita, ocurrieron residiendo en la casa que yo llamo “de los manzanos”, pero los voy a relatar en sus aspectos más resaltantes para mí, como si hubiesen estado condensados en ese período, dejando claro que, en el mismo, sólo tuvo lugar el viaje en el cual compró lo necesario para la Primera Comuni3n de Joaquín y yo.

Los hermanos de mi mamá, ya todos fallecidos, fueron: José, Ángela, Teresa, Sínfora, Josefina y Carmen, aquí mencionados, sin el orden cronológico de sus edades; todos vivieron muchos años hasta su muerte en San José de Cúcuta, ciudad capital del departamento Norte de Santander, Colombia, muy cercana a la frontera con Venezuela por el Estado Táchira. Todas las veces que acompañé a mi mamá, nos fuimos en las recordadas camionetas, por lo general, Chevrolet o GMC, nada cómodas y casi siempre abarrotadas de pasajeros, cuya salida y llegada a manera de terminal, quedaba en la calle 3, cerca del cuartel.

La ruta hacia Cúcuta comprendía desde La Grita, aproximadamente, unos 130 km, pero por tener tantas curvas y ser casi toda la carretera de tierra sin asfaltar, implicaba un tiempo total cercano a 5 horas y media; al llegar a San Cristóbal, luego de 4 horas de curvas y polvo, que eran la propia pesadilla para los pasajeros con propensi3n al mareo, quizás mayor para quienes iban a su lado, se bajaba uno sacudiéndose la capa de polvo

de la ropa, para buscar la maleta de cuero que descargaba el “colector” de la parrilla, sobre el techo de la camioneta.

En aquellos años no existía el terminal de transporte de uso actual en San Cristóbal, sino que se arribaba a la ciudad, después de pasar por Táriba y el bonito puente colgante sobre el río Torbes, subiendo por la calle 16, en sentido inverso al actual y, pasando por un lado del cementerio municipal, se llegaba al lugar de pasajeros, camionetas y equipajes.

La primera vez que fui a San Cristóbal, me impresionaron gratamente sus calles empinadas y los bonitos carros de aquellos tiempos; el arribo suponía haber pasado previamente los pueblos de El Cobre, el Puesto de la Guardia Nacional de El Zumbador, Cordero y Táriba, con lugares intermedios de nombres evocadores como Los Mirtos, Auyamala, Mesa de Aura y otros. Una vez en la capital del estado, la “Ciudad de la Cordialidad”, como es conocida San Cristóbal, para viajar a Cúcuta, había que abordar unos automóviles o camionetas rancheras que lo trasladaban a uno a esa ciudad, pasando por los pueblos de Capacho Nuevo, Capacho Viejo y San Antonio, con las alcabalas intermedias de la Guardia Nacional de El Mirador y Peracal, temidas por los contrabandistas.

Creo recordar que, ya en Cúcuta, los carros dejaban a los pasajeros en el parque Santander; en los viajes con mi madre siempre abordábamos un taxi o un carro con ruta establecida que pasara en dirección del familiar a visitar. En algunas oportunidades, llegamos a la casa de mi tía Teresa, en la cual vivía ella con su esposo Desiderio y sus hijos Luis, Cecilia, Marcos y Martha; la casa era muy amplia, con techo de tejas, una sala de recibo con ventana hacia la calle, patio central, cocina, habitaciones y un baño junto al área de lavar la ropa. En la parte trasera un solar, -lo más querido y buscado por mí en cualquier casa-, en el cual había un noble y antiguo totumo y un gran árbol que regalaba los mamones más deliciosos que he comido; allí solíamos jugar Luis y yo, correteando con un carro de madera, grande y fuerte con ruedas macizas de goma rosada, hecho por el señor Desiderio, el cual llenábamos de piedras y empujábamos con gran esfuerzo, llenos de tierra en el gran calor cucuteño.

Mi tía Teresa, mujer blanca de pequeña estatura, contextura delgada y voz peculiar, condicionada por la antigua sordera de un oído, poseía un gran sentido del humor, así como una sana picardía para escuchar y comentar las cosas, siempre con una sonrisa, haciendo imposible aburrirse con lo que contaba. Tan pronto nos veía llegar y una vez que arreglaba nuestra habitación, se disponía en la cocina a preparar comida para nosotros, con gran solicitud y rapidez, resultando inútiles nuestras razones para disuadirla.

Desiderio Rojas, esposo de mi tía, era un hombre delgado pero fuerte, que debió tener de joven una estatura de 1,75 m, de piel morena cobriza, pelo negro liso, con rasgos de ancestros indígenas, por cierto, con gran parecido a la señora Catalina, “Cata”, abuela muy querida y recordada de mi esposa Nidia. Desiderio fue un hombre muy luchador que trabajó largos años en la zona petrolera de Tibú, al norte y a unas tres horas de Cúcuta por carretera; cuando llegábamos a su casa, tomaba una bolsa de fique y se iba a una bodega cercana, regresando con buena cantidad de refrescos Kist o Postobón y cervezas Águila o Bavaria. La última vez que lo vi, fue en 1983 cuando fuimos mi mamá, Nidia, mi hijo Jaime Jesús y yo de visita por un solo día; de inmediato se apegó mucho a Jaime Jesús y al encontrar al niño, que tenía un año y pocos meses de edad, muy bonito, risueño y cariñoso, lo llamó “el pequeño diamante”.

A mi tía Teresa la vi por última vez el domingo 27 de mayo de 2007, en visita que le hicimos Rafael, Alfonso, Salomón y yo, la cual coincidió con el Día de la Madre, que se celebra en Colombia el último domingo de mayo de cada año; por cierto, ese día el régimen venezolano clausuró la emisora Radio Caracas Televisión (RCTV), la más antigua del país, en un arranque de arbitrariedad totalitaria.

Allí en la casa de tantos recuerdos, pasamos la tarde animados con unas cervezas, en improvisada reunión a la cual se unieron Luis y Marcos, junto a mi tía, Cecilia y Martha, que ya estaban allí.

La otra hermana de mi mamá, que solía visitar era mi tía Ángela, a quien trataba anteponiendo a su nombre la palabra “comadre”, por ser madrina de mi hermano Joaquín; la casa de mi tía estaba sobre una pequeña colina al final de una empinada calle, lo cual daba un buen observatorio sobre parte de la ciudad y allí vivía con su marido Roberto Rangel y sus hijos Rosa Ángela, Ricardo y Fernando. Hacía varios años se había separado de su primer esposo, Julio Flores, con quien tuvo siete hijos: Ciro, Carlos, Ignacio, Enrique, Lavinia, César y Miriam.

En casa de mi tía Ángela me gustaba jugar con Ricardo en su solar inclinado, poniendo trampas a las palomas silvestres “monjitas”, con una caja o ponchera inclinada de un lado, mediante un pequeño palo atado a una cuerda. También disfrutaba viendo y escuchando los carros que subían por la empinada calle, ya que en la etapa que narro aún permanecían en uso vehículos de la década de los 40, con sus modelos y sonidos característicos, en los que sobresalían los camiones de carga con impecables encerados; inconfundible el ruido de los motores Ford de la época en camiones y autobuses, así como lo era también en automóviles, aunque más atenuado.

Algo también inolvidable para mí, eran los aviones que sobrevolaban la ciudad, algunos tomando altura luego de su despegue, o bien descendiendo para aterrizar en el aeropuerto de Cúcuta.

En otros viajes, mi mamá decidía visitar a su hermana Sífora, quien, cuando la conocí era una mujer de unos 40 años, de estatura más bien pequeña, delgada, piel morena y cabello liso negro; la primera vez que fui a su casa, vivía en un sector llamado San Luis, a un lado de la vía hacia el aeropuerto, con considerable tránsito vehicular. Vivía allí con su esposo Cipriano Jaimes y sus hijos Jesusa, Jorge Eliécer y Susana; el lugar me agradaba porque, frecuentemente, soplaban una brisa fresca que suavizaba el calor de Cúcuta, además abundaban las palomas “monjitas” y las cabras traviesas ramoneando los “mata ratones”.

Cipriano era un hombre de mediana edad, contextura fuerte, blanco rubicundo, de gran sencillez, honradez y responsabilidad; trabajó por muchos años en el aeropuerto, en actividades de carga y descarga de aviones, en la época en que abundaban en Colombia y el resto del mundo los DC-3, DC-4, DC-6, C-46, C-119 y otras aeronaves de pasajeros y de carga con motores radiales a pistón.

En esa rutina de trabajo, en una ocasión sufrió un accidente con lesiones considerables, al ser lanzado al suelo con violencia por la ráfaga de aire de las hélices de un avión.

La última visita que hice a mi tía Sífora, en compañía de mi mamá, ya estaba residenciada en una casa cercana a la parte comercial de la ciudad y como siempre, al vernos llegar se esmeraba y deshacía en atenciones; su carne de res asada con papas cocidas “enchaquetadas”, era sencillamente inolvidable.

Mis recuerdos sobre los demás tíos por parte de mi mamá son pocos e imprecisos, porque tuve poco contacto con ellos; nunca fui de visita donde sus otros hermanos: Carmen, Josefina y José; siendo José quien visitó una vez a nuestra familia en La Grita. Siempre recordaré los viajes de mi mamá a San José de Cúcuta, ciudad que fue fundada el 17 de junio de 1733, epicentro de grandes hechos históricos protagonizados por Venezuela y Colombia; desde allí partió la Campaña Admirable, comandada por Simón Bolívar el 14 de mayo de 1813 y en esa ciudad tuvo lugar el Congreso de Cúcuta, el 30 de agosto de 1821 y cuyo principal objetivo fue ratificar la fundación de la Gran Colombia, que ya había sido decidida en el Congreso de Angostura, en febrero de 1819.

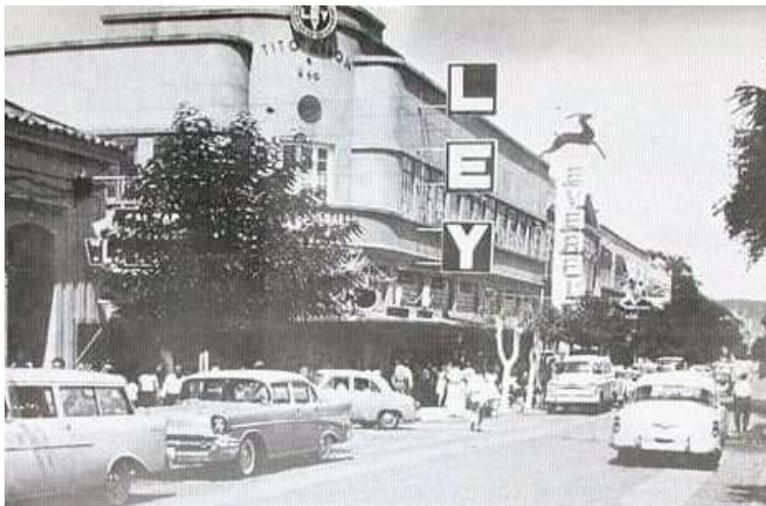
También Cúcuta fue un polo de importante actividad económica entre ambos países desde la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo, con la consolidación del café como

rubro preponderante del ingreso económico de Venezuela desde 1870 hasta 1930, floreciendo una gran dinámica que favoreció el desarrollo fronterizo de ambas naciones, fortaleciendo y enriqueciendo las actividades agropecuarias, artesanales y culturales, más allá de la franja fronteriza.

En ese contexto surgieron y se mantuvieron por muchas décadas casas comerciales importadoras y exportadoras muy trascendentes, como el almacén del señor Tito Abbo, en Cúcuta, el cual mencionaba mi papá y la Casa Steinvorth en San Cristóbal, firma alemana de la cual aún se conserva su bonita casa de dos plantas, junto a la plaza Bolívar.

El aeropuerto de Cúcuta, uno de los más activos de Colombia desde sus inicios, lleva el nombre de Camilo Daza Álvarez, intrépido aviador nacido en Pamplona en 1898, precursor de la aviación comercial colombiana, quien sobrevoló Cúcuta por primera vez en un avión francés Caudrón de su propiedad, el 2 de septiembre de 1922.

Toda la abundante y variada actividad bidireccional que se mantuvo desde la misma independencia de Venezuela y Colombia, respecto a España, está suspendida oficialmente desde hace varios años, por primera vez en la historia, por orden expresa del régimen más sórdido, corrupto y criminal, establecido el 2 de febrero de 1999 por Hugo Chávez Frías, el mismo régimen que ha provocado la crisis moral y material más espantosa de la historia de Venezuela, causando, además, una diáspora cercana a siete millones de personas, de las cuales no menos de dos millones han pasado por Cúcuta para radicarse en Colombia, a falta de futuro en su país.



Cúcuta, 5ta Avenida

## **La muerte de Bonifacio Moncada R.**

Bonifacio Moncada Rondón era un joven, probablemente, oriundo de La Grita, que hizo amistad con mi hermano Hernando mientras estudiaban sus primeros tres años de bachillerato en el Liceo Militar Jáuregui; era de aproximadamente 1,75 m de estatura, blanco, delgado y aunque yo aún era niño y poco lo traté, lo recuerdo flemático y de hablar sólo lo necesario.

Cuando Bonifacio concluyó el tercer año se sintió atraído por la Escuela de Aviación Militar y luego de presentar y aprobar los exámenes de admisión, ingresó a dicho instituto de formación de oficiales de la Fuerza Aérea Venezolana, en agosto de 1956. Mi mamá le tomó aprecio y cariño por las ocasiones en que fue a nuestra casa a estudiar con Hernando, manifestándose como un muchacho de buenos principios y conducta intachable; ya como cadete de la Escuela de Aviación Militar, mantuvo el contacto con mi hermano a través de visitas en sus vacaciones y cartas en las que contaba sus peripecias de inicio en la carrera militar.

Recuerdo una de esas cartas que leyó mi mamá, en la que narraba una tarde de entrenamiento de esgrima a la bayoneta con el fusil FN-30, en la que todos sus compañeros tuvieron que correr perseguidos y picados por un enjambre de avispas enfurecidas por la estocada traviesa de uno de ellos, a un panal que colgaba de una rama en la maleza.

En la última visita que hizo a nuestra familia, en sus vacaciones de diciembre de 1958, vestía el uniforme llamado “de aula”, indicado para salir de paseo y viajar, sin el esmero y cuidados que requerían el uniforme más formal que incluía camisa blanca manga larga, corbata negra, guerrera con botones de bronce, correa blanca, daga y zapatos negros muy pulidos, sin olvidar la gorra.

El uniforme “de aula”, que también utilicé yo como cadete de la Escuela de Aviación Militar, entre 1966 y 1970, era de tela fuerte de kaki color beige, con chaqueta cerrada o abotonada desde la cintura, botones de bronce con el escudo de Venezuela en relieve, camisa beige manga larga de tela más suave, corbata negra y cravata de paño azul oscuro con una estrella alada, recuerdo de la influencia francesa al inicio histórico de la Escuela de Aviación Militar, en 1920.

Aquella visita que nos hizo nuestro personaje con el mismo uniforme utilizado en anteriores ocasiones, fue la última que nos permitió verlo y oírlo, dejando de ese día en la

casa de los manzanos, la imagen que como fotografía guardamos de él en nuestra memoria.

Comenzando la Semana Santa de 1959, llegó a la casa la dura noticia de la muerte de Bonifacio en un absurdo accidente de tránsito, cuando se trasladaba a La Grita para las vacaciones de los días santos. Veinticuatro años más tarde, conversando yo con el Coronel Luis Enrique Raga Briceño, integrante de la promoción de oficiales egresada de la Escuela de Aviación Militar en julio de 1960, a la cual habría pertenecido Bonifacio de no haber muerto a lo sumo a los veinte años de edad, narró algunos detalles del desafortunado suceso, del cual fue testigo por viajar en vehículo detrás del que sufrió el accidente; trasladábase Bonifacio y otro compañero en el carro de un oficial de la escuela que iba a San Cristóbal y les ofreció llevarlos en su Volkswagen Escarabajo. La noche cayó en la carretera sobre los viajeros y en la vía estrecha y sinuosa del estado Cojedes, el pequeño carro chocó violentamente contra un camión, cuya plataforma decapitó a Bonifacio, aparentemente dormido en el asiento trasero, sentado en el mismo; Raga Briceño, quien se desplazaba en otro vehículo detrás, a cierta distancia, al llegar al lugar, empezó a sacar y auxiliar las víctimas, dándose cuenta que el único fallecido era Bonifacio, cuyo cuerpo yacía sin cabeza dentro del carro.

Así terminó una vida muy joven y prometedora, portando un uniforme similar al que llevaba en sus visitas a nuestra familia en La Grita.

## **La graduación de Rafael en el Liceo Militar Jáuregui**

Mi hermano Rafael inició su primer año de bachillerato en septiembre de 1954 y después de cinco años como excelente estudiante y con la jerarquía de Brigadier, había culminado felizmente los requisitos para recibir el título de Bachiller, muy estimado e importante en la época.

Todos en la familia estábamos contentos, en especial mis padres y Jesusa, pues al haberse habilitado el quinto año en el Liceo Militar Jáuregui, a partir de septiembre de 1958, Rafael no tuvo necesidad de salir de La Grita para concluir sus estudios de educación media, como debió hacerlo Hernando, al cursar su último año y graduarse de Bachiller en el Liceo Simón Bolívar de San Cristóbal, en julio de 1958.

Así que, en julio de 1959, una mañana en fecha que no recuerdo, en acto muy elegante y formal, presidido por el Cnel. Pablo Antonio Flores Álvarez, Director del Liceo Militar

Jáuregui, Rafael, orgulloso con su uniforme de gala: chaqueta de paño azul oscuro con botones de bronce, cerrada desde la cintura, pantalón color crema, zapatos negros relucientes, camisa manga larga blanca, corbata negra y cravata de paño azul oscuro, con cucarda de bronce con tres círculos concéntricos con los colores de la bandera nacional, flanqueado por su flamante madrina, nuestra hermana Jesusa, designada así para el acto, recibió el ansiado título de manos del director.

Jesusa, siempre preocupada por el buen y elegante vestir, lució un bonito traje color rosado, elaborado por su amiga modista de El Calvario, Teresa de Medina; completaba el conjunto de mi hermana, un sombrero a la época, junto a la cartera y finos zapatos.

Rafael, integrante destacado de la Primera Promoción de Bachilleres del Liceo Militar Jáuregui, quedó registrado para el recuerdo y archivo familiar en bonita fotografía junto a Jesusa, en inolvidable ceremonia que marcó el final de sus estudios en La Grita, de los cuales mi hermano siempre conservó muy agradecidas evocaciones.



Rafael recibiendo el título de bachiller en manos de mi hermana Jesusa.  
De izq. a der. Cnel. Pablo Flores, Dr. Zino Castelazzi y Mons. Alejandro Fernández Feo

## **Mudanza para la casa de don Inocentes Méndez**

No recuerdo las razones que hubo para mudarnos de la casa de los manzanos y no creo que haya sido por falta de espacio habitacional, ya que, al haberse graduado Hernando y Rafael como bachilleres, habían decidido marcharse a Caracas a continuar estudios en la Universidad Central de Venezuela; en todo caso, la cortedad de permanencia en la bonita casa de los manzanos, es más o menos comparable con las que vivimos en las casas de doña Edilia Mogollón y don Fortunato.

Tampoco me es posible recordar con precisión la fecha en la cual nos mudamos para la casa frente al Telégrafo, ni el señor y vehículo que buscó mi papá para el traslado de los enseres del hogar, así como el taller de carpintería; lo que sí tengo claro es que para la Navidad de 1959 ya estábamos ubicados, a media cuadra de la plaza Bolívar.

## 6.- LA CASA FRENTE AL TELÉGRAFO

La casa que mi papá decidió tomar en alquiler frente a la Oficina de Telégrafos, pertenecía al señor José Inocentes Méndez Noguera y estaba situada en la calle 3, entre carreras 3 y 4, a media cuadra de la plaza Bolívar.

Era un inmueble grande, de varias habitaciones y techo de tejas, construida unos 30 años antes; su única entrada y salida era una puerta alta de estilo antiguo, con dos hojas iguales de madera robusta, que se trancaban mediante un madero grueso que giraba en su centro en un perno fijo en una de las hojas, y al colocarse en posición horizontal, aseguraba por la parte posterior toda la puerta, haciendo innecesario el uso de cerradura cuando se cerraba desde adentro; era un sistema eficaz muy empleado quizás desde la época colonial.

Al pasar la puerta descrita, se encontraba otra puerta más baja, también de dos secciones, de madera con mejor acabado, que daba acceso al interior propiamente dicho; sin embargo, antes de llegar a dicha puerta, había una entrada lateral a la izquierda que daba entrada a una amplia sala, posiblemente concebida como recibidor, que a su vez comunicaba con otra puerta hacia el interior de la casa; la sala tenía dos ventanas con sus rejas bien elaboradas de cabilla cilíndrica maciza, que daban amplia visión hacia la calle 3. Por esas ventajas, le pareció muy apropiada a mi papá para el taller de carpintería, además de tener adyacente un pequeño cuarto, que adoptó para su uso.

En total, la casa fue la más amplia de cuantas habitamos en La Grita, pues, además de un patio, cocina, dos baños un poco lúgubres, un solar de tierra para nuestras gallinas y conejos, tenía ocho habitaciones y otros espacios que prestaban utilidad.

La entrada al solar, sin árboles y de tamaño regular, estaba regulada por una puerta en una pared ruinosa de tierra pisada, posiblemente, vestigio de la casa original muy antigua; recuerdo un día que don Inocentes estuvo en la casa un rato y mi papá le propuso destruir la pared, a lo cual respondió el aludido dueño: “No, don Jesús, porque, entonces, el solar se va a ver esguarabilao”(sic).

## Los nuevos vecinos

Mencionaré solamente a las personas cuyas casas estaban cercanas a la que mi familia ocupaba y con las cuales estuvimos relacionados de alguna manera: Doña Ofelia del Carmen Ruiz de Díaz, señora de unos 40 años que vivía en la casa, pared por medio con la nuestra; su grupo familiar lo formaba su mamá, sus hijos comenzando la adolescencia, Clevy y Alfredo y una muchacha morena, cuyo nombre no recuerdo.

Mi hermana Jesusa hizo amistad con doña Ofelia y en unas vacaciones de 1961, hicieron un viaje a Caracas con los hijos de ella; la señora Ofelia murió en plenitud de su vida, de problemas cardíacos, en diciembre de 1962.

Don Rigoberto Bustamante y su esposa doña Blanca, excelentes y cariñosas personas, que vivían en casa pared por medio de la nuestra, hacia abajo; tenían tres hijos, Charles, Minerva y Nelson. Don Rigoberto era un hombre de baja estatura, de gran parecido en su rostro y cabeza a Cipriano Castro, tachirense que gobernó Venezuela entre 1899 y 1908; tartamudeaba al hablar y usaba mucho la muletilla “¿No es cierto?”. Trabajaba como obrero “guarda líneas” del servicio eléctrico, integrando con frecuencia una cuadrilla de compañeros que hacían mantenimiento y limpieza de maleza en el tendido de líneas eléctricas.

Don Antonio Herrera y su esposa la señora Lucila, vivían frente a nosotros en casa que servía de vivienda y oficina sede de Telégrafos de la ciudad.

Don Antonio era un hombre de pequeña estatura, piel morena clara, contextura regular, casi calvo, de unos 45 años, de trato muy afable y con permanente sonrisa en su rostro; era el jefe de la oficina de Telégrafos y fiel representante de una clase de funcionarios públicos honrados y preocupados por su trabajo, hoy en franca decadencia. En diciembre de 1959, creo que el día 24, mediante una rifa en San Cristóbal, obtuvo el primer premio consistente en una camioneta ranchera Chevrolet Impala, cero kilómetros, color crema; su llegada al vecindario fue todo un acontecimiento, sobre todo para los muchachos, que disfrutamos curiosos, viendo y tocando la flamante camioneta.

La señora Lucila era entonces una mujer de unos 40 años, piel morena, pelo negro largo, más alta que su esposo y de complexión fuerte; en sus facciones se notaban los ancestros indígenas y era además muy conversadora, alegre y de fuerte voz; se me daba un parecido con la cantante larense Adilia Castillo, famosa por esos días con el “golpe tocuyano”. La familia la completaban tres hijos: Yajaira, Urania y José, que eran dos

adolescentes bonitas, morenas de unos 16 y 14 años, respectivamente, y un muchacho delgado, blanco, cercano a diez años, que hizo ligera amistad con mi hermano Ramiro.

El señor Paolo Benvenuto y su esposa Ana, pareja llegada de Italia después de la Segunda Guerra Mundial, vivían con sus hijos Ricardo y Giuliana en la casa contigua a la del Telégrafo, diagonal hacia arriba de nosotros. Tenían un automóvil Chevrolet Deluxe sedán, modelo 1950, de colores negro en la mitad inferior y blanco perla en la superior, uno de los tantos modelos bellos de esa marca y otras norteamericanas y europeas entre las décadas de los 30, 40 y 50. El señor Paolo era un hombre cercano a los 50 años, blanco, de aproximadamente 1,75 m de estatura, espeso bigote, marcado fenotipo europeo y empedernido fumador; tenía, entre otras actividades, una pequeña fábrica de almidón de yuca en la zona de La Fría, en sociedad con el Dr. Zino Castelazzi, paisano suyo.

La señora Ana de Benvenuto era una mujer blanca, de mediana edad, siempre de impecable vestir, que se desempeñaba como profesora en el Liceo Militar Jáuregui.

Don Nicasio Pernía y su esposa, quienes vivían en una casa por la misma acera y un poco más abajo del Telégrafo; era un hombre blanco de unos 60 años, de evidente origen campesino y gran ingenuidad. Una vez acompañé a mi papá a la casa de él para averiguar detalles de un trabajo que quería mandar a hacer y ante la pregunta que mi padre le hizo con relación a un gran montón de envases metálicos vacíos de Toddy, Yukery, sardinas, diablitos y otros, que ocupaba gran parte de su solar, don Nicasio respondió: “Don Jesús, eso los tengo allí para abonar la tierra”. Sesenta y dos años después de aquello, si aún existiera el montón de envases a la intemperie, no deben estar aptos aún como abono.

Una hija rellenita y buena moza cuyo nombre no recuerdo, encargó a mi papá la confección de un escaparate “de dos cuerpos” y cuando le entregó el mueble con mi ayuda, la joven le agradeció que le había añadido de “ñapa”, una “secretita” para guardar dinero o joyas.

Don Jesús María Román Fuentes y su esposa Ana María Pernía, quienes vivían a mitad de cuadra por la misma acera del Telégrafo, en una casa de reciente construcción, con sus hijos: José Rafael, Alberto, Carlos, Mario, Ana Victoria y María Teresa.

José Rafael, a quien apodaban “Cigarrón”, hizo amistad y estudió todo el bachillerato con mi hermano Alfonso; con Carlos, hice una amistad que aún conservo y Ramiro hizo amistad con Mario.

Doña Carmen Pernía de Mora, hermana de la esposa de Jesús M. Román Fuentes y jefa de la oficina de Correos de La Grita, quien vivía con sus dos hijas adolescentes y muy bonitas que tenían secuelas de poliomielitis sufrida en su infancia.

Doña María Zambrano, quien vivía en la casa contigua a la familia Román Pernía, con sus tres hijos: Carlos Ramón, a quien llamaban “Churchill” y dos hermanas cuyos nombres no recuerdo.

## **La Escuela Nocturna Emilio Constantino Guerrero**

Así como tuvo que hacerlo en su momento nuestro hermano Alfonso, Joaquín y yo cambiamos el horario diurno en la Escuela Padre Maya por el nocturno, para lo cual nuestro padre hizo una solicitud manuscrita en su excelente letra, dirigida al director de la Escuela Nocturna Emilio Constantino Guerrero, explicando los motivos, ya que éramos menores de edad; de esa manera podíamos durante el día ayudar a mi papá en el duro trabajo en el taller de carpintería, para el cual ya empezaba a hacerse viejo.

La mencionada escuela funcionaba en la misma sede de la Escuela Padre Maya, frente a la plaza Jáuregui, entre las 7 y las 10 pm; su epónimo era Emilio Constantino Guerrero, notable abogado, escritor y diplomático, nacido en La Grita en 1866.

Allí cursé sin mayores recuerdos mi último año de educación primaria a partir de septiembre de 1960; entre los condiscípulos, de un grupo poco numeroso, recuerdo a un muchacho de unos 20 años, de apellido Azuaje, oriundo del estado Anzoátegui, quien era Sargento enfermero en el Liceo Militar Jáuregui.

## **Don José Moncada Mora**

Desconozco las razones por las cuales el señor José Moncada Mora se convirtió en Padrino de Confirmación de mi hermano Joaquín y si la decisión provino de mi papá o de mi mamá; ambos fueron católicos durante toda su vida, pero mi madre era más consecuente con los preceptos y la liturgia de la religión y debido a su consecuencia con ellos, todos sus hijos fuimos bautizados, confirmados e hicimos la primera comunión.

Considero que fue muy acertada la escogencia de don José para apadrinar a Joaquín, así como la aceptación de la solicitud por parte del mencionado señor, porque era un genuino hombre gritense, muy querido y hoy recordado por toda la comunidad que lo conoció.

Su residencia era una casa antigua con techo de tejas, ubicada en la esquina de calle 3 con carrera 6, con un local de dos puertas, donde estaba su negocio como pequeña bodega, más bien orientada a la venta de refrescos, caramelos, helados caseros, artículos para el culto religioso y otros; pero lo que hizo famoso su local y su persona, ganándose el recuerdo para siempre, fueron los dulces, que él mismo elaboraba en la parte interior de su casa, los cuales servía en recipientes de vidrio transparente, propios para postre, con una cucharilla pequeña, a un costo de Bs. 0,25. La estrella era el dulce de higos, que servía de a dos, reposando en una porción de dulce de leche, que daba una maravillosa mezcla al paladar.

También los hacía de lechosa y toronja, con la opción de su combinación y complemento con dulce de leche.

Otro aspecto por el cual fue muy conocido y respetado don José Moncada por toda la feligresía católica, fue por su profundo vínculo con la Iglesia del Espíritu Santo, también llamada Iglesia Matriz, la misma que alberga la venerada imagen del Santo Cristo de La Grita, tallado en cedro en Tadea, a raíz del terremoto del 3 de febrero de 1610.

Su devoción y colaboración constante e incondicional con todas las celebraciones litúrgicas durante la mayor parte de su vida, facilitadas en gran medida por vivir a media cuadra del templo, lo hicieron asiduo miembro e imprescindible colaborador del Cura Párroco y del Sacristán, durante largo tiempo, Luis Guerrero.

También se hizo muy conocido en vida y recordado ahora, luego de su partida física, por el hermoso pesebre que se esmeraba haciendo todos los años para Navidad, reconocido como el mejor de la ciudad y del cual se mostraba muy orgulloso y celoso. Mi hermano Joaquín, quien por muchos años hizo los pesebres más lindos en la casa de nuestros padres y que luego ha hecho en su propia casa los mejores y originales pesebres de Maracay, con su gran dominio y conocimiento del arte de la pintura y de la armonía paisajística, reconoce que los pesebres de su padrino fueron los mejores de la época en La Grita.

Cuando sean tiempos y circunstancias propicios, quiero solicitar, en sesión de la Asamblea Municipal de La Grita, sea designada con su nombre la esquina donde vivió don José Moncada Mora, aprovechando esa misma ocasión para solicitar se haga lo propio en otros lugares de nuestra ciudad, para honrar la memoria de otros ciudadanos ejemplares.

## **Rebelión del General Jesús M. Castro León**

Jesús María Castro León fue oficial de la Fuerza Aérea Venezolana, graduado en la Escuela de Aviación Militar en 1928; había nacido en Capacho, estado Táchira, en 1908 y era nieto del General Cipriano Castro, quien lideró la Revolución Liberal Restauradora, junto a Juan Vicente Gómez, mediante la cual ambos arribaron al poder en 1899.

Castro León obtuvo el grado de General de Brigada, mediante los cursos y exigencias militares de la época, pero desde joven demostró ambición por el poder, viéndose ya en 1931 involucrado en un complot contra el gobierno del General Juan Vicente Gómez Chacón, por lo cual fue retirado de las Fuerzas Armadas, a las cuales reingresó después de la muerte de aquel, ocurrida en diciembre de 1935. Fue uno de los líderes de la rebelión de un sector de la Fuerza Aérea Venezolana, el primero de enero de 1958, contra el gobierno del General Marcos Evangelista Pérez Jiménez.

Durante el período transitorio de la Junta de Gobierno que reemplazó el gobierno de Marcos Pérez Jiménez, fue designado Comandante General de la Fuerza Aérea, pero al tener discrepancias con la Junta, resultó separado del cargo y pasado a retiro.

El 20 de abril de 1960, posiblemente, queriendo repetir o imitar la toma del poder por las armas, hecha por su antepasado Cipriano Castro, ingresó a Venezuela desde San José de Cúcuta, logrando capturar sin resistencia y quizás con la aquiescencia de oficiales, el Cuartel Bolívar, principal unidad militar del Estado Táchira.

En La Grita se supo en la misma mañana de esa fecha, por la emisora de radio de San Cristóbal "Ecos del Torbes"; los continuos recorridos de la única camioneta de la Guardia Nacional, la pick up Chevrolet Apache, color verde oliva, llena de efectivos con sus fusiles FN-30, confirmaron la noticia del levantamiento; recuerdo los temerosos comentarios de doña Blanca de Bustamante, junto a mi mamá, pensando que pronto se desataría el tiroteo.

En la oficina de Telégrafos, frente a donde vivíamos, fue apostado un efectivo armado con su fusil FN-30, con el uniforme de servicio de la época, forniture norteamericana de la Segunda Guerra Mundial, de lona verde oliva con pequeños bolsillos cerrados con broches, para guardar la munición calibre 7 mm, cantimplora, bayoneta y la gorra de tela característica de la Guardia Nacional por muchos años.

Todo muchacho, es por lo general curioso y se siente atraído por las armas, así que como el guardia apostado para proteger el Telégrafo era un joven de unos 20 años y descubrimos que amigable y conversador, Joaquín y yo entablamos charla con él para observar de cerca su fusil; de esa forma supimos que, recientemente, había estado destacado en Caracas, donde con frecuencia había tiroteos y tuvo situaciones en las que “gastó” los 100 cartuchos de dotación individual, con gran dolor en su hombro derecho por el fuerte golpe de retroceso que daba aquel fusil en cada disparo.

Cerca del mediodía corrió por el pueblo la versión (no hay manera de callar los secretos en un pueblo pequeño), de que Castro León había llamado por teléfono al director del Liceo Militar Jáuregui, para invitarlo a unirse a la rebelión; quien ocupaba ese cargo era el Coronel del Ejército, Pablo Antonio Flores Álvarez y los eventos posteriores indicaron que no se unió a la insurrección, aunque sí lo hizo la mayoría de los oficiales del instituto, que se fueron de la ciudad para unirse a la rebelión.

Oportuno juzgo recordar que, por aquellos años, había tres establecimientos militares en La Grita: Liceo Militar Jáuregui, Cuartel del Ejército y Guardia Nacional, de los cuales el Liceo era el más numeroso por cuanto tenía un batallón de unos 500 alumnos y cerca de 15 profesionales militares, entre oficiales y suboficiales, siendo los alumnos escasamente preparados para disparar la carabina FN-30, pero representando alguna capacidad disuasiva por su número. Las demás unidades militares ubicadas en la ciudad, pertenecientes al Ejército y la Guardia Nacional, eran a nivel de pelotón; probablemente, la anterior situación de fuerzas determinó que, al atardecer del mismo 20 de abril, se desplegó una compañía de soldados, trasladados desde el Cuartel Libertador de la ciudad de Mérida, como medida de refuerzo y disuasión por parte del gobierno, -dicho lo último como conjetura mía-. Las tropas recién llegadas se alojaron, cierta cantidad de ellas, en el cuartel local, frente a la plaza Bolívar y en algunos puntos elevados del entorno fueron ubicados soldados, como en la azotea del Cine Jáuregui, parte alta del edificio de la Alcaldía y otros lugares.

Conversación reciente con el eminente amigo, Dr. Egberto Zambrano, médico traumatólogo, quien para esa fecha era alumno de cuarto año en el Liceo Militar Jáuregui, me permitió conocer eventos ocurridos en el mencionado instituto, muy poco difundidos: Una parte de la compañía de soldados de infantería desplegados desde Mérida, fue ubicada en el liceo, probablemente, a solicitud del Coronel y Director, Pablo Antonio Flores Alvarez. El Director reunió a los alumnos internos de cuarto y quinto años, quienes fueron dotados con carabinas FN-30, con su correspondiente munición y colocados en actitud defensiva en el área del instituto. Además, ordenó abrir algunas claraboyas en

paredes altas de ciertos edificios del liceo, para facilitar la colocación eventual de ametralladoras.

El dispositivo y despliegue defensivo en el liceo, transcurrió con un único incidente que luego se convirtió en objeto de chiste: Durante la guardia nocturna, un alumno-centinela, solitario en medio de completa oscuridad, escuchó reiterados ruidos en la maleza y al no recibir respuesta a su solicitud del santo y seña, descerrajó un tiro con su carabina, famosa por su ruido, eficacia y retroceso; el supuesto incursor era un pacífico burro.

También hacia la tarde del mismo día, una emisora dio la noticia de que aviones de la Fuerza Aérea iban a bombardear el Cuartel Bolívar en San Cristóbal, si no se rendía a determinada hora; en aquella época las lluvias como estación de invierno comenzaban temprano y ya en abril las precipitaciones eran casi diarias y copiosas, así que cayendo la noche acompañé a mi hermana Jesusa, quien tenía guardia como enfermera en el Hospital San Antonio y en el trayecto vimos varios soldados, apostados como centinelas, con su fusil con bayoneta armada en su cañón, todos con su poncho impermeable y su casco de acero brillante por la lluvia que caía.

Como visión surrealista recuerdo un soldado de pie, inmóvil en el atrio de la iglesia del Espíritu Santo. Al día siguiente amaneció en tensa calma y hacia la mitad de la tarde corrió la noticia de la rendición de los sublevados en San Cristóbal, con la consiguiente huida del General Castro León, con lo cual pronto todo volvió a la normalidad.

En adición a lo anterior, también recuerdo tres anécdotas:

1) Jesusa nos contó que un policía municipal, de guardia en el hospital, en previsión por los sucesos, había abandonado su guardia, dejando su fusil FN-30 abandonado en un rincón y al encontrar el arma una monja, la llevó llorando de miedo a la dirección del hospital diciendo: "¡Ay... ¡Santo Cristo bendito, no se vaya a disparar esta escopeta!".

2) Pocos días después, en una revista caraqueña de tiraje nacional que se compraba en nuestra familia, vimos en una foto relacionada con la rebelión, un soldado sentado sobre su casco, en una calle de San Cristóbal, comiendo un refrigerio; de inmediato reconocimos a un joven de La Grita, blanco, pecoso y de pelo rojizo.

3) La imagen fotográfica en un periódico de San Cristóbal, en la cual recuerdo, claramente, a un hombre con traje de bombero, descendiendo por una escalera con una bomba sobre uno de sus hombros y la reseña escrita al pie de la foto, explicando que se trataba del Sargento Justo Pastor Daza Porras, Jefe del Cuerpo de Bomberos de la

ciudad, trasladando la bomba lanzada por un avión, la cual había caído sin explotar sobre el tejado de una casa vecina al Cuartel Bolívar.

Muchos años después, siendo yo oficial de la Fuerza Aérea Venezolana, indagando sobre la acción de aeronaves en aquella rebelión, pude determinar que, efectivamente, se ordenó la actuación de un bombardero a reacción Canberra, posiblemente para efectuar, solamente, un sobrevuelo a baja altura, buscando la intimidación de los sublevados en San Cristóbal; pero ese día, hubo muy malas condiciones atmosféricas y muy poca visibilidad en todo el territorio nacional, por lo cual el avión nunca llegó al objetivo establecido ni regresó a su Base.

Lo cierto es que el Canberra MK-88, siglas 5A39, con sus tripulantes, Teniente Coronel Luis Apolinar Méndez (piloto), Subteniente Jesús Rafael Núñez Torrealba (navegante) y MT2 Jesús María Sánchez Torres (bombardero), jamás fueron encontrados, como tampoco la aeronave, ni pudo determinarse las verdaderas causas del suceso.

El General Jesús María Castro León fracasó en su último intento de golpe de Estado, fue apresado y recluido en el Cuartel San Carlos, en Caracas, donde falleció en julio de 1965.



Gral. Jesus M. Castro León



Avión Canberra empleado por la F.A.V.

## Paro nacional de transporte

El año 1960 fue muy convulso en toda Venezuela; el año anterior se había iniciado el período democrático que iba a permanecer 40 años, pero la llamada Revolución Cubana, que arribó al poder por las armas el 1° de enero de 1959, de la mano del líder carismático Fidel Castro Ruz, ya en 1960 había decidido romper su promesa de establecer un gobierno democrático, optando por el totalitarismo comunista. El líder cubano, sumamente hábil, astuto y manipulador, tenía una agenda oculta y el 24 de enero de 1959, a tan sólo

22 días de tomar las riendas del poder, viajó a Venezuela, primer país en visitar, en lo que iba a resultar un larguísimo gobierno, sin límite temporal hasta el presente; el propósito de su visita fue entrevistarse con Rómulo Betancourt, recién electo presidente de la República, en las elecciones del 7 de diciembre de 1958 y quien aún no había asumido el cargo. Algún tiempo después, trascendió a la opinión pública, que los planteamientos y requerimientos de Fidel Castro, le resultaron fallidos y regresó a su país prácticamente con las manos vacías. Ello determinó el cambio de métodos y medios del régimen de Cuba, no sólo para entorpecer el desarrollo de la democracia en Venezuela, sino para buscar su derrocamiento, lo cual explica en buena medida el clima de agitación y violencia que afrontó el período de gobierno de Betancourt.

Así las cosas, ya en 1960 comenzaron los partidarios venezolanos de la Revolución Cubana y con apoyo de ella, sus acciones contra el gobierno democrático, mezcladas y alternadas con rebeliones militares convencionales, sin definición política, como la del General Castro León, en abril de aquel año.

La convulsión recorrió todo el país, afectando, incluso, La Grita, un pueblo muy apacible y tranquilo; el 28 de noviembre de 1960 comenzó un paro nacional de transporte que imagino coincidió con una jornada de agitación y protestas violentas en Caracas y varias ciudades, paralizando prácticamente el transporte y la circulación terrestres. En nuestro pueblo, recuerdo la soledad de sus calles durante todo el día, interrumpida únicamente por la camioneta Chevrolet Apache de la Guardia Nacional, a la cual le habían amarrado en el parachoque delantero, frente a cada neumático, una improvisada escoba hecha con ramas, para barrer las tachuelas y vidrios que algunos saboteadores habían regado en las calles.

En la noche, en un sector al oeste del campo deportivo conocido como El Terreno, que había sido tomado por gente para construir viviendas, hubo disturbios que se volvieron violentos y al verse amenazados los guardias nacionales enviados para reprimir, algunos de ellos dispararon sus metralletas Madsen, calibre 9 mm, afortunadamente, sin causar víctimas, solamente las barandas de madera astilladas por los proyectiles, que observé en un camión estacionado en las cercanías.

## Fútbol en El Terreno

Entre los años 1960 y 1962 mantuvimos una moderada actividad deportiva, mediante partidos de fútbol improvisados en el campo deportivo de La Grita, llamado por la gente El Terreno; la mayoría de las veces, íbamos todos los varones de nuestra familia, exceptuando Hernando y Rafael, quienes ya se habían marchado a Caracas a iniciar sus estudios universitarios. Incluso, algunas veces, participó mi papá como árbitro, con su pantalón corto, franela, zapatos normales de cuero y un pito metálico cromado, de los que vendían a Bs. 0,50 en las bodegas; pero, en 1960, ya nuestro padre tenía 51 años de edad y aunque toda su vida había trabajado con esfuerzo físico, nunca corría, por lo cual, cuando fungía de árbitro, corriendo, casi tanto como los jugadores, pronto quedaba cansado.

El suelo o superficie del campo deportivo era infame, sin grama, de tierra desnuda con poca nivelación y preparación, abundaban piedrecillas sueltas y algunos guijarros alternados con arena.

El balón con el cual se jugaba, era del mismo tipo que se utilizó durante décadas a nivel mundial, con un revestimiento externo liso de piel animal, por lo general, vacuna, que, con el continuo roce con el suelo y los zapatos de los jugadores, se volvía áspero y absorbente de la humedad, creciendo en peso y volumen en presencia de la lluvia. Otra desventaja que tenían los balones o pelotas de fútbol de la época, respecto de las actuales, era su falta de esfericidad, lo cual afectaba la precisión en su desplazamiento; ello se debía a que en su interior llevaban una cámara o “tripa” esférica de goma, que se introducía por una abertura en la capa externa de cuero y con una boquilla de bronce, conectada a una bomba de aire se llenaba a la presión adecuada, cerrando luego la abertura mediante un amarre con cuerda, en maniobra que requería mucha experiencia y que a pesar de ella, la pelota siempre acusaba una pequeña hinchazón en el lugar de la “intervención”.

Los jugadores de aquellos partidos más recordados, además de mis hermanos Alfonso, Salomón, Joaquín y Ramiro, fueron: “Caballo” (no recuerdo su nombre), muchacho que no era de La Grita, muy hábil jugador, veloz; hacía trampa sin necesitarlo, al echarle tierra en la cara a los contrarios, mientras se reía, burlonamente, parecido a un relincho, creo que por eso lo llamaban así. “Mabuelo” (no recuerdo su verdadero nombre), muchacho de unos 20 años, oriundo del pueblo, de contextura menuda y piel blanca, con buen dominio del balón. Pedro Mogollón, mejor conocido como Pedro “Morocota”, quien siempre destacaba más por su atuendo deportivo que por su habilidad como jugador; llegaba con

lo más nuevo y costoso en su vestimenta, incluidos los “guayos”, como llamábamos los zapatos de fútbol, pero en su afán por demostrarnos destrezas, terminaba enredado en sus propios pies; era de estatura regular, blanco, gritense y con propensión a engordar. Portillo (no recuerdo su nombre completo), alumno del Liceo Militar Jáuregui, alto, delgado, de piel blanca; como buen maracucho, era muy ocurrente y gracioso al hablar. No participó en muchos partidos, ni sabía jugar fútbol, pero dejó buena impresión en todos nosotros; un día sábado, en la tarde, que disputábamos un encuentro, había llovido recientemente, formándose una espesa neblina en el campo, al tiempo que daba frescura al movido partido, a ratos impedía la completa visibilidad; en eso estábamos cuando “Caballo” pateó con gran fuerza la pelota que venía dando saltos y por ello se elevó mucho hasta confundirse con la neblina, por lo que al caer de nuevo, con velocidad y peso, hinchada por el agua absorbida, cuando se encontró con la cabeza de Portillo, que quería impresionar sin saber hacerlo, quedó casi noqueado en el suelo por el tremendo golpe; yo que estaba a unos cinco metros tuve la impresión de que la cabeza se le había hundido en los hombros, cuando Portillo exclamó con gran grito: “¡Qué molleja, quedé viendo aerolitos de mierda!”. José Alfonso Méndez Orozco, conocido como “Cuco”, nativo de la aldea Llano Largo, moreno claro, de estatura regular, de unos 16 años, estudiante del Liceo Militar Jáuregui, unas tres veces fungió de arquero, siendo tan malo que sólo acertaba a gritar asustado cuando se acercaba la ofensiva contraria: “¡No me dejen solo, no me dejen solo!”. Me parece que “Cuco” y yo éramos los peores jugadores. Simpson (no recuerdo su nombre completo), también era alumno del liceo, alto, con estatura no menor a 1,80 m, cuerpo voluminoso y piel negra, con prominente trasero; mi papá decía, que tenía las nalgas en los pulmones, por su elevada estatura. Tampoco jugaba bien el fútbol, pero se ganó el aprecio de todos, aunque, al igual que Portillo, asistió pocas veces a nuestros partidos.

Aunque hubo otros muchachos que solían participar en aquellos recordados encuentros deportivos, los que más recuerdo son los que he mencionado; la irregular temporada de fútbol con presencia nuestra, decreció desde finales de 1962 hasta desaparecer durante 1963, siendo sustituida con la participación de otros muchachos jugando dicho deporte, así como el base ball. Nosotros nunca más volvimos a jugar en El Terreno.

## **Don Juan García**

Nunca pregunté a mi papá las circunstancias en las cuales conoció y por las cuales hizo buena amistad con don Juan García, hombre de unos 50 años, blanco, más o menos alto, siempre usando un sombrero marrón oscuro; al hablar, su acento y términos mostraban

un gritense auténtico, honrado y servicial, quien a menudo en su conversación utilizaba la palabra “genuino”, sin saber que su significado, justamente, lo definía a él como persona.

Tenía una manera de caminar muy peculiar, a grandes pasos y balanceando su tronco hacia adelante y atrás de forma pronunciada, como a propósito, pero era totalmente involuntario; poseía un gran sentido del humor, sin asomo de chabacanerías, ni groserías y a menudo entraba al taller de mi papá a contar graciosas anécdotas.

En una narración de esas, contaba que iba él atravesando la plaza Bolívar y un fuerte estornudo que no pudo contener, le hizo expulsar con violencia la plancha dental que usaba, a la cual, al no poder alcanzarla corriendo, le lanzó el sombrero para atraparla; cuando contaba eso, mi papá y él se deshacían de la risa.

Don Juan tenía una expresión muy propia para expresar gran asombro, cuando estaba frente a una cosa o evento difícil de explicar o comprender: “¡Qué ciencia tan arrecha!”.

Tenía su propio autobús, que él mismo manejaba y por muchos años trabajó transportando pasajeros en la ruta La Grita-Coloncito, con su respectivo retorno, pero también prestó servicio en otras rutas, todas ellas por las difíciles carreteras de la época, dejando muy buenos recuerdos de su paso y servicios por dondequiera que transitaba.

Siendo mi mamá tan católica, no me explico las razones para que mi hermano Alfonso llegara casi a los 18 años de edad, sin haber cumplido el sacramento de la confirmación y supongo que fue ella quien presionó a mi papá, un poco más liberal en cuanto a su religión también católica, para que le propusiera a don Juan, su aceptación como padrino de Alfonso, compromiso que el amigo aceptó con entusiasmo de inmediato.

El día de la confirmación, que se realizó en la Iglesia Matriz del Espíritu Santo, poco antes del acto, don Juan le brindó a su ahijado una cerveza Polar “media jarra”; la ceremonia, muy sencilla, la cumplió el Cura Párroco, según la liturgia acostumbrada, no sin antes comentar algo a mi mamá, supongo que, discreta recriminación por lo “mayorcito” del muchacho confirmante.

Luego de la mudanza de nuestra familia para Caracas, a comienzos de 1964, nunca más volvimos a ver a don Juan García, un gritense auténtico y genuino, una de las mejores personas que conocimos y apreciamos en La Grita. ¡Dios lo tenga en la gloria!

## **Terminal de transporte**

Durante los años en que viví en La Grita, no existió un terminal para vehículos de transporte público, construido específicamente para ese propósito; la ausencia de una instalación apropiada para alojar y prestar servicio a personas y vehículos en tránsito desde y hacia la ciudad, fue solventada de manera muy precaria por un pequeño local y su sector anexo, en las aceras de la intersección en esquina de la calle 3 con carrera 4; la atención al viajero se hacía en una pequeña oficina dentro del mencionado local.

Al no existir área de estacionamiento para los autobuses y camionetas de transporte, éstos se estacionaban en la calle para dejar y recoger pasajeros, con gran incomodidad e inseguridad, dada la poca amplitud de las calles y carreras del pueblo.

Desde aquel improvisado lugar, durante varias décadas los autobuses de varias empresas y propietarios, así como las incómodas, pero serviciales camionetas Chevrolet, GMC y otras de la Línea “Primavera”, además de otras empresas desaparecidas hace tiempo, hicieron posible, de forma muy loable, miles de encuentros y despedidas, alegrías y tristezas.

## **Visita de mi tío José**

Los padres de mi mamá tuvieron siete hijos, de los cuales seis fueron hembras y uno varón; en relato anterior me referí a los viajes que hizo mi mamá para visitar a sus hermanos, en los cuales la acompañé en varias ocasiones, sin acudir en ninguna ocasión a la casa de mi tío José.

Mi tío visitó nuestra familia por primera y única vez en La Grita, en Semana Santa de 1961; para entonces, era un hombre de unos 40 años de edad, de aproximadamente 1,62 m de estatura, contextura delgada, piel cetrina, siempre con sombrero que ocultaba una incipiente alopecia; en su hablar y ademanes destacaba el peculiar acento lisonjero de la gente del departamento Norte de Santander, en Colombia.

A pesar del tiempo transcurrido, mi papá no había podido superar cierta antipatía hacia mi tío desde su época de novio con mi mamá, debido a lo fastidioso y malcriado que era el entonces niño José, aspectos que siempre repudió mi padre en cualquier niño, familiar o no.

Estando en La Grita, lo atendimos lo mejor posible, llevándolo a varios lugares, entre ellos el cerro La Espinoza, muy querido y recordado por los gritenses, sobre todo por ser el

lugar de celebración anual de la Fiesta de la Cruz de Mayo; el día que visitamos aquel cerro, recorrimos el polvoriento y empinado camino bordeado por las doce cruces blancas de cemento, símbolos del tránsito de Jesús de Nazaret al Calvario.

Al llegar a la explanada donde está la capilla, nos acostamos a descansar a la sombra de los árboles, sobre un lote de grama, conversando largo rato sobre aspectos de la vida, con un hombre con mayor experiencia que todos quienes le acompañábamos: Alfonso, Salomón, Joaquín, Ramiro y yo. Poco después de mediodía, acicateados por el rico almuerzo que preparaba mi mamá en casa, emprendimos el regreso.

Mi tío José era una persona displicente, aparentemente nada lo sorprendía ni le agradaba lo suficiente como para expresarlo; me parece que fue muy conformista y escaso sobreviviente, me atrevo a decir que sus hermanas tuvieron más valor en sus vidas.

Al final de la referida Semana Santa, el único hermano de mi mamá partió de regreso a la ciudad de sus preferencias y trabajo.

## **El Cuartel del Ejército**

Desde su fundación en 1576 por el emprendedor y valiente Capitán don Francisco de Cáceres, prolífico explorador y fundador de varios lugares, nacido en Alcuéscar de Cáceres, España, la ciudad de La Grita adquirió la distribución física característica de las poblaciones españolas, con un núcleo primario alrededor de una llamada plaza mayor, a cuyos costados, en vista de planta cuadrada, estaban la iglesia, el ayuntamiento o cabildo, el cuartel, la cárcel y otros organismos o entidades.

Prácticamente, todas las ciudades de Hispanoamérica, incluidas las de Venezuela, han conservado esa organización espacial de su área central, luego de superar la etapa colonial, y La Grita no es la excepción.

El cuartel de la ciudad está ubicado al costado sur de la plaza Bolívar, en la calle 3 entre carreras 4 y 5; alrededor de dicha plaza están, en el costado este la Iglesia Matriz del Espíritu Santo, hoy Basílica Menor y junto a ella el edificio del Concejo Municipal, heredero del ayuntamiento o cabildo.

La construcción de la edificación actual del cuartel de la ciudad, de acuerdo con la información suministrada por el economista Hilarión Pulido, auténtico gritense, muy

apegado a su pueblo, recabada por él en libros escritos por el Dr. Ricardo Méndez Moreno, fue decretada u ordenada por el General Juan Vicente Gómez, entonces Presidente de Venezuela, en el año 1930, con el objeto de desplegar y ubicar en ese lugar, una unidad del Ejército que estaba en Capacho.

El edificio fue diseñado por un ingeniero merideño de apellido Bosset, mientras que la obra estuvo dirigida por el maestro constructor italiano Juan Cavallín; la finalización de la construcción y su inauguración ocurrieron en 1932.

El referido edificio ocupa aproximadamente media manzana, su puerta principal está orientada hacia el norte, frente a la plaza Bolívar; es ancha, con su dintel en arco y seguida por un pasillo, en el cual se ubicaba la guardia diurna de prevención, compuesta por soldados al mando de un sargento, sentados en bancos a ambos lados del pasillo, que daba acceso a un amplio patio que se vislumbraba desde la plaza. En la esquina noroeste de su vista de planta, una garita elevada proporciona vigilancia desde un pequeño recinto de cemento armado con ranuras verticales en su perímetro, para permitir al centinela la visión exterior y el fuego defensivo con su arma.

Sobre la pared oeste, cuya extensión llega hasta la intersección de la calle 4 con carrera 4, dos garitas más, una a mitad del trayecto y otra en la esquina opuesta; supongo que en la construcción original habría dos garitas adicionales, una para cada esquina faltante, según la táctica defensiva de la época.

El armamento utilizado por la tropa en los primeros 30 años del cuartel, fue el fusil de sistema Mauser FN-30, calibre 7 mm x 57 mm, de fabricación belga, uno de los mejores fusiles de cerrojo de todos los tiempos, adquirido por el gobierno nacional a comienzos de la década de 1930. El reemplazo de dicha arma por el Fusil Automático Liviano, también fabricado por la prestigiosa empresa Fabrique Nationale d'Armes de Guerre, en Herstal, Bélgica, lo observé como vecino que vivía a media cuadra, en el año 1962, el mismo año que ocurrió la sublevación militar en Puerto Cabello, el 2 de junio de aquel año, la más cruenta de la era democrática.

Considero o tengo la impresión que el cuartel de La Grita, en servicio desde hace 90 años, es una institución que se ha ganado su lugar en la historia de la ciudad, y su ubicación física ha resultado acorde a la vislumbrada y decidida por los antiguos planificadores coloniales.



Cuartel del Ejército - La Grita

## **El matrimonio de Susana**

El 16 de septiembre de 1961, mi hermana Susana se unió en matrimonio con el joven Hildebrando Méndez Orozco, oriundo de la hermosa aldea Llano Largo, a media hora de La Grita, en carro, vía Pueblo Hondo. Se habían conocido mientras él trabajaba en el Hospital San Antonio y la relación había progresado a noviazgo formal, una vez que Hildebrando había decidido irse a San Cristóbal en 1957, a buscar su progreso personal, consiguiendo empleo en el antiguo Hospital Vargas.

Un día domingo, durante el primer semestre de 1961, fuimos con mis padres y hermanos menores, acompañando a Susana e Hildebrando, a conocer la familia de él, en una visita de aproximación formal, matizada por buen y abundante almuerzo a base de gallinas criollas y verduras, con harto aguardiente, animado por varias horas mediante la erudita conversación de don Ildefonso, papá de Hildebrando.

Después del primer encuentro familiar la relación de noviazgo se hizo más regular y cercana, continuando luego con los preparativos para el matrimonio, que se fijó para la fecha ya citada.

La ceremonia religiosa se efectuó en la Iglesia Matriz del Espíritu Santo, a una cuadra de la casa donde vivíamos, oficiada por el Pbro. Raúl Méndez Moncada, Cura Párroco para cuyo templo mi papá había hecho varios trabajos. Los padrinos de la boda fueron don Heriberto Zambrano Roa y su esposa doña Mercedes Lupi Orozco, oficiando de paje, nuestro hermano Ramiro.

Al regresar a la casa el cortejo con los invitados que no eran muchos, Joaquín y yo, previas instrucciones, íbamos ubicando en sillas alineadas en el pasillo y patio a las personas, poniendo en las manos de cada uno, “sin aviso y sin protesta”, un plato de nutritivo y oloroso caldo, que, al ser consumido, fue reemplazado con oportuna diligencia, por otro plato con una generosa presa de gallina asada con guarnición de papas sancochadas, todo ello rociado con la novedosa salsa Heinz 57, recomendada por la señora Águeda, quien ayudaba a mi mamá hacía algún tiempo y tenía experiencia de trabajo en un restaurant en Caracas; lo que no hubo fue música y por supuesto tampoco baile, pues las familias progenitoras Méndez y Salcedo, eran poco proclives y duchas en esas lides.

Temprano, al final de la tarde, las personas asistentes se fueron retirando, agradeciendo las atenciones y, sobre todo, la rica comida, en la que mi mamá se había esmerado. A ese primer matrimonio celebrado en nuestra familia, habíamos asistido todos los hermanos, con excepción de Hernando y Rafael, quienes ya se habían marchado a continuar estudios universitarios en Caracas.

Un hecho curioso que siempre recordamos de aquel festejo, ocurrió cuando todo finalizó: los novios no se fueron juntos ese día, como debe ser y suele ocurrir, sino que Susana se quedó en la casa e Hildebrando se fue para donde unos familiares, pasando a buscar a su esposa al día siguiente para iniciar su luna de miel.



Matrimonio de Hildebrando y Susana en la Iglesia del Espíritu Santo, ceremonia oficiada por el Pbro. Raúl Méndez Moncada. La Grita, 16 septiembre 1961.

## **Mi hermano Ramiro, Paje del matrimonio**

Corría la tarde de un sábado de septiembre de 1961, en la población de La Grita, cuando la pareja de novios constituida por la señorita Susana Salcedo Gálviz y el señor Hildebrando Méndez Orozco, se dirigían a la iglesia del Santo Cristo de La Grita para su casamiento. Los novios salieron de la casa de los padres de la novia, Doña Matilde Gálviz de Salcedo y Don José de Jesús Salcedo, la cual estaba ubicada a escasos 150 metros de la iglesia. El cortejo iba precedido por mí, Ramiro Salcedo, quién a la sazón contaba con 12 años de edad, actuando en calidad de Paje, llevando las arras de los novios (un tanto crecidito para tal papel, ¿verdad?). También iban en el cortejo mis padres y mi hermana Ana de Jesús (Jesusa).

Al arribar a la iglesia de marras, esperaban a los novios, sus padrinos de boda: Don Heriberto Zambrano Roa y Doña Mercedes Lupi de Zambrano y el cura oficiante, Presbítero Raúl Méndez Moncada, quien, por cierto, oficiara la misa de cuerpo presente de Don Jesús Salcedo en la iglesia de La Ermita, San Cristóbal, el 25/09/1981.

La ceremonia de casamiento tuvo lugar en la capilla del lado izquierdo de la nave central de la Iglesia del Santo Cristo (no recuerdo el nombre). Ésta ocurrió con el ceremonial correspondiente. Yo me recuerdo a un lado de ellos sosteniendo la bandejita con las arras.

Creo recordar que, al terminar la ceremonia, la pareja, acompañada de todos los invitados se dirigieron, a pie, hacia nuestra casa, para la recepción que tendría lugar a posteriori. Las campanas aireaban repiques de alegría, como corresponde cuando se celebraba un matrimonio o un bautizo (el toque de campanas era todo un lenguaje de comunicación entre la iglesia y la feligresía, desde muchos siglos atrás).

Mucha gente se detenía para ver pasar a los novios y algunos gritaban: ¡Que vivan los novios!!!! No era usual ver algo así, pero creo que pasó porque nuestra casa estaba a sólo 150 metros de la iglesia matriz. Entretanto, y con anterioridad por supuesto, se estuvo preparando el banquete para los asistentes. Mi mamá, Jesusa y otras señoras se afanaron en la cocina para preparar la comida que recuerdo tenía como plato central, pollo adobado con salsa Heinz 57 (que quedó muy rico). Yo fui el mesonero de la noche a cargo de distribuir los spirits (llámese un cocktail de ron con jugo de naranja que yo me encargué de distribuir entre los asistentes) con bastante frecuencia.

Recuerdo que había música de fondo, pero no hubo baile en esa recepción. Yo sólo me recuerdo a mí mismo haciendo mi trabajo. Los novios estaban encargados de hacer lo suyo, saludar a los invitados.

Lo próximo que recuerdo, al final de la fiesta, cuando los invitados se habían ido fue que el patio central se quedó vacío y en el centro estaba la fuente con el cocktail...

¡Esa noche agarré la primera borrachera de mi vida! ¡Lo más curioso de esa noche fue que mi hermana Susana no se fue con su esposo de noche de bodas! ¡Mi hermana durmió su primera noche de casada en nuestra casa! Hildebrando, su esposo, la vino a buscar la mañana siguiente, día domingo, para ir a misa de 8 am en la iglesia del Santo Cristo y luego emprender su nueva vida juntos.

Ahora quiero tratar de narrar cómo fueron los intrínquilis del enamoramiento de los novios, su pedida de mano, la reunión de las dos familias para oficializar el compromiso en Llano Largo, aquel domingo maravilloso cuando los dos padres, Don Ildefonso y Don Jesús encabezaron la ceremonia de reunión de las dos familias con toda la ceremonialidad, respeto y alegría que debe corresponder a éste tipo de enlaces y que en otras religiones y culturas es todo un evento de grandes celebraciones que nunca pierde vigencia, como ha pasado en nuestro país.

Para 1960 no había llegado la tv a los Andes. En nuestra casa había un radio de onda corta y onda larga marca Blaupunkt, de manufactura alemana (la tecnología asiática no había hecho su aparición), en el cual escuchábamos de noche programas y partidos en los mundiales de fútbol.

Un sábado por la tarde, se había arreglado la ceremonia de formalización, por parte de Hildebrando de visitar a su novia, Susana en el recibidor de nuestra casa. No recuerdo muchos detalles. Mamá, Papá y algunos hermanos (yo siempre estaba ahí), Hildebrando solicitando permiso a mi papá para visitar a Susana en nuestra casa. El novio se tenía que venir de San Cristóbal, donde trabajaba como enfermero en la cárcel a visitar a su novia. Una carretera de tierra entre San Cristóbal y La Grita y tardabas 4 horas para llegar (¡eso si es amor!).

Las visitas eran más o menos así: los novios sentados en un sofá, bajo la mirada de la familia Salcedo. (imagino que se hayan buscado un momento para amapucharse cómo hacían todas las parejas). No recuerdo cenas o comidas con el novio en casa, probablemente por la falta de costumbre.

Tengo un recuerdo maravilloso cuando se formalizó el compromiso para casarse. Tenía que suceder el encuentro de las dos familias. El evento tuvo lugar en casa de la familia Méndez Orozco. Aquel bello lugar de la familia Méndez Orozco, un lugar paradisíaco llamado Llano Largo. Allá se trasladó la familia Salcedo Gálviz, un domingo, para iniciar

un nexo con la familia Méndez Orozco. Los muchachitos de las dos familias nos fuimos a bañar en una quebrada de la finca y regresamos a la casa de la familia, azules, con evidentes signos de hipotermia (los muchachos no podíamos ver un pozo sin meterse en éste). Mientras tanto los patriarcas reunidos celebraban y tomaban miche y se alegraban. ¡Qué maravilla de momento! Las señoras se afanaban en la cocina haciendo lo suyo. Mi mamá, junto con Doña María Rosario y otras muchachas se afanaban para preparar el almuerzo y atender a los visitantes.

Los novios andaban cada uno por su lado. Susana con las mujeres atendiendo aquí y allá. Hildebrando, compartiendo con su padre y con su futuro suegro.

No veo a mis hermanos. ¿Dónde estaban?

Recuerdo que Don Ildefonso y mi padre lo estaban pasando muy bien.

Aquí se me acaban los recuerdos de ese día.

—escrito por Ramiro Salcedo Galvis, 2022—



Ramiro en su primera comunión | 08-12-1959

## Una bomba atómica demasiado lejana

El invierno de aquel año se apreció muy copioso en La Grita, aunque a falta de registros meteorológicos locales, bastaban las versiones orales para adjudicar la casi certeza de que todo ciclo anual de lluvias era más abundante que el anterior, sobre todo cuando eran aseveraciones campesinas.

El 30 de octubre de 1961 escuché en el radio Löewe Opta, con mueble hecho en cedro por mi padre, la noticia con visos de alarma por la emisora "Ecos del Torbes" sobre la explosión de una muy poderosa bomba atómica por parte de Rusia en un remotísimo lugar llamado Nueva Zembla. Imberbe muchacho como era yo, no imaginaba dónde estaba aquel lugar y casi seguro estoy que ningún erudito en el pueblo lo sabía; otro tanto, aunque no tanto, sobre bombas atómicas y su capacidad destructiva. Algún indicio muy elemental me había dado la película japonesa "El Hombre H", vista unos meses atrás en el Cine Jáuregui, sobre presuntas secuelas de la radiación nuclear producidas por bombas "A" y "H", de fisión y fusión atómicas, respectivamente, muy en boga en aquella época y desde los años 50s, con los ensayos nucleares.

Incluso, unos años antes, mi compañero de tercer grado en la Escuela Padre Maya, José Ramón Naranjo, había puesto en su léxico la bomba "Achi" (sic), por decir "bomba H". Pues bien, la noticia del 30 de octubre de 1961, en la voz del recordado locutor J.J.Mora (R.I.P.), hablaba del ensayo de una bomba H de 50 megatones en el lugar ya mencionado, citando mediciones efectuadas por el Instituto Sismológico de Uppsala, en Suecia, lugar que por cierto también escuché por primera vez ese día.

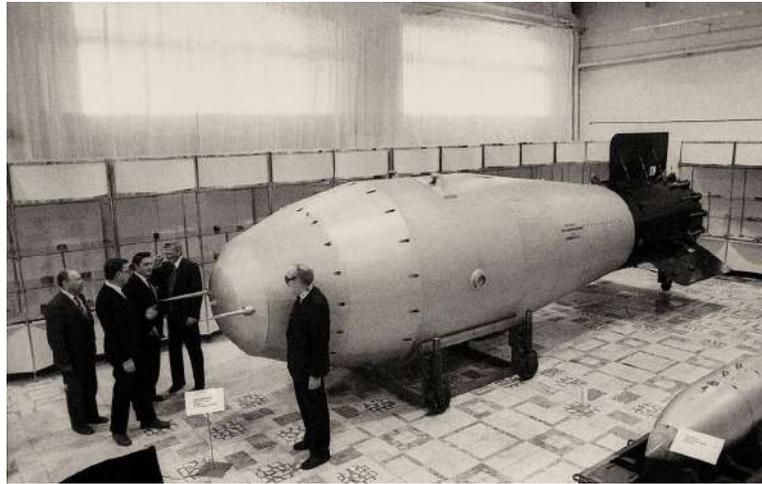
Merced a estudios militares posteriores, años después me enteré que el referido ensayo tuvo lugar en la isla Nueva Zembla, perteneciente a Rusia y ubicada en el Océano Ártico; la experiencia registrada en la explosión formó parte de la serie de ensayos hechos por Rusia (URSS) y Estados Unidos de América, dentro de la estrategia disuasiva de armas nucleares de la Guerra Fría.

La bomba detonada aquel día, llamada por los rusos "Bomba del Tsar", fue lanzada desde un avión bombardero TU-95 desde una altura de 10 km y tuvo una potencia explosiva equivalente a 50 millones de toneladas de TNT, de naturaleza o tipo termonuclear de fusión de hidrógeno (bomba H). El efecto físico se registró con su nube en forma de hongo que alcanzó la altura de 67 km y el destello luminoso como un sol se pudo observar a 1.000 km de distancia; asimismo, la onda expansiva dió la vuelta a todo nuestro planeta en tres ocasiones sucesivas.

Nueva Zembla está aproximadamente a 11.000 km de distancia de La Grita, y probablemente lo que voy a expresar a continuación corresponde a una apreciación muy subjetiva, pero yo observé que a partir del 30 de octubre de 1961, las lluvias arreciaron durante varios días, escuchando impresión coincidente en varias personas. Quizás no hay

forma de probar, 61 años después de la referida explosión, la mayor producida hasta ahora por el ser humano, que el incremento de lluvias observado haya sido consecuencia del lejano experimento nuclear.

Desconozco si el evento es recordado por alguien más en nuestra querida ciudad.



Bomba H "Tsar" pocos días antes de su lanzamiento

## **El Dr. Zino Castelazzi**

El Dr. Zino Castelazzi era para la época, un hombre de unos 35 años, alto, blanco rubio, delgado, de marcado fenotipo europeo y siempre con lentes correctivos, casi de continuo e impecable vestir con saco y corbatín; médico dermatólogo llegado de Italia a La Grita, probablemente a comienzos de la década de los 50, por muchos años fue jefe del Dispensario de Dermatología de la ciudad, dependencia del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, en una etapa de buen funcionamiento de las instituciones públicas, en la que, por ejemplo, el certificado de salud era un documento de vencimiento anual, de rápida expedición, una vez cumplidos los requisitos, e indispensable para muchos trámites; uno de los requisitos obligatorios para su obtención era el examen dermatológico que hacía personalmente el Dr. Castelazzi.

Cuando mi familia vivía frente al Telégrafo, tenía el Dispensario a media cuadra, por la misma acera hacia abajo, en la misma casa donde vivía, de reciente construcción y agradable aspecto, en cuyo estacionamiento guardaba un automóvil sedán Fiat, colores vino tinto y negro.

Su esposa era una mujer bien parecida, de unos 30 años, siempre de lentes, llamada Elena Morales, maestra de la Escuela Jáuregui, tenía dos hermanos llamados Luis y Nelson, que fueron alumnos en el Liceo Militar Jáuregui.

Según me informó el economista Hilarión Pulido, gritense muy interesado en la conservación y difusión de los temas relacionados con nuestro lar nativo, como lo es también el Ing. Juan Alberto Sánchez García, el Dr. Castelazzi se ausentó como habitante de la ciudad hace varios años, radicándose en Caracas y falleciendo recientemente a los 95 años, luego de una meritoria labor profesional en colaboración con el Dr. Jacinto Convit, en investigaciones sobre la lepra y la leishmaniasis.

El Dr. Zino Castelazzi, en su paso por La Grita, dejó el recuerdo de un excelente profesional de la medicina, a quien, en mis años de niñez y adolescencia observé pasar en mulas con su ayudante, hacia lejanos campos, en sus investigaciones sobre enfermedades tropicales.

Junto con otros ciudadanos ejemplares, debería aparecer su nombre en algún lugar de La Grita, como estímulo para generaciones futuras.

## **Mi papá y sus gallinas ponedoras**

La infancia y comienzos de la adolescencia de mi papá estuvieron muy vinculadas a la vida campesina a través de su mamá, mi nona, quien luchó sola por él, durante una parte importante de su vida, en presencia de animales domésticos y silvestres, en paisajes rurales que le hicieron apreciar y evocar con frecuencia la naturaleza.

Quizás por eso, nunca olvidó esa etapa y siempre soñó con una propiedad rural; algo parecido ocurrió con mi mamá, ya que, durante una parte importante de su niñez, su padre fue propietario de una finca típica de tierras andinas, con cultivos y actividades propios de la zona, incluso, con marcada presencia de plantaciones de café, entre melodías de mirlos.

Así que, al no poder concretar esa aspiración, siempre en las casas con solar en las que vivimos, tuvimos algún tipo de animal doméstico; pero en la casa frente al Telégrafo, además de las gallinas criollas, conejos y algún ocasional cochino, mi papá decidió un día del año 1961, comprar 25 pollitas bebé de raza ponedora, a Bs. 2 c/u, de suave vello negro en todo su cuerpo, que se transformó en plumas del mismo color, a excepción de la

parte alrededor de los ojos y el pico, que se tornaron en ocre rojizo al hacerse adultas; decidió ubicarlas en un cuarto rectangular de aproximadamente 9 m x 3,5 m, colocando aserrín y viruta de madera para cubrir el piso de cemento y facilitar la limpieza periódica.

Creo recordar que las pollitas las compró donde don Luis Mogollón, así como el alimento concentrado Protinal, en sacos de 20 kilos para su desarrollo inicial y crecimiento, el cual había que cambiar a los seis meses, cuando los animales comenzaban su ciclo de producción de huevos, todo ello, según las experiencias y recomendaciones de las técnicas avícolas norteamericanas pioneras en dicha actividad; también donde las compró recibió información y suministro sobre vacunas, cuidados a aplicar y otros detalles, en los cuales, todos en la familia, ayudamos muy entusiasmados. Por cierto, esa iniciativa familiar coincidía con una especie de fiebre que se iniciaba en el país por aquellos días, relacionada con la cría a pequeña, mediana y gran escala, relacionada con la producción de pollos y huevos.

Cuando ya estaban grandes, bien emplumadas y hermosas, próximas a iniciar la postura de huevos, mi papá hizo un ponedero de madera y malla metálica de huecos hexagonales, que pintó con esmalte color gris plomo, colocando internamente en el piso, un plano inclinado que hacía que los huevos rodaran hacia un canal fuera de la vista y alcance de las gallinas; la explicación que daba con risa traviesa, era que las gallinas, al no ver los huevos que ponían, se devolverían a repetir su esfuerzo.

El día que sus gallinas comenzaron a estrenar el ponedero, mi papá estaba inflado de alegría y pronto colocó en una ventana de su taller un aviso con vista a la calle ofreciendo los huevos, cuyo precio era Bs. 0,25 la unidad, igual que el vigente en los últimos seis años, según mi recuerdo, en bodegas y mercado.

No recuerdo las razones por las cuales mi padre no continuó la actividad avícola, la cual fue para él y nosotros muy motivadora y creativa; hasta el final de su vida, ya enfermo en 1981, me preguntaba cuándo pensaba yo comenzar mis proyectos de vida rural, porque él quería participar en ellos.

## **Don Domingo García y la máquina de rallar yuca**

Don Juan García, a quien mi papá tuvo gran aprecio, tenía un hermano llamado Domingo, quien un día llegó al taller a solicitar la fabricación de un dispositivo para rallar yuca, en el proceso de elaboración de almidón, producto de gran consumo en los pueblos andinos.

De la explicación que el señor Domingo hizo a mi papá, mediante un tosco dibujo en papel, surgió el compromiso para hacerlo; consistía en una estructura robusta de cuatro patas, de aproximadamente 1,20 m de altura, que soportaba un cilindro de 0,50 m de altura y unos 0,40 m de diámetro, el cual iba colocado en forma vertical, dentro de un recipiente también cilíndrico de mayor diámetro, ambos fabricados en madera y cubiertos en lámina de cinc galvanizado; el cilindro interior giraba en un eje vertical movido por un motor eléctrico y su revestimiento metálico era perforado en toda su superficie, de manera similar a un rallador manual de uso doméstico, lo cual logramos ayudando a mi papá a hacer orificios con un punzón de acero y martillo.

Cuando estuvo armado y pintado con el color favorito de mi papá, gris plomo en esmalte Montana, trasladamos el artefacto al lugar donde funcionaría, una casa con amplio patio en la esquina de la calle 4 con carrera 2; ansiosos estábamos todos los presentes y en especial el señor Domingo, quien tan pronto se instaló el motor subió a un banco, pues a pesar de su buena estatura, no alcanzaba con holgura la entrada del recipiente, llevando un gran tobo lleno de yuca en trozos, descargándolo de un solo golpe dentro del cilindro rallador ; un fuerte estruendo, grandes vibraciones en todo el aparato, que temblaba como si tuviera un ataque de epilepsia, temblor que se transmitió al suelo y un alud blanco que cubrió cara y sombrero del señor Domingo, salpicando también a quienes estábamos allí, todo ello ocurrió en pocos segundos.

Simultáneo con el susto, al ver a don Domingo con blanco manto de yuca, varios lanzaron una carcajada, entre ellos mi papá, lo que hizo que el afectado con sonoro grito dijera: “¡No joda, éstas son las vainas que a mí me arrechan mucho!”.

Días después el problema se corrigió reduciendo las revoluciones por minuto del cilindro y mejorando otros aspectos.

## **Las bandejas para hacer almidón**

El Dr. Zino Castelazzi y el señor Paolo Benvenuto, ambos italianos y vecinos de la cuadra, eran amigos y socios en una pequeña empresa ubicada en La Fría, ciudad de tierra caliente con fama de actividad ganadera, un poco distante de La Grita.

Un día, ya finalizando 1960, encargaron a mi papá la elaboración de un número considerable de “bandejas” (creo que fueron 120), con medidas aproximadas, según recuerdo, de 1,20 m x 0,60 m, las cuales consistían en dos largueros sobre los que iban

fijos con clavos, listones de 4 cm de ancho, 1 cm de espesor x 0,60 m de longitud, colocados de manera perpendicular a los largueros y dejando un espacio libre entre listones de 0,5 cm, aproximadamente, para facilitar el secado del almidón.

Los largueros los quiso hacer mi padre de madera de cedro, mientras que los listones para la superficie discontinua, en madera de “amarillo”, infame por su tendencia a torcerse y rajarse al ser clavada; los ayudantes para ese trabajo fuimos Joaquín y yo, llevando la mayor responsabilidad y carga mi hermano Joaquín, porque casi toda la operación de aserrado de los largueros y listones fue hecha por él en la sierra de disco, teniendo en cuenta que el polvo que produce el maquinado del cedro, es especialmente agresivo para los ojos y la garganta. Durante esa fase, Joaquín sufrió serias heridas con el disco de la sierra en varios dedos que estuvo a punto de perder; cada día, al terminar la jornada, mi papá, Joaquín y yo nos sacudíamos del pelo y la ropa verdaderas nubes de aserrín y polvo del amargo cedro de color rosado, mezclado con el color amarillo del “amarillo”.

Después de muchas peripecias para evitar rajaduras al clavar los listones de “amarillo” con clavos de una pulgada, concluimos el trabajo y mi papá lo entregó a los satisfechos clientes.

Aquella navidad la pasé muy contento, porque mi padre me gratificó con Bs. 90 por el trabajo que hice, cifra que era muy buena para un muchacho en la época.

Ese diciembre, ya cercanas la Navidad, mi papá viajó con Joaquín a Pamplona y Labateca, en paseo de encuentros y recuerdos.

### **“Tolomeo”, un muchacho ayudante de mi papá**

Todos mis hermanos y yo aprendimos en alguna medida el noble, esforzado e interesante oficio de la carpintería de la mano de mi papá, aunque todos fallamos al no habernos propuesto el aprendizaje del torneado de la madera, a pesar de tener a la mano el maestro más apropiado y el torno hecho por él mismo, con las gubias y formones que lo acompañaron durante toda la vida; Hernando, Alfonso y Joaquín, en ese orden de edad y permanencia en el trabajo, fueron quienes más ayudaron a aliviar la dura carga del jefe de familia y aprendieron mejor el oficio, según las técnicas y costumbres que venían de un antiguo pasado, asimiladas por él en su adolescencia.

No puedo obviar, la extraordinaria ayuda de mi mamá, quien tenía paciencia y habilidad naturales para el tejido de respaldos y asientos en figura hexagonal hecho en fibra

vegetal, muy empleado desde épocas muy antiguas, sumado a su talento para aplicar la pulitura con goma laca, empleando materiales y procedimientos desconocidos en el presente, en lo cual también destacaron Rafael y Joaquín.

Pero el tiempo no pasa en vano, ni espera por nada ni nadie y si bien es cierto que, mi papá al principio sufrió decepción y tristeza al comprender que de sus siete hijos varones, ninguno iba a continuar de manera permanente su oficio, llegó el momento en el cual comprendió y nos apoyó en el inicio y continuación de nuestros propios estudios y caminos.

Así que para 1961, con Joaquín y yo iniciando estudios de bachillerato en el Liceo Militar Jáuregui, y Ramiro también próximo a comenzar la secundaria, mi padre se vio forzado a probar la ayuda de un vivaz muchacho, que una mañana se asomó al taller para ofrecerse como ayudante; era un adolescente de unos 13 años, blanco, de pelo liso castaño claro, oriundo y viviendo en la aldea Tadea, en el hermoso cerro al sur de La Grita.

No recuerdo el nombre ni los apellidos del muchacho, pero su cara, voz y manera de ser las tengo en la memoria, como si lo estuviera viendo; mi papá, con su habilidad para colocar apodos, comenzó a llamarlo “Tolomeo”, no precisamente en alusión a dos personajes de la antigüedad griega (Ptolomeo), sino en un doble sentido del cual se reía, porque el muchacho, muy vivaracho y entrometido, quería aprender todo rápidamente, fallando y metiendo la pata a menudo, pero tenía las grandes virtudes de la iniciativa y la voluntad y ganas de aprender un oficio que le gustaba y era totalmente nuevo para él, sumado a un buen sentido del humor, que entretenía a mi papá, ganándose también el cariño de mi mamá.

Un día, viendo el cajón de madera que habíamos hecho hacía años para la limpieza de nuestros zapatos, pidió permiso a mi papá e hizo uno muy parecido, con el cual empezó a ir a la plaza Bolívar a limpiar zapatos para ayudarse económicamente en sus ratos libres; en la navidad de aquel año, como teníamos por costumbre, la Nochebuena todos en la casa, nos vestimos las mejores ropas, los varones con corbata; Tolomeo, viéndonos con cierta tristeza, pero sin pena ni cohibición, le pidió a mi mamá una camisa y corbata para completar con un pantalón que había comprado.

Así vestido, en la noche, temprano, se marchó con su cajón a buscar clientes en la plaza, regresando un par de horas más tarde llorando, con la camisa sucia y por fuera del pantalón, y la corbata arrugada, hecha nudos. Ante nuestra sorpresa y pregunta de mi papá: “¿Qué te pasó, Tolomeo?”, el muchacho respondió entre sollozos: “¡Es que a mí me arrecha que me mamen gallo y me agarré a cajonazos con otros muchachos hdp..!” Los

demás limpiabotas, por pura envidia, no habían soportado la buena presencia de Tolomeo, arruinando su Nochebuena.

No recuerdo las razones por las cuales Tolomeo, un sano, trabajador y vivaz muchacho campesino, dejó de trabajar como ayudante de mi papá, porque en el poco tiempo que lo hizo se manifestó con buenas condiciones para aprender y ejercer bien el oficio. Pido a Dios lo continúe apoyando en sus propósitos, dondequiera se encuentre.

## **Viaje a San Cristóbal con mi amigo Jorge Duque**

A finales de 1961, presionado por la preocupación de mi mamá al no recibir noticias de Susana, su primera hija casada, -en la casa de La Grita no teníamos teléfono y tampoco se sabía dónde estaba viviendo mi hermana-, me ofrecí para viajar a San Cristóbal a visitarla, sin compañía de personas mayores, aunque sí con la de mi amigo y compañero de estudios, Jorge Duque, recién conocido en el primer año de bachillerato, en el Liceo Militar Jáuregui.

Mi amigo Jorge, a quien no he tenido el gusto de ver desde hace más de 50 años, vivía en la calle 3, carreras 1 y 2, frente a la familia Montilva, también de grato recuerdo.

Con algo de dinero que me proveyó mi papá y gracias al maravilloso poder adquisitivo del bolívar de la época, abordé con mi amigo una camioneta panel GMC, devenida en transporte de pasajeros y luego del pago correspondiente y casi cuatro horas de curvas y polvo, arribamos a la “Ciudad de la Cordialidad”.

A poco rato de llegar, luego de pasar por la plaza Bolívar y sin conocer la ciudad en absoluto, comencé a buscar con mi amigo, la dirección que mi mamá me había escrito en papel; caminando sobre el viaducto, que estaba recién inaugurado y que permite la continuidad de la actual avenida Quinta, denominada Francisco Javier García de Hevia, sin conocer la mejor ruta, continuamos por la Av. 19 de Abril, también recién inaugurada, muy larga y con grandes terrenos aún despoblados y cubiertos de vegetación, como correspondía a las antiguas áreas dedicadas a la actividad agropecuaria.

Después de recorrer casi toda la avenida y más o menos a la altura del Hotel El Tamá, cambiamos de dirección hacia el oeste, descendiendo hacia la parte que veíamos más poblada; llevábamos largo rato caminando y nos sentamos a descansar en una acera elevada, donde por mero pálpito volteé a mirar a mi espalda, viendo con alegría el número

17-71 en una puerta que de inmediato toqué. Resultó que estábamos en la carrera 17, en la casa que habitaba la familia Colmenares Gaitán, que a su vez era la primera residencia de la recién formada familia por Hildebrando y Susana. La señora que abrió la puerta, de inmediato llamó a mi hermana, quien se alegró con nuestra inesperada presencia y los saludos de mis padres.

Era mediodía y la invitación a almorzar no se hizo esperar; al cabo de un rato de conversación y sin poder saludar a Hildebrando, porque estaba ausente trabajando, nos despedimos y continuamos caminando de regreso a la plaza Bolívar, en cuyas inmediaciones conocimos la actividad comercial, novedosa para nosotros, según nos pareció al compararla con nuestro tranquilo pueblo; en un local de esos compré como recuerdo una linterna japonesa cromada, con su parte externa anillada, como si se tratara de charrasca musical, la cual, junto con sus dos pilas Eveready, me costó Bs. 2.

Habiendo ya caído el anochecer, resolvimos pernoctar en una modesta pensión cercana a la plaza Bolívar, para regresar al día siguiente a La Grita, con noticias tranquilizadoras para mis padres.

## **Fiestas de la Cruz de Mayo**

La fiesta religiosa de la Santa Cruz, tiene lugar en el mundo de fe católica cada 3 de mayo y su origen está en la conmemoración del hallazgo por Santa Elena, madre del Emperador Constantino, de la cruz de Jesucristo, durante su peregrinación a Jerusalén.

De esos antecedentes infiero que dicha celebración se viene realizando en La Grita desde la época colonial; pero en la etapa que presencié por propia asistencia a los eventos, los describiré desde mi perspectiva de niño y adolescente. Así, la principal actividad esperada y deseada por los muchachos era la peregrinación de mucha gente de todas las edades, que desde muy temprano cada 3 de mayo, comenzaba en pequeños o grandes grupos a caminar desde el pueblo hasta el comienzo del camino que conduce al cerro La Espinoza; algunos iniciaban de inmediato el empinado sendero, otros, la mayoría, esperaban la llegada del sacerdote a cargo de la peregrinación, la cual representaba el Viacrucis de Jesús de Nazaret, mediante una parada con las respectivas oraciones, en cada una de las doce cruces de cemento pintadas de blanco, colocadas a un lado del camino, simbolizando las doce estaciones desde la captura del Hijo de Dios hasta su crucifixión en el Calvario; al cumplirse la doceava estación se llegaba a una capilla, enclavada en una meseta en la cual se efectuaba la misa.

Con la energía característica de niños y adolescentes, subíamos la pronunciada y polvorienta pendiente del sinuoso camino, casi a la carrera o a paso muy rápido, buscando las agridulces y perfumadas guayabas silvestres escondidas entre las gruesas hojas de sus pequeños arbustos, que mezclaban en sus racimos los frutos verdes con los pintones y maduros, como ofreciendo opciones a los traviosos muchachos; a veces había llovido la noche anterior, -en aquellos años con frecuencia el invierno comenzaba en abril-, y entonces, el agua en el pasto de hojas cubiertas de vello pegajoso, el mismo que para diciembre cubría los cerros con sus espigas moradas, levantaba en el aire dulzones y evocadores aromas.

En los alrededores de la capilla, arriba en la explanada, se colocaban vendedores de pasteles, tizana, chicha de maíz y de cebada de inagotables y ruidosos barriles, sin olvidar nunca el inefable masato, a locha o medio la unidad.

Cuando todo concluía, no más allá de mitad de la tarde, emprendíamos el regreso facilitado por la pendiente, ésta vez descendente, en gran parte del camino, llegando a la casa contentos y cansados.

## **El curso de Hemphill Schools de mi papá**

Durante un lapso considerable de la permanencia de mi familia en La Grita, primero mi papá y luego Jesusa, compraban revistas; nuestro padre con alguna periodicidad adquiría *Mecánica Popular* y *Selecciones*, ambas publicaciones de los Estados Unidos de América, en español, aunque teniendo difusión y demanda mundial, también eran impresas en muchos idiomas; Jesusa prefería las revistas venezolanas *Elite* y *Momento*, hoy desaparecidas.

*Mecánica Popular* publicaba muy buena y actualizada información resumida sobre algunos avances científicos y tecnológicos, incluso los de aplicación militar; pero en lo que más destacaba y por lo que era más solicitada, se refería a temas sobre avances en la industria automotriz, métodos de reparación doméstica de vehículos, así como de fabricación de muebles, corrección de problemas diversos en el hogar, publicidad sobre equipos, herramientas y cursos de capacitación diversos.

Por su parte, *Selecciones* contenía en su edición mensual artículos con títulos fijos como: “Citas citables”, “La risa, remedio infalible”, “Humorismo militar”, “Un personaje inolvidable” y otros; al final del índice siempre estaba “Sección de libros”, la cual refería un artículo

extenso normalmente relacionado con una historia sobre hechos reales, como por ejemplo el memorable “La Legión de Paracaidistas”, de la edición de febrero de 1952, que descubrí en una caja de mi papá, leyendo y grabando para siempre en mi memoria, en 1962. Pero también, *Selecciones* contenía propaganda comercial de distinta índole, así como, sobre cursos e instituciones.

En alguna publicación de esas, donde aparecía información sobre National Schools y Hemphill Schools, mi papá decidió escribir a la dirección de la segunda, con sede principal en Los Ángeles, California, Estados Unidos de América, donde se distribuía y administraban los cursos dictados para muchos países, en distintos idiomas, en formación técnica sobre motores diesel, a gasolina, mecánica automotriz, radio, televisión y otros.

La importante y muy reconocida institución había sido fundada por el señor Ralph Hemphill en 1920, en Vancouver, Canadá y desde entonces, venía prestando un notable servicio en la educación a distancia por correspondencia, con alcance casi mundial.

Mi padre seleccionó el curso de Radio y Televisión, porque al parecer era una vieja aspiración, compartir el oficio principal de la carpintería con la especialidad que recibiría en el curso, cuyo costo cancelaba en cuotas mensuales, sincronizado con la entrega del material didáctico, consistente en folletos muy explicativos con palabras y gráficos, así como evaluaciones mediante cuestionarios escritos, todo ello con la característica eficiencia norteamericana.

Recuerdo que todas las tardes a eso de las 5 pm, se sentaba en el patio a estudiar sus lecciones y folletos informativos, los cuales tenían en la primera página la copia de una foto de Ralph Hemphill (1895-1975), ya de calva avanzada, lentes de delgada montura y fino bigote, quien fue un gran visionario, emprendedor y precursor de la educación a distancia, cuya institución sobrevive adaptándose al competitivo presente-futuro. Centenares de miles de hombres y mujeres en el mundo mejoraron su nivel de vida gracias a su loable labor.

Mi papá no concluyó el mencionado curso, el cual contemplaba en la fase final, la construcción de un radio receptor, con componentes que recibiría por correspondencia en una época de gran eficiencia postal; nunca le escuché hablar sobre las razones que tuvo para abandonar tan interesante propósito y ahora, conjeturo que prefirió continuar solamente el paradigma vital del oficio-artesanía que había elegido en la adolescencia.



Ralph Hemphill  
Presidente de  
Hemphill Schools

LE ENSEÑO EN SU PROPIO HOGAR  
COMO ESTABLECER SU  
PROPIO NEGOCIO EN

# RADIO

*Sin Capital*

**DICE:**

" Si desea usted independizarse y llegar un día a establecer su propio negocio — sin mucho capital — con muy buenas ganancias — sabiendo que TODO este dinero es suyo y no tiene que darle cuenta a nadie — RADIO le ofrece esta oportunidad.

Con la preparación adecuada que yo puedo proporcionarle, usted puede labrarse un excelente porvenir, como lo han hecho centenares de mis alumnos. Le enseño todo lo relacionado al RADIO, TELEVISION y ELECTRONICA. "

**APRENDE USTED PRACTICANDO**

Con el extenso equipo de Laboratorio que yo le envío GRATIS con su enseñanza, podrá ejecutar gran número de experimentos y construir un potente receptor MODERNO adquiriendo así la instrucción práctica necesaria para perfeccionar sus estudios.

**GANE DINERO MIENTRAS ESTUDIA**

Muchos de mis alumnos empiezan a ganar dinero extra poco después de iniciar sus estudios. El aprendizaje es rápido y fácil por medio de mi famosa Sistema VISUAL HEMPHILL. Solicite informes sin compromiso.

**PIDA HOY MISMO ESTE VALIOSO LIBRO**

*Gratis*



Usted Construye este Moderno  
Receptor de 6 válvulas



**ENVIE ESTE CUPON HOY MISMO**

Sr. Ralph Hemphill, Director, HEMPHILL SCHOOLS.  
1601 So. Western Ave., Los Angeles 6, Calif., E.U.A. Dept. MP-99

Sírvase enviarme, sin compromiso de mi parte, GRATIS, su libro ilustrado que describe las oportunidades en RADIO, TELEVISION, ELECTRONICA, etc., así como el Sistema Hemphill de enseñanza VISUAL.

Nombre..... Edad.....  
Dirección completa.....  
Población..... Edo. o Prov.....

**HEMPHILL SCHOOLS**  
Los Angeles • New York  
Memphis • Mexico City

Publicidad de Hemphill Schools en revista Mecánica Popular de la época

## Películas en los Cines Gandica y Jáuregui

Las películas proyectadas en las salas de cine, muy esperadas y disfrutadas por la gente en La Grita, en una época en la que aún no se había generalizado la televisión y por supuesto, antes de la invención de ella, eran exhibidas todos los días a las 8 pm y los sábados, domingos y días feriados, además de ese horario, también a las 2:30 pm, con la restricción de que, en el horario nocturno no estaba permitida la entrada a menores de edad.

El Cine Gandica era el más antiguo del pueblo, comenzando actividades en instalaciones construidas en 1927, estaba ubicado en la calle 4, haciendo esquina con la carrera 6; su

fachada principal, con puertas con dintel en arco, daban un aspecto que tuvo que ser muy llamativo en la época de su inauguración y puesta en servicio.

Su propietario, Ramón Gandica, había contemplado dos ambientes claramente diferentes en aspecto y precio: platea y patio, siendo el patio más barato y de peor aspecto. Desde sus comienzos lejanos, las películas se anunciaban diariamente, mediante carteles móviles de papel pegado en un marco portátil de madera, sobre cuya superficie visible, un empleado escribía en letras grandes el nombre de la película, actores y la hora de presentación; dichos carteles se colocaban en las esquinas y lugares de mayor circulación de personas, entre la plaza Bolívar y la carrera 6, siendo muy raro encontrarlos en otros lugares.

En el Cine “Gandica” disfruté, en funciones de tarde, algunas películas que aún recuerdo: *Oro mortal*, *El águila negra*, *Tres diablitos en apuros* y varias de Cantinflas, Tintán y Clavillazo, cómicos mexicanos de moda en aquellos años.

A una cuadra de la casa, cuando vivíamos frente al Telégrafo, estaba el Cine Jáuregui, en la carrera 4, entre calles 2 y 3; fue inaugurado en 1957, en un edificio de tres pisos, hecho construir por su dueño, don Hermes Chacón, que también sirve desde entonces de residencia familiar.

En dicho cine disfruté de películas memorables, incluso, algunas en horario nocturno siendo menor de edad, aprovechando la gran afición de mi papá al cine para ingresar en su compañía; entre ellas recuerdo: *Adiós a las armas*, *¿Por quién doblan las campanas?*, *Cara cortada*, *La pavorosa casa de los Usher*, *Drácula*, *El árbol de la horca*, *Titanic*, *Casablanca*, *La hora señalada*, *La última carreta* y otras.

En horarios de la tarde, sábados y domingos, disfruté, sobre todo, temas bélicos y westerns, preferidos por mí, entre los cuales recuerdo: *Guadalcanal*, *Los dioses vencidos*, *Brindis para un espía*, *Héroes en marcha*, *El zorro del desierto*, *El puente*, *Los puentes de Toko-Ri*, *El padre del soldado*, *Los cañones de Navarone*, *El día más largo del siglo* y otras; los westerns más recordados: *Río sin retorno*, *Shane*, *El tren de las 3:10 a Yuma*, *La flecha rota*, *Fuerte apache*, *El jardín del mal* y otras.

En las mencionadas salas de cine, de tan gratos recuerdos, era característica la reunión de vendedores de novelas de formato pequeño e historietas, incluso, varios de ellos ofrecían la opción del intercambio de las leídas por nuevas, pagando una diferencia.

## **El escritorio del profesor Salcedo**

El profesor José Salcedo, quien impartía clases de Biología en el Liceo Militar Jáuregui, llegó una tarde del año 1961 a hablar con mi papá, con respecto a la elaboración de un escritorio, según la ilustración a colores en una revista que llevaba a la mano; se trataba de un mueble de líneas modernas, acorde con los estilos de comienzos de la década de los 60, con predominio de las líneas rectas, con una sola hilera de gavetas en el lado derecho, desde la perspectiva del usuario sentado; las patas, inclinadas, no formaban ángulo recto con el piso y reducían su grosor desde su inserción en la tapa del mueble hasta el piso.

Luego de la revisión del dibujo y el cálculo de materiales y trabajo por mi padre, acordó con el profesor un precio y el inicio del trabajo cuando finalizara otro compromiso que ya había comenzado.

Mi papá no tuvo dificultades en la elaboración estructural del mueble, pero sí las tuvo en el acabado o aspecto superficial final, ya que el profesor exigió que se hiciera laqueado; aunque el taller no disponía del compresor de aire y la pistola requeridos para la aplicación de laca, aceptó el reto del escritorio, confiando en un equipo encargado en Caracas a mi hermano Hernando, que debía enviarlo en esos días.

Así las cosas, al llegar el día en que todas las superficies de madera del mueble estaban listas para recibir el laqueado y el compresor con su pistola y accesorios no habían llegado, hubo que aprender sobre la marcha la técnica que nunca se había practicado en el taller, desde la misma preparación del sellador y la laca, en base a su disolución en el líquido llamado thinner, transparente, muy volátil y de penetrante olor; antes de la laca era necesario aplicar el sellador para rellenar o sellar los poros de la madera y facilitar una superficie suave y tersa. Los colores escogidos para la laca por el dueño fueron un bonito azul y negro, los mismos de la ilustración original, reservando el negro para el frente de las gavetas.

La prueba de fuego para mi papá y sus ayudantes (Joaquín y yo), llegó cuando no pudiendo esperar más tiempo la llegada del compresor desde Caracas, mi papá me mandó a comprar una bomba manual, de las que se empleaban para fumigar con insecticida en los hogares, la cual conseguí en una ferretería por Bs. 10; pero la poca presión del artefacto era tan evidente, que tuvimos que diluir mucho la laca con el thinner; y la superficie, al secar, quedaba muy deficiente.

Después de muchas capas de laca, alternadas con aplicaciones de lija sobre agua, llegamos al final con el agotamiento de los materiales, pero con la superficie laqueada sin brillo y con diminutas irregularidades con aspecto de cáscara de naranja; entonces tuvimos que aplicar con creces otra técnica que desconocíamos, consistente en la pulitura con un producto llamado Rubing Compound, una pasta abrasiva color anaranjado, soluble en agua, aplicable con estopa de hilo, previamente humedecida en agua, frotando con energía la superficie laqueada; al hacer el procedimiento de forma adecuada y repetida las veces que fuera necesario, se obtenía un acabado con cierto brillo y suave al tacto, listo para la fase final de pulitura con estopa y un producto en pasta suave llamado Simoniz, que daba un aspecto muy suave y brillante al laqueado.

Después de todo aquel gran esfuerzo, que nos enseñó nuevas técnicas, el escritorio quedó muy bonito con sus líneas y colores modernos; el profesor Salcedo llegó en el plazo convenido a buscarlo, quedando satisfecho con el mueble y mi papá dando gracias a Dios, porque a su dueño no se le había ocurrido visitar el taller, mientras le aplicábamos laca con una bomba de matar cucarachas.

## **El primer compresor de mi papá**

Poco tiempo después de la entrega del escritorio encargado por el profesor Salcedo, mi papá recibió el equipo para pintar, enviado desde Caracas por mi hermano Hernando, comprado en el almacén Sears, según el aviso publicitario visto en un periódico por mi padre en La Grita; el costo del equipo fue de Bs. 400 y constaba de compresor, manguera conductora del aire y pistola con sus accesorios: boquillas y filtro, todo el conjunto de la marca norteamericana Craftsman. La llegada del mencionado equipo fue de gran importancia para el taller, porque iba a posibilitar la ejecución de nuevos trabajos, con la aplicación de laca como acabado final en muebles y otras obras en madera, técnica que se estaba poniendo de moda rápidamente.

El compresor, corazón del equipo, era pequeño, de motor eléctrico para 110 voltios, de  $\frac{3}{4}$  de HP, de flujo de aire directo, sin tanque almacenador de aire a presión. Tan pronto leímos el manual de instrucciones, lo probamos como muchacho con juguete nuevo, y luego de varias pruebas y errores, descubrimos que, aunque el fluido que salía por la boquilla de la pistola, no lo hacía a buena presión y uniformidad, era muchas veces mejor en calidad y velocidad de trabajo, que el de la bomba manual de fumigar.

Poco tiempo después, en la medida que mi papá hacía trabajos con aplicación de laca, fuimos adquiriendo destreza con el compresor y la pistola, así como en la preparación de sellador y laca, con el thinner como solvente con su volatilidad y olor característicos; recuerdo un día que, estábamos pintando un mueble y llegó el señor Cornelio, un campesino generoso de unos 60 años, quien nos vendía leche fresca de vaca de su finca lejana, en cántaras de aluminio a bordo de un manso burro, y al detener su animal frente al taller lo sorprendió la difusa nube de laca-thinner con su penetrante olor, exclamando gozoso: “¡Qué olor tan sabroso, igualito que el cambur madurito!”.

De verdad, quienes hayan disfrutado en el campo rural el aroma de un racimo de cambures muy maduros, ojalá colgado de su propia planta, coincidirán con el generoso don Cornelio.

## **Serenatas navideñas frustradas**

El espíritu alegre de la Navidad en La Grita, que viví y disfruté durante mi infancia y comienzos de la adolescencia, percibí que se iniciaba con, o simultáneo al despuntar el florecimiento de los pastos nativos y ancestrales, que cubren los hermosos cerros que rodean la ciudad, matizando sus milenarias ondulaciones con colores entre rosado-lila y morado; recuerdo que eso ocurría desde comienzos de noviembre, permaneciendo, quizás hasta enero del año siguiente.

A inicios de mi bachillerato en el Liceo Militar Jáuregui, un diciembre sin haber comenzado las misas de aguinaldo, un compañero de primer año y de la Quinta Compañía, -alumno “externo” como yo-, sugirió conformar un pequeño conjunto musical para interpretar aguinaldos; así se hizo y logramos integrarlo de manera improvisada, solamente cuatro muchachos, de los cuales solo recuerdo a Oris Rangel, quien asumió la charrasca y vivía en la carrera 2, entre calles 3 y 4; de los otros tres integrantes, uno tocaba el cuatro, otro las maracas y yo, un par de palos cilíndricos de madera dura de cascarillo, que mi papá me preparó en su torno, de unos 25 cm de largo por 3 cm de diámetro, que embellecí con lija, sellador y barniz, sin saber que mientras más natural la madera, mejor el sonido al golpearla.

Mi padre no aprobaba que sus hijos, incluso los mayores de 18 años, anduvieran de noche más allá de las 10 pm, hora de salida de los Cines Jáuregui y Gandica, y con mayor razón, no lo aprobaba en los menores de edad; así las cosas, las pocas veces que

salí con el conjunto tuve que ingeniarme con mis hermanos Joaquín y Ramiro y en alguna ocasión apoyarme en mi mamá, quien era más flexible, eventualmente.

Una noche, poco antes de la 1 am, estando cercana la primera misa de aguinaldo, nos hallábamos tocando y cantando frente a una casa en la calle 3, entre carreras 2 y 3, cerca de la bodega del “Loco” Liborio y de repente sentimos un frenazo y la parada brusca de un carro a nuestras espaldas: era la camioneta Chevrolet Apache verde oliva de la Guardia Nacional, de donde salió un Sub-Teniente, comandante del pelotón cuya sede estaba en una casa de esquina en la calle 3 con carrera 1, frente a la plaza Cáceres; haciendo un alarde de autoridad, innecesario, ya que no estábamos con escándalo ni bebiendo licor, nos pidió documentos e hizo indagaciones como si de delincuentes se tratara.

Todos estábamos asustados por ser muchachos decentes y no andar en actividades reñidas con el orden público, pero el que sobresalió en miedo y demostración casi servil ante el oficial, fue Oris Rangel, quien, con voz gangosa, casi lloraba, parado firme para que nos dejara ir; al “pararse firme” inmediatamente reveló su condición militar, confesando luego que era alumno del Liceo Militar Jáuregui, por lo cual el Sub-Teniente nos ordenó subir a la camioneta para entregarnos al oficial de guardia del instituto, quien resultó ser un hombre razonable y ante nuestros argumentos nos ordenó retirarnos a dormir a nuestras casas.

Ante aquella detención arbitraria y estúpida en plena temporada navideña, el conjunto fallido decidió poner fin a su actividad musical.

## **La cochina gris**

Una de las cosas que me gustaban desde niño, era ir al mercado municipal los días domingo para observar algunos animales domésticos, colocados para la venta en la parte trasera del local, llevados por gente radicada en el campo; un domingo de aquellos, con algún dinero ahorrado por obsequios de mi papá en reconocimiento de mi ayuda en el taller, me acerqué al mercado en compañía de Joaquín, pasando directamente al área donde siempre había conejos, curíes, gallinas, cochinos, gallinetas y a veces pájaros silvestres; me detuve donde un señor vendía varios cochinos pequeños, posiblemente de la misma camada y terminé comprando por Bs. 20 una bonita cochina bebé color gris claro; el vendedor me regaló una cabuya de fique y amarrándola con facilidad por el pescuezo, me la entregó para llevarla a casa.

Las dos cuadras que hay desde el mercado hasta la casa donde vivía mi familia, frente al Telégrafo, caminé con mi hermano y el pequeño animal con gran facilidad, ya que se desplazó a un trote suave con pequeños y continuos pasos, como si de un perro dócil se tratara.

La cochina bebé color gris, con las atenciones de mi mamá, Joaquín y yo, se convirtió en mascota de la familia, alimentándola con lo que sobraba de nuestra comida y bañándola todos los sábados con jabón azul “Las Llaves”, cepillo y manguera, todo ello en su domicilio permanente, un cubículo con piso de cemento cercano al solar; así fue creciendo hacia arriba y a los lados, hasta que habiendo llegado a unos 80 kilos de peso, decidí venderla a un señor experto en sacrificio de cerdos y venta de su carne, que vivía en la margen norte de la calle 1, en una pequeña casa que hacía equilibrio en su interior con el callejón San Francisco, un poco más abajo del cementerio; cuando fui con Joaquín a buscarlo para ofrecerle la cochina, estaba afeitando su barba con filosa cuchilla, la misma con que mataba los animales, cubierta su cara con espuma de jabón de tierra y en su cabeza un sombrero marrón de copa redonda, prometiendo en un rato ir a ver el animal.

Pero todo comprador avezado no muestra demasiado interés cuando se le ofrece algo, de manera que el señor no fue ese mismo día, sino el siguiente en la tarde, y mientras daba una mirada a la cochina con ojos expertos, me ofreció 160 bolívares que después subió a 170 ante mi regateo.

Esa misma tarde, luego de sacar el pago de un abultado rollo de billetes, el hombre gordo de sombrero con copa redonda, se llevó mi cochina gris con un lazo, como si se tratara de un perro obediente.

## **Los pollos que compré y crié**

La venta de la cochina gris me permitió comprar 100 pollos bebé de raza blanca, a razón de 1 bolívar cada uno, además de dos sacos de alimento concentrado marca Protinal, de 20 kg cada saco, a 20 bolívares c/u, y las vacunas para aves de corral, empleadas en la época para la previsión y control de enfermedades como newcastle, viruela y moquillo.

El alimento Protinal, llamado “Pollarina” era específico para la cría, crecimiento y engorde de pollos y se producía con aspecto de harina de color verde amarillento, con mezcla de olores que aún recuerdo por su contenido en maíz, alfalfa, harina de pescado, vitaminas y

otras sustancias; su alta calidad se manifestaba en el rápido y saludable desarrollo de los animales, los cuales, aproximadamente, a un mes de edad ya estaban alcanzando un kilo de peso, con su plumaje blanco desarrollado y lozano.

La raza que compré, era la más conocida en aquellos años para la producción de carne de pollo y los animales al nacer tenían un vello característico de color amarillo claro, el cual era reemplazado en el crecimiento por plumas definitivas blancas; siendo una raza para producción de carne, era normal que en todo lote hubiera cierto porcentaje de machos y hembras, y de esas separé las de mejor aspecto para observarlas como ponedoras de huevos, pero, aunque alcanzaron muy buen desarrollo, su tendencia predominante fue la de engorde, incluso, superior a los machos, pero con reducida producción de huevos.

Cuando el lote de pollos, casi completo -ya que sólo murieron cuatro-, comenzó a llegar a 1 kilo de peso, se agotó el alimento comprado, casi a un mes de su inicio, justamente cuando los animales requerían el cambio de fórmula para concluir su desarrollo y engordar, con el agravante de que ya no tenía dinero.

Ataqué la emergencia con la ayuda, siempre presente, de mi hermano Joaquín, y con pasto de las afueras cercanas al pueblo, picado y mezclado con afrecho de la panadería "La Polar", una pizca de sal y agua en mazacote provocativo al gusto de los animales, pero con rendimiento casi estancado en aumento de peso y notable desarrollo del plumaje, inútil para fines comerciales; tiempo después supe que el afrecho de trigo produce en las aves gran crecimiento del plumaje, sin favorecer el engorde.

Así las cosas, empecé a vender los pollos de forma prematura, cuando promediaban 1.200 grs de peso, a un precio entre Bs. 4 y 5; aparte de las pocas pollas que reservé como ponedoras de la casa y algunos machos para la siempre humeante cocina de mi mamá, cambié dos de los machos al señor Hermes Chacón por un voluminoso gallo sarabeado, criado en un pequeño corral en la azotea del edificio, sede de su hogar y del Cine Jáuregui.

El lugar que utilicé para mi emprendimiento con la cría de pollos, en la casa frente al Telégrafo, fue un área techada grande parecida a una habitación, cercana al solar, manteniendo siempre cubierto su piso de cemento por una capa de aserrín y viruta de madera, del taller de mi padre.

La ganancia económica de esa experiencia adolescente resultó pequeña, pero a cambio obtuve un amplio y agradable conocimiento, muy útil, incluso, en etapas posteriores de mi vida.

## **Atanasio Parra, un músico auténtico**

Un día de 1961, llegó al taller de mi papá el señor Atanasio Parra, hombre muy conocido en el pueblo por sus dotes y relación con las actividades musicales populares; era, entonces, de unos 50 años de edad, aproximadamente de 1,70 m de estatura, blanco, con bigote, de contextura regular, siempre de sombrero negro y lentes correctivos circulares de gruesos cristales, que le daban un aspecto de las representaciones de personajes japoneses, hechas en los Estados Unidos de América, en la Segunda Guerra Mundial.

Al saludar a mi papá, colocó en el piso un saco de fique, del cual extrajo un acordeón marca Hohner, pesado, grande y de aspecto antiguo y desgastado; la sorpresa y curiosidad de mi padre llegó al tope, cuando Atanasio, con evidentes síntomas de haber tomado licor, le explicó que quería hacer reparar el acordeón, mostrándole un costado roto por una caída, según su versión.

A mi papá nunca le gustó reparar cosas, incluidos los muebles de madera, además, el instrumento del señor Atanasio, no estaba fabricado en madera, sino que la caja exterior era de un material parecido a bakelita, alternado con otros materiales. Mucho tiempo y palabras le costó hacer comprender a Atanasio que tenía que llevar su instrumento a otro lugar para su restauración.

El olor a aguardiente (miche) y la larga charla habían puesto a mi papá de mal humor y el visitante, dándose cuenta, para despedirse ofreció una canción cuyas notas salieron del desvencijado instrumento con gran facilidad y armonía pasmosas, mientras sus dedos y manos accionaban teclas y fuelle con naturalidad y maestría, dejando a mi papá y a mí con la inolvidable impresión, cuando guardó su querido y batallador acordeón en el saco de fique para salir del taller.

Atanasio Parra, que alternaba su pasión y aptitud naturales para la música, alegrando infinitas fiestas y veladas en La Grita y sus campos, con el oficio de albañil, procreó varios hijos, entre ellos Tomás y Atanasio, y todos ellos fueron músicos populares notables, sin formación académica en tan noble y espiritual vocación, interpretando con igual facilidad

violín, guitarra, cuatro y acordeón. Lamentablemente, también tuvieron propensión al consumo excesivo de licor, que al final afectó seriamente sus vidas.

## **Los gatos “Tigre” y “Coquito”**

Aún habitábamos la casa de los manzanos, en la calle 3, entre carreras 10 y 11, cuando nos regalaron un gato bebé, colores gris plomo con rayas verticales negras y la punta de la cola blanca, en su último centímetro; en nuestra familia nunca habíamos tenido gatos y pronto, con la característica simpatía de esos animales, cuando son pequeños, nos apegamos al animal, convirtiéndose en nuestra mascota.

Se hizo adulto cuando estábamos en la casa frente al Telégrafo, tomando allí sus colores, tamaño y carácter definitivos y ya para entonces, justificaba el nombre “Tigre” que le habíamos asignado, aunque sus rayas negras verticales sobre un fondo gris de tonalidades claras, le daban más aspecto de pez bagre “rayado” llanero.

Al hacerse adulto no pudo sustraerse al llamado sexual de las hembras que paseaban de noche por el tejado, con el consiguiente concierto ruidoso de maullidos, a veces parecidos al llanto de un niño.

La aparición de algunos gatos vecinos envenenados, hizo evidente que algunas personas no soportaban los estridentes ruidos nocturnos en temporadas de apareamiento, y entre ellos cayó “Tigre”, al cual pudieron salvar los remedios y cuidados caseros de mi mamá y Joaquín.

Pero unos meses después de recuperado, el gato volvió a sus andanzas y de nuevo llegó a la casa con severos síntomas de envenenamiento y en esa ocasión no se pudo salvar su vida; entre Joaquín, Ramiro y yo lo enterramos en el solar con tanto pesar que le colocamos a manera de lápida, un trozo de pared derribada, en cuyo friso grabé la leyenda: “Aquí yace “Tigre”. 24-5-1961”.

Algún tiempo después, Joaquín y yo logramos que alguien nos regalara otro gato bebé, esa vez de color negro, que con el tiempo se transformó en un hermoso animal de negro absoluto y brillante pelaje, con el cual sacamos una foto en un soleado mediodía en el patio de la casa, junto a la jardinera con forma de fuente; en ella aparezco en cuclillas, en uniforme beige del Liceo Militar Jáuregui, con la mascota que habíamos llamado “Coquito”, echada en el suelo, mirando fijamente la cámara.

Al hacerse adulto comenzó a repetir la conducta de “Tigre”, en sus correrías y galanteos por tejados propios y vecinos, junto a un grupo de gatos de distintas casas, manteniendo en actividad al misterioso y eficaz exterminador de domésticos felinos.

Una mañana, temprano, antes de mi salida para el liceo, lo encontramos cerca de la cocina abatido por algún bocado con veneno, pero igual que ocurrió con “Tigre”, el esmero en el cuidado de mi mamá y Joaquín, salvaron su vida. Unos meses después, nuestra mascota apareció de nuevo con los mismos síntomas y luego de rescatarlo de ese grave trance, decidimos acudir a un recomendado “capador” de animales y ... ¿adivinan quién era? ¡Pues el mismo señor a quien vendí mi mansa cochina gris!

Así que, muy diligentes, acudimos una tarde a buscar al señor, a la misma casa en precario equilibrio en el borde sur del milenario callejón San Francisco y allí lo encontramos como la vez anterior, afeitando su barba, su cara cubierta de espuma de jabón de tierra, esparcida con brocha artesanal con mango de caña brava; sin apenas hablar, concertamos la cita para el día siguiente, advirtiéndonos disponer en casa un poco de querosén.

Cuando llegó el señor, nos pidió meter el gato en un saco de fique que llevaba, lo cual hicimos fácil por la mansedumbre de la mascota y, sobre el piso de cemento al fondo del solar, Joaquín y yo fungimos de enfermeros ayudantes en la intervención quirúrgica: con gran maestría, el cirujano hizo en el saco un orificio, por el cual capturó los testículos de “Coquito”, hizo un corte en el escroto, presionó, extrajo y cercenó ambas gónadas, todo ello en no más de 30 segundos, en medio de espantosos maullidos de dolor del atormentado animalito que, tratando de liberarse hacía contorsiones con fuerza increíble para su tamaño.

Al concluir, yo pensaba que de su sombrero de copa redonda o de otro lugar iba a sacar una aguja con hilo para cerrar la herida, pero el señor sólo nos pidió querosén, echando un chorro en el lugar, provocando un nuevo y desgarrador maullido.

Creo recordar que el señor cobró por su trabajo ocho bolívares, al finalizar el cual se marchó casi sin hablar, pues era un sujeto eficiente, pero de pocas palabras.

Los gatos poseen una capacidad de recuperación física extraordinaria. “Coquito” estuvo sano, ganó peso y buen aspecto con su pelo negro y reluciente en poco tiempo y si bien es cierto que se tranquilizó bastante y redujo mucho sus incursiones nocturnas, al final se sobrepuso su instinto felino y continuó recorriendo los tejados, probablemente, sólo para cazar. Entretanto, el verdugo gatuno no descansaba y un amanecer nos despertaron los maullidos continuos del animal y esa vez no pudimos salvar al tozudo “Coquito”.

## El cañón que fabriqué

Empleando como referencia una foto de un destructor de la marina de guerra de los Estados Unidos de América, que vi en una revista *Mecánica Popular* de mi papá, decidí fabricar un cañón de forma similar a las torretas del mencionado navío, con capacidad para disparar proyectiles.

En el presente relato se incluye un gráfico del artefacto que hice a comienzos de 1962, con las medidas aproximadas de sus elementos principales, según recuerdo, teniendo en cuenta que en su oportunidad no guardé un dibujo del mismo y han transcurrido 60 años desde entonces; cuando concluí el artefacto lo pinté con esmalte Montafix color gris plomo, con lo cual tomó aspecto metálico.

Después me dediqué a las comprobaciones y ajustes para su funcionamiento y disparo, el cual hice varias veces con cartuchos descartados de fusil FN-30, calibre 7 mm x 57 mm, que conseguía a orillas del campo de fútbol del Liceo Militar Jáuregui; entre la maleza, en la periferia de dicho campo, había centenares de cartuchos, tanto disparados como sin uso.

De los cartuchos no disparados, por cierto muy esbeltos y hermosos, con su vaina color bronce y su bala color plata, con precaución extraía la bala con un alicate forrado en un trapo para no rayarla, retirando y reservando la pólvora; al no tener percutor el mecanismo de disparo que hice, perforaba un pequeño agujero en la pared de las vainas vacías y luego integraba de nuevo los cartuchos con la pólvora original de la fábrica belga FN, o bien con la que se adquiría en algunas bodegas o ferreterías, de fabricación inglesa.

Una vez insertado en la recámara o parte posterior del cañón, el diámetro exterior de la vaina coincidía con el calibre del tubo, y por su conicidad quedaba forzado al presionar el cartucho hacia la parte delantera del cañón; entonces colocaba en posición el retén para impedir el retroceso del cartucho (pieza N°5 del gráfico) y finalmente encendía la pólvora con una pequeña mecha en el orificio de la vaina; el ruido de la explosión era grande y las pruebas siempre las hacía en el solar, apuntando a una pared antigua de tierra pisada, procurando que mis padres no escucharan.

Los dos resortes (N°4), adosados a las bases N°3 y N°9, amortiguaban parcialmente el retroceso del disparo y permitían la graduación vertical; el movimiento horizontal lo permitía una rolinera horizontal de 3 pulgadas (7,6 cm), insertada entre las plataformas (N°9 y 12).

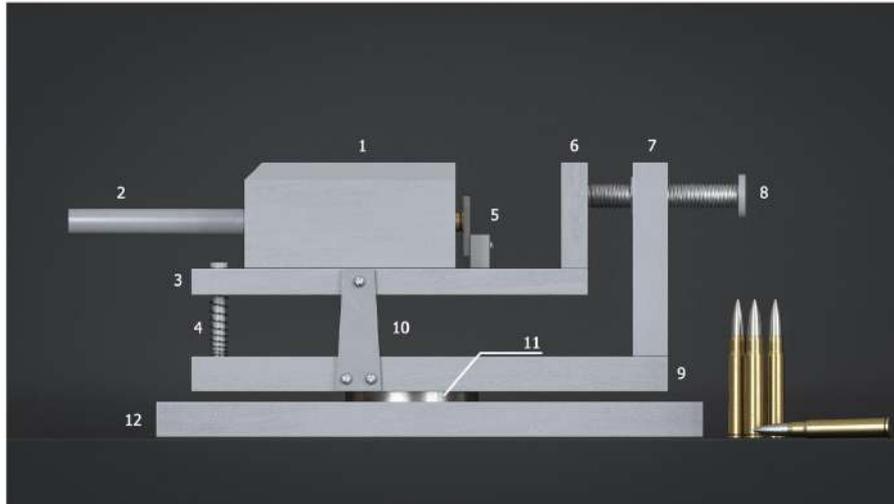
En los ensayos noté que la precisión era escasa; años más tarde, cuando en la vida militar estudié y experimenté con armas fabricadas con principios y normas de ingeniería, comprendí que mi arma no podía haber sido precisa en el tiro ni segura en su operación, debido a los siguientes detalles principales: El diámetro interior del cañón era 12,7 mm, o sea, 5,7 mm mayor que el calibre del proyectil (7 mm). La pared o superficie interna del cañón era poco lisa y con las irregularidades características de los tubos fabricados para conducir agua potable, además de una aleación de hierro galvanizado, no apta para armas.

En las armas para proyectiles cilindro-ovejales, como eran los que yo utilizaba en mi artefacto, el interior del cañón o ánima debe ser muy pulido y con estrías helicoidales, coincidiendo su diámetro interno con el calibre del proyectil, todo ello para permitir un mayor alcance y precisión.

Por otro lado, su operación era peligrosa, ya que el lugar de mayor presión de los gases por la combustión explosiva de la pólvora, -la recámara-, estaba poco protegida y parcialmente constituida solamente por una porción de la vaina o cubierta del cartucho, cuyo retroceso era impedido por el retén, una lámina de acero de unos 3 mm de espesor; en una oportunidad que disparé, el retén se dobló totalmente, dejando escapar la vaina hacia atrás, afortunadamente sin consecuencias para mí.

Los ensayos con mi cañón llegaron a su final cuando apareció muerta una hermosa paloma color blanco níveo de mi mamá, por la cual me armó furiosa reprimenda, sin ser yo el culpable, pues nunca me atreví a disparar a un animal de la familia; tampoco llegué a saber si había sido Joaquín en alguna ausencia mía. El único animal víctima de mi arma fue un pequeño lagarto color marrón que se escondía de nuestro alboroto en un hueco de la pared de tierra pisada del solar, el cual no murió por impacto directo, sino por la pequeña avalancha de tierra que causó el proyectil en su cueva.

No puedo precisar cuál fue el destino final de mi cañón, por algún tiempo tuve el barrunto de que mi mamá, que temía y odiaba las armas, me lo hubiera destruido. No tengo certeza de eso; me hubiera gustado conservar por lo menos una pieza de él, como testimonio de mi época feliz de tránsito de la niñez a la adolescencia.



**Descripción:**

- (1) Torre del cañón. Bloque biselado en tres bordes superiores, madera de cascarillo. (12cm x 12cm x 9cm)**
- (2) Tubo de hierro galvanizado de calibre 1/2" (12,7mm).**
- (3) Base de madera fija a la torre. (22cm x 14cm x 2cm).**
- (4) Resortes para movimiento vertical.**
- (5) Retén para cartucho.**
- (6) Tope o asiento para tornillo de ajuste de altura.**
- (7) Soporte con tuerca interna para tornillo de altura.**
- (8) Tornillo (perno) de 5/8" para graduación de altura.**
- (9) Base de madera para movimiento horizontal.**
- (10) Soporte con articulación para oscilación vertical.**
- (11) Rolinera de 3" de diámetro.**
- (12) Base de madera.**

## “Churchill”, un cowboy imaginario

A media cuadra del Telégrafo, por la misma acera hacia abajo, vivía con su mamá y dos hermanas un joven de unos 20 años, llamado Carlos Ramón Zambrano, a quien alguien, en ocurrencias de pueblo, lo había apodado “Churchill”; si dicho apodo era en alusión al primer ministro británico durante la Segunda Guerra Mundial, nunca me lo hubiera imaginado, porque no había ninguna semejanza posible.

Al poco tiempo de conocerlo, se hizo amigo de nosotros, sobre todo de Joaquín; no le conocí afición por el estudio ni por el trabajo. De estatura regular, blanco, delgado, pelo negro algo rizado y de espalda con propensión a encorvarse a pesar de su juventud.

Caminaba a grandes y rápidos pasos, siempre calzado con botas de cuero marrón estilo vaquero y muy conversador, aunque la mayoría de sus temas giraban alrededor de

historias vistas en películas western o leídas en novelas con ese mismo tema, de formato pequeño y costo entre un bolívar y 1,50, compradas al señor que vendía periódicos y revistas en la plaza Bolívar, o en la entrada de los Cines Jáuregui y Gandica.

Llegó a desarrollar tan grande afición por el género de novelas sobre pistoleros del oeste norteamericano en el siglo XIX, época caracterizada muy bien en muchas y memorables películas, que el tema y su narrativa llegó a convertirse para él en verdadera obsesión; sus autores favoritos fueron los escritores españoles Marcial Lafuente Estefanía (1903-1984) y Keith Luger (Miguel Oliveros Tovar, 1924-1971), quienes escribieron, entre los dos, más de tres mil títulos de novelas baratas, muchas de tramas repetidas o reiteradas en gran parte.

Un día “Churchill” nos invitó a Joaquín y a mí para su casa y al entrar en su habitación, que no era pequeña, fue difícil movernos en ella, llena como estaba de torres de novelas en precario equilibrio.

Con alguna frecuencia coincidíamos con el personaje en las plazas Bolívar y Jáuregui, en cuyos bancos de cemento, en infame costumbre de mucha gente, nos sentábamos sobre el borde del respaldo, colocando los zapatos en el asiento, y así, en horas nocturnas hasta que empezaba a ralear la gente, nuestro amigo se paseaba verbalmente y con verdadero deleite por las andanzas de sus admirados “gun man”, que eliminaban a sus adversarios con sus revólveres Colt calibre 44”, uno en cada mano, con rapidez y precisión sobrenaturales.

Se había compenetrado tanto con la temática, que ya solamente vestía pantalones bluejeans con camisas afines, caminaba con las piernas arqueadas a fuerza de simular, imaginariamente, que era un avezado jinete, con ambas manos a los lados, colgando crispadas en actitud próxima a sacar las “armas” de sus fundas.

Lo relatado hasta aquí corresponde al lapso 1961-1963; no volví a ver al amigo a partir de la mudanza de nuestra familia a Caracas, el 28 de febrero de 1964. Veinte años después, en un viaje que hice a La Grita, me encontré con un amigo de sexto grado de primaria, Alcides Contreras, catire y fornido hombretón, a quien desde muchacho llamaban “Hungría”; hablando con él frente a lo que fue el terminal de transporte en la calle 3, le pregunté por “Churchill” y me respondió que debía estar en su casa, la misma de antes. Caminamos hacia allá justamente cuando salió a la puerta de su casa; lo saludamos, pero su mirada perdida e inexpresiva, a pesar de las explicaciones de “Hungría” y mías, me hicieron comprender que mi antiguo amigo “Churchill”, no reconocía las personas ni hilvanaba conversación, pues su mente estaba en otro plano.

## **El Salón de Lectura Municipal**

Entre los años 1961, 1962 y mediados de 1963, acudí con frecuencia al Salón de Lectura Municipal, ubicado en el costado norte del edificio sede de la Alcaldía del entonces distrito Jáuregui y dependencia que hacía las funciones de biblioteca pública.

Dicho edificio, ubicado en la esquina noreste de la plaza Bolívar, de bonito y agradable estilo arquitectónico, fue construido por el gobierno del General Isaías Medina Angarita, entre 1941 y 1945, en cuya construcción participó el señor Inocentes Méndez, próspero constructor que intervino en varias obras de utilidad pública que aún perduran en La Grita.

Las primeras veces que fui al Salón de Lectura lo hice con mi hermano Salomón y luego continué yendo solo, siempre con participación previa a mi papá, ya que lo hacía en horas nocturnas, entre las 7 y las 9 pm; el recinto era amplio y agradable, de techo alto como se acostumbraba en las obras civiles de uso público, con puerta ancha de sólida madera que daba entrada/salida única por la calle 2, formando parte del edificio municipal cuyo exterior siempre lo observé de color beige.

Allí disfruté muchas noches, largas horas de lectura de excelentes libros que solicitaba al señor encargado del lugar, siempre para su utilización en el salón, sin poderlos sacar de allí; de ese modo recorrí con ojos y mente muchos lugares, eventos históricos de la humanidad desde la prehistoria hasta el siglo XX, vidas de personajes destacados en las ciencias, las artes, la guerra, etc., contenidos en buenas enciclopedias y en libros aislados.

Desconozco si aún existe el Salón de Lectura Municipal y si habrá evolucionado a etapas superiores acordes con el saber y la dinámica actuales. No lo visito desde 1963, mucho tiempo en la vida de una persona; en mi primer nuevo viaje a mi querida ciudad, en agradecimiento al despertar mi afición por la buena lectura, donaré gran parte de mi biblioteca particular.



Fotografía reciente de la Alcaldía del Municipio Jáuregui  
El acceso al Salón de Lectura tenía acceso por la calle 2

## “Pavo Viejo”

Durante el tiempo que vivimos frente al Telégrafo, observamos el paso por esa dependencia del Ministerio de Comunicaciones, de varios empleados; algunos se desempeñaban dentro de la oficina y uno o dos, más jóvenes, eran los encargados de distribuir en su propia moto los telegramas que llegaban a sus destinatarios.

Un señor que llegó a trabajar por primera vez allí, procedente de una oficina similar en otra ciudad, era un sujeto de unos 45 años, blanco, delgado, de estatura promedio, bigote fino, hablar sonoro y atropellado; mi papá, gran observador, pronto se dio cuenta, por estar su taller justo frente a la oficina mencionada, que el nuevo empleado era lo que se llamaba antes en Venezuela un “patiquín”, hombre jactancioso, siempre pendiente en forma obsesiva de su apariencia externa, pero, además, con exacerbadas ínfulas de galán con la mayoría de las damas que veía, y por todo ello lo apodó “Pavo viejo”.

Probablemente, por todas esas características del personaje, pronto entró en conflicto con otro empleado que era más antiguo en la oficina, de temperamento y manera de ser totalmente opuestos, a quien llamaban “Patillas”, por sus largas y bien cortadas patillas, siendo además un hombre muy respetuoso, de poco hablar, estatura regular, blanco, delgado, pelo liso negro peinado como Carlos Gardel, con abundante “Brylcreem”.

Una tarde, estando mi papá y yo en el taller, se armó un altercado con gran alboroto entre los dos hombres y “Pavo viejo” saltó a la calle a desafiar en pelea a “Patillas”, saliendo éste sin prisa y, mientras el desafiante se desgañitaba en improperios y amenazas,

comenzaron un intercambio de golpes en mitad de calle, en el cual, en cosa de segundos, “Pavo viejo” terminó en el suelo con aporreos en su cara, saliendo disparado hacia la oficina, mientras farfullaba en voz alta amenazas con un supuesto revólver que se lanzó a “buscar” en su escritorio, lo cual resultó un fraude, un ruidoso aspaviento.

A raíz de aquel incidente, “Pavo viejo” se volvió más comedido y menos fantasioso, aunque continuó con sus ínfulas de galán.

## **Don Maximiliano Robles**

Mi padre decía que el señor Maximiliano Robles tenía nombre y aspecto de personaje histórico mejicano, aunque le faltaban el inmenso sombrero bordado y el par de revólveres colgando de la cintura; su casa estaba más o menos a mitad de cuadra de la carrera 3, entre calles 3 y 4, desarrollando su actividad desde allí mismo, como comerciante al mayor de granos y mercancías secas empacadas en grandes sacos de fique o tela.

De esa manera desfilaban hacia y desde su casa centenares de toneladas transportadas en su noble camión International KB-6, color verde oscuro con guardafangos negros, modelo 1948, conducido por su propio dueño, siempre con sombrero y fumando un gran tabaco, que parecían inseparables de su fisonomía.

Nunca se sabrá cuántos kilómetros recorridos de polvorientas y sinuosas carreteras de la época, ni los miles de sacos de frijoles, arroz, arvejas, azúcar y otros alimentos, se debieron al tesonero esfuerzo de don Maximiliano, para surtir pueblos y ciudades, en una inolvidable etapa de abundancia del país.

La última vez que vi al señor Maximiliano Robles fue hace unos 30 años, estando en La Grita con mi hermano Salomón frente al campo deportivo, anteriormente llamado El Terreno, y pasó, ésta vez manejando un camión Ford F-750, abarrotado de víveres cubiertos con una lona encerada, siempre con su aspecto próspero, su sombrero y tabaco en la boca. Parecía que el tiempo se había detenido para él y sólo era diferente su camión.



International KB-6, similar al del Sr. Maximiliano Robles

## **Don Esteban Márquez, el cartero**

Siempre lo vi con pantalón y camisa manga larga, ambos de color beige, probablemente por exigencia de su trabajo; un sombrero negro cubría su cabeza, mientras que, de cualquiera de sus hombros, alternadamente, colgaba un bolso de cuero repleto de sobres con noticias, diligencias, deseos, felicitaciones, etc.

Con paso diligente, no hubo calle, carrera, callejón o vereda de La Grita, que no transitara para entregar en la dirección escrita en sobres y paquetes que habían llegado a la Oficina de Correos, luego de recorrer medianas o grandes distancias en carros, aviones o barcos.

La ansiedad que normalmente acompaña la recepción de algo cuyo contenido muchas veces se ignora, era mitigada por el saludo amistoso y buen humor de don Esteban, cuando entregaba la correspondencia.

Como siempre, desde que el desarrollo de la sociedad humana estableció los servicios de correo y telégrafo, eran los enamorados quienes más esperaban y acicateaban a don Esteban por noticias del amor ausente; pero también, era ingrato para él cuando resultaba portador de noticias graves, que más tarde trascendían a su conocimiento por la dinámica informativa del pueblo.

Recuerdo a don Esteban como a un hombre de estatura mediana, piel blanca y contextura delgada, de unos 45 a 50 años de edad, cuando lo vi por última vez en el primer trimestre de 1964, en que me ausenté de La Grita.

Se estima, -sus familiares directos lo sabrán-, que permaneció cerca de 40 años sin deseos de retiro, como empleado de Correos de Venezuela, ente dependiente del Ministerio de Comunicaciones, que cumplió tan notablemente sus funciones por varias décadas, al servicio de Venezuela. Con gran puntualidad y espíritu de servicio, don Esteban retiró la correspondencia de la Oficina de Correos, en la calle 3, entre carreras 3 y 4, donde por muchos años fue jefa doña Carmen Pernía de Mora, durante su desempeño como cartero repartidor, ganándose la estimación y el aprecio de toda la comunidad. Los centenares de miles de pasos de don Esteban por calles de La Grita, en su noble oficio, son patrimonio de nuestro lar nativo.



Sr. Esteban Márquez | Fotografía: Tulio Duque

## **La Banda Municipal “Dr. Ramón Vera G.”**

El señor Ramón Vera Guerrero, oriundo del Municipio Pamplonita, Departamento Norte de Santander, Colombia, llegó a La Grita a finales del siglo XIX.

Era maestro de profesión, de aquellos que tenían saber enciclopédico y se entregaban en cuerpo y espíritu a la noble tarea de enseñar a sus semejantes, saberes tan disímiles como gramática, literatura, matemáticas, latín, historia, geografía, moral ciudadana, buenos modales, etc., no pocas veces aderezadas sus apostolares clases con oportunos y duros regaños y tal cual reglazo.

Cuando arribó a La Grita, sin saber que se quedaría para siempre, tenía lugar la importante etapa que justificaría el nombre a la urbe como “Atenas del Táchira”, contribuyendo desde el principio con las luces pedagógicas encendidas por Monseñor Jesús Manuel Jáuregui Moreno con el Colegio Sagrado Corazón de Jesús y por el Dr. Francisco Antonio Guerrero con su propio colegio; pero también su intervención en la creación de un colegio para niñas y señoritas, junto a las hermanas Beatriz y Elodia Camargo, siguiendo los modelos de Bogotá y Pamplona, de merecida fama en Venezuela, cuando no había competencia en esa actividad en nuestro país.

Pero, añadiendo referencias en escritos del Dr. Ricardo Méndez Moreno, hay que sumar a la obra de tan ilustre maestro, su participación junto a las mismas hermanas Camargo, en las actividades del Colegio de la Virgen del Carmen, para señoritas. Siguiendo la misma referencia autorizada del Dr. Méndez Moreno, a partir de 1918 sobrevino un período destructor en el camino creador de institutos educacionales, no tanto debido a factores políticos, como a la saña mostrada por Monseñor Antonio Ramón Silva, Obispo de Mérida, lo cual motivó la desaparición de varios de ellos.

Pero don Ramón Vera G., continuó sin desmayo su misión en su tarima de prédica pedagógica, siendo lógico y justo inferir su acicate al grupo de notables personas que hicieron realidad el Instituto Jáuregui, fundado en 1937, que luego se transformó en Liceo Jáuregui y en 1952, en Liceo Militar Jáuregui, el primero de su tipo en Venezuela.

Además de abnegado maestro e impulsor de instituciones educativas, nuestro personaje fue apasionado músico, con destacado empeño pedagógico también en ese ámbito. De hecho, un interesante estudio realizado por José Pascual Mora García relativo a la Escuela de Música Santa Cecilia de La Grita, con motivo del 50 aniversario de su creación, reconoce al Dr. Vera Guerrero como símbolo de la enseñanza de la música en La Grita, entre las décadas finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX.

Hicieron acto de justicia las autoridades locales cuando lo designaron epónimo de la Banda de Música del Municipio, después de su muerte, ya nonagenario, el 14 de abril de 1939. Desde que la conocí, a comienzos de la década de los 50, sus músicos vestían en sus presentaciones uniforme azul oscuro, camisa blanca y corbata negra, siendo los sueldos y equipamiento instrumental, sufragados con el presupuesto municipal.

Cualquier persona que haya vivido en La Grita, recordará con agrado y nostalgia las retretas los domingos en la noche, en las plazas Bolívar y Jáuregui, con la Banda “Dr. Ramón Vera G.”, ubicada para esos fines en un semicírculo hecho en cemento en el piso de ambas plazas; en aquellas retretas las parejas enamoradas caminaban pausadamente, tomadas de las manos, como fue bonita costumbre en otras épocas y lugares del mundo.

Pero también la banda, con su inmensa tuba o bajo reluciente y demás instrumentos de viento y percusión, prestaba con amor sus notas musicales en actos religiosos, actos públicos de diversa naturaleza, sin faltar, por supuesto en fechas patrias. Incluso, la banda ha sido excelente y reconocida emisaria de alegría musical en varias ciudades y pueblos del Estado Táchira, invitada especial donde sus integrantes han mostrado cada uno lo mejor.

La última vez que disfruté, mientras viví en mi pueblo, las notas de la Banda Municipal “Dr. Ramón Vera G.”, fue el 19 de abril de 1963, en el desfile en que participé como alumno del Liceo Militar Jáuregui para conmemorar la fecha patria, en el cual partimos desde la plaza Bolívar y subimos marchando por la calle 3 hasta el patio de honor del liceo. En esa ocasión fue imprescindible la participación de la mencionada banda para interpretar las notas de las marchas militares que no era posible ejecutar con la Banda de Guerra del Liceo Militar Jáuregui.



Banda Municipal “Dr. Ramón Vera G.” | Fotografía reciente

## **La baranda de la Iglesia del Espíritu Santo**

En el año 1962, siendo Cura Párroco de la Iglesia del Espíritu Santo, el Pbro. Raúl Méndez Moncada, encargó a mi papá la fabricación de una baranda para ser colocada en el altar mayor, atravesando el templo a todo lo ancho en sus tres naves.

Cuando el Padre Méndez Moncada, detuvo frente al taller de mi papá su sedán Mercedes Benz, blanco, que tanto cuidaba, para explicar detalles de la obra que quería para su iglesia, mi padre le recomendó hacerla en madera de caoba por su alta calidad, durabilidad y belleza; al ser acordados los pormenores, incluido el precio del trabajo y los materiales, un señor llamado Pedro, con apellido que nunca supe, de mediana edad, tez oscura, pelo “churco” y contextura fuerte, llevó en mi compañía diez pesados tablones de caoba, cada uno con medidas de 2 m x 0,30 m x 0,10 m, los cuales cargó en el hombro, uno cada vez, desde una casa frente a la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, por la calle 2, donde los había comprado mi papá, hasta la casa donde vivíamos, frente al Telégrafo.

El trabajo, propiamente tal, desde la preparación de la madera, comenzó en enero de aquel año, sabiendo mi papá que la obra debía ser entregada a finales de julio, a más tardar, para inaugurarla con el conjunto de las obras que se venían ejecutando, en ocasión de la celebración de la Fiesta del Santo Cristo de 1962, teniendo en cuenta que dicho encargo del Párroco, debía alternarlo con otros trabajos en marcha.

De tal manera que, durante aquel semestre, sin prisa, atendiendo los detalles con calidad, fueron tomando forma todos los elementos de la baranda, siendo las columnas las que exigieron más tiempo en su torneado de estilo clásico griego, lo cual hizo mi papá en el torno hecho por él, propulsado por un motor eléctrico Siemens de 1 HP.

Para los trabajos de mayor relevancia, él había aprendido de su maestro en la adolescencia, Alfredo Maldonado, la importancia de hacer plantillas en cartulina, que en el caso que narro, las hizo en cartulina de color gris claro, que se compraban en las librerías y papelerías, en La Grita.

Las plantillas partían de dibujos en escala 1:1, pero si la obra o mueble era muy grande, entonces se elaboraban sólo las de los elementos cruciales o repetitivos; así lo hizo con las columnas, para representar la vista de perfil en tamaño real.

Así, con ese modelo, fue transformando los trozos de caoba obtenidos con la sierra, de sección transversal cuadrada, en cilindros, de los cuales, con infinita paciencia y precisión, mediante gubias y formones de corte recto, iban surgiendo las columnas de manera un poco parecida a como el escultor descubre y libera figuras de la inexpresiva piedra. Luego venía la perfección con lija, todavía montada la pieza en el torno que, por rotación en el eje longitudinal, dejaba tersa la superficie, que aún lo era más al haberse aplicado y secado una solución de agua-cola, hecha en “baño de María” con la cola orgánica importada, la misma que durante siglos emplearon carpinteros y ebanistas, mucho antes de la invasión de la química inorgánica. Dicha solución era un tratamiento ancestral que hacía brotar los poros de la madera, que una vez lijada daba gran suavidad a la superficie, adaptándola para recibir la solución de agua tibia con pequeña dosis de la misma cola y anilina en polvo, de la tonalidad o color que se deseara obtener al final.

En el caso de las columnas, el proceso en el torno concluía, una vez bien seca la solución con anilina, con el lijado con una lija muy fina, con mayor énfasis en la parte de mayor diámetro de la columna, con lo cual se obtenía una franja del ancho deseado, con tonalidad más clara, cercana al color natural de la madera.

En los elementos no torneados, por ser planos o rectangulares, el proceso previo al descrito para el acabado superficial de las columnas, era más sencillo y se efectuaba con sierra circular, serrucho, cepillo manual y lija, hasta llegar a la fase de aplicación de las soluciones ya explicadas. Pero cuando todos los elementos de la baranda tuvieron aplicada la solución con anilina, vino la fase más cuidadosa y delicada que consistía en la aplicación de goma laca, preparada en disolución con alcohol vegetal, de color azul celeste y exquisito aroma.

La goma laca era importada y su aspecto era de delgadas láminas quebradizas, que se disolvían lentamente a temperatura ambiente en el alcohol descrito.

La mezcla lograda con alcohol, se aplicaba a la madera mediante un pedazo de tela de algodón blanco, doblado de forma específica, alternando la goma laca con gotas de alcohol sobre el aplicador o mota de tela; era un proceso que requería días soleados, sin frío, así como una gran destreza e infinita paciencia, ya que consistía en rellenar, de manera muy lenta y gradual, los poros de la madera hasta lograr una superficie muy bonita, tersa y brillante, lo que permitía admirar las vetas de la madera con mayor intensidad, mientras menos anilina se aplicara a la madera en su preparación preliminar ya explicada.

Yo intenté varias veces aprender la técnica de aplicación de goma laca, pero no lo logré, mientras que en la familia destacaron mi mamá y mis hermanos Rafael y Joaquín.

En la época de fabricación narrada, ya se estaba imponiendo el acabado superficial de laca aplicada mediante compresor y pistola, pero mi padre recomendó al Pbro. Méndez Moncada el pulido ya mencionado, por su belleza y exclusividad, a pesar de resultar mucho más trabajoso y también más vulnerable al maltrato físico y a sustancias químicas. Por cierto, esa obra fue la última de esa magnitud, belleza y calidad que realizamos en La Grita, con dicha clase de acabado superficial.

A finales de julio del citado año, se concluyó el trabajo en el taller y se hizo el traslado por secciones que luego se ensamblaron a las columnas rectangulares, de sección transversal cuadrada hechas en cemento por un albañil, que luego cubrimos con una caja de caoba, en tono más claro para lograr contraste, siendo la cara superior o extremo libre de las columnas, también cubierto en madera con forma en punta de diamante.

La tarde que terminamos los detalles en la iglesia, mi papá lucía muy satisfecho y contento, así como todos quienes de alguna manera ayudamos a su realización. Allí quedaba radiante la baranda en la que tanto se había esforzado, último trabajo importante que hizo mi padre en madera, antes de su partida para Caracas dos años después.

La baranda, al contemplar columnas torneadas y rectangulares, con el fino acabado superficial ya descrito, aportó el toque de hermosura y calidad final del conjunto de obras emprendidas en el plan de remodelación dispuesto en 1959 por Mons. Alejandro Fernández Feo, Obispo de la Diócesis de San Cristóbal; dicha remodelación implicó ciertos trabajos de envergadura, a cargo del gran maestro constructor, señor Luis Eduardo Carrillo, quien por un lapso cercano a cinco años, entre 1959 y 1963, logró dar al templo la fisonomía actual.

Según las crónicas que vienen desde la época colonial, el templo ocupa el mismo lugar desde 1581, siendo Vicario de La Grita el Pbro. Diego Machado, atendiendo normas de desarrollo urbano venidas y ejecutadas por órdenes españolas, según las cuales la iglesia, la cárcel, el ayuntamiento y la guarnición militar, debían estar alrededor de la plaza mayor en cada pueblo fundado.

El terrible y desastroso terremoto del 3 de febrero de 1610 mató mucha gente y destruyó casi todo el reciente fundado poblado, incluidos la primera iglesia y el convento de los franciscanos, ubicado en lo que más tarde sería la plaza Jáuregui. Dicho terremoto, además de dejar profundas cicatrices geológicas en La Grita y vastas zonas aledañas,

marcó el motivo e inicio de la fe y devoción al Santo Cristo de La Grita, cuya escultura, tallada en madera de cedro por un fervoroso monje en Tadea, fue domiciliada desde entonces y para siempre en la iglesia, hoy Basílica Menor del Espíritu Santo.

En visita que hice a La Grita en octubre de 2001, en compañía de mi querido hermano Rafael (RIP), hicimos la promesa de restaurar con nuestras manos, la hermosa baranda que ya acusaba el paso del tiempo. Y hacer la restauración como homenaje al Santo Cristo y en agradecimiento a nuestro padre José de Jesús Salcedo. Dios me dará licencia para cumplir.



Fotografías recientes de la baranda hecha por mi padre en 1962

## Una familia amiga

En la carrera 6, entre calles 1 y 2, vivía la familia Mora Colmenares, integrada por el profesor Hugo Mora Méndez, su esposa Elena y sus hijos; su casa estaba muy cerca del negocio del “Catire” Luciano, uno de cuyos hijos estudió conmigo en la Escuela Padre Maya. El profesor Hugo Mora Méndez, era un hombre de unos 45 años, estatura mediana, contextura promedio y temperamento muy alegre, siempre dispuesto a la conversación en medio de bromas, chistes y apodos; también, siempre presto a la parranda, bailes, sancochos y licor.

Su hermano Julio César Mora Méndez, Dr. Farmaceuta, vivía cercano en la calle 2, entre carreras 5 y 6, siendo profesor ocasional en el Liceo Militar Jáuregui, compartiendo con

Hugo en forma casual, la afición por la interpretación de instrumentos musicales, en la cual Hugo tocaba flauta y Julio César el saxofón.

Hugo transmitió a su grupo familiar su carácter cálido y alegre, quizás por ello, sin ser yo fiestero ni proclive al ruido rochelero, de la mano de mi compañero y amigo del liceo, César Omar Méndez Mora, primo de los hijos del profesor Hugo y la señora Elena, me acerqué a dicha familia en el último semestre de 1962, disfrutando en algunas visitas, la alegre navidad de aquel año.

El 31 de diciembre, luego de la cena de fin de año en mi familia, poco rato después de las doce de la noche, me escapé a la carrera 6, habida cuenta de que, por costumbre en nuestra casa, después de esa hora en las noches de Navidad y Año Nuevo, todo quedaba en el silencio del sueño.

Estando allí, en la puerta de la casa de la familia amiga, conversando y lanzando voladores y triqui-traques con varias personas, llegaron mi hermano Alfonso y su amigo Carlos García, quienes nos repartieron a todos los presentes, pequeños volantes impresos en papel, con las leyendas: “¡Gobierno popular ya!”. “¡Viva la Revolución Cubana!”.

Un rato más tarde, ya se veían por el este los albores del primer amanecer del año nuevo, cuando nos acercamos todos los presentes a ver un globo que se desplomó incendiado en el callejón San Francisco, consumiéndose en la base de una de las columnas del puente que conduce al cementerio, como si representara el año que se había marchado para siempre. Sin que existieran razones para ello, en los primeros meses de 1963, dejé de visitar a tan agradable familia y tan sólo mantuve la amistad con César Omar, mi condiscípulo del liceo, quien vivía en otro lugar.

## **El virus patógeno del comunismo**

La llegada al poder en Cuba, el 1° de enero de 1959, por parte del entonces joven abogado Fidel Castro Ruz, mediante lucha armada irregular en las montañas de la isla, preludiada por el ataque al Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, el 26 de julio de 1953, causó un estallido de júbilo con grandes expectativas en varios países de Latinoamérica, donde había regímenes militares de facto o en aquellos donde la democracia no parecía dar los resultados ofrecidos. De hecho, la narrativa de la llamada Revolución Cubana, muy hábilmente había estado propagando desde su etapa de lucha guerrillera, la

justificación de la misma como un heroico combate contra la cruel y muy corrupta tiranía militar del General Fulgencio Batista Zaldívar, quien había llegado al poder mediante un golpe que derrocó el gobierno democrático del Presidente Carlos Prío Socarrás, el 10 de marzo de 1952.

En realidad, el ambicioso Fulgencio Batista, con el zarpazo criminal que puso fin a un gobierno proveniente de elecciones, colocó, sin saberlo, en bandeja de plata la coartada perfecta e indispensable para el triunfo del “Movimiento 26 de julio”, como comenzó a llamarse la iniciativa política armada de Fidel Castro y sus seguidores, que alcanzó el poder como ya se dijo, el 1° de enero de 1959.

El líder cubano, sumamente hábil, astuto y manipulador, tenía una agenda oculta y el 24 de enero de ese año, a sólo 22 días en el poder, viajó a Venezuela, primer país en visitar en lo que iba a resultar un larguísimo gobierno, con el objeto de entrevistarse con Rómulo Betancourt, recién electo Presidente de la República en las elecciones del 7 de diciembre de 1958 y quien aún no había recibido su cargo.

Betancourt, antiguo zorro de la política que había sido cautivado en sus años mozos y hasta la primera adultez por el virus del comunismo, ya a comienzos de la década de los 40 había roto nexos políticos con esa filosofía, lo que, -según mi perspectiva-, fue demostración de gran valor, inteligencia e intuición en el ejercicio de la política, habida cuenta de que lo hizo en la época menos esperada, dada la gran fama y repunte mundial del comunismo a raíz de los triunfos militares de la URSS, contra el poderoso ejército alemán, durante la Segunda Guerra Mundial.

Incluso, antes del resonante éxito del Ejército Rojo en Stalingrado, entre finales de 1942 y febrero de 1943, ya Betancourt había mostrado el deslinde con el marxismo-leninismo, con su viraje hacia la social democracia al fundar en 1941 el partido Acción Democrática, con doctrina y premisas de la búsqueda del poder mediante elecciones, con un primer intento fallido ese mismo año, con Rómulo Gallegos como candidato que perdió ante el General Isaías Medina Angarita.

Probablemente, y sólo como conjetura mía, Fidel Castro, en esa primera y única visita oficial a Betancourt, pretendió manipularlo con su aureola de héroe y verbo fácil. No fue mucho lo que trascendió a la opinión pública sobre lo planteado por el líder cubano, pero lo principal no pudo ser ocultado: sin ninguna timidez el espigado y desenvuelto barbudo solicitó al Presidente que aún no había asumido, la bicoca de 300.000 barriles diarios de petróleo en venta para su país, concedor, como seguramente lo era, de que para finales de la década de los 50, la exportación petrolera venezolana ya tenía cuatro décadas de

actividad y que ya en 1958, era de 2.596.763 barriles diarios, satisfaciendo un tercio de la demanda mundial.

Rómulo Betancourt había publicado en 1956 su interesante libro *Venezuela: Política y petróleo*, y conocía muy bien las relaciones entre la economía petrolera, la política, el desarrollo y la sociedad venezolana, desde que ese producto se convirtió en el primer bien de exportación y catalizador o regulador, prácticamente, de la vida del país.

La respuesta de Betancourt fue que las entregas del pedido debían estar precedidas por su correspondiente pago, lo cual resultó inesperado y desagradable para el visitante. Por otro lado, se ha dicho de manera reiterada, aunque no conozco si es cierto que, en dicha entrevista, Fidel Castro también solicitó un empréstito por 500 millones de dólares, lo cual habría sido negado por Betancourt, aduciendo compromisos ineludibles del gobierno democrático que asumiría el 13 de febrero de 1959.

Lo que resulta incontrovertible es que su visita logró un gran objetivo político al reunir unas cien mil personas en un mitin político en El Silencio, en Caracas, en cuyo discurso se permitió dejar sembrada la cizaña de la lucha armada como vía para acceder al poder, en tácito desafío al período democrático que estaba muy próximo a comenzar.

Los eventos que de forma somera refiero a continuación, prueban que aquel personaje no había estado hablando en sentido fantasioso o figurado, si bien es justo aclarar que, los dos primeros hechos, no deben atribuirse a la intervención del gobierno cubano:

1) Sublevación incruenta del General Jesús María Castro León, el 20 de abril de 1960.

2) Atentado con explosivos en la Av. Los Próceres, en ocasión del Día del Ejército y Aniversario de la Batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1960, para tratar de asesinar al Presidente de la República. Se demostró la participación del gobierno del dictador de la República Dominicana, General Rafael Leonidas Trujillo.

3) Rebelión militar en Barcelona, estado Anzoátegui, acción conocida como “El Barcelonazo”, el 26 de junio de 1961.

4) Rebelión militar en Carúpano, estado Sucre, acción conocida como “El Carupanazo”, el 4 de mayo de 1962.

5) Rebelión militar en la Base Naval Agustín Armario, en Puerto Cabello, estado Carabobo, el 2 de junio de 1962. Acción conocida como “El Porteñazo”, la más cruenta de

cuantas enfrentó el gobierno de Betancourt, donde hubo cerca de 400 muertos y 700 heridos. Es de hacer notar que, en las rebeliones de Barcelona, Carúpano y Puerto Cabello, hubo participación de la izquierda del país, que venía siendo inspirada y apoyada por el gobierno cubano; en el caso de Puerto Cabello fueron liberados y armados por los militares sublevados, cerca de 80 guerrilleros presos en el Castillo Libertador.

6) Acción guerrillera urbana y rural; la urbana, sobre todo, en Caracas, fue la más activa y decidida, con frecuentes ataques a puestos policiales con asesinato de agentes y robo de armas. En el ámbito rural, con la activación de frentes guerrilleros en los estados Falcón, Mérida, Lara, entre otros.

Hay que recordar que, en noviembre de 1961, el gobierno venezolano rompió relaciones con Cuba, aduciendo la “Doctrina Betancourt”, según la cual no debía existir relaciones diplomáticas con los gobiernos no procedentes de elecciones. La posición fue reforzada en enero de 1962, cuando Venezuela votó para expulsar a Cuba de la Organización de Estados Americanos.

Lo expuesto pretende dar una visión sobre la compleja situación política que se vivía en Venezuela al comienzo de la etapa democrática, en la cual la juventud estudiantil en los niveles de secundaria y universitaria, con predominio de la última, era el sector más proclive a la lucha ideológica, con gran influencia del fenómeno político llamado Revolución Cubana.

No hubo ciudad o pueblo en el país que no sufriera el embate de esa especie de enfermedad viral política, que pretendía, a todo trance, sustituir la democracia sin darle oportunidad de estrenarse como forma de gobierno y de solución de los problemas políticos, económicos y sociales. A pesar de su lejanía de los centros de agitación y de su estilo apacible de vida, La Grita no escapó a la vorágine y ya para inicios de 1963, comenzó a organizarse un grupo de jóvenes, siguiendo modelos y prácticas de ciudades grandes, sobre todo de Caracas y Mérida, donde cursaban estudios en universidades varios gritenses.

## **La chica del cintillo en el pelo**

A pocos pasos de la bodega del “Loco” Liborio y hacia abajo, por la calle 3, vivía la familia Zambrano Pineda, con hijos que eran contemporáneos de algunos de nosotros, los

hermanos Salcedo Galvis, pero a quienes nunca nos acercamos y por tanto no conocimos.

El padre de familia era el señor Marcos Zambrano, quien era para la época, un hombre entre 35 y 40 años, piel blanca, estatura y contextura medianas, siempre con lentes, supongo correctivos que, desde mi parecer le daban aspecto de Clark Kent, el reportero del *Diario Planeta*, en la historia de ficción *Superman*, cuyos suplementos, de excelentes dibujos a color, devoraba yo en rápida lectura cada vez que los compraba.

Solía pasar el señor Marcos frente a la casa donde vivíamos, caminando desde su casa hacia el pequeño terminal de autobuses y camionetas, para abordar su propio vehículo de pasajeros que manejaba en ruta frecuente La Grita, El Cobre, El Zumbador, Cordero y San Cristóbal; otra ruta cubierta era por la “tierra caliente”: La Grita, Seboruco, Las Mesas, La Fría y San Cristóbal.

La época que más recuerdo, -mediados de los años 50 y hasta comienzos de 1964-, los vehículos más empleados eran camionetas Chevrolet o GMC, tipo panel, adaptadas para el transporte de pasajeros. El señor Marcos Zambrano y sus hermanos fueron fundadores del recordado y desaparecido Transporte “Primavera”, que años después se convirtió en “Expresos Continente”. La Grita y todos los pueblos servidos por la loable iniciativa y esfuerzo de dichas empresas de transporte, tienen inmensa deuda de gratitud hacia los mencionados señores.

La señora Basilisa Pineda, su esposa, era una dama cercana a los 30 años, delgada y blanca, de ojos claros, casi siempre de caminar pausado, cuando pasaba por la cuadra o al alternar el manejo con su esposo, de un bonito Pontiac Parisienne, sedán color blanco.

Pero de sus hijos, a quien más recuerdo pasar frente a nosotros era Nelsy, con su uniforme del Colegio Santa Rosa de Lima, ubicado en un bonito edificio de una sola planta, construido a comienzos de la década de los 30, distante cerca de un kilómetro de donde vivía su familia.

En esa época y desde hacía largo tiempo, todas las escuelas, colegios y liceos disponían su jornada de clases en dos turnos diarios, uno en la mañana y otro en la tarde, con una pausa al mediodía, para almorzar.

El Colegio Santa Rosa de Lima era y creo continúa siendo, solamente para hembras y en él se cursaba toda la educación primaria y quienes deseaban proseguir, podían egresar

como Maestras Normalistas; a partir de 1964, el Colegio comenzó a impartir bachillerato, aunque, en sus inicios solamente hasta tercer año.

En la rutina estudiantil de la asistencia diaria a clases y el regreso a casa, y habiendo yo comenzado mi bachillerato en el Liceo Militar Jáuregui, a veces veía pasar a Nelsy, bonita, con su pelo liso castaño, adornado con un cintillo, cuyo color cambiaba según el día.

Aunque la chica me agradaba, nunca le dije nada por mi gran timidez, ni siquiera el saludo y en el tiempo, -para mi recuerdo-, fue la “simpática chica del cintillo en el pelo”.

## **Comité Pro-Biblioteca Estudiantil**

Ya expuse de forma somera la efervescente situación política que se vivió en Venezuela desde el mismo año 1959, cuando se inició la etapa democrática que iba a durar 40 años; no hubo ciudad, pueblo o conglomerado humano de cierta importancia, que escapara de la vorágine desestabilizadora creada por la visita y discurso engañoso de Fidel Castro Ruz en Caracas, en enero de aquel año, cuando hábil y soterradamente sembraba fuertes dudas sobre la democracia, poco antes de instalarse, al tiempo que captaba incautos e ilusos con el espejismo llamado Revolución Cubana.

Así las cosas, no resulta extraño que algunos jóvenes de La Grita se sintieran atraídos por incorporarse a la lucha que iba cobrando fuerza en el país, en desafío a la democracia como forma de gobierno. En enero de 1963 se conformó un grupo bajo el nombre de Comité Pro-Biblioteca Estudiantil, utilizando como lugar de reunión frecuente, de discusión y trabajo, una casa en la carrera 4, entre calles 1 y 2, donde vivía uno de aquellos jóvenes estudiantes, de nombre José Alfonso Méndez Orozco, quien, destacado alumno del cuarto año de bachillerato en el Liceo Militar Jáuregui, tenía años acopiando libros, la mayoría obtenidos mediante acuciosa campaña de solicitud epistolar dirigida a organismos públicos y privados, que con frecuencia respondían positivamente, enviando por correo los libros requeridos, la gran mayoría de manera gratuita.

De esa manera, nuestro amigo había reunido una valiosa colección de ejemplares de numerosos y variados títulos, que incluían textos de estudio, así como de cultura general, sobre todo en literatura, historia, filosofía y arte, pero siempre, libros de provecho intelectual. De este modo, mediante su afición y dedicación a la buena lectura, nuestro amigo llegó a ser el más notable integrante del grupo, lo cual denotaba, incluso en su manera de hablar y actuar, características que conserva en la actualidad.

De manera fija o regular, el grupo lo integramos ocho jóvenes, dos de los cuales menores de edad y dicho grupo era complementado por otros jóvenes de mayor experiencia, que estaban en otras ciudades por razones de estudios universitarios o de trabajo y en ese sentido, su presencia en La Grita era circunstancial y temporal, fungiendo como asesores, en el entendido que eran más expertos en la lucha emprendida.

Desde la primera reunión me designaron como Tesorero del Comité, fijándose una cuota o aporte semanal de un real (Bs. 0,50) por cada integrante, para sufragar gastos diversos, sobre todo en compra de materiales para elaborar propaganda.

Asumí mi “cargo” con diligencia y responsabilidad y el primer gasto que hice fue la compra de un cuaderno de tipo escolar por el monto de Bs. 0,50, para el registro de aportes y gastos. Mientras en actividad como grupo, nuestras acciones se centraron en proselitismo político, tratando sigilosamente de obtener seguidores a la causa que buscaba el cambio de gobierno, para instalar un sistema a semejanza del cubano.

Como tarea principal nos ocupamos de elaborar y distribuir propaganda, mediante volantes de papel impresos con un procedimiento en uso en la época, con el empleo de stencils marca Pelikan o Gestetner, en los que se tipeaban los mensajes con máquina de escribir manual, a la que se extraía la cinta que permitía escribir sobre papel. El stencil, una vez escrito “en seco”, era colocado en un dispositivo con un marco forrado en tela de porosidad muy fina llamada organdí, la cual impregnábamos con tinta negra marca Pelikan, que se compraba en librerías, junto con resmas de papel bond, color blanco, tamaño carta por un precio de Bs. 5,00 c/u.

Una forma barata de escribir letreros en paredes, hoy llamados “grafitis”, eran los marcadores hechos con sebo de ganado que nos regalaban en La Pesa, el cual fundíamos en una olla inmensa en el solar de la casa de la carrera 4, para luego vaciarlo en moldes cilíndricos de cartulina, comprada a real cada lámina o pliego; debo decir que, antes de vaciar el sebo fundido y caliente en los moldes, le añadíamos colorante rojo o negro en polvo. Con esas barras, una vez frías y sólidas, salíamos después de medianoche a escribir consignas subversivas, entre las que recuerdo: “¡Viva la Revolución Cubana!”, “¡Abajo el Gobierno!”, “¡Vivan las guerrillas de Falcón!”, entre otras.

Normalmente, los escritos en paredes eran simultáneos con la distribución de volantes con mensajes en papel, introduciéndolos por aberturas de puertas y ventanas e incluso, enrollados, en el tubo de escape de los carros; una noche nos atrevimos a introducir un rollo de esos en el tubo de escape de la patrulla policial, estacionada frente a la Alcaldía.

El efecto buscado era bueno, porque al encender el motor del carro, los papeles volaban y se esparcían alrededor.

Cada vez nos atrevíamos a más y una mañana, varias personas señalaban con sus miradas e índices una bandera de propaganda, colocada la noche anterior en la parte más alta de la iglesia de La Espinoza.

Un domingo, después de mediodía, fuimos convocados para atender la visita de un personaje enviado desde Caracas, el cual resultó ser un sujeto de abdomen prominente, impecablemente vestido con traje azul claro, con saco incluido, a quien no habíamos visto nunca; al presentarse nos dijo que quería reunirse con nosotros en un sitio alejado y seguro, entonces lo llevamos a un lugar solitario en el campo, más arriba de San Vicente y allí, luego de dar varias vueltas alrededor de un cañaveral, -según él, para despistar al enemigo-, nos sentamos a la sombra de un frondoso árbol sin hacer el menor ruido, expectantes a las supuestamente enjundiosas palabras del misterioso personaje, quien sólo atinó a decirnos generalidades y lugares comunes ya por nosotros sabidos, destacando nada más una promesa vaga: "Pronto les va a llegar un material bueno, muchachos, no desesperen y cuidense mucho"...

Aquel domingo regresamos al pueblo al atardecer con el señor, a quien nunca volvimos a ver. Tiempo después, una noche, uno de nosotros fue a El Cobre, acompañado por un señor ajeno al grupo, quien tenía carro propio, a retirar un material en una caja, que fue convenientemente guardado.

Pero el tiempo iba pasando y algunos compañeros empezaron a fantasear con las noticias sobre acciones de las guerrillas urbanas y rurales, deseando tener armas para emular aquellas noticias. Afortunadamente, nunca tuvimos armas ni tiempo para atrevernos a organizar otras acciones que nos hubieran afectado como personas y como familias.

## **Muerte de Aristóbulo Ramírez**

El 18 de abril de 1963, estaba yo con varios amigos en la plaza Bolívar, a eso de las 8 de la noche; conversábamos, tranquilamente, ya que al día siguiente era fiesta nacional y quienes éramos alumnos del Liceo Militar Jáuregui teníamos que desfilar, incluso, quienes integrábamos la Quinta Compañía, formada por alumnos externos.

Había una costumbre, de poca urbanidad, ya referida en otro relato, bastante común entre quienes acudían a las plazas Bolívar y Jáuregui a conversar, que consistía en sentarse en el borde superior del respaldo de los asientos de cemento, colocando los zapatos sobre la superficie hecha para sentarse; así estaba yo, fantaseando con un cigarrillo encendido, cuando vi pasar un automóvil Mercury Comet modelo 1961, blanco con franja roja en los costados, desplazándose a poca velocidad por la carrera 4 y atravesando la calle 3, hacia El Terreno. En el vehículo reconocí manejando a su dueño Aristóbulo Ramírez, joven de unos 25 años, quien se desempeñaba como funcionario municipal.

Pero siendo aquello un hecho completamente trivial, continué la conversación con mis amigos en el mismo lugar; aproximadamente una hora más tarde nos llegó la noticia de que habían matado a un hombre en la carrera 6, cerca de La Pesa. Salimos casi corriendo hacia allá, donde, a poca distancia de aquel lugar de sacrificio de animales vacunos para consumo humano, nos enteramos que el fallecido era Aristóbulo Ramírez. “¿Cómo va a ser?”, decía yo: “¡Acabo de verlo pasar por la plaza Bolívar!”.

Según testigos del hecho, Aristóbulo Ramírez llegó en su carro al lugar, negocio del “Catire” Luciano, donde se expendía comida y licores; allí lo estaba esperando un sujeto, probablemente, con información de que llegaría y al verlo salir del carro, se escondió detrás de una puerta, saltando como fiera sobre la espalda del recién llegado, mientras lo apuñalaba con verdadera saña; luchando salieron a la calle hasta la acera opuesta, dejando un reguero de sangre en el suelo, acera y pared del frente, con huella de una mano que se apoyó en la blanca pared.

Gente del lugar decía que el Teniente Edgar Reyes Zumeta, profesor del Liceo Militar Jáuregui, había llevado en su carro Plymouth al herido hacia el Hospital San Antonio, donde llegó muerto, versión que confirmé junto con mis amigos al ir hacia allá al poco rato.

Sobre las causas que motivaron tan terrible hecho, se corrió la versión de que, en el carnaval de ese año, Aristóbulo, en el baile de disfraces, hizo una broma pesada al asesino y éste había jurado vengarse.

En cuanto al autor del asesinato, la misma noche del hecho salió corriendo por la calle 1, en sentido descendente, probablemente con la intención de huir hacia el campo, con tan mala suerte para él, que venía caminando en sentido contrario un efectivo de la Guardia Nacional, quien al verlo corriendo ensangrentado, de inmediato lo detuvo para entregarlo a la Policía Técnica Judicial.



Mercury Comet 1961, similar al de Aristóbulo Ramírez

## **Asesinatos por venganza**

El período vivido por mí en La Grita, entre noviembre de 1950 y febrero de 1964, correspondiente a mi infancia y comienzos de la adolescencia, lo he considerado siempre muy hermoso, rodeado de gente, -además de mi familia ejemplar-, amable, trabajadora, solidaria, con gran influencia campesina, cuya actividad agropecuaria marcaba su dinámica económica, que décadas después se potenció con sistemas de riego, electricidad y prácticas más productivas, inicialmente con apoyo gubernamental del Ministerio de Agricultura y Cría y otros organismos, prosiguiendo luego con el fortalecimiento de la iniciativa privada, al punto que, desde hace varios años, los hermosos campos del Municipio Jáuregui abastecen buena parte de la demanda nacional de hortalizas y otros vegetales.

La Grita era en esa época un pueblo muy sereno, de inexistente delincuencia, cuyos casos de robo, muy escasos, prácticamente, se reducían a la captura de gallinas para hacer sancochos, costumbre de algunos borrachines consuetudinarios u ocasionales, algunos incluso con buenos estudios, que pretendían congraciarse con un delito que, -desde mi perspectiva-, es tan condenable, como cuando se roba algo de mayor valor económico.

Pero sí hubo, en cambio, casos de violencia con muerte de personas, que fueron calificados en su momento como “Asesinatos por venganza”, de los cuales reseño a continuación de manera sucinta, los que recuerdo:

1) Asesinato de un señor de apellido Romero, mencionado antes, hecho ocurrido, probablemente, en 1953.

2) Asesinato con robo a una señora, cerca de La Meseta, probablemente, en 1953.

3) Doble asesinato en el sitio llamado San Vicente, que para 1959, tenía muy pocas casas a la vera del camino rural, donde ocurrió el hecho, frente a un pequeño negocio, un sábado en la tarde, de un bestial enfrentamiento entre un hombre recién salido de la cárcel de San Cristóbal, luego de cumplir condena por matar un hermano de quien lo esperaba con alevosía en el citado lugar, seguramente, conocedor de que aquel había sido liberado. Al encontrarse, la lucha fue inmediata, sin cuartel, uno con revólver calibre .38” y el otro con puñal, descargaron su furia animal hasta que cayeron inermes, cubiertos de sangre. De allí los llevaron al Hospital San Antonio y mi hermana Jesusa, enfermera de guardia los recibió ya muertos.

4) Asesinato nocturno entre carreras 1 y 2, calle 2, ya relatado antes.

5) Asesinato en carnaval: Creo que ocurrió en 1961, una noche de carnaval íbamos de regreso a casa mi hermano Joaquín y yo, caminando a paso rápido por un camino aún de tierra, pero con aspiraciones de calle, que muchos pobladores llamaban “Callejuela 5”, por ser paralela en orden creciente a la calle 4. De repente, a unos 25 metros, merced a la luz escasa en un poste, vimos un bulto tendido en el suelo y acercándonos con miedo y sigilo en el solitario camino, distinguimos un hombre boca abajo, sobre un charco de sangre, sin ruidos ni movimientos y un puñal muy visible clavado en la espalda; a pocos metros del cuerpo recuerdo un sombrero boca arriba, posado sobre la copa en el suelo. Al no haber nadie en el lugar, supusimos que el suceso acababa de pasar y con gran temor, nos alejamos del lugar casi volando. Al día siguiente corrió velozmente la noticia del asesinato, con la versión del móvil de la venganza por un crimen anterior.

6) Asesinato por venganza del señor Aristóbulo Ramírez, acaecido la noche del 18 de abril de 1963.

## **Muerte del Teniente (R) Edgar Reyes Zumeta**

El Teniente Edgar Reyes Zumeta llegó a La Grita, a sentar plaza como profesor en el Liceo Militar Jáuregui, en el año 1957; era nacido en Yaritagua, estado Yaracuy, el 8 de febrero de 1921, en una familia muy apreciada, con tradición militar. Ingresó a la Escuela Militar, en Caracas, en 1937 y una vez egresado como Subteniente del Ejército en 1940, sintiéndose atraído por la aviación militar, solicitó hacer el curso de pilotaje en la Escuela de Aviación Militar, de donde egresó en 1944.

Cuando arribó al Liceo Militar Jáuregui tenía el grado de Teniente de la Fuerza Aérea Venezolana en situación de retiro (R) y, en dicha situación no le era posible, según las leyes militares, tener cargos de mando en unidades de las Fuerzas Armadas. De modo tal que, su desempeño profesional en el liceo se realizó en el área académica, como profesor; en mi caso particular me impartió la asignatura Historia Universal, en segundo año y puedo decir que a partir de dichas clases tomé gran afición por la historia, tanto universal como de Venezuela.

Desde su llegada a nuestra ciudad, el Teniente Reyes Zumeta se integró a la comunidad y pronto se hizo familiar su presencia a bordo de su automóvil Plymouth Concord coupé, de colores marrón en la parte inferior y beige claro en la superior, modelo 1951.

Con frecuencia se desplazaba montando un hermoso caballo de paso, castaño oscuro que llamaba "Gavilán", al cual brindaba cerveza, pasteles y almojábanas, según fuera el momento y por lo general en el negocio "El Torbes", del señor Ramón "Seboruco", situado en la carrera 4, entre calles 2 y 3, frente a la plaza Bolívar; dicho negocio era un bar con abundante clientela. Al Teniente Reyes Zumeta nunca lo vi sin que estuviera fumando y lo hacía demostrando un verdadero placer, incluso en sus clases, porque, entonces, no estaba prohibido a los profesores hacerlo.

Mientras permaneció en el liceo se propagó la historia de que la causa de su retiro del servicio activo en la Fuerza Aérea Venezolana, había sido por sanción disciplinaria, al volar en un avión atravesando el arco del campo de Carabobo, versión que no logré comprobar durante los 31 años que permanecí en dicha institución. Incluso, una versión anterior, a comienzos de la década de los 20, cuando surgió la aviación militar, hacía referencia a un vuelo similar sobre el campo de Carabobo con un avión francés Caudron, pero que resultó ser falsa.

Una noche de agosto de 1963, estando el Liceo Militar Jáuregui de vacaciones por finalización de año escolar, corrió velozmente por el pueblo la noticia del repentino fallecimiento del Teniente Reyes Zumeta, atribuida a un infarto fulminante, acaecido en la ciudad de San Felipe, estado Yaracuy, donde se hallaba vacacionando con familiares. No recuerdo la fecha exacta, yo estaba esa noche en casa con mi familia y un compañero del liceo me avisó y con él subimos al trote hasta el puesto de guardia de la entrada y con el Suboficial de servicio comprobamos la noticia, justo en el momento en que un alumno fantasioso, del cual no recuerdo su nombre, aunque sí su cara como si la estuviera viendo ahora, logró tomar del puesto de guardia una carabina FN-30, con el argumento de que iba a avisar a todos los alumnos de La Grita para reunir comisión a rendir honores en el entierro del oficial fallecido.

Por mucho que corrió el suboficial de guardia, para quitarle el arma al atrevido muchacho, no pudo alcanzarlo; después supimos que, lo verdaderamente pretendido por el alumno, era que su novia lo viera portando la carabina.

Al día siguiente, salió un autobús verde oliva del liceo lleno de alumnos y algunos oficiales que pudieron ser localizados estando de vacaciones, al entierro de quien había partido físicamente a los 42 años, dejando gratos recuerdos en quienes lo conocimos. La Promoción de Bachilleres del Liceo Militar Jáuregui del año 1964 lleva su nombre.



Plymouth Concord 1951, similar al del Tte. Edgar Reyes Z.

## **Mis recuerdos del Liceo Militar Jáuregui**

A mediados de septiembre, como estaba establecido para todas las instituciones educativas de Venezuela, en el año 1961 mi papá me inscribió en el Liceo Militar Jáuregui, para iniciar mis estudios de bachillerato; allí ya me habían precedido mis hermanos Hernando, Rafael, Alfonso, Salomón y Joaquín, habiendo culminado satisfactoriamente los dos primeros, que ya se encontraban en Caracas en sus estudios universitarios; en ese año Alfonso estaba iniciando el quinto año para optar a su graduación como bachiller en ciencias para julio de 1962.

Salomón, al concluir su primer año, decidió retirarse del Liceo Militar Jáuregui e irse a estudiar en la Escuela Práctica de Agricultura, cerca de Maracay, estado Aragua.

Mis primeros días a clases fueron de ropa civil, con un saco prestado por un hermano y, dado que había que hacer formación (disposición ordenada de cierta manera), con algunos movimientos sincronizados bajo una voz de mando, los alumnos recién llegados, no acostumbrados a aquella rutina, provocábamos murmullos y sonrisas burlonas entre

los más antiguos, además del espectáculo ridículo que ofrecen reclutas en ropa civil moviéndose sin compás.

En aquella época y desde su inicio en 1952, el liceo suministraba los uniformes a sus alumnos de manera gratuita, los cuales consistían en piezas de ropa de colores y diseños específicos: 1) Pantalón y camisa manga larga, ambos de color beige, con cravata del mismo color y cucarda circular con círculos concéntricos, con los tres colores de la bandera nacional; corbata beige, correa beige de hilo tejido con hebilla de bronce y zapatos negros. 2) Pantalón color gris y camisa blanca manga corta, cravata gris con cucarda y zapatos negros. Y 3) Uniforme de gala, utilizado para desfiles y actos especiales como graduaciones y otros eventos, consistente en pantalón de paño color crema, chaqueta de paño azul oscuro con botones de bronce, cravata de paño azul oscuro con cucarda, camisa blanca manga larga, corbata negra y zapatos negros.

La organización y terminología empleadas eran las del Ejército y los alumnos estábamos conformados dentro de un Cuerpo de Alumnos, con la estructura de un Batallón de Alumnos con cinco compañías, cada una con cuatro pelotones, a su vez integradas por cuatro escuadras, cada una de ellas con ocho alumnos. Las primeras cuatro compañías estaban constituidas por alumnos "internos", todos de sexo masculino, que estaban en el instituto de manera permanente y solamente salían de permiso los fines de semana y días feriados; eran adolescentes sin familia en La Grita, llegados de todas las regiones del país y entre los cuales abundaban los zulianos, caraqueños y orientales.

La Quinta Compañía estaba integrada por los alumnos "externos", tanto de sexo masculino como femenino, quienes por lo general vivían en La Grita y por lo tanto no requerían el alojamiento y alimentación del instituto. La dirección del Liceo Militar Jáuregui desde su inicio estuvo a cargo de un oficial superior del Ejército y en mi comienzo como alumno el Director era el Coronel Godofredo Moreno, quien fue relevado por el Coronel Tulio Armando Pulido.

Los demás oficiales que recuerdo durante mi permanencia fueron: 1) Mayor (Ej.) Alberto Núñez Salas, de unos 35 a 38 años, blanco, con cierta obesidad y avanzada calvicie. 2) Capitán (Ej.) Ramírez Isea, de unos 30 años, moreno. 3) Teniente (Av.) Ramón Granados Castillo, de unos 25 años, blanco, siempre malencarado, arbitrario y de malos modales, a quien los alumnos llamaban "cara de crimen". 4) Subteniente (Av.) Francisco Sujú Raffo, de unos 22 años, blanco, delgado, de rasgos asiáticos; siempre andaba cazando "faltos" a la disciplina y una vez entró a nuestra aula y al no haber profesor, teníamos cierto desorden, por lo cual nos llevó a una falda junto a un patio, en la cual había monte y barro por reciente lluvia, donde estuvimos largo rato haciendo extenuantes ejercicios. 5)

Subteniente (Ej.) Sifontes, blanco, delgado, pelo negro liso peinado como Carlos Gardel; un hermano de él estudió conmigo. 6) Alférez de Navío Ovalles, de unos 22 años, moreno de baja estatura; tenía un pequeño automóvil Ford Taunus, color verde. 7) Subteniente (GN) César Temístocles Rangel Ruiz, de unos 22 años, blanco, estatura y contextura regular, lentes correctivos que le daban parecido a Clark Kent, personaje secreto de *Superman*; hijo del señor Rangel, maestro constructor que dirigió la remodelación de la iglesia de Nuestra Señora de Los Ángeles. Y 8) Subteniente (GN) Ruiz Padilla, de unos 22 años, moreno, de pequeña estatura.

Por tratarse de un liceo militar, se recibía una instrucción militar muy básica, orientada a los principios de la disciplina y jerarquía; se hacía deportes y educación física, y aunque desde sus inicios en 1952 como primer liceo militar de Venezuela, hubo dotación de armamento individual para los alumnos, consistente en la carabina belga FN-30 con su bayoneta, versión más corta que el fusil con la misma denominación y características, muy pocas veces se hacían prácticas de tiro.

De tal modo que, la instrucción militar que recibí se limitó a las prácticas de orden cerrado, consistentes en movimientos coordinados a pie firme y sobre la marcha de los individuos, a objeto de lograr su precisión y uniformidad bajo una voz de mando o a los acordes de música marcial en el caso de desfiles. Los instructores eran los oficiales, suboficiales y los “clases” (alumnos que obtenían jerarquía de acuerdo con su rendimiento académico y militar).

Pero en todo lugar y actividad, en algún momento se presenta la ocasión para la broma o el chiste y un sábado en la mañana, en instrucción de orden cerrado estábamos un grupo de “nuevos”, entre los cuales mi hermano Joaquín, otros muchachos y yo, a la orden de un brigadier nativo del pueblo, con fama de “lacio” (torpe, o negligente), a quien llamaban “Copete de mierda”, por la manera de peinar su pelo liso, con abundante brillantina fijadora; entonces, al tratar de abreviar la explicación sobre el movimiento a pie firme llamado “media vuelta”, nos dijo: “Es muy fácil, muchachos, para dar media vuelta lo que hay que dar son dos izquierdazos seguidos, sin parar”.

Un sábado, a eso de las 7 am, salió todo el batallón de alumnos con los oficiales y suboficiales para realizar una marcha hacia el páramo El Rosal, situado hacia el este del pueblo; cada alumno llevaba un pequeño árbol, entregado poco antes de salir del liceo, junto con un refrigerio y una cantimplora llena de agua. Los oficiales y clases habían dispuesto el numeroso grupo de marcha (unos 500 alumnos), en dos columnas, cada una en fila india a ambos lados del camino, todo el tiempo ascendente, sinuoso y polvoriento; aunque estábamos al final de aquel verano, presumo que era abril de 1962, ya algunos

chubascos caídos en días anteriores, preludiaban la proximidad del invierno, que siempre era muy copioso en aquellos años.

Ya llevábamos cerca de una hora de marcha al buen paso permitido por nuestros bríos de niño-adolescentes y pronto a mi pelotón lo sobrepasó el paso decidido y constante de un caballo color ceniza, soportando con dificultad y resoplidos sobre su lomo al rollizo Mayor Alberto Núñez Salas, quien destacaba con su voluminosa figura, reluciente y sudorosa calva, portando en su cintura una preciosa pistola Colt ACP, M1911, calibre .45”, personalizada con lindos y dorados arabescos y empuñadura de nácar; por si fuera poca carga para el noble animal que cabalgaba, había ordenado a un casi niño maracucho de unos 12 años, obeso como él, que se agarrara de la cola del caballo, pues lo encontró acezando y rendido en el camino.

Cerca del mediodía, luego de atravesar hermosos paisajes matizados por neblina y nubes viajeras, llegamos al lugar escogido para el refrigerio y siembra de los árboles que llevábamos, obtenidos por el liceo en el vivero que el Ministerio de Agricultura y Cría tenía hacia el oeste, en las afueras del pueblo en el sitio llamado La Granja; entre las especies que llevábamos recuerdo eucaliptus, cedros y casuarinas, éstos últimos incorrectamente llamados “pinos”, por sus hojas largas en forma de agujas.

Dichas plantas eran producidas en el vivero para su distribución gratuita con fines de reforestación y al no conocerse aún las bolsas de polietileno, eran sembradas las semillas y desarrolladas las plántulas en envases vacíos de aceite para motores de vehículo, de aproximadamente un litro de volumen; en los coloridos potes podía uno leer las marcas más conocidas: Mobiloil, Shell, Texaco y otras.

Empezamos a sembrar en las faldas cercanas al camino y al no llevar suficientes pala-picos, excelente herramienta militar, un gran porcentaje de la siembra hubo que hacerla con la extraordinaria bayoneta de la carabina FN-30, que, llevadas en cantidad suficiente, soportaron la lata de los envases al abrirlos y la abundancia de piedras al cavar los domicilios definitivos para los arbolitos; estando yo atareado abriendo un hoyo, la hoja de mi bayoneta chocó ruidosamente con una piedra gris dura como acero y acto seguido un compañero maracucho de apellido Ferrer, inoportunamente y sin querer queriendo le preguntó al Brigadier Pérez, quien nos comandaba: “Mi Brigadier: ¿Qué pasa si uno rompe una bayoneta?” y el aludido se quedó pensativo unos segundos, para responder: “Bueno, alumno, eso lo tiene que estipular el Comando”. Afortunadamente, el excelente acero de mi bayoneta no delataba el más mínimo daño.

Después de concluir la siembra de arbolitos nos ordenaron recoger berenjenas silvestres que, ya maduras e inmensas blanqueaban como piedras color marfil una empinada y extensa falda; entonces, con la agilidad de la edad, trepamos por la cuesta y cada uno agarró una pesada berenjena desprendiéndola del entramado de bejucos rastreros con grandes hojas parecidas a la planta de auyama; con ellas sobre los hombros, emprendimos el regreso al liceo, pero al andar las cargas se tornan más pesadas y la larga caravana de muchachos que a lo lejos parecía inmensa fila de hormigas con sus huevos, huyendo de la lluvia en su cueva, comenzó a lanzar sus pesadas y fastidiosas maletas por los farallones, inmensos huevos que daban vueltas y saltos desintegrándose en su carrera.

Una oportuna orden hizo que aquel aquelarre de berenjenas se detuviera y no obstante eso, sólo habrá llegado al patio de honor del liceo una cuarta parte de las que originalmente partieron; de todas maneras, se dijo en días posteriores que los alumnos internos estuvieron comiendo dulce de berenjena (“cabello de ángel”), dos semanas seguidas, como postre.

Al atardecer de aquel sábado, cuando llegué cansado a la casa frente al Telégrafo, había tenido la hermosa e inolvidable experiencia de la marcha, con gran contenido conservacionista del ambiente, por los centenares de árboles que sembramos y que algún día quiero volver a ver, pues los sobrevivientes deben ser sesentones; también, sin habérselo propuesto, las centenas de berenjenas que lanzamos por las faldas, regaron sus millares de semillas esparciendo la humilde y útil planta cuya descendencia debe estar allí, cumpliendo su notable y eterno ciclo. Pero, por si fuera poco, aquel día también aprendí dos nuevas palabras: “refrigerio” y “estipular”.

Del Liceo Militar Jáuregui también guardo un agradecido recuerdo de algunos profesores que me obsequiaron excelentes conocimientos en sus clases, de quienes en algunos casos no recuerdo sus nombres completos:

1) Fernández Puentes, profesor de Matemática, a quien los alumnos apodaban “Monomio”, hombre alto, blanco, cercano a los 60 años, siempre con lentes de gruesa montura, bigote fino, impecable en el vestir con traje y corbata, de correcto y educado lenguaje, muy flemático en gestos y caminar, poseía una gran pedagogía y método en la enseñanza de su materia y parecía emplear como biblias los excelentes libros *Aritmética* y *Álgebra*, del gran autor cubano Aurelio Baldor, que marcó pedagógicamente varias generaciones latinoamericanas. El profesor Fernández Puentes también era nacido en Cuba y había llegado al liceo hacía varios años.

2) María de Rojas, profesora de Castellano y Literatura en primer año, dama de aspecto distinguido, -como decía mi mamá refiriéndose a alguien similar-, de unos 30 años, blanca, bonita, bien vestida y arreglada; sabía transmitir su evidente predilección por la literatura en prosa y en verso; de ella o por ella aprendí a apreciar el género de la poesía. Era esposa del también estimado profesor Pastor Rojas, quien impartió clases a mi hermano Alfonso.

3) José Salcedo, profesor de Biología (Botánica) en primer año; era un hombre de unos 35 años, de baja estatura, blanco, pelo negro liso, excelente en sus clases. Recomendaba como libro de texto una obra muy buena del autor argentino Patricio Esteban Fuster, del cual yo tenía un viejo ejemplar que venía descendiendo desde mi hermano Hernando. Motivado por las clases del profesor Salcedo, le tomé gran aprecio a la Biología y en especial a la Botánica.

4) Daniel Roa Moreno, profesor de Geografía General en primer año, utilizando como texto de referencia el libro *La Tierra y sus recursos*, del autor Levi Marrero; el profesor Roa Moreno andaba frisando los 30 años, muy decente y bondadosa persona, como era de esperarse de un hermano de doña Efigenia, antigua vecina y amiga hasta el final de mi mamá.

5) Aura Montiel, profesora de Inglés en primer año, mujer joven, morena muy vivaz, de unos 25 años, oriunda de Maracaibo, cuyo buen cuerpo destacaba con sus minifaldas a cuadros escoceses. Un alumno paisano de ella, llamado Francisco Gransauil, fantaseaba de manera insoportable ante todo el grupo, hablando en inglés con ella, el mismo muchacho de quien escuché por primera vez la palabra “gaita”, cuando en la primera clase de enero, al regreso de las vacaciones navideñas, llegó hablando de las fiestas en el Club Comercio de la capital zuliana.

6) Juan Bautista Vásquez, profesor de Biología (Anatomía) en segundo año; era de mediana estatura, de unos 35 años, color blanco, poblado bigote, hablar fuerte y cara de pocos amigos que le merecieron el apodo de “Atila”, por la ingeniosidad de los alumnos, también alimentada por su exigencia en sus clases y evaluaciones; algunos muchachos exageraban y cuando veían estacionado su automóvil Mercedes Benz, color blanco, decían que debajo de sus ruedas no volvía a crecer la hierba, parodiando la historia sobre Atila, Rey de los Hunos. A mi modo de ver, por la excelencia y dedicación demostradas en sus clases, fue uno de los mejores profesores que tuvo el liceo y uno de los mejores de todo mi bachillerato.

7) Tomás Frías Sandoval, profesor de Castellano y Literatura en segundo año, tenía unos 35 años, oriundo de República Dominicana, alto, delgado, moreno, bigote delgado, nariz afilada y pelo negro rizado o “churco”, como se dice en los Andes venezolanos. Nunca entendí, ni me gustaron sus clases y me parece que a mis compañeros les pasó igual; durante sus clases manipulaba sin cesar y sin propósito un portafolio de cuero marrón sobre su escritorio.

8) Ana de Benvenuto, profesora de Educación Artística en segundo año; era una mujer de unos 40 años, blanca, pelo negro, estatura y contextura regular, siempre bien vestida y arreglada, de origen italiano como su esposo Paolo Benvenuto; muy esmerada y responsable en sus clases, de muy poco sonreír a sus alumnos.

9) José “Pepe” Gandica, profesor de Matemática (Álgebra) en segundo año; hombre cercano a los 40 años, blanco, estatura mediana, contextura fuerte con prominente abdomen e incipiente calvicie. Sus clases eran impecables, tenía gran facilidad para enseñar; parece que, en todos sus años como profesor en el liceo, no hubo quien emitiera algún juicio negativo sobre la calidad del profesor Gandica. Junto con el profesor Víctor Salcedo Jiménez, en mi tercer año en el Liceo Fermín Toro, en Caracas, fueron los mejores profesores en esa asignatura en todo mi bachillerato. El profesor Gandica era esposo de la señora Maruja Mora, agraciada y simpática dama, que con alguna frecuencia encargaba trabajos en madera a mi papá y eran dueños de la Botica San José, en la calle 2, frente al Concejo Municipal.

10) Matías Briceño García, profesor de Castellano y Literatura en segundo año; hombre de unos 55 años, blanco, baja estatura, pelo negro liso ya escaseando y peinado hacia atrás con brillantina, con lentes permanentes de cristales redondos parecidos a los del emperador japonés Hiro Hito; tenía ademanes y términos de hombre viejo, como cuando le dijo a un alumno caraqueño de apellido Meleán, a quien con frecuencia interrogaba en clase, porque nunca sabía las respuestas: “¡Hmmmmm... a quien no quiere caldo se le dan dos tazas!”, mientras con ambos codos hacía ademán de subirse los pantalones, sin necesitarlo. El profesor Matías era casado con la también profesora del liceo, Rosa Margarita Sánchez, señora blanca, pequeña, de edad madura, que poseía un hermoso automóvil Chevrolet Bel Air, sedán modelo 1954, color café con leche, siempre limpio e impecable.

11) Teniente Edgar Reyes Zumeta, profesor de Historia Universal en segundo año; tenía unos 45 años, de tez cetrina, pelo liso con notoria alopecia, contextura y estatura regulares; se había graduado en la Escuela Militar en 1940, solicitando después traslado a la Aviación Militar, donde hizo el curso de pilotaje de aviones, egresando de la Escuela

de Aviación Militar como oficial en 1944; al llegar al Liceo Militar Jáuregui, en 1957, estaba en situación de retiro, por lo cual, de acuerdo con las leyes militares no podía ejercer funciones de comando. Desde el principio manifestó su gran apego por el instituto, donde se desempeñó como profesor; me impartió la asignatura de Historia Universal, poseedor de gran memoria, al llegar a clase preguntaba: “¿Dónde quedamos la última clase, muchachos?” y respondíamos, según lo visto antes: “¡En la campaña de Escipión El Africano a Cartago, mi Teniente!”. Y entonces decía: “¡Ok, muchachos, copien ahí...!”: “Una vez que el Senado de Roma autorizó al General Publio Cornelio Escipión, llamado “El Africano”, en el 202 a. C, procedió a invadir Cartago para enfrentar y derrotar en su tierra al gran General Aníbal Barca, en la Batalla de Zama y ...”. Al salón de clase siempre iba con el uniforme de trabajo diario, pantalón marrón claro, camisa beige manga larga, correa militar beige de hilo tejido, hebilla de bronce muy pulida con Brasso y zapatos negros pulidos; en su cintura una pequeña pistola calibre 6,35 mm con empuñadura de nácar, marca Brescia Brevetto. Era un buen profesor que me hizo apreciar y querer la Historia Universal; aún recuerdo sus clases como si las estuviera oyendo.

Uno de mis últimos recuerdos vinculados con el Liceo Militar Jáuregui fue la despedida de los alumnos Portillo y Simpson, de quienes no recuerdo sus nombres completos; fue una emotiva despedida fuera del liceo, dada por quienes fueron más allegados. El día que el grandulón, adolescente aún, Simpson se despidió del liceo y de La Grita, porque sus padres decidieron que continuara estudios en otra ciudad, lloraba como un bebé cuando lo despojan de un juguete, ante sus afectados amigos en la plaza Jáuregui y ni la cerveza “media jarra” Polar que tenía en una mano, ni el cigarrillo que ocupaba la otra le daban consuelo, seguro, quizás, que no volvería a vernos, ni que seguiría recorriendo las calles del pueblo.

En cuanto al ocurrente y gracioso Portillo, ante la partida inminente a su caluroso Maracaibo, una noche bajo un mango en la plaza Bolívar, justo frente al balcón de la agraciada morena Ana Ilba, enamorado como estaba, lanzaba piedritas y silbidos, en amores de estudiante que el tiempo se ocupa en borrar. Nunca he vuelto a ver a Simpson ni a Portillo.



Seccional de Castellano, Literatura e Idiomas, Profesores: Rosa Margarita Sánchez de Briceño, Matías Briceño García, Rafael Arellano Mora, Matías de Rojas, Ramón Sanhueza Arratia, Tomás V. Frías Sandoval, Leslie Magill B., Simón E. Suárez López y Tte. Raúl Marcelo Cornett Mendoza, (ausente).



Seccional de Matemáticas: Capitán Rizzo Aponte, Profesor Ferro Ferro, Dr. Fernández Puentes, Capitán Cárdenas, Profesor Fernando Pérez Trujillo, Br. Gardica Gandica

## Captura por la Digepol

Según apuntaba en el relato "Comité Pro-Biblioteca Estudiantil", el grupo constituido con los objetivos explicados, venía trabajando desde comienzos de 1963 y en la medida que pasaba el tiempo, más elucubrábamos y fantaseábamos con acciones de creciente riesgo. La pasividad y aparente indiferencia de la policía ante nuestra creciente propaganda, llevó a algunos de nosotros a suponer aquiescencia o simpatía en funcionarios del gobierno, a pesar de que, en algunas distribuciones de propaganda en horas nocturnas, siempre tarde en la noche o madrugada, un sujeto en un Volkswagen Escarabajo, azul oscuro, nos había estado siguiendo los pasos.

Aquel era un año electoral y uno de los objetivos principales de la subversión era obstaculizar e impedir las elecciones presidenciales que tendrían lugar en diciembre.

Dada la situación de crispación de nervios por la violencia en ascenso en ciudades y campos, era sólo cuestión de tiempo, aunque nuestro grupo nunca llegó a acciones violentas, para que la policía política frenara nuestro impulso.

El 25 de septiembre de 1963, a media tarde, miércoles soleado, llegó a nuestra casa el señor Aristóbulo Parra Mendoza, Prefecto del Municipio Jáuregui, acompañado de dos individuos trajeados de civil, preguntando a mi papá por dos hermanos míos que en ese momento estaban allí; venían actuando como miembros de la Dirección General de Policía (Digepol), policía política del gobierno. Ante la angustiada pregunta de mi padre sobre el motivo de la solicitud de sus hijos, el prefecto respondió que era “para hacer averiguaciones”; salieron mis hermanos rodeados por los funcionarios, ante el asombro y temor de mi papá, que de inmediato informó a mi mamá, empeorando la neumonía que la tenía en la cama.

Yo no me explicaba por qué razón no me habían llevado también, cosa que atribuí a ser menor de edad; pero pasado un rato regresaron las mismas personas preguntando por mí y en mi compañía revisaron toda la casa, ambiente por ambiente, incluyendo la habitación donde estaba mi mamá acostada, haciéndola levantar de su cama para revisar debajo del colchón, porque según dijo uno de los policías, “al fracasar la rebelión del General Castro León, revisando casas en San Cristóbal (abril de 1960), debajo de la cama de una señora supuestamente grave, encontramos armas y municiones”.

Continuando con la revisión, al pasar por una amplia habitación con dos puertas opuestas que daban acceso a toda la vivienda, con artimañas que aún no me explico, logré distraer a los policías hacia la cocina y el solar, justo cuando iban a encontrar la misteriosa caja de cartón, traída desde El Cobre, un mes antes.

Concluida la revisión de la casa, me llevaron a la sede de la Policía Municipal, en el edificio color crema, en esquina de la calle 2 con carrera 5, sede también de la Alcaldía y Prefectura; allá, en una amplia celda, encontré a seis compañeros, incluyendo a mis dos hermanos. Esa primera noche sin libertad para todo el grupo, casi nadie durmió y al filo de la medianoche, el amigo de mayor edad y experiencia, a quien apodábamos “El Pollero”, por tener un pequeño negocio donde vendía pollitos bebé, pronunció unas palabras de arenga para levantarnos el ánimo.

Por mi parte, sentía gran aprensión y preocupación por mis padres, que aquel día habían visto apresar a tres de sus hijos, sin conocer ni comprender las causas; al final del 25 de

septiembre, de ingrato recuerdo, estábamos detenidos siete de los ocho integrantes del grupo opositor al gobierno; había logrado escapar solamente uno, que por vivir a pocos metros de la Alcaldía, la lógica decía que era el más fácil de capturar, habida cuenta de que estaba en su casa mientras detenían a los demás, según se dijo después; por eso, durante un tiempo considerable, mantuvimos la sospecha de que podía haber llegado a algún acuerdo con las autoridades, lo que nunca pudimos probar ni tenemos interés en hacerlo.

En contrapeso, un antiguo amigo de uno de mis hermanos, estudiante de Medicina en la Universidad de los Andes, en Mérida, aunque no formaba parte de nuestro grupo, ese mismo día fue avisado a tiempo que estaba siendo buscado y, gracias a personas amigas, tuvo que abandonar el pueblo a la carrera, disfrazado de campesino, con sombrero, ropa y machete al cinto; habiendo abordado el carro de un amigo en las cercanías del Puente Maya, fue perseguido por el sujeto del Volkswagen azul oscuro, el mismo que nos había seguido a distancia varias veces durante las sesiones de distribución de volantes.

La persecución de nuestro amigo por la carretera Trasandina rumbo a Mérida con escala en Tovar, se detuvo llegando al páramo La Negra, cuando el conductor del Volkswagen y un acompañante, decidieron regresar a La Grita.

Años más tarde, por aquellas ironías de la vida, nuestro amigo, ya médico especialista, hubo de tratar a un joven con una fractura y durante el registro de la identidad del menor, se enteró que era hijo del prefecto que había ordenado su captura aquel lejano día, asegurándose de que en la consulta de control posterior asistieran padre e hijo; así ocurrió y en esa oportunidad, luego de cumplir su protocolo con el paciente, el médico le recordó quién era y los problemas que tuvo que afrontar por aquella persecución política.

Cuando mi amigo médico me narró sus dos historias, la del 25 de septiembre de 1963 y la de su inesperado y tardío encuentro con quien lo iba a encarcelar, habían transcurrido más de 50 años de ambos hechos y entonces me permití sugerirle lo que considero mejor para la tranquilidad espiritual, habida cuenta la desgraciada y ruinosa etapa que vive Venezuela, bajo un sistema como el que creíamos justo y necesario asumiera el poder entonces: 1) Echar en el saco del olvido los sinsabores de aquellas actividades equivocadas; y 2) Lo más difícil, aunque racionalmente debería resultar lógico y fácil, aceptar y hasta agradecer al gobierno de entonces y a sus funcionarios, que, cumpliendo con su deber, nos apartaron del camino más equivocado de la filosofía política transformada en gobierno desde 1917 en Rusia e irradiada luego a varios países, todos en ruinas en el presente.

El 26 de septiembre de 1963, poco después del mediodía, estando los siete compañeros dentro de la celda, nos colocaron esposas empleando una de ellas para cada dos detenidos uniendo la muñeca derecha con la izquierda de otro, mientras al último le tocó una esposa completa; cuando nos sacaron a la calle para abordar la patrulla de la Alcaldía, todo el sector hervía de gente, incluso la plaza Bolívar estaba abarrotada de personas del pueblo y de aldeas vecinas, ya que ese jueves se iba a efectuar un mitin con Rafael Caldera, candidato presidencial por el partido COPEI.

Por ello nuestra salida para abordar la patrulla tuvo la inesperada presencia de público, abriéndose una brecha en la multitud en la medida que el policía que iba de puntero avanzaba agarrando al primero de nosotros; recuerdo muchas caras conocidas y desconocidas, algunas personas con palabras de asombro sin calificar, otras con frases de ofensa y reprobación hacia nosotros.

La camioneta-patrulla salió con nosotros cerca de las 2 pm, llevando cuatro policías de guardia: el jefe de la comisión, que era de la Digepol, el chofer y dos sentados atrás, en pequeños bancos fijos a ambos lados de la puerta de acceso a la pequeña celda con dos bancos más largos, paralelos, destinados a los detenidos, con fusil FN-30 y revólver .38", tres de los policías con uniforme, pertenecientes a la Alcaldía. Una indiscreción de uno de ellos durante el camino, a la altura de El Cobre, nos confirmó que íbamos a San Cristóbal, donde llegamos casi al atardecer.

En la capital del Estado, la camioneta se detuvo frente a una quinta, presumo que, en la Urb. Mérida, donde nos introdujeron: habíamos llegado a la sede estatal de la Digepol.

Recuerdo que los funcionarios de guardia portaban una bonita y moderna ametralladora que sólo observé por varios años como dotación de la Digepol; se trataba de la Beretta M12, arma con empuñadura tipo pistola cerca del disparador y agarre delantero para estabilidad en el disparo, ambos de material sintético color madera; diseñada para el cartucho Parabellum 9 x 19 mm, del arma, tres cosas me llamaron la atención: su cañón que sólo sobresalía unos 4 cm; su culata plegable y su acabado superficial en el acero, tipo pavonado, que daba reflejos o matices parecidos al cobre.

Luego de dormir esa noche en una sala, recostados a la pared, poco después del mediodía del siguiente día, fuimos buscados por una comisión del Ejército en un autobús verde oliva, para salir al atardecer rumbo a Caracas.

Toda la noche rodó el autobús de mediana capacidad, en el que viajábamos trece personas: un Teniente Cañizales, cuatro soldados, siete detenidos y el chofer; el oficial

jefe de la comisión y los cuatro soldados, con uniforme de campaña verde oliva unicolor y el armamento respectivo: pistola Browning, calibre 9 mm en su pistolera de cuero y forniture verde oliva, en el caso del Teniente; fusil F. A. L., calibre 7,62 mm, casco, forniture con 2 cargadores y sus cartuchos, más un cargador alojado en el fusil. La velocidad del vehículo era baja, por lo que a media mañana del sábado fue cuando arribamos a Barquisimeto, dirigiéndonos a un cuartel del Ejército, donde almorzamos. Al atardecer de ese día continuamos hacia Caracas; los soldados que nos custodiaban, jóvenes entre 18 y 20 años, conversaban mucho entre sí, pero cerca de la medianoche reinó el silencio, al dormirse cubiertos con sus gruesas cobijas verdes; no dormí en toda la noche y ya aclaraba el nuevo día, con viento frío que entraba por una ventana del autobús, haciéndome tiritar porque se había caído la cobija que cubría a un compañero y a mí, pero debido a las esposas que maniataban las muñecas, se me dificultaba cubrirme de nuevo; el soldado más cercano regresó mi manta a su sitio con el extremo del cañón de su fusil.

Ya estaba claro el día cuando nos detuvimos en un negocio grande en la Encrucijada de Carabobo, donde todos los ocupantes del autobús tomamos café, ante la curiosidad despertada por las esposas en nuestras muñecas, a todos los viajeros que paraban allí.

En el tramo de la autopista Maracay-Caracas, el Teniente Cañizales ordenó al chofer detenerse en el hombrillo, frente a una cruz cubierta por una pequeña casita blanca, cerca del borde de la vía, junto a la cual rezó una oración por un compañero muerto en accidente de tránsito. A mitad de la mañana del domingo 29 de septiembre entramos a Caracas y al poco rato estábamos en el Palacio Blanco, sede central del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA), edificio de varios pisos, color totalmente blanco, situado justo frente al Palacio de Miraflores y separado de él por la avenida Urdaneta.

En una oficina reseñaron nuestros datos personales y luego de las fotos correspondientes de frente y perfil, nos llevaron a una sala, nos dejaron bajo llave con la advertencia de que no debíamos asomarnos por la ventana; estimo que serían cerca de las 2 pm, cuando nuevamente llegó la comisión militar venida con nosotros desde San Cristóbal, abordamos el mismo autobús, partiendo hacia otro lugar en Caracas, que resultó ser el Edificio Las Brisas, en la Av. La Colina, Urb. Los Chaguaramos, sede nacional de la Dirección General de Policía (Digepol).

Ingresamos al lugar con temor, por la fama represiva que habían propagado los partidos responsables de la subversión castro-comunista, en un pequeño salón nos quitaron las esposas, al tiempo que registraban nuestros datos personales y hacían un breve

interrogatorio, todo ello, debo decirlo, sin violencia verbal o física; cuando me quitaban las esposas de acero con baño de cromo, el funcionario, de unos 40 años, tuvo que “luchar” varios minutos tratando de abrirlas, diciendo con acento andino que el mecanismo (cerradura), estaba “tomado”; mientras el policía bregaba con mis esposas, comentaba en voz baja: “Muchacho: ¿Qué haces metido en vainas raras? Los andinos solamente estamos para gobernar”.

Serían cerca de las cuatro de la tarde, estando todo el grupo sentado en el piso de un pasillo a manera de celda, con un funcionario joven armado con una ametralladora ZK en el extremo abierto del pasillo, cuando fui llamado con nombres y apellidos para llevarme a la oficina del señor José de los Santos Gómez, director a nivel nacional de la Digepol; hasta el presente, sólo me he hecho conjeturas sobre el motivo de mi selección para ser llevado ante el jefe máximo de la policía política en aquella época difícil, y de continuo ha ganado el barrunto de que prefirió hacerme comparecer por ser el menor del grupo capturado y por ende, el menos proclive a engañar o mentir en un interrogatorio, todo ello si damos pleno crédito a la conseja popular de que mientras más jóvenes las personas, mayor propensión a la verdad y sinceridad.

El señor Gómez estaba sentado en una silla giratoria detrás de su escritorio y se levantó para saludarme, como se hace con una persona adulta; era un hombre de unos 50 años, casi alto, blanco, de trato cortés. Sobre su escritorio reposaba una ametralladora Beretta M12, (ver foto anexa con arma igual a la observada) con un cargador insertado y al lado del arma, una caja de cartón marrón de tamaño mediano. Conversó conmigo durante unos 20 minutos de manera afable, nunca como interrogatorio y así, corroboró con mi testimonio oral todo lo que ya sabía por escrito al leer los informes sobre nuestro grupo, relativo a identidades, lugares de procedencia, actividades y propósitos subversivos, sin poder conseguir evidencias de actos violentos; me dijo conocer La Grita, localidad que le mereció los mejores elogios.

Luego sacó de la caja su contenido, mientras decía que aquello nos había sido incautado en La Grita cuando nos detuvieron: 4 “morteros”, de los usados en los Andes en celebraciones; varias vainas de cartuchos disparados de fusil FN-30, la mayoría sueltas y unas pocas insertadas en su dispensador de acero cromado para cinco cartuchos, un pequeño paquete atado con volantes de propaganda elaborados por nosotros. Después de escuchar mis explicaciones sobre el contenido de la caja, el señor dijo: “¡La verdad no me explico por qué los trajeron a ustedes hasta acá!”.

Cuando regresé al pasillo devenido en celda, donde esperaban preocupados mis compañeros, me acosaron a preguntas sobre el objeto de mi separación del grupo; les fui

respondiendo en voz baja, casi convertido en ventrílocuo, señalando con la vista al centinela sentado al final del pasillo.

Todas las horas diurnas y nocturnas pasadas en aquel edificio, observé un gran movimiento de comisiones de agentes del cuerpo policial, que salían apresurados con todo tipo de armas; a veces regresaban con detenidos, para los cuales ya no había lugares de reclusión.

En Caracas estaba muy activa la guerrilla urbana, tampoco pude dormir aquella noche, sentados en el piso, con gran ruido dentro del edificio y abundancia de disparos a lo lejos.

Temprano, en la mañana del lunes 30 de septiembre, abordamos de nuevo el autobús con la misma comisión militar, tomando rumbo de regreso a San Cristóbal, lo cual era para nosotros una bendición; esa vez el viaje resultó más directo y rápido.

Estimo que serían cerca de las 8 pm de ese día, cuando nos bajamos por última vez del autobús militar frente a una casa-quinta de una urbanización en San Cristóbal y allí, luego de entregarnos formalmente a la autoridad del nuevo organismo, el Teniente Cañizales se despidió de nosotros, dándonos algunos consejos para el futuro. No puedo recordar si nosotros le expresamos agradecimiento por el trato decente y profesional que recibimos de él y de los soldados a su mando, pero donde quiera se encuentre, le envío mis oraciones por su bienestar.

La casa donde llegamos esa noche, era la sede del Servicio Estatal Criminológico (SEC), al cual no teníamos por qué haber sido enviados y que dejaba claro que las autoridades no sabían lo que debían hacer con nosotros.

Los funcionarios de dicho organismo vestían de civil y a quienes estaban de guardia la noche de nuestra llegada les observé como arma de dotación el revólver calibre .38", cañón largo, probablemente, Colt o Smith & Wesson. Por cierto, estando nosotros recluidos en una habitación sin muebles, a manera de celda, dos funcionarios de guardia, de unos 25 años, se entretuvieron a la vista nuestra en persecución ruidosa y a la carrera por la casa, a ratos escondiéndose detrás de objetos, a veces apuntándose con las armas a través del agujero de una puerta sin cerradura, mostrando falta absoluta de formación y doctrina policial.

Después de otra noche infame, sin poder dormir, en el curso de la mañana fuimos trasladados a la sede de la Policía de San Cristóbal, creada en 1960, con adscripción a la Gobernación del Estado Táchira.

Era un edificio ubicado en la carrera 5, en la que tiempo más tarde se convirtió en la avenida Francisco Javier García de Hevia, o Quinta Avenida, constaba de dos pisos, en una superficie de tamaño regular; los efectivos policiales portaban uniforme y armamento similar a los de La Grita.

Habíamos pasado algunas horas en aquel establecimiento, cuando de algún lugar llegó la decisión de que los cinco compañeros del grupo mayores de 18 años, se quedarían en aquel lugar, mientras que los dos menores de edad, seríamos llevados al Albergue de Menores de San Cristóbal, al cual llegamos, aproximadamente, una hora más tarde.



Beretta M12 utilizada por el Dir. José de los Santos Gómez

## **Tiempo sin libertad: Avatares de mis padres durante nuestra detención**

Al llegar al Albergue de Menores, la tarde del 1° de octubre, mi amigo José Alfonso Méndez Orozco y yo fuimos entrevistados por una señora de mediana edad, obviamente profesional, quien luego de leer el contenido en una carpeta, indagó en tranquila conversación los motivos de nuestra detención y supongo que a partir de esa entrevista dedujo que éramos detenidos diferentes a los ya existentes allí; luego nos explicó las normas, actividades y horarios del albergue, haciendo énfasis al finalizar, que estaba prohibido el proselitismo político, repitiéndolo al tiempo que franqueaba la puerta que daba acceso a un pasillo donde nos esperaba un vigilante.

Con gran incertidumbre y temor caminamos un rato detrás del vigilante, mientras nos mostraba los ambientes del amplio recinto que sería nuestra casa por un tiempo desconocido; al caer la noche y después de cenar en amplios mesones, junto a unos 30 muchachos, llegó la hora de acostarse, a las 9 de la noche, en la litera que señaló el vigilante de guardia, junto a la cual había un escaparate metálico; al guardar en él mi “equipaje”, fue que me di cuenta que todo cabía en una pequeña bolsa y era lo que me acompañaba desde el miércoles 25 de septiembre.

He tenido la mala característica, desde bebé, de no poder dormir la primera noche en un nuevo ambiente y aquella vez no fue la excepción; la llegada del día siguiente marcó lo que sería rutina, todo el tiempo que permanecí detenido en aquel lugar: levantarse a las 6 am, arreglar la cama, correr al baño al primer aseo diario; luego una breve “formación” en el patio para comprobar la cantidad de detenidos, canto del himno nacional y a continuación, el desayuno.

El resto del día lo teníamos disponible con cierta discreción para deportes en el amplio patio con piso de cemento, donde estaban una cancha de basket y otra de volley ball; durante un tiempo me entusiasmé y algo aprendí de volley ball con los demás muchachos, algunos de ellos con muy buenas aptitudes para el deporte.

Había un pequeño salón de clases, donde un grupo de muchachos recibía enseñanza de educación primaria de parte de un vigilante de apellido Medina, blanco, catire, contextura robusta, de unos 40 años, quien fungía de maestro y era la mejor persona entre quienes cumplían funciones para hacer respetar las normas del albergue; justamente con ese señor vigilante-maestro hice un buen acercamiento, asistiendo en varias ocasiones a sus clases, o simplemente conversando.

El domingo 6 de octubre recibí la primera visita de mi mamá, quien no había tenido noticias de sus tres hijos detenidos desde el 25 de septiembre; en esa visita llegó después de mediodía al albergue, luego de visitar a mis dos hermanos, en la sede de la policía de la ciudad. La acompañaban mi hermana Susana, la señora Albertina Rosales de Chacón con sus tres hijas: Yolanda, Gloria y Omaira, de unos 18, 13 y 9 años, respectivamente.

La primera visita me llenó de ánimo con las horas de compañía familiar que permitía el reglamento del establecimiento y, además de galletas, golosinas y frutas, me obsequiaron cepillo dental, jabón, toallas y ropas de las que ya carecía; adicional a tan abundante ayuda material y espiritual, mi mamá me llevó un importante y grato libro: *Tapices de historia patria*, del escritor e historiador trujillano Mario Briceño Iragorry.

Fue triste la despedida de la visita aquel domingo, a pesar de la promesa de mi madre de regresar con frecuencia, lo cual cumplió, cabalmente, casi todos los domingos restantes, a pesar de las dificultades.

El Albergue de Menores era una dependencia del Consejo Venezolano del Niño, que nació en 1936 como organismo adscrito al Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, con los objetivos principales de “vigilancia y coordinación de las instituciones oficiales y privadas dedicadas a la madre y al niño”. Fue una medida gubernamental del General

Eleazar López Contreras, para responder al incremento de la tasa de mortalidad infantil y al abandono de menores en la Venezuela de entonces.

En San Cristóbal, el mencionado albergue estaba situado en La Concordia, en la prolongación de la Av. Quinta, a unos 200 m después de pasar el viaducto, justo en el límite sur de la Cárcel Nacional y separado de ella por una robusta y muy alta pared. La planta física que ocupaba el albergue que conocí, era una casa muy grande de un solo piso, con tres corredores techados perpendiculares entre sí, que servían de antesala a las oficinas, salón de clases, dormitorio, comedor, cocina y baños, cerrando un amplio rectángulo con la pared de la cárcel, con el patio de cemento en el centro.

En las tardes, cuando no jugaba volley ball, solía caminar largo rato en el patio y durante algún tiempo me acompañó en esas caminatas un muchacho de Caracas, cuyo nombre me reservo, muy conversador y activo, enteramente ganado por la lucha subversiva comunista; todas sus conversaciones giraban alrededor de la literatura de la URSS, alusiva a la revolución bolchevique. De acuerdo con sus relatos, estaba detenido allí, mientras era juzgado por agredir de un disparo de revólver calibre .38” a un efectivo de la Guardia Nacional que intentó desarmarlo en un “asalto revolucionario”; aquel joven, junto con mi amigo de La Grita y yo, éramos los únicos detenidos por causas políticas, ya que el resto de detenidos eran menores de edad que habían incurrido en actos violatorios de la ley, como robos y agresiones físicas. Debo decir que, no obstante, la desproporción numérica de causas políticas respecto de las comunes, que yo estimo 10% contra 90%, respectivamente, los compañeros de cautiverio mayoritarios jamás nos irrespetaron.

En los ratos de ocio, que eran muchos, me ocupaba leyendo libros, sobre todo *Tapices de historia patria*, del cual guardo excelentes recuerdos. Siempre he pensado que en ese centro de detención se ha debido disponer de talleres para la enseñanza de oficios útiles a la sociedad; las visitas de mi mamá, en compañía de la señora Albertina e hijas, fueron de extraordinaria importancia, tanto para mis dos hermanos y sus compañeros en el lugar de reclusión, como para mi amigo y yo, pues mi madre siempre se las arregló para llevar algo para cada uno. De la mano de aquellas visitas conocí las galletas Club Social, María, chocolates Savoy rellenos de fresa y otras exquisiteces; también, gracias al albergue, conocí en los desayunos el Corn Flakes de Kellogs, vertido con leche en escudillas de aluminio, así como los programas diurnos de RCTV.

A comienzos de noviembre, ya preludiando el inefable ambiente navideño, la señora que me entrevistó a mi llegada al lugar, entregó a varios de nosotros un paquete con cierta cantidad de tarjetas con motivos navideños impresos sin colores, dándonos crayones Prismacolor e instrucciones para darles vida mediante el coloreo; todas tenían como

motivo central el logotipo del Consejo Venezolano del Niño, dos manos abiertas hacia arriba, sosteniendo un bebé.

Una tarde de noviembre, supongo que poco después de las cuatro, estando en el patio caminando, pasaron justamente sobre el lugar cuatro aviones pequeños de hélice, volando en formación; lo hicieron una sola vez, en dirección sur-norte. Por lecturas y fotografías sobre la Fuerza Aérea Venezolana, consultadas en revistas en mi casa, deduje que se trataba de aviones de entrenamiento T-34A "Mentor", de la Escuela de Aviación Militar.

Aquel vuelo de aviones me renovó la primera aspiración infantil en el kínder de La Grita, cuando por primera vez vi un solitario y muy lejano avión en el cielo, la aspiración de integrarme a la aventura del vuelo militar.

Resumiré los avatares de mis padres desde el día de la detención de sus tres hijos, tratando de interpretar el gran dolor y sensación de frustración de ellos, dado que desconocían por completo la actividad política que veníamos realizando, la cual no aprobaron nunca. No obstante, desde el primer día contamos con el valioso apoyo de nuestra madre, quien siempre nos cubrió con sus oraciones diarias ante el Santo Cristo de La Grita, custodiado por el grupo de santos que no dejaba reposar sobre su repisa de base torneada en caoba por mi padre décadas atrás, bellamente pulida por las delgadas y ágiles manos de ella; no hubo puertas que ella no tocara, ni carreteras, caminos y calles que dejara de transitar, detrás de nuestras huellas.

Mi padre, católico también, pero muy parco en oraciones verbales, nunca nos visitó en cautiverio, fue muy reacio a ello por la desaprobación a la causa que motivó nuestra situación, pero en cambio sufrió en silencio el rechazo de personas que creía amigos, unido al acoso nocturno de algunas alimañas bípedas, que en varias ocasiones introdujeron propaganda por los postigos de las ventanas de su taller, haciéndola parecer nuestra, para luego llegar en horas diurnas, buscando inculparlo de manera sórdida y cobarde.

## **Liberación y días en San Cristóbal**

El 20 de noviembre de 1963, después de almorzar y sin saber que había sido el último almuerzo en el Albergue de Menores de San Cristóbal, uno de los vigilantes me llamó para acudir junto a mi amigo de La Grita y compañero de reclusión, a la dirección del establecimiento; allí, la misma funcionaria que nos recibió casi dos meses antes, nos

informó que habían recibido la notificación de nuestra libertad y que debíamos esperar la llegada de nuestros padres o un representante legal, para salir del lugar; mientras los familiares llegaban, fui a recoger mis pertenencias en el dormitorio y luego entré un momento al salón de clases para despedirme del buen vigilante-maestro, quien me dio unas últimas y útiles recomendaciones para la vida.

Aún tuve algún tiempo para despedirme de varios muchachos con quienes había compartido conversaciones y juegos y cuando un vigilante informó que habían llegado mis familiares, -recorrí con la mirada todo aquel lugar donde había permanecido detenido, pero recibiendo un trato digno-, con la certeza de que nunca más volvería a estar allí.

Mi mamá fue quien llegó a buscarme en compañía de mi cuñado Hildebrando, esposo de mi hermana Susana y a su vez hermano de mi amigo y compañero en el albergue; al traspasar el amplio portón del recinto y ya en la calle, caminé con mi mamá, entonces muy hábil mujer de 51 años; ella con rostro alegre, yo con la inefable sensación de quien ha recuperado la libertad.

Después de pasar a pie el viaducto, abordamos un taxi en la hoy llamada Av. Quinta y un rato breve más tarde estuvimos en una casa en la calle 13, No. 15-63, donde vivía mi hermana Susana, justamente al lado de la casa de la familia Chacón Rosales.

El día 22 de noviembre de 1963, fue un viernes de conmoción mundial; estaba yo en una bodega, a media cuadra de la casa ya referida, disfrutando un refresco Lucky Club con color, sabor y olor parecidos a la Coca-Cola, con una rebanada de torta; serían las 3 de la tarde, cuando la paz del local con el dueño y dos clientes que estábamos allí, se rompió con la entrada súbita de un señor de sombrero que muy agitado y en voz alta dijo: “¡Acaban de matar a Kennedy!” “¡Ahora sí se jodieron los rusos, Estados Unidos les va a mandar un poco de U-2 con bombas H!”. El asombro fue completo entre los presentes y enseguida el bodeguero buscó en su radio la confirmación de la noticia; en aquella época, a pesar de no existir la eficiente rapidez de las comunicaciones actuales, la mayoría de la gente en el mundo civilizado, sabía que el joven y carismático John F. Kennedy era el presidente de los Estados Unidos de América. También, centenares de millones de personas en todas las latitudes, habían escuchado sobre los aviones U-2, desde el derribo de uno de ellos en Rusia, el 1° de mayo de 1960 y más recientemente, en la crisis de los misiles en Cuba, en octubre de 1962. Lo que la mayoría desconocía sobre ese tipo de aeronave, es que solamente era empleado en reconocimiento fotográfico a gran altura.

La bondad y espontaneidad de doña Albertina y en menor medida de su esposo don Antonio Chacón, cabezas de la familia vecina a Susana, hicieron florecer junto a sus hijas,

que heredaron la alegría y bondad de la señora Albertina, una bonita y larga amistad que propició el vínculo católico del compadrazgo, mediante el bautizo del primogénito de Hildebrando y Susana, el niño Ildefonso de Jesús, nacido el 27 de enero 1963. Ese hecho también facilitó la transferencia de dicha amistad hacia mi mamá, mis hermanos Salomón, Joaquín y yo.

Mientras mis hermanos Salomón y Joaquín partieron para La Grita un día después de ser puestos en libertad, el 23 de noviembre, yo permanecí unos días alojado en casa de Susana, donde era fácil y frecuente el tránsito bidireccional entre ambas familias, bien para comer, intercambiar platos, ayudar a hacer el pesebre y los adornos navideños, o bien para conversar con las muchachas y su hermano, el “flaco” Rómulo, empedernido fumador y mecánico automotriz, excelente y gentil persona como su mamá y hermanas.

El domingo 1° de diciembre tuvieron lugar las elecciones presidenciales previstas para aquel año, muy amenazadas durante gran parte de 1963, con abundante propaganda y ataques armados de la guerrilla comunista, tanto rural como urbana, con el objetivo principal de impedir la cita electoral. El esfuerzo subversivo fracasó y resultó ganador el Dr. Raúl Leoni Otero, candidato por el partido Acción Democrática.

A comienzos de la primera semana de diciembre regresé a La Grita, para nunca volver a aquella casa de muy gratos recuerdos, con su alto pino en el jardín.

## **Mi regreso al hogar: Última Navidad en La Grita**

En la primera semana de diciembre abordé en el terminal de San Cristóbal una camioneta del Transporte “Primavera”, rumbo a La Grita por la ruta más antigua existente desde la inauguración de la carretera Trasandina en 1925 y que aún estaba sin asfaltar.

Al mediodía ya estaba en casa, alegre y saludando a mis padres y hermanos; pero la situación vivida por nuestra familia los últimos dos meses, condicionó emocionalmente de forma negativa aquel diciembre y, al menos desde mi perspectiva, fue el más triste y apagado de cuantos viví en mi pueblo. Incluso, porque, fue la única navidad, desde 1951 y mientras vivieron mis padres, que no hubo pesebre en la casa, hermosa tradición familiar iniciada aquel año por Jesusa y luego continuada por Rafael y Joaquín, hermano que aún la conserva en grado de belleza artística con fama en Maracay.

Mis padres y mis hermanos Alfonso, Salomón, Joaquín, Ramiro y yo, nos dimos cabal cuenta que quienes considerábamos amigos, ahora eludían nuestra presencia, como suele ocurrir cuando se sabe de alguien con enfermedad contagiosa o con conductas reñidas con la moral. De manera que, por esos días de regocijo navideño en que se acostumbra hacer y recibir visitas, solamente recuerdo la hecha a nuestra familia por Arturo Guerrero, gran amigo de mi hermano Rafael desde que fueron alumnos en el Liceo Militar Jáuregui y que se encontraba de vacaciones en La Grita.

Los integrantes del grupo detenido el 25 de septiembre de 1963, no volvimos a reunirnos ni a actuar en ninguna forma ni lugar y, en lo que atañe a mis hermanos, así como a José Alfonso Méndez Orozco y a mi persona, nunca más participamos en actividades políticas contrarias a la democracia. Desconozco la trayectoria posterior de los demás compañeros que integraron el referido grupo.

No guardo especial recuerdo de la nochebuena de ese año, creo que no salí de casa; en cuanto al 31 de diciembre, fecha tradicionalmente celebrada en todas las familias, mi hermano Alfonso, que había llegado de Caracas días antes por asueto en sus estudios en la Universidad Central de Venezuela, me invitó en la noche a una reunión familiar donde unos amigos en la carrera 5, entre calles 3 y 4, regresando a dormir en la madrugada. Así concluyó el agitado y difícil año 1963 para nosotros.

## **Intento de estudios en San Juan de Colón**

Después del Día de los Reyes Magos de 1964, tan pronto inició clases el Liceo Militar Jáuregui, mi papá acudió a la oficina del director del instituto, un Coronel del Ejército, para confirmar la versión -que parecía obvia-, escuchada de un profesor del liceo, conocido de mi papá, sobre la imposibilidad de la continuación de mis estudios en el referido lugar.

Al regresar a casa, mi papá contó que el director le había confirmado en forma breve y tajante que yo no podía continuar estudiando allá por haber estado detenido por actividades contra el gobierno y, ante el argumento de mi padre de que yo había sido puesto en libertad mes y medio atrás, el Coronel respondió que dicha medida “era muy relativa”.

Por supuesto que, la decisión del Liceo Militar Jáuregui fue muy dura e incomprensible para mis padres, pero desde hace varios años, yo la justifico plenamente.

Pero, como decía mi santa madre cuando estaba frente a una dificultad en la vida: “¡A nadie le falta Dios!”. En algún lugar ella tenía guardados la dirección y el teléfono de la señora Blanca, esposa de don Rigoberto Bustamante, quienes fueron nuestros vecinos cuando vivieron con sus hijos frente al Telégrafo y desde algún tiempo se habían mudado a San Juan de Colón. La optimista y audaz llamada de mi mamá a tan gentiles esposos, lo fue por dos razones: 1) Averiguar si era posible mi alojamiento con algún pago en la casa de ellos; y 2) Dependiendo de lo anterior, si era posible que algún liceo de aquella ciudad me permitiera continuar el tercer año de bachillerato, interrumpido en el Liceo Militar Jáuregui.

La respuesta llegó al día siguiente, al averiguar justamente en el Liceo Tulio Febres Cordero, el mejor y más grande de aquella ciudad; la semana siguiente, día lunes, estaba yo ingresando al citado liceo, habiendo viajado en camioneta desde La Grita. Al llegar a la casa donde vivía la familia amiga, en el sector La Tapiza, ya don Rigoberto había hecho modificar con una pared de bloques el lugar para mi alojamiento. Pronto renové la amistad con los señores y sus tres hijos, aún niños: Charles, Minerva y Nelson, quienes estudiaban educación primaria.

Del Liceo Tulio Febres Cordero, a pesar de mi breve permanencia como alumno, guardo muy buenos recuerdos; los buenos profesores, que me facilitaron la inserción académica a pesar del desfase temporal; los condiscípulos, que pronto me asimilaron a la rutina de jóvenes alumnos; las amplias instalaciones que, aunque no tenían el estilo castrense del Liceo Militar Jáuregui, por ser un liceo civil, eran muy nuevas y ventiladas, acordes con el clima caluroso de la ciudad. Con respecto a los profesores, quien más recuerdo era un doctor en Medicina de apellido Paolini, el único que conocí en toda mi vida estudiantil que, siendo médico en ejercicio, también era profesor de Física en Bachillerato. Y lo era con gusto y buen tino; de su mano, pizarrón y tiza, aprendí las tres leyes de Newton de la mecánica clásica y otros conceptos nunca olvidados.

A mediados de febrero, mi papá ya había tomado la decisión de trasladar la familia para vivir en Caracas, lo cual conllevó también mi retiro del Liceo Tulio Febres Cordero; así como llegué un día domingo en la tarde a San Juan de Colón, capital del municipio Ayacucho del Estado Táchira, también conocida como la “Ciudad de las Palmeras”, así, también, partí un domingo en la tarde, después de despedirme de la bondadosa familia Bustamante Zambrano, a quienes nunca agradecí de manera suficiente como debí hacerlo, su valiosa amistad y disposición de ayuda real y desinteresada.

Desde entonces no he vuelto a San Juan de Colón, pero lo haré en cuanto pueda para recorrer paso a paso lo que conocí entonces, lamentando que los esposos Bustamante Zambrano ya partieron de este mundo.

## **Vivencias de mi padre, relatadas por él en La Grita**

A lo largo de los años en que disfruté la presencia física de mi padre, todos sus hijos escuchamos la narración de las vivencias más significativas y recordadas por él, desde su niñez hasta inicios de la madurez. Con abundancia de detalles almacenados en prodigiosa memoria, iba desgranando los recuerdos, a veces con la mirada en un punto fijo, como tratando de materializar personajes, lugares y situaciones idos para siempre.

Así, nos fuimos formando imágenes propias de lo que narraba: sus temores de niño acompañando a su mamá en tareas de casa campesina, con noches muy oscuras con cuentos de apariciones y espantos del más allá, como los hachones que desfilaban en fila india por senderos de elevados cerros, con mortecinas luces avivadas de cuando en cuando por el viento; otra vez fue un miedo nocturno dentro del cuarto, con muy pequeña luz que a su parecer iba y venía, siendo conjurado el terror del niño con los dedos húmedos de su mamá, pues era la punta de la mecha en la vela de sebo que se negaba a rendirse; otra noche de miedo infantil, un poco tarde, fue el piar desesperado y repentino de un pollito de reciente camada con la clueca que los abrigaba, guardada de noche en el cuarto con piso de tierra, compañeros de sueño al abrigo del frío y alimañas; la rápida encendida de una vela por su madre sólo permitió ver la culebra que en veloz y sinuosa carrera, llevaba en la boca el aterrado pollito. Otra vez, ya de día, el niño, muy pequeño aún, quizás de cinco años, lloraba con pertinacia alrededor de su mamá; el dueño de la casa, groseramente, agarró el muchacho de un brazo para sacarlo de la cocina; su mamá voló con un tizón humeante en mano, defendiendo a su hijo.

La mamá de mi padre, fue el ser que siempre recordó con gran nostalgia y agradecimiento, pues fue quien estuvo a su lado desde su nacimiento, el 23 de marzo de 1909, hasta la definitiva partida de ella, en diciembre de 1941. Uno de los relatos de ella más evocados por él, era sobre el violento terremoto del 18 de mayo de 1875, que destruyó Cúcuta, parte de San Cristóbal, La Grita y otros pueblos.

Ya con unos nueve años de edad, lo enviaron a entregar un gato adulto hacia una finca distante unas dos leguas; al llevarlo a la espalda dentro de un saco de fique, las uñas y angustiosos maullidos del animal, hicieron que a mitad del camino, en profundo pozo de

un río, el cansado muchacho lanzara gato y saco con la boca abierta al agua; en ese momento de la narración mi papá, con mucha risa, recordaba la rapidez del felino en aparecer en la orilla opuesta, lamiéndose el cuerpo sobre una piedra.

En otra oportunidad, ya un poco cercano a su adolescencia, acompañó a un señor mayor, empedernido cazador y vecino en el campo; de poco hablar, voz gruesa y gutural, y por añadidura desconfiado, aceptó un atardecer la compañía del muchacho, quien muy solícito se ofreció a llevar los aperos de caza. Luego de larga espera, con la noche aproximándose a orillas de un lejano yucal, apareció una furtiva bucu a la cual, a regañadientes permitió al muchacho dispararle; estampido de escopeta primitiva, gran humareda con olor a pólvora y carrera del animal fueron una sola cosa, con la expresión malhumorada del señor con voz de trueno: “¡Carajo, muchacho, me malograste el tiro!”. Para fortuna de mi papá, aquel primer día de caza, al buscar en la maleza encontraron la bucu muerta.

Mi padre contaba que inició a los 14 años el aprendizaje del oficio de la carpintería, que luego perfeccionó en ebanistería, de la mano del señor Alfredo Maldonado, Maestro Ebanista (con mayúsculas), por quien siempre guardó agradecido recuerdo, por su considerado trato y conocimiento recibido. La importante etapa del referido aprendizaje tuvo lugar en la ciudad de Pamplona, departamento Norte de Santander, Colombia, lugar de nacimiento de mi padre.

La fría ciudad de Pamplona, a 2.400 m sobre el nivel del mar, siempre fue objeto de agradecido recuerdo para él, pues a ella se anclaron en su memoria valiosas vivencias de su niñez, adolescencia y juventud; quizás por ello sus ojos se humedecían al evocar lugares y hechos de su lar nativo, como cuando escuchaba en La Grita, en su radio Löewe Opta, el bambuco “Brisas del Pamplonita”, del notable compositor Elías M. Soto Uribe, nacido y fallecido en San José de Cúcuta (1858-1944). Dicha pieza musical tenía especial significado para mi papá, si era interpretada por el conocido pianista Oriol Rangel (José Oriol Rangel Rozo), quien, de niño, en segundo grado de educación primaria, fue condiscípulo de él, siendo también pamplonés, nacido en 1916.

Con justo orgullo sobre su ciudad natal, mi papá había leído, buen lector como era, que Pamplona, fundada en 1549, fue asiento de mucha actividad en las épocas de conquista y colonia, siendo lugar de partida de las expediciones para fundar en Colombia los pueblos de Ocaña, Chinácota, Bucaramanga y San José de Cúcuta; pero también en Venezuela, los pueblos de Mérida, San Cristóbal y La Grita.

La etapa de aprendizaje de su profesión mediante el trabajo con su maestro, fue siempre muy evocada, porque ya siendo un hombre casado muy joven, no podía sustraerse a reuniones nocturnas con amigos para disfrutar charlas y bromas en su sano y acogedor pueblo, que recogía su gente a dormir a tempranas horas. Entonces, en alguna plaza, ante los atentos compañeros se podía escuchar, por ejemplo, a un sujeto de ojos saltones y párpados rojizos, por su mismo rostro llamado “Bachiller Torito”, contando su sueño anterior, en el cual hacía pasajes rasantes sobre la ciudad con su cuerpo extendido como avión, ora boca arriba viendo el cielo azul y las nubes, ora boca abajo haciendo correr espantada la gente con el improvisado motor de su garganta.

Pero con quien disfrutaba más todo el grupo era con el “Chato Becerra”, de tal apellido y nariz aplastada que le había merecido el apodo; era un mentiroso contumaz que gozaba y hacía reír con sus continuos embustes. Entonces, una noche, aprovechando su ausencia del pueblo, sus compañeros decidieron darle una lección y con materiales y herramientas preparados de antemano, tapiaron y frisaron sin rastro, hábil albañil uno de ellos, la puerta de su habitación, en la propia acera de la calle; silenciosos los autores y cómplices esperaron detrás de un seto de pinos en la plaza de costumbre, hasta que a medianoche apareció el “Chato Becerra” quien, desconcertado buscó por largo rato la entrada.

De etapas y lugares posteriores, fueron las narraciones en las que mencionaba a Walter Cámara, un sujeto con ínfulas de nobleza, que andaba siempre vestido como para fiesta de gala, incluso con guantes y trato muy poco cordial.

Por aquellas narraciones desfilaban como en caminata sin retorno, personajes como don Amador Sandoval, el bondadoso dueño y chofer de autobús que a diario transportaba los ansiosos pasajeros entre Cúcuta y Pamplona, enlazando pueblos intermedios. También don Víctor Gáffaro, próspero comerciante de Cúcuta; “Cabeza e’perro”, de quien al parecer muy pocos conocían su verdadero nombre; “Martinica”, el negro llamado así por la isla del Caribe, posesión francesa de ultramar, compartiendo lar nativo con Josefina de Beauhamais, primera esposa del gran General Napoleón Bonaparte. La larga estancia de “Martinica” en Cúcuta, no había logrado borrar su acento francés, que a veces dificultaba a mi mamá entender sus lecheros regateos, cuando le pagaba los tejidos en fibra vegetal, de agujeros octogonales, en los que ella era experta, en muebles que mi padre elaboraba.

En sus narraciones también mencionaba al señor Tito Abbo, uno de los más prósperos y creativos comerciantes del Norte de Santander y Maracaibo, cuyos ancestros italianos habían iniciado en la segunda mitad del siglo XIX, en unión con la Casa Ríboli, la intensa y variada actividad de exportación de café colombiano y venezolano, así como otros productos a los Estados Unidos de América y Europa, simultánea con la importación de

herramientas, maquinarias, productos químicos y farmacéuticos, entre otros, utilizando bidireccionalmente el transporte animal, por vía férrea o fluvial hasta los puertos del lago de Maracaibo, para conectar con el mar Caribe y el océano Atlántico.

La cúspide de ese florecimiento económico mediante el comercio, lo observó con interés mi papá en la Cúcuta de la década de los 40 del siglo XX, donde se inauguró, en octubre de 1944, el entonces moderno edificio para el almacén “Tito Abbo Jr. & Hno. Ltda.”, en la esquina de la Av. Quinta con calle 12, que años más tarde fue sede de Almacenes LEY, donde fui en varias ocasiones con mi madre, en viajes desde La Grita.

La última narración de su ciclo vital en Colombia, correspondió a las impresiones que tuvo el día 9 de abril de 1948, a raíz del asesinato del líder del Partido Liberal, Jorge Eliécer Gaitán, ocurrido en Bogotá, desatando en esa capital un violento estallido con centenares de muertos, heridos, incendios y saqueos, con noticias alarmantes que corrieron por todo el país difundidas por la radio. Mi papá nunca fue activista político, pero siempre conservó su admiración por aquel líder, con una foto de su rostro en blanco y negro, enmarcada por él.

## **Vivencias de mi hermano Salomón**

En el mes de abril de 1950 toda la familia que residía en la ciudad colombiana de Cúcuta, se trasladó por vía terrestre a bordo de un autobús hasta la pequeña ciudad de La Grita, ubicada en el estado Táchira, en Venezuela; lugar al que llegamos en horas de la noche luego de recorrer aproximadamente 130 kms, transitando por una carretera que atravesó sectores montañosos y neblinosos. Al llegar a la citada localidad fuimos recibidos amigablemente en la casa del Sr. Andrés Mora, persona que conducía el citado vehículo. Allí fuimos atendidos con una abundante y sabrosa cena, posteriormente nos dirigimos a la que sería nuestra residencia, ubicada en la parte baja de la plaza Cáceres. Acá comencé una nueva vida en compañía de mis padres Jesús y Matilde y mis hermanos Jesusa, Hernando, Rafael, Susana, Alfonso, Joaquín y Ramiro. Jaime nació el 11 de noviembre de dicho año. En esta casa y con mis hermanos disfruté de mi niñez, era una vivienda grande, rodeada de amplias zonas verdes a la que llegaban pájaros y aves de diversas especies, que como los patos considero estaban migrando. Del mismo modo considero importante mencionar que frente a la casa pasaba la carretera trasandina, la cual tenía un tráfico vehicular significativo especialmente de camiones de diversas marcas entre las que destacaban Mack, International, Reo, entre otros. En las adyacencias de

esta vivienda construimos pequeñas carreteras, por las que desplazábamos carros que artesanalmente elaborábamos.

Viviendo en esta casa y estando jugando con mis hermanos Alfonso y Rafael, imitando el enlazado de novillos, atados con una cabuya en la parte delantera y trasera, me caí sufriendo una herida profunda en la rodilla izquierda que ameritó algunos puntos de sutura, situación que ocasionó una fuerte reprimenda hacia mis hermanos ya mencionados, por parte de mi papá

De la citada vivienda nos mudamos a vivir en una casa propiedad del Sr. Fortunato, ubicada en la calle 3 entre carreras 2 y 3. Allí tuve por primera vez, la vivencia de participar en la parada del niño, que se realiza en esta región dentro de las tradiciones navideñas. Dicha actividad la ejecutó la familia que residía frente a nuestra vivienda. Era un evento muy bonito que incluía la llegada en procesión de las personas que traían al niño Jesús, que previamente había sido sustraído del pesebre de la casa en donde estaba inicialmente ubicado, las personas que llegaban con el niño Jesús entonaban villancicos y tocaban alegremente diversos instrumentos musicales, luego lo colocaban nuevamente en el pesebre, y posteriormente eran atendidos con bebidas y porciones de ponqué.

Después de residir en la mencionada vivienda, nos mudamos a otra casa ubicada en la calle 2 entre las carreras 9 y 10, cuyo propietario era el Sr. Luis Mogollón, persona que le brindó una amistad y apoyo desinteresado a mi papá. Allí residimos entre los años 1952 y 1954, tiempo durante el cual establecimos amistad con vecinos como la familia Chaparro Roa, quienes a través de Don Pancho y Doña Efigenia, nos brindaron su amistad y cooperación, al igual que sus hijos Jorge, Carmen, Betilde y Pancho, con quienes compartimos muy gratos momentos.

De igual forma entablamos amistad con la familia Salas, quienes vivían en las cercanías, compartiendo actividades escolares con algunos de sus hijos; a su vez la señora Cruz, tía de estos muchachos acudía con frecuencia a nuestra casa a realizar labores de planchado de la ropa. Asimismo, muy cerca de la vivienda donde residíamos estaba la bodega de Don Evangelista Parra, donde se realizaban con frecuencias compras de diversos víveres

Además, en la misma calle donde vivíamos, se encontraba la Panadería La Favorita, propiedad de Don Leónidas Duque, en donde se adquirían quesadillas y otras clases de pan. A su vez, en la calle calle 3 y cerca de la casa, estaba la Panadería de las hermanas Ramírez, dónde vendían unos sabrosos bastones de afrecho y una deliciosa chicha de cebada.

Por otra parte, en la calle 3 y en la cercanía de nuestra residencia estaba la Sra. Oliva de Romero quien elaboraba arepas de maíz pilado, donde acudía con frecuencia y a una hora temprana para adquirir unas arepas deliciosas elaboradas con maíz pilado y asadas en fogón de leña, la referida señora me recibía amablemente y me obsequiaba café negro, el que degustaba mientras esperaba que las arepas se asaran.

Posteriormente nos mudamos en el año 1954 a otra casa ubicada en la calle 2 entre las carreras 1 y 2, la cual era propiedad del Sr. Arcángel Sánchez; esta era una vivienda amplia con un solar que limitaba con la carretera trasandina que conducía al estado Mérida; allí se criaban gallinas, pollos, conejos y una cochina de color gris que compró mi hermana Jesusa. En la misma había varios arbustos entre ellos un totoco a los que llegaban muchos pájaros especialmente azulejos y pico de plata, entre otros, además de palomas, a los que ocasionalmente se cazaban en una trampa que se elaboraba artesanalmente y que luego se dejaban en libertad. Acá también entablamos amistad con algunos vecinos, entre los cuales estaban la familia Sánchez Lagos, quiénes poseían un molino donde producían diversas harinas entre las que estaba el sagù, además de café molido; establecí especialmente amistad con uno de sus hijos llamado Adonay, con quien compartí varios momentos mientras residía en la Grita.

También cerca estaba la panadería del Negro Luis, quien elaboraba unas sabrosas acemitas negras y otras clases de pan, que frecuentemente adquiríamos. Igualmente, en las cercanías estaba la bodega de la Sra. Josefa Julia de Rivas, que elaboraba pasteles y chicha de maíz, los cuales se adquirían con alguna frecuencia. Es oportuno también mencionar que en la misma cuadra residía la familia García, en donde adquiríamos arepas de maíz pilado; era una familia muy numerosa y algunos de sus hijos fueron compañeros de estudio en la escuela Padre Maya, entre los mismos se encontraban Juan Luis y Flavio.

Por otra lado, enfrente de donde residíamos, vivía la familia Zambrano Lupi, con ellos se estableció una buena amistad, mi papá entabló una cercana relación con Don Heriberto Zambrano, quien se desempeñaba como inspector del Ministerio de Obras Públicas, igualmente se establecieron buenas relaciones con su esposa Doña Mercedes Lupi, quien trabajaba como maestra en educación primaria; a su vez, con sus hijos Gladys, Víctor y Jorge, tuve una satisfactoria relación con estos dos últimos y ocasionalmente jugábamos baseball en el solar de su casa; con Gladys también logré mantener una amistad y a través de ella me inicié en la filatelia, actividad que permite coleccionar y clasificar sellos, sobres y otros documentos postales, pasatiempo que aún hoy en día practico. De igual forma quiero destacar que con Don Enrique Lupi, abuelo paterno de los mencionados jóvenes, establecí una buena relación, el mismo vivía en esta casa y trabajaba elaborando

unas bonitas alpargatas que en esa época se usaban; yo iba con frecuencia y mantenía amenas conversaciones con él, a la vez que observaba su trabajo.

Además es necesario hacer mención de mi formación escolar, concretamente en educación primaria la que cursé en la escuela Padre Maya, institución que funcionaba inicialmente en una vieja casa de dos pisos ubicada en la calle 2, entre las carreras 5 y 6, de allí y estando cursando el primer grado sus instalaciones educativas fueron mudadas para otra parte en una casona ubicada en la calle 3, frente a la Plaza Jáuregui, en donde realicé todos los estudios correspondientes a la educación primaria, siendo importante destacar que durante este transcurrir educativo tuve el privilegio de contar con excelentes maestros, quienes me transmitieron valiosos conocimientos y me inculcaron importantes valores, para un buen desempeño como futuro ciudadano; en este sentido es justo mencionar a mis maestros Teresa Zambrano en 1er grado, Julia Naranjo en 2do grado, Gilma Naranjo en 3er grado, Ramona Montoya en 4to y 5to grado, para ellos mi agradecimiento eterno.

Del mismo modo, quiero relatar que durante esta escolaridad y previa selección fui beneficiario del comedor escolar durante varios años, allí recibía una balanceada y sabrosa alimentación; este comedor estaba dirigido por la señora Diomelina Sánchez, quien lo gestionaba con criterios que podrían catalogarse de excelentes.

Así mismo, en los ratos libres que me dejaba la actividad escolar, ayudaba a mi papá junto con mis hermanos en algunas actividades que se realizaban en el taller de carpintería que él tenía, y del cual dependía el sustento de la familia.

En ocasiones acudía con algunos de mis hermanos a trapiches ubicados en Aguadía y Quebrada de San José, caseríos ubicados en los alrededores de La Grita, en donde se molía la caña de azúcar para la producción de panela, la visita a estos trapiches era con la finalidad de obtener miel, melcochas o tomar violas, (líquido que se obtiene durante el proceso de la molienda de la caña), estas actividades me parecían muy entretenidas, interesantes y agradables.

Del mismo modo, en algunas ocasiones acudía en horas nocturnas a la sede de la Escuela Parroquial, institución dirigida acertadamente por el profesor Arellano, en dicho lugar jugaba partidos de bolas criollas compartiendo con otros muchachos, pasatiempo que era muy agradable.

Además, a principio del mes de mayo subía en compañía de algunos hermanos y amigos al cerro de la Espinosa, en donde se realizaban las actividades relativas a la Cruz de

Mayo, allí frente a una pequeña capilla ubicaban ventas de pasteles, chicha, masato, entre otros alimentos que disfrutábamos con gran satisfacción.

También es grato recordar que durante algún tiempo entre 1960 y 1963, en las tardes a partir de las 4 p.m. aproximadamente y en compañía de algunos hermanos, nos trasladábamos a un sitio descampado conocido como “El Terreno” ubicado a un costado del Hospital San Antonio, allí jugábamos fútbol junto a otros muchachos, entre los que puedo recordar a Galaviz, un hábil delantero apodado “Caballo”, Miguel Ángel Pérez alias “Mabuelo”, Pedro Mogollón alias “Pedro Morocotas”, Pepe Melani alias “Macarrón”, Rangel “El Mecánico”, Alfonso Méndez alias “Cuco”, el “Negro” Simpson entre otros; este pasatiempo nos permitía pasar muy gratos momentos.

De igual forma, recuerdo con nostalgia las actividades decembrinas, entre las que destacó la realización del pesebre, para cuya elaboración se buscaba en las orillas de la quebrada de Aguadía raíces de caña brava, estas raíces se cubrían con coleso o telas impregnadas de una preparación elaborada con agua y almidón, que posteriormente eran rociadas con polvo de diversos colores para simular formaciones montañosas. También se utilizaba musgo y plantas parásitas denominadas mayas y guinchos, ramas de pequeños arbustos, esto se hacía con la finalidad de darle un aspecto natural y campestre; igualmente se colocaban pequeñas casitas hechas de arcilla y cartón, así como ovejas elaboradas artesanalmente con anime y cubiertas con algodón, venados, camellos, cabras, gallinas, pájaros, entre otros adornos se ubicaban las imágenes propias del nacimiento como el niño Jesús, la Virgen María, San José, los Reyes Magos, entre otros; por otro lado se instalaban en el pesebre luces de varios colores que le daban un aspecto muy bonito.

Otras actividades importantes, eran las misas de aguinaldos, las cuales se realizaban entre el 16 y el 24 de diciembre, entre las 5 y 6 de la mañana tanto en la iglesia de Los Ángeles, como en la iglesia del Espíritu Santo; se celebraban 9 misas, cada una organizada por algunos gremios o instituciones, esto comprendía a su vez varias actividades que se hacían en la víspera del día de la misa, entre estas se incluía al mediodía un paseo por las calles de la ciudad amenizado por la banda municipal “Ramón Vera G.”, quema de pólvora y reparto de caramelos; posteriormente se hacían carreras de encostados, subida del palo encebado, persecución de un cochino encebado, entre otras actividades. Posteriormente, a las 6 de la tarde del mismo día, se hacía otro paseo con la banda municipal ya mencionada, luego a las 8 de la noche, se efectuaba una retreta, actividad musical desarrollada en las plazas de la ciudad, ocasión que los asistentes aprovechaban para compartir y a su vez para apostar los aguinaldos. El día de la misa de aguinaldos, el repique de las campanas de cada iglesia anunciaba a los pobladores que la actividad religiosa estaba por comenzar, igualmente a través de los

altavoces de un equipo de sonido, se transmitían bellas melodías de villancicos que contagiaban a la gente del alegre ambiente navideño; las referidas actividades las disfruté con alegría, compartiéndolas con hermanos y amigos.

Es importante recordar la estadía nuestra entre los años 1959 y principios de 1964, en la casa ubicada en la calle 3 entre las carreras 3 y 4, propiedad de Don Inocentes Méndez, la cual estaba frente a la oficina de telégrafos regentada por el señor Antonio Herrera, quién tenía tres hijos llamados Yajaira, Urania y un varón del cual no recuerdo el nombre; cerca vivía la familia Román Pernía, así como la familia Sandoval, siendo Don Hermógenes Sandoval, el Prefecto del municipio, quien tenía varios hijos entre los que estaban Wilfrido, compañero de estudios de educación primaria en la Escuela Padre Maya, y con el que establecí una buena amistad. En esta vivienda pasamos gratos momentos, era una casa amplia y poseía un pequeño solar en donde se criaban gallinas ponedoras que producían los huevos que se vendían entre los vecinos.

Por otro lado, estando viviendo en esta casa contrajo matrimonio mi hermana Susana con Hildebrando Méndez, quien se desempeñaba como enfermero en la ciudad de San Cristóbal, lugar que fijaron como su residencia.

Dentro de este contexto, es significativo mencionar que, al concluir la educación primaria en el año 1959, ingresé a estudiar el primer año de educación secundaria en el Liceo Militar Jáuregui, institución en la que cursé satisfactoriamente el referido lapso académico.

Finalmente, mi estadía y la de gran parte de la familia concluyó en la ciudad del Espíritu Santo de la Grita, en el mes de febrero de 1964, esto se hizo con la finalidad de buscar nuevas oportunidades de superación para la familia en la ciudad de Caracas, donde ya residían algunos hermanos; tal situación generó en mí sentimientos encontrados, por una parte, de tristeza por abandonar aquella ciudad en la que habíamos vivido gratos momentos, establecido lazos de amistad y vivencias inolvidables; por otro lado, había la incertidumbre por llegar a un lugar desconocido y aprensión por el futuro. Fueron 14 años que residimos en La Grita y a pesar de ciertas limitaciones, las vivencias experimentadas marcaron nuestra existencia y siempre estaremos agradecidos a todos aquellos que nos brindaron su amistad y apoyo, especialmente a su patrono el Santo Cristo para quien tenemos nuestra devoción y eterna gratitud.

## Adiós a La Grita: Mudanza para Caracas

Mi papá siempre eludió y odió las mudanzas y nos contaba que la única que hizo gustosamente y con grandes esperanzas en su vida, fue la que emprendió hacia La Grita. Pero su rechazo a las mudanzas no fue óbice para su propósito de preparar con gran prolijidad todo lo que había que trasladar y así, cuando regresé de San Juan de Colón, en mi intento fallido de continuar bachillerato allá, mi padre ya tenía casi todo correctamente organizado, amarrado y envuelto, dejando pendiente solamente aquello que debíamos usar hasta la noche anterior al viaje. Recuerdo que algunas cosas menudas las había atado con pita “Santander”, remanente de un viejo rollo que aún conservaba.

Llegado el día, el viernes 28 de febrero de 1964, se le notificó temprano al señor José Inocentes Méndez Noguera, propietario del inmueble, para que constatará el buen estado físico de la casa que habitamos durante cuatro años y medio, pintándola en las proximidades de cada Navidad, como era la hermosa tradición que urge rescatar en Venezuela.

Aquel día, mi papá estaba triste como yo; ninguno de los dos queríamos dejar La Grita y durante los 17,5 años restantes de su vida, recordaba mis palabras que le dije pocos días antes de la partida hacia la capital: “Papá: ¿Por qué no dejamos guardadas las cosas del taller en algún lugar alquilado, por si acaso no nos gusta Caracas?”. Aquella idea no se dio y al atardecer del mencionado viernes, con la habilidad del chofer del camión Ford F-350, color blanco, contratado para el viaje, todo quedó debidamente colocado en el vehículo y sólo hubo que ingeniárselas con el sofá hecho por mi padre, de brazos con líneas modernas, en madera laqueada color negro y semicuerdo rojo, amarrándolo bien con cabuya sobre la cabina del camión.

En la referida mudanza corroboré que suelen ser argumento y aún coartada, por aquello de la antigüedad y uso de los objetos, para el descarte por regalo o abandono de muchas cosas que más tarde se extrañan, necesitan y añoran; allí botamos y regalamos valiosas revistas que mi papá atesoraba desde la Segunda Guerra Mundial: *En guardia*, *Hazañas de guerra*, *Selecciones del Reader’s Digest* y otras publicaciones más recientes, así como cuadernos escolares, libros, juguetes, posiblemente el cañón que fabriqué, etc.

Aún, cuando estaba seguro que nada faltaba por subir al camión, hice a solas un último recorrido por todos y cada uno de los ambientes de la casa, a sabiendas de que nunca más iba a habitarla, como ocurrió con las anteriores donde vivimos.

Subí a la cabina del Ford, en compañía de mi hermano Salomón y el chofer; al cruzar la esquina de la calle 3 con carrera 4, hacia la ruta de salida rumbo a Caracas, desde el negocio de Ramón “Seboruco” se escuchaba la canción “Dominique”, éxito mundial entre 1963 y 1964, escrita e interpretada en su idioma por la monja belga Jeannine Deckers.

Mis padres, junto con mi hermano Ramiro, ya habían partido en una camioneta del Transporte “Primavera”, manejada por el señor Gonzalo, probablemente, el mismo a quien mi papá había reparado la carrocería de su autobús, años atrás.

Cuando el camión viró a la derecha, al pasar frente a la bomba de gasolina que estaba en la esquina noreste de El Terreno deportivo, recordé un refrán que decía mi mamá, cuando alguien se iba de viaje: “El que se va, se divierte, aunque sea con las vueltas del camino”.

## FOTOGRAFÍAS FAMILIARES

1950-1964



José de Jesús Salcedo y Matilde Galvis de Salcedo



Mis padres junto a algunos de sus hijos

De izq. a der. Salomón, Alfonso, Joaquín, Rafael, Ramiro y yo, sentado en las piernas de papá



Ramiro, Jesús E. Saavedra R. y Joaquín  
Plaza Cáceres. 1957



Mis padres junto a Ana de Jesús. 1961



Jaime, Joaquín saltando y Salomón en la cerca. 1962



Salomón, Jaime y Joaquín en el patio de la casa. 1963



Grupo familiar completo. Agosto 1963

## EPÍLOGO

Desde la aparición de los primeros poblados, hallados hasta ahora en el planeta Tierra, correspondientes a la civilización sumeria, aproximadamente 4.000 años a. C, los mismos han surgido por la visión y el esfuerzo de un ser humano y sus seguidores.

La mayoría de las naciones, desde hace varios siglos, ha honrado los nombres de los fundadores de lugares y ciudades, conservando los nombres originales de los mismos, -cuando ha sido posible establecerlo e independientemente de su antigüedad-, como son los casos de Alejandría, fundada en Egipto por el Rey Alejandro Magno de Macedonia, el año 331 a. C.; Cartagena, fundada por el General cartaginés Asdrúbal, el año 227 a. C, en la costa mediterránea de España, para mencionar sólo dos ejemplos de ciudades existentes.

En los reducidos casos de sustitución de nombres de ciudades y lugares, la causa ha sido política y enteramente temporal, efímera, siempre con regreso a los nombres originales.

Sostengo lo anterior, porque la sociedad gritense debe honrar y conservar su pasado positivo, el cual debe incluir personajes, lugares, instituciones educativas, valores culturales en su sentido más amplio, incluyendo música, comida, artesanía, etc. En ese contexto, la plaza Cáceres debe continuar en su lugar, con su nombre, porque no es posible borrar el hecho histórico de la fundación de la ciudad por el Capitán Francisco de Cáceres en 1576.

La inexistencia de una plaza para honrar la memoria del ilustre Generalísimo don Francisco de Miranda, precursor de nuestra independencia, no puede ser coartada para eliminar la plaza Cáceres, que ha sido conocida por varias generaciones. Lo que impone el buen juicio es la construcción de una plaza en un lugar apropiado para el gran personaje ausente en la arquitectura histórica de la ciudad.

Ante la obvia imposibilidad de repetir el pasado que vivimos o conocimos por lecturas o narraciones orales, hay algo que sí podemos hacer: emplear buena parte de nuestro esfuerzo vital en coadyuvar en el rescate de los valores y principios que recibimos de nuestros padres en el hogar, precisamente el lugar y período más importante en la formación de la estructura moral del ciudadano, reforzados luego con los excelentes maestros y profesores que tuvimos.

La Grita está bendecida desde hace miles de años por montañas con aguas maravillosas, pero sus bosques naturales están siendo talados, entre otras causas, por la falta de gas, fenómeno inédito en un país petrolero, con las reservas más grandes del planeta.

Es urgente un plan con apoyo oficial y privado para reforestar cuencas de ríos y lagunas con especies nativas que incluyan el frailejón en las partes más altas y otras variedades apropiadas a climas y suelos. Las fotografías y artículos divulgados desde hace varios años por el Ing. Juan Alberto Sánchez García, oriundo y residente en la ciudad, son excelentes y profesionales aportes sobre el mencionado problema, que refuerzan de manera incontrovertible las imágenes de abundancia de vegetación y aguas que guardamos en nuestra memoria.

Un buen plan de reforestación y conservación ecológica integral debe ir acompañado por una campaña permanente de divulgación sobre las bondades de protección de la naturaleza, inserta en los programas de estudio desde la educación preescolar hasta la superior. Esa sería, desde mi perspectiva, la mejor manera de honrar la memoria de quienes hicieron posible el pasado positivo y al mismo tiempo, hacer factible un futuro positivo y armonioso con el entorno físico natural.

Cada vez que recuerdo las personas que conocí en La Grita y que ya no existen, encuentro en la imaginación un símil con el epílogo del artículo “La Legión de Paracaidistas”, que leí en nuestro pueblo en 1962, en la edición de febrero de 1952 de Selecciones del Reader`s Digest, que mi padre atesoraba. Allí, el Sargento Paracaidista Ross Carter, integrante de la 82° División Aerotransportada del Ejército de los Estados Unidos de América, en relato de sus experiencias de combate en la Segunda Guerra Mundial en Europa, narra la visión que tuvo al ser herido gravemente y perder el sentido. En columna de a uno y con paso apresurado, ve pasar a todos sus compañeros muertos en tierras de Italia, Francia y Bélgica; algunos lo saludan, con forzada sonrisa.

De manera parecida, aunque herido solamente en el recuerdo, me imagino parado al comienzo de la subida a La Espinoza, viendo pasar a marcha pausada y en orden de desaparición, todas las personas que conocí: campesinos, choferes, policías, maestros, profesores, albañiles, médicos, oficiales, alumnos, enfermeras, monjas, niños, bodegueros... ninguno sin escapar a la guadaña de la Parca; todos mirando hacia el pueblo, reacios a partir.

No aspiro más nada, sino el regreso para vivir el tiempo que Dios me conceda en la ciudad del Espíritu Santo de La Grita, trabajando en las ideas postuladas en las páginas anteriores.

## REFERENCIAS

Castillo Lara, Lucas Guillermo. *La Grita, una ciudad que grita su silencio: Historia del Espíritu Santo de La Grita*. Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, 1973, 2 vol.

Méndez Moreno, Ricardo. *Artículos sobre personajes y hechos del pasado ocurridos en La Grita, publicados por Facebook, en el Grupo “Gente de La Grita: Aquellos años dorados”*.

Mora García, José Pascual. *Historia social e institucional de la Escuela de Música Santa Cecilia, en La Grita, Municipio Jáuregui, Estado Táchira, Venezuela, 1956-2006*. San Cristóbal: Universidad de los Andes-Núcleo Táchira; Sociedad Venezolana de Historia de la Educación, 2016.

Pulido, Luis Hilarión. Relatos e informaciones diversas compartidas con el autor.

Salcedo Galvis, Familia. Relatos y vivencias de mis padres y hermanos.

Sánchez García, Juan Alberto. *Artículos y fotografías sobre La Grita y zonas vecinas, publicados por Facebook, en el Grupo “Gente de La Grita: Aquellos años dorados”*.

## **AGRADECIMIENTOS**

A mis padres, José de Jesús Salcedo y Matilde Galvis Roso, ejemplos e inspiración permanentes, aún después de su partida física.

A mis hermanos fallecidos Jesusa, Susana y Rafael, quienes vivieron en La Grita en el lapso relatado, siendo admirados y queridos por quienes los conocieron.

A mis hermanos Hernando, Alfonso, Salomón, Joaquín y Ramiro, quienes aún transitan, como yo, el ciclo vital, coincidiendo conmigo en que la etapa de La Grita fue la más hermosa de nuestras vidas. Muy especial agradecimiento a Joaquín, compañero de tantas aventuras de niñez y ahora consultor permanente de recuerdos.

A todos mis queridos hijos, mi continuación y razón de ser. Especial agradecimiento hago a mi hijo Jaime Jesús, por su gran interés, oportuna e inmensa ayuda desde el comienzo, en el diseño y estructura del presente trabajo.

A Nidia Lucrecia, mi querida e incansable esposa, abnegada madre de mis hijos Jaime Jesús, Javier Darío y Níger Daniel, estímulo e inspiración vital.

Al Dr. Ildefonso Jesús Méndez Salcedo, querido sobrino, eminente historiador y profesor universitario, inspiración, asesoría y revisión muy valiosas en el presente trabajo.

Al Dr. Egberto Zambrano, eminente médico traumatólogo, gritense, por sus valiosos recuerdos.

A la Prof. Doris C. Zambrano P., ilustre profesora de la UCAT y UNET, en San Cristóbal, por sus valiosos recuerdos sobre el Colegio Santa Rosa de Lima de La Grita y los aportes de su familia al desarrollo del transporte terrestre, como empresa privada.

A la Sra. Ligia Juanita Zambrano Lupi, muy querida hija de los esposos Zambrano Lupi que tanto apreciamos, agradeciendo las fotos y vivencias familiares.

A la Prof. Nelsy M. Zambrano P., agradeciendo sus recuerdos e inspiración.

Al Ing. Juan Alberto Sánchez García, por sus valiosas reseñas y fotografías.